AUTORA BEST SELLER DEL NEW YORK TIMES

ELLE KENNEDY

AUTORA BEST SELLER DEL USA TODAY

SARINA BOWEN

STAY

QUIETO



wonderbooks

Sarina Bowen
y Elle Kennedy

STAY
Quieto

Traducción de
Patricia Mata



Para Natasha, Nicole y Keyanna,
y para todas las asistentes virtuales:
vosotras conseguís que el mundo funcione.

CAPÍTULO 1

Una cuestión de agarre



HAILEY

Ha sido un día muy ajetreado en las oficinas de Fetch S. L., pero he conseguido escapar del despacho e ir a por un expreso sobre las dos. Cuando vuelvo al despacho con la taza en la mano, veo a Tad, el técnico, llamando a mi puerta.

—Estoy aquí —digo.

El técnico se vuelve hacia mí. Es alto y lleva una gorra. Cada vez que lo veo, va con la gorra del equipo de *hockey* de Toronto, y me parece genial. Soy la fan número uno del equipo.

—Ah, sí —dice, un poco sorprendido, y mira la taza de café—. Solo iba a preguntarte si te apetecía tomar un café antes de que me fuera.

—Ay, lo siento. —Busco en mi cerebro sobrecargado de trabajo e intento recordar si teníamos alguna reunión programada, pero no recuerdo nada—. Estoy tomando uno. ¿Algún problema con los servidores?

Parpadea.

—No, los servidores están bien.

—Uf. —Abro la puerta del despacho y paso por delante de él—. Entonces… Eh… ¿nos vemos la semana que viene? —Es un trabajador externo, no un empleado, así que no lo veo muy a menudo. Aunque es un buen chico.

—¡Claro! Buen fin de semana.

Antes de llegar al escritorio, otra voz me interrumpe, la de mi amiga y empleada Jenny Dawes.

—¡Hailey! —grita desde la puerta—. Hay dos tareas nuevas pendientes en el sistema de gestión.

Qué rápido. He tardado menos de diez minutos en ir a por el café.

—¿Puedo deducir que son interesantes y por eso has venido a avisarme?

—¡Mira la pantalla! —dice con una alegría evidente.

Muevo el ratón del ordenador para encender el monitor. Tengo dos tareas pendientes en el sistema y ambas son interesantes. De hecho, una me provoca una emoción un tanto inapropiada.

Así de glamurosa es mi vida: una posible reclamación es lo más interesante que me pasará hoy.

Como soy la copropietaria de Fetch, la principal empresa de asistentes virtuales de Toronto, solo me llegan las solicitudes de los clientes más peliagudos, que se dividen en dos categorías: los problemáticos por naturaleza y los que gastan mucho dinero en nuestros servicios. Cada una de las tareas nuevas pendientes es de un tipo de cliente diferente.

—¿Y qué? —insiste Jenny con una sonrisa de euforia evidente.

Doy un sorbo al café.

—Todavía no he abierto ninguna. Acércate si tanta curiosidad tienes.

Muy sabiamente, cierra la puerta. No queremos que el otro copropietario, Jackson, nos oiga cotilleando. Trabajar con mi exmarido ya es bastante complicado, por lo tanto, no necesito que además crea que estoy demasiado centrada en algún cliente.

Jenny prácticamente rodea el escritorio dando saltitos para ver la pantalla.

—¿Cuál piensas abrir primero? ¿El del señor Rabo o el de tu futuro marido?

—Estás como una cabra. —Le doy otro sorbo al café y me quedo inmóvil un momento. No debería fantasear con un cliente, pero lo peor es que no lo escondo.

—Primero abriré el del señor Rabo, porque ha llegado dos minutos antes que el otro. Así funciona la empresa.

Jenny suspira.

—Pues ya va siendo hora de que alguien te saque el palo que tienes metido por el culo y te dé unos azotes con él. Me pregunto si a tu cliente favorito le gustan ese tipo de guarradas.

Mi cerebro traicionero tiene muchas preguntas sobre él.

«¡Céntrate, Hailey! No babosees con los clientes».

Como ejercicio de disciplina, hago clic primero en la solicitud del otro cliente, que, por desgracia, ha elegido de nombre de usuario Señorveintecentímetros.

Aunque ese ni siquiera es el motivo por el que lo llamamos señor Rabo. El tío se ha ganado el apodo a pulso, porque siempre que nos manda una foto consigue de algún modo que salga el paquete. Hace un mes, nuestros empleados empezaron a marcar sus solicitudes como inapropiadas y por eso ahora me llegan directamente a mí o a Jackson. O a Jenny si ninguno de los dos está disponible. No queremos que nuestros trabajadores se sientan incómodos.

Jenny y yo pensamos que probablemente el señor Rabo es inofensivo y muy divertido, así que solemos reírnos juntas de sus intentos descarados de conseguir nuestra atención. Hoy lo intenta con el título «pila para afinador de guitarra».

Suena muy aburrido, pero ya lo conocemos.

Cuando la fotografía que nos ha enviado aparece en la pantalla, Jenny suelta una carcajada en mi oído.

—Vaya. Creo que esta tiene que estar en el top diez, por cómo lo agarra, ¿no crees?

Sin duda, la foto se merece un premio. El aparato para afinar la guitarra tiene la… punta redonda. Es que no se me ocurre otro

adjetivo para describirla. El señor Rabo tiene la mano sobre el regazo, con la palma abierta, y sujeta el afinador de un modo sugerente.

Por si eso no bastara, lleva unos pantalones de chándal de nailon que le marcan el paquete. Como siempre, parece alegrarse de vernos.

—Qué buena definición del glande hoy —observa Jenny—. Nuestro chico tiene muy buen ojo para la fotografía. Ha usado el brillo de la tela para exagerar el efecto.

—Es un verdadero genio —digo—. ¿Puedes leer el número de la pila?

—Ay, sí, la pila —suspira Jenny—. Claro. Agranda un poco la foto.

Enfoco la imagen en su otro muslo, donde tiene una pila con forma de disco y unos números brillantes: CR2032.

Después de escribir un par de cosas en el teclado, me entero de que CR2032 es un modelo de pila de litio que se usa en relojes, calculadoras y otros aparatos electrónicos pequeños.

—Lo tenemos —dice Jenny, tomando nota de la referencia en el móvil—. Mándame la solicitud a mi buzón. Iré a la calle Bloor. La tendrán en la tienda de cámaras o en aquella joyería grande.

Hago lo que me pide con un solo clic. El señor Rabo tendrá las pilas en la portería del edificio probablemente en menos de una hora. Nos pagará su importe y un veinticinco por ciento extra, además de treinta y cinco dólares por una hora de trabajo. Y todo por algo que podría haber hecho él mismo.

Cómo es la gente rica. Les encanta el buen servicio y están dispuestos a pagar por él.

—Ahora date prisa y mira qué quiere tu futuro marido. Me muero de la intriga —protesta Jenny.

—Relájate. Espero que no pida que saquemos a pasear al perro otra vez —digo volviendo a hacer clic en la pantalla principal para buscar la solicitud de Tirador87—. La última vez fue un desastre, todavía me siento culpable.

El título de la solicitud es: «Segundo *strike.* ¿A la tercera va la vencida?».

—Oh, oh —exclama Jenny, mordiéndose el labio—. ¿Qué ha pasado? —Se inclina y leemos juntas el mensaje:

> ¡Hola, HTE! Gracias por mandar el regalo de cumpleaños a mi madre. Dijiste que entendías de chocolate y no es que no te crea, pero mi madre no deja de hablar de las «trufas de cacao de origen único» o como se llamen. He vuelto a ganar el puesto de hijo favorito otro año.

—¡Ay! —suspira Jenny—. Has hecho feliz a su madre. Cuando se convierta en tu suegra, te resultará todo mucho más fácil.

No contesto a la broma, porque ya me la ha hecho otras veces. Además, tengo un mal presentimiento sobre el resto del mensaje.

> A ver, siento ser un fastidio, pero, desafortunadamente, el paseador de perros que me mandasteis es incluso peor que el que permitió que Rufus se comiera mi maleta de cuero. Gracias a la cámara de seguridad que me conseguisteis, he visto que se pasa el rato cotilleando en mi apartamento. Para muestra, un botón.

—¡Madre mía! —grita Jenny—. ¿Vamos a ver su piso?

—¡Jen! —la reprendo—. Hemos metido un acosador en su casa ¿y a ti lo que te importa es la probabilidad de ver su piso de soltero?

He de admitir que cualquier otro día yo también me moriría de ganas de verlo. De hecho, lo he imaginado muchas veces. Cuando se divorció el verano pasado, Tirador87 usó los servicios de Fetch para comprar rápidamente los muebles del piso. Durante dos meses, elegí con cariño cada pieza.

Y he aquí la coincidencia que encendió mi curiosidad: mientras recorría Toronto en busca de «un sofá enorme con un puf o algo así», palabras textuales, y «una tele tan grande que pueda ver los pelos de la nariz de los comentaristas deportivos durante los partidos», los blogs de cotilleos estaban revolucionados con la noticia del divorcio del veterano jugador de *hockey* Matt Eriksson.

Entonces me fijé detenidamente en el nombre de usuario, Tirador87.

Se llama tirador porque es un delantero con puntería letal. Y el número de camiseta de mi jugador favorito es… el 87.

Aun así, puede ser una mera coincidencia o, tal vez, ese tipo solo es otro fan obsesivo. Que los hay. En la base de datos de Fetch hay una usuaria que se llama TaylorSwiftreal, y estoy segura en un noventa y nueve por ciento de que no es la verdadera Taylor Swift.

Fetch se diferencia de la competencia en que ofrecemos a los clientes la opción de anonimato; los fetcheros que los atienden desconocen su identidad real. Pensamos en los famosos cuando diseñamos esa función. Tirador87 tiene marcada la casilla de privacidad en su perfil. De ahí el misterio. Pero cada día, mi curiosidad aumenta.

Me tiembla la mano sobre el ratón cuando hago clic en el enlace.

En la pantalla se reproduce un vídeo, sin sonido, de baja resolución. Al fondo, alguien se mueve por un piso amplio, de concepto abierto.

Allí se ve el sofá modular que elegí y los cojines perfectamente colocados en una habitación muy bonita y luminosa.

—¡Dios mío, tiene terraza! —suelta Jenny—. ¡Y esa cocina! Uff… Podría subirse contigo a esa isla y hacértelo ahí mismo.

—¡Jenny! Concéntrate.

El tipo en la pantalla camina lentamente por la habitación, como un inspector de policía investigando una escena del crimen. El imbécil se detiene en cada objeto, lo examina, lo toca, lo estudia, y mientras acaricia un libro, un marco de fotos y un montón de sobres que ha encontrado sobre una mesa, un labrador negro lo sigue con

la correa en la boca y una cara de estar completamente abandonado.

—¡Ay! —exclamo—. El pobre perrito se hace pis y ese gilipollas está leyendo el correo de nuestro cliente. —Se me encoge el estómago—. Todo esto es culpa mía.

Pero la cosa va a más.

Me dejo caer con la cabeza entre las manos justo cuando el imbécil coge el móvil y empieza a sacar fotos del apartamento del cliente.

—No es culpa tuya —dice Jenny, dándome una palmadita en la espalda—. Encontraste un servicio de paseadores de perros. No salió bien, a veces pasa. Ahora… —Agarra el ratón y retrocede el vídeo hasta un fotograma anterior—. Mira esta parte otra vez. Creo que eso es una camiseta firmada colgada en la pared.

Levanto la cabeza.

—¿En serio? —Me da un vuelco el corazón.

—Sí. Fíjate. Ahí. El reflejo del cristal lo tapa un poco, pero eso parece una manga. ¿Es… una camiseta de los Rangers?

Si alguien puede detectar ese detalle, aunque esté en blanco y negro, es Jenny. Tiene una vista de halcón.

—¡Guau! Sí… ¡Pero eso no prueba nuestra teoría! Puede ser simplemente un aficionado al *hockey.* Además, ¿por qué colgaría un jugador una camiseta firmada en su propia pared?

—Los jugadores también son fans.

—Siempre tienes respuesta para todo —gruño.

Jenny resopla.

—Es muy fácil callarme, ¿sabes? Solo tienes que abrir el maldito perfil del cliente y mirar de una vez. Nos estás torturando a las dos.

—Todos los clientes que marcan la casilla de privacidad tienen derecho a mantenerla.

Pone los ojos en blanco.

—Seguro que te arrepientes de haber inventado esa opción cuando fundaste la empresa.

—Se me ha pasado por la cabeza.

—Mira. Me parece muy respetable que no permitas que los más de treinta fetcheros sepan los nombres de ciertos clientes. Pero tú eres la dueña y él confía en ti: te ha dado su nombre, su dirección, su tarjeta Amex Black y hasta su talla de ropa interior. Los términos del servicio dicen que tú y Jackson podéis acceder a esa información. Así que acaba con tu miseria y míralo de una vez.

—Puede que otro día —respondo para cambiar de tema—. Ahora mismo tengo que arreglar este asunto.

Jenny suelta un gruñido.

—A veces juraría que te han abducido los extraterrestres. La Hailey que yo conozco no es una cagada intergaláctica.

—¿Una qué?

—Una cobarde —responde. Me encojo un poco, pero ella sigue—. La Hailey que conocí hace unos años era una emprendedora sin miedo, con toda la iniciativa del mundo. ¿Qué te pasó, cariño?

Me divorcié. Eso fue lo que pasó.

Pero ella no ha terminado conmigo.

—Podrías estar a punto de conocer al hombre de tus sueños, ¿sabes? Solo tienes que llamarlo y darle las gracias por ser un cliente tan fiel. Preséntate, explícale lo mucho que valoras su gran… volumen de pedidos —dice guiñando un ojo.

—¡No! —respondo, escandalizada.

—¿Por qué? Tienes que volver al ruedo, empezar a conocer hombres. Tad, el técnico, también quiere salir contigo. Pero no le haces ni caso.

—No es cierto —respondo. Menuda tontería.

Jenny pone cara de exasperación.

—Acabo de verlo invitarte a tomar un café. Lo has ignorado por completo.

—No lo ha dicho en ese plan.

Mi amiga me pone una mano en el hombro.

—Te lo aseguro.

—Que no, mujer.

—Se pone una gorra del Toronto cada vez que cree que va a verte, y sé con certeza que no es hincha del Toronto. ¡Le oí decirle a Dion que era de los Bruins!

—Vaya…

—Veo que lo has pillado.

—A veces soy un poco lenta —admito. ¿Tad, el técnico, hincha de los Bruins? Aunque me gustara, no funcionaría. Con mi equipo no se juega. Soy leal hasta la muerte.

—Eres lenta para ciertas cosas —dice Jenny—. Aunque ya no puedo seguir acosándote, porque me voy a comprar pilas para un tipo obsesionado con su pene. ¡Hasta luego!

—Hasta luego.

Se va y yo vuelvo al mensaje de Tirador87. Desde el ordenador, con unos pocos clics, podría averiguar su identidad. Y estoy tentada. Pero descubrir la verdad me plantea dos problemas.

Primero, si Tirador87 no es Matthew Eriksson, el delantero más sexi y rudo del equipo de Toronto, perderé la ilusión. El hecho de que parte de mis días giren en torno a ayudar a alguien que podría ser mi amor platónico de toda la vida me parece, honestamente, lo más romántico que me ocurre en estos momentos. Si no es él…, prefiero no saberlo.

Y segundo, si consulto su ficha, me convierto en una acosadora. Como el paseador entrometido del vídeo. Por ahora, solo especulo sobre quién podría ser el cliente. Es un juego que me he inventado para entretenerme. Pero si confirmo que él es en realidad Matt Eriksson, habría traspasado una línea que no se debe cruzar. Él usa Fetch porque garantizamos el anonimato. Y mantener esa promesa es un pilar fundamental de nuestra empresa.

Basta de teorías. Hay un problema real que resolver. Abro una ventana de chat en la aplicación de Fetch.

HTE: ¡Hola, Tirador! Siento mucho lo del paseador de perros. Informaré inmediatamente a la empresa de su comportamiento. Por supuesto, Fetch no volverá a contar con

él. Ver el vídeo me ha revuelto el estómago y me siento fatal por todo esto.

HTE: Solo contratamos servicios con cuatro estrellas o más, bla, bla, bla…, pero no es excusa.

Inmediatamente aparecen los tres puntitos que indican que el interlocutor está escribiendo. Y al instante, siento un cosquilleo totalmente inapropiado en la entrepierna.

He hecho muchos trabajos para este cliente, así que hablamos bastante. Y me gusta. Más de lo que debería.

Tirador87: ¡Tranquila! Sé que Fetch es increíble. Tú en concreto. Por eso siempre contacto contigo directamente. Y estas cosas suceden a veces.

Tirador87: Ya he mandado un mensaje demoledor a Wag Walkers para prescindir de sus servicios. Y no ha sido culpa tuya, H. Confío plenamente en ti. Pero ¿qué hacemos ahora? Estoy fuera de la ciudad y Rufus necesita que lo paseen esta noche y mañana por la mañana.

HTE: Estoy buscando otro paseador ahora mismo.

Tirador87: ¿Hay alguna posibilidad de que lo pasees tú? Sé que va contra la política de empresa entrar en casa de los clientes (me lo dijeron cuando pedí que montaran las camas de mis hijas), pero es una emergencia. Ni siquiera hace falta que

entres. Solo abre la puerta con mi código de seguridad y silba. Si dices «paseo», Rufus te llevará la correa.

Dudo. Y luego dudo un poco más.

Tiene razón sobre lo de la política de empresa. Nuestros empleados ofrecen tres servicios:

(1) Reservas y gestiones a través de internet.

(2) Compra y entrega de productos.

(3) Contratación de servicios locales.

Eso cubre nuestro seguro laboral. Por lo tanto, siempre subcontratamos cualquier otra tarea. Sin excepciones.

Pero he metido a un acosador en su casa. Y si llegan a filtrarse fotos de su apartamento me moriré del bochorno.

HTE: De acuerdo. ¿Qué te parece si envío a un trabajador de confianza a pasear a Rufus? Alguien que adora a los animales.

Tirador87: Eres la mejor. Gracias, H.

Sus palabras me dejan una sensación cálida y blandita en el pecho.

Pero si Jackson se entera de lo que estoy a punto de hacer… se enfadará muchísimo.

Será una misión secreta. Ni siquiera Jenny puede saberlo.

CAPÍTULO 2

Dulce como yo



MATT

El partido contra Chicago ha sido una carnicería. Hemos perdido cuatro a tres, y cuando regreso hecho polvo a los vestuarios para ducharme y cambiarme, cada músculo de mi cuerpo tiene *rigor mortis.*

Los últimos dieciocho meses han sido una lección de humildad: mi mujer me ha dejado y he cumplido los temidos treinta. A los treinta años no eres viejo, salvo si te dedicas a jugar profesionalmente al *hockey.* Sí, quizá seguiré unos cinco años en activo, pero parece que he comprendido que cada uno será más duro que el anterior.

Y no lo soporto.

El hecho de estar rodeado de chicos jóvenes, corpulentos y nada artríticos no ayuda mucho. Como Ryan Wesley, que tiene veintitrés años y se acerca a su taquilla con toda la energía del mundo. Cualquiera pensaría que ha pasado las tres últimas horas descansando en una tumbona en la playa en lugar de patinando como un loco y marcando dos goles.

Will O'Connor, nuestro nuevo delantero, tiene veintitantos, pero se comporta como un crío. Lleva el pecho al aire, los pantalones de *hockey* desabrochados y una toalla colgando del cuello, se acerca bailando por el vestuario y se detiene delante de mí y Blake Riley, que también ha marcado un gol hoy. Desafortunadamente, los goles de Blake y Wes no han sido suficientes.

—Ey, Riley —dice O'Connor, alargando las palabras a la vez que se pasa una mano por el pelo ondulado. Tiene pelo de guaperas y cara de guaperas. Es…, bueno, un guaperas. Y su arrogancia hace juego con su atractivo.

—Ey, O'Connor —lo imita Blake.

—Lemming y yo vamos al bar de la azotea. Al parecer, está de puta madre. ¿Te apuntas?

Blake niega con la cabeza.

—No. He quedado.

O'Connor frunce las cejas rápidamente y yo hago lo mismo porque, que yo sepa, Blake seguía viviendo felizmente con Jess Canning, la cuñada de Wes. Giro el cuello rápidamente hacia Blake y él me responde con una carcajada.

—Relaja la raja, Pastelito —suelta Blake—. Es una cita por Skype con mi bombón.

Me tranquilizo. Pero solo un poco, porque el muy capullo sabe lo mucho que me molestan sus apodos ridículos.

—Salúdala de mi parte —respondo.

—De acuerdo. —Blake sonríe de oreja a oreja—. Bueno, si me acuerdo. Puede que se me pase, ya sabes, porque el sexo por Skype con Jess siempre me deja en una especie de coma.

O'Connor pone una expresión de exasperación total.

Unas cuantas taquillas más allá, Wes se queja:

—Tío, que estás hablando de mi hermana —grita—. No puedes decir las palabras «sexo por Skype» y «Jess» en la misma frase.

Blake se ríe.

—Ah, ¿sí? ¿Y tú puedes mirar las fotos guarras que te manda tu pareja cuando estás a mi lado en el avión?

—¡No eran fotos guarras! —protesta Wes. Mira a su alrededor, a los compañeros de equipo que ríen, con las mejillas ruborizadas—. ¡Me ha mandado fotos de su traje nuevo! Estaba vestido.

O'Connor suspira y se vuelve hacia mí.

—Y tú, qué, ¿Eriksson? ¿Vienes al bar?

—Paso —respondo. En primer lugar, porque es noviembre, ¿a quién le apetece estar en una azotea? Y, en segundo lugar, estoy cansadísimo.

—Nenaza —me acusa O'Connor. A continuación, suelta una carcajada—: De hecho, las nenas son lo que tú te vas a perder.

Le sonrío con suficiencia.

—Niñato, yo ya follaba cuando tú estabas en secundaria. Me ficharon para el equipo a los dieciocho, ¿recuerdas? Y todos sabemos que a las fans les encantan los yogurines.

—Porque es más fácil timarlos para que se casen —responde O'Connor—. Y eso es lo que te pasó a ti, abuelete.

No es cierto. A mi exmujer ni siquiera le gustaba el *hockey.* De hecho, todavía sigue cambiando el canal cuando emiten un partido. Y durante los seis años que estuvimos casados, me recordaba continuamente que era un deportista cateto que había dado un braguetazo.

Muchas cosas del mundo del *hockey* no le gustaban, y me responsabilizaba de toda la atención femenina que recibía. Como si fuera culpa mía que las *groupies* se nos echaran encima a mí y al resto del equipo o que coquetearan conmigo cada vez que salía de casa.

La atención es agradable, pero nunca le fui infiel a mi mujer. Ni de coña. He mantenido la bragueta cerrada desde que di el sí quiero hasta la horrible mañana que firmé los papeles del divorcio y contemplé, desolado, cómo se secaba la tinta.

—Lo que tú digas —respondo a O'Connor, porque a él no le incumbe el motivo de mi divorcio—. Este abuelete se va a su hotel a dormir. No os muráis de frío en la azotea.

El chaval me guiña un ojo.

—No te preocupes, encontraré a una hincha del Chicago que me mantenga bien calentito.

—Que vaya bien —digo. Me cuesta creer que yo antes fuera así: tan descarado, engreído y obsesionado con el sexo. Hoy en día, lo único que me preocupa es pasar más tiempo con mis hijas.

Salgo cansado de los vestuarios con Blake y Wes, que están absortos con los móviles. En el exterior, el autocar espera para llevarnos de regreso al hotel. Me siento al lado de Blake y cierro los ojos durante el corto trayecto. Sí, me siento un carcamal. Acabo de cumplir los treinta y me parece que ya tengo un pie en la tumba. Bueno, vale, exagero muchísimo, pero es que estoy… cansado.

La lucecita verde que me permite el acceso a la habitación del hotel es lo mejor que he visto en todo el día. Me desnudo en cuanto la puerta se cierra. Necesito dormir.

Pero antes tengo que comprobar cómo está Rufus.

La aplicación del iPad del sistema de seguridad de mi casa me muestra una imagen del apartamento. Todavía me resulta un poco frío, a pesar de que Hottie, de Fetch, se encargó personalmente de amueblarlo.

Y se ha superado con creces. El mobiliario y la vajilla son bonitos pero sutiles. Solo le dije cómo estaba distribuida la casa, le supliqué que me ayudara, y ella se puso manos a la obra. Yo ni siquiera sabía qué había que comprar, pero Hottie se ocupó de todo, incluso de cosas que yo habría pasado por alto, como las toallas de manos y una jabonera para cada cuarto de baño.

Hasta encontró una especie de marco para colgar los dibujos de las niñas en la pared. Ahora solo tengo que colocar cada dibujo detrás del cristal y queda enmarcado como por obra de magia. No veo a las niñas tan a menudo como me gustaría, así que tener sus dibujos cerca para que me recuerden a ellas es muy bonito.

En definitiva, si me siento solo en el apartamento no es por culpa del piso.

Y luego, hace dos semanas, tuve que usar la aplicación de Fetch para pedirle a Hottie que me consiguiera una cama y un comedero

para el perro. Mi mujer decidió, sin previo aviso, que Rufus era demasiado para ella. Recibí un mensaje en el que me pedía que decidiera si lo mandaba a la perrera o me lo quedaba yo.

A la perrera. ¿Qué clase de persona hace algo así? Aunque no debería sorprenderme, porque si me echó de casa a mí, ¿por qué iba a pensar que trataría mejor al perro?

La cámara de seguridad se enfoca inmediatamente sobre mi amiguito peludo, que está durmiendo felizmente en el sofá, con la barbilla apoyada sobre las patas.

—Hola, peque —digo, aunque no me puede oír. A continuación, arrastro el dedo por la línea temporal en la parte baja de la aplicación, rebobino las imágenes del día y entrecierro los ojos para observar las imágenes en miniatura. Rufus jugando sobre la manta con un mordedor. Rufus echándose una siesta. Rufus cenando y…

Ahí está. Hay una persona en mi piso. Rebobino las imágenes un poco más para ver cómo empieza el encuentro y a continuación reproduzco el vídeo a velocidad normal. La puerta se abre y aparece una mujer joven. Solo consigo atisbar su cuerpo esbelto antes de que se ponga de rodillas delante de Rufus, que, desconfiado, se baja del sofá. El perro la olfatea rápidamente y ella se inclina con cariño hacia él, le ofrece las manos y le dice algo que me encantaría poder oír.

La cola de Rufus empieza a moverse rápidamente de un lado al otro y no lo culpo. La chica, que va de rollo roquero *punk,* es guapa. Tiene el pelo largo, negro, con un flequillo despeinado, unos ojos enormes y las orejas totalmente plateadas. ¿Cuántos pendientes lleva? Entrecierro los ojos, pero no lo distingo porque a la imagen le falta definición. Le pregunta algo a Rufus y debe mencionar la palabra «paseo», porque el perro salta de felicidad, y cuando va rápidamente a por la correa resbala en el suelo de madera.

Un instante después, salen juntos por la puerta. No rebusca en mi casa. Menos mal.

Me fijo en el reloj para ver si la nueva paseadora de perros le ha dado un buen paseo a mi perrito, pero en la pantalla solo aparece el

apartamento vacío, así que abro la aplicación de Fetch, porque tengo una teoría.

En la página de inicio hay una fotografía que veo cada vez que entro en la web. Es una mujer atractiva en una oficina. Tiene el pelo negro recogido en un moño despeinado, que le deja a la vista la suave piel del cuello, y muerde un lápiz con los dientes. Siempre que uso Fetch, que es casi todos los días, la admiro. Podría ser perfectamente una fotografía de un banco de imágenes. Pero cabe la posibilidad de que sea Hottie, la mujer que se ocupa de mis asuntos.

Bueno, no se llama Hottie. Pero como no sé qué significa HTE, mentalmente leo «Hottie», 'pibón' en inglés. Y, algo patético, es la única mujer con la que hablo a diario y ni siquiera nos conocemos personalmente.

Pero estoy convencido de que es la persona que hoy ha ido a mi casa. La mujer que he visto por la cámara de seguridad se parece mucho a la que admiro en la página de inicio.

Se parece muchísimo.

La aplicación de la cámara de seguridad pasa bastante rato sin mostrar ningún tipo de actividad. Me lavo los dientes y me preparo para acostarme. Echo un vistazo a los resultados de los otros equipos de *hockey* que han jugado hoy para valorar cómo va la competición.

Finalmente, vuelvo a ver movimiento en la cámara. La puerta se abre y Hottie entra en casa con Rufus. La cola incesante de Rufus le golpea en la pantorrilla a la chica, que lleva unos vaqueros ajustados que le hacen unas piernas kilométricas.

Entonces, Hottie se agacha y besa la nariz de Rufus.

Es un tío con suerte.

A pesar de que estoy agotado, hago clic sobre el icono del chat de la aplicación Fetch en lugar de cerrarla. Lo más probable es que Hottie esté durmiendo, pero le mando un mensaje rápido de todos modos.

Tirador87: Parece que Rufus se lo ha pasado bien con la nueva paseadora. ¿Cómo ha ido?

Para mi sorpresa, aparecen unos pequeños puntitos en la pantalla que indican que alguien está escribiendo una respuesta. Un segundo más tarde, recibo su mensaje.

HTE: Tú me dirás. El cliente es quien decide si ha ido bien o no.

Tirador87: Parece que sí. Lo puedes sacar a pasear mañana también, ¿verdad?

Tarda un momento en responder.

HTE: Puedo mandar a la misma persona si te ha parecido bien.

Observo la pantalla un momento. No sé por qué, pero estoy convencido de que ha sido ella quien ha sacado a pasear a Rufus. Quiero que lo admita, aunque, insisto, no sé por qué me importa tanto. Llevamos casi un año chateando, pero no es mi novia virtual ni nada por el estilo.

Mantenemos una relación estrictamente profesional, pero… no lo es. Esta mujer me ha decorado el piso y conoce la marca de calzoncillos que uso. Llegados a este punto, es algo personal. Sabe que estoy divorciado y que me gustaría ver a mis hijas más a menudo. De hecho, fue a ella a quien se le ocurrió la idea de comprar a las niñas las mismas camas que tienen donde yo vivía antes. «Así se sentirán como en casa también en la tuya», sugirió.

Tirador87: Me ha parecido muy bien.

No creo que el comentario haga justicia a la situación, así que añado:

Tirador87: Estoy muy agradecido. Además, es guapa.

Envío el mensaje sin pensarlo y no me sorprende que tarde en responder.

HTE: ¿¿Le estás tirando los trastos a mi empleada??

Tengo que aguantar para no responderle: «No, te los estoy tirando a ti».

Sinceramente, me sorprende que la idea se me haya pasado por la cabeza. Desde el divorcio, casi no he pensado en ninguna mujer. Bueno, eso no es del todo cierto. Soy un hombre; me he masturbado a menudo y he mirado porno. Pero no he intentado acostarme con ninguna chica de verdad. Rechazo a muchísimas pretendientas cuando estoy en el bar con los compañeros de equipo. Me encuentro en una especie de limbo extraño. Siento que soy demasiado viejo para rollos de una noche, aunque estoy demasiado saturado para algo más serio. Eso me deja una sola opción: el celibato.

Tirador87: Solo he dicho que la persona que ha sacado a mi perro es muy mona.

HTE: Me aseguraré de decírselo (sarcasmo).

Tirador87: ¿Le gusta el hockey?

HTE: ¿Por qué lo preguntas?

Tirador87: Por curiosidad.

HTE: Creo que sí. ¿Y a ti?

Suelto una carcajada.

Tirador87: Prefiero el ajedrez, aunque el hockey no está mal. Pero es muy violento para alguien tan dulce como yo.

HTE: Ajá. Seguro que sí.

Entrecierro los ojos. Me da la sensación de que ahora es ella la que me incita. De hecho, estoy convencido, porque tiene que saber perfectamente quién soy. Cuando empecé a usar Fetch, varias personas se ocupaban de mis encargos, pero últimamente siempre los atiende HTE, y bajo su firma pone que es la copropietaria y directora. Es cierto que pedí mantener el anonimato, pero supongo que eso lo reservan para los empleados. Como jefa, HTE tendrá acceso a los perfiles de todos los clientes, lo cual quiere decir que sabe perfectamente que soy Matt Eriksson, el delantero del Toronto.

Tirador87: Es broma. El hockey es lo mejor. ¿Qué haces despierta tan tarde?

Una pausa muy muy larga. Casi puedo oír el tono poco entusiasta de su respuesta.

HTE: Me he quedado despierta para ver el partido del Chicago

y ahora estoy demasiado alterada para dormir.

No puedo evitar sonreír de oreja a oreja. Joder, ¿por qué disfruto tanto de esto? Además, mi agotamiento parece haber desaparecido como una bocanada de humo. Hablar con Hottie siempre me pone de buen humor.

Tirador87: Espero que no te hayas quedado muy tocada porque ha perdido el Toronto.

HTE: Pues sí. Estoy desconsolada.

Mis dedos se mueren por responder: «No me importaría ir a consolarte…». Y no se me daría nada mal. Se me ha despertado la libido de repente. Se me está poniendo dura… y ni siquiera estamos hablando de nada sexual.

Tirador87: Asegúrate de mandar a la misma persona para sacar al perro por la mañana, a las diez. Puede que le espere algo sobre la encimera de la cocina.

HTE: ¿Y eso qué significa?

Tirador87: No te preocupes.

Aunque…, mierda, ahora tengo que encontrar un modo de dejar el regalito en el piso, y yo sigo en Chicago. Le doy vueltas al asunto hasta que se me ocurre una idea: «Katie Hewitt», pienso, triunfante. La esposa de mi compañero de equipo tiene una copia de la llave de mi casa y es más que capaz de hacerme el favor. Katie es una supermujer.

HTE: ¿¿Qué quieres decir con que habrá algo sobre la encimera??

Sin dejar de sonreír, ignoro la pregunta y escribo tres palabras cortas.

Tirador87: Buenas noches, HTE.

HTE: ¡Responde a la pregunta, Tirador!

HTE: A los de Fetch no nos gustan las sorpresas.

HTE: ¿Tirador? ¿Estás ahí?

HTE: ¿Tirador?

CAPÍTULO 3

Un fetiche por los hombros



HAILEY

Después de la conversación con Tirador, me paso toda la noche dando vueltas en la cama. Cuando suena la alarma, a las seis y media del día siguiente, gruño ruidosamente al techo.

Ha dicho que le parezco guapa. ¡Lo ha dicho más de una vez!

Puede que sea la chica más patética del mundo, pero leí y releí la conversación un centenar de veces antes de apagar la luz e intentar dormir.

No tendría que haber coqueteado con él. Pero ha sido muy divertido.

Cuando finalmente consigo llegar a la oficina, el tiempo pasa muy lento. Me reúno con el programador de la empresa para hablar de una nueva función para la aplicación móvil, pero miro constantemente el reloj.

Me muero por sacar a pasear al perro. En esto se ha convertido mi vida. Vale, el perro es muy agradable, pero, aun así.

Cuando se acercan las diez, termino la reunión y echo al programador de mi despacho. No quiero llegar tarde a pasear a

Rufus. Y, maldita sea, tengo otra petición bloqueada, pendiente en la lista de encargos: otra solicitud del señor Rabo.

Le envío un mensaje a Jenny, que aparece en mi despacho al instante.

—¿Qué ha hecho ahora? —me pregunta, impaciente.

—Todavía no lo he abierto, porque sé que no te gusta perderte ni un detalle.

—Eres la mejor amiga que una puede tener —dice Jenny, contoneándose alrededor de mi escritorio para colocarse detrás de mí—. ¿Quieres que salgamos a tomar algo mañana por la noche? Hoy no puedo, tengo entrenamiento de *roller derby.*

—Vale. —A Jenny le encanta llevarme a los bares para que conozca a algún tío decente. Nunca le sale según lo previsto, pero me resulta más divertido que quedarme sola en casa como una pringada—. ¿Pero te importa elegir un bar en el que tengan tele? Jugamos en casa contra el Buffalo y creo que este partido lo podemos ganar. Estoy muy emocionada.

Mi amiga suelta un quejido.

—No quiero ir a un bar deportivo. Me apetece algo elegante, no un antro que apeste a cerveza, con el suelo lleno de cáscaras de cacahuetes.

—También estará lleno de hombres —señalo.

Frunce el ceño, pensativa.

—Lo pensaré.

—Así me gusta. —Hago clic sobre la solicitud del señor Rabo. Pone: «Señorveintecentímetros necesita: un kimono de seda».

—¡Madre mía! —suelta Jenny—. Esto pinta bien.

Y el señor Rabo no decepciona: quiere un kimono de la talla M de hombre. Exige que mida como mínimo ciento veintidós centímetros de largo y que sea de seda cien por cien, el color le da igual.

Cómo no, hay una foto. Se ha recortado la cara y es una pena, porque Jenny y yo hace mucho tiempo que sentimos curiosidad por saber quién es, pero se ve el cuerpo de un hombre: solo lleva unos

calzoncillos de color azul llamativo que no disimulan en absoluto la erección, ladeada, y pone a prueba la resistencia de la tela.

Jenny suelta una risita, pero yo tengo prisa.

En la imagen, al hombre le cuelga una cinta métrica desde los hombros, pasa junto a la erección y le llega hasta la rodilla. Amplío la imagen donde termina la cinta y veo que mide ciento veintisiete centímetros.

—¿Crees que podrás encontrarle un kimono? —pregunto—. Usa mi ordenador si quieres. Tengo que salir a hacer algo. —Echo un vistazo al reloj y veo que ya casi es la hora de sacar a pasear a Rufus.

—Un momento. ¡Amplía la imagen! ¡Por fin podemos verificar si el Señorveintecentímetros dice la verdad! La cinta métrica no está bien puesta, así que tendremos que hacer un poco de trigonometría para ver si tiene una hipotenusa de veinte centímetros. Podemos usar el teorema de Pitágoras…

—Me voy —digo levantándome de la silla—. En veinte minutos te mando un mensaje. Si te cuesta encontrar el kimono, ya pensaremos algo.

Jenny se sienta en la silla que he dejado libre, pero me sigue con los ojos mientras agarro la chaqueta y me la pongo rápidamente.

—Estás un poco rara.

—Es que voy con retraso. ¡Adiós! —Huyo y dejo a Jenny allí pensando y con un poco de suerte comprando el kimono para el cliente rico con el pene enorme.

¿No es divertido mi trabajo?

El piso de Tirador está solo a un par de manzanas del despacho, así que si corro un poco solo tardaré unos minutos en llegar. Hoy me he puesto los zapatos cómodos para salir a pasear con Rufus. El edificio es de los que tienen un portero con botones brillantes que te abre la puerta.

—He venido a sacar a pasear a Rufus, del 303 —le digo.

—Se alegrará de verte. Han pasado ya unas horas desde que lo he dejado salir a aliviarse en mi pausa para fumar. Adelante, sube.

El ascensor me lleva a un pasillo enmoquetado que amortigua el sonido de los pasos. La puerta de Tirador se abre con un teclado numérico. El código es 1967, el último año que el Toronto ganó la Copa Stanley.

Pero bueno, estamos en Ontario, así que es probable que la mayoría de los códigos de seguridad y contraseñas de los cajeros automáticos sea 1967. Nos encanta el *hockey.*

—¡Guau! —ladra Rufus, saltando del sofá. Es un saludo alegre y va acompañado de un movimiento de cola que le sacude el cuerpo entero. Me agacho y lo acaricio. El perrito gira sobre sí mismo, olfatea y brinca a mi alrededor. «Mira qué bueno soy», afirma su lenguaje corporal. «Llevo cuatro horas en casa y no me he comido los muebles de papá».

—Eres un perrito muy bueno —le reconozco—. El mejor. ¿Por qué no vas a buscar la correa para que salgamos a dar un paseo?

Sale a toda prisa, yo me pongo de pie y me vuelvo hacia la cocina impecable, que está en el extremo opuesto de la habitación. En la encimera solo hay dos cosas: un cuenco con fruta que yo escogí a juego con la vajilla de mi cliente.

¡Y un trozo de cartulina blanca doblada y colocada como si fuera una tienda de campaña!

Cruzo la sala porque no distingo qué tiene escrito. Cuando me acerco, veo que hay dos palabras escritas:

Para Hottie

Cuando levanto el papel de la superficie brillante para examinar la caligrafía, encuentro algo debajo: dos entradas para el partido en casa de mañana por la noche.

En la fila D.

Suelto un gritito de alegría antes de recordar que la casa tiene cámaras de seguridad.

Rufus ladra para expresar que está de acuerdo conmigo. Avergonzada, me guardo cuidadosamente la nota y las entradas en

el bolsillo de la chaqueta.

Voy corriendo con Rufus hasta el parque. Entonces, mando un mensaje a Jenny: «Cambio de planes. Acompáñame mañana al partido de *hockey.* Acabo de conseguir unas entradas buenísimas».

«No me digas», responde al instante. «¿Y cómo?».

«Es un secreto» le digo. Pero ¿a quién pretendo engañar? En cuanto regrese a la oficina, me pedirá que se lo cuente todo.

¿Alguien sería capaz de callarse algo así?



Por algún motivo extraño, la tarde siguiente estoy nerviosa. Como si de verdad fuera a conocer a Matt Eriksson, lo que no es cierto. Probablemente nunca lo conoceré. Sin embargo, tardo un poco más de lo normal en el cuarto de baño de chicas y me pinto los labios como si tuviera una cita.

Cuando vuelvo a mi despacho, le envío un mensaje a Jenny. «Salgo ya. ¡Nos vemos en la puerta principal en veinte minutos!». A continuación, guardo las llaves y el móvil en el bolso y me preparo para marcharme.

Pero tengo que tomar una última decisión importante. ¿Me pongo la camiseta del equipo o no? Esa es la pregunta. Llevo todo el día intentando decidirme.

Por un lado, un buen hincha siempre se pone la camiseta del equipo para ir a un partido. Y, vale, lo reconozco, soy un poco supersticiosa. El día que no me la puse, mis chicos perdieron.

Pero es que llevo *Eriksson* en el dorsal. Si sabe los asientos que nos ha cedido y mira para comprobar si hemos ido, prefiero que no se entere de que soy una fan incondicional. Aunque babee cada vez que veo su rostro en la televisión, quiero mantener una imagen seria, por lo menos mientras tengamos una relación profesional.

¿Qué hago?

Si tardo mucho, me perderé el inicio del partido, así que guardo la camiseta en el bolso enorme, salgo del despacho y cierro la puerta con llave.

Al otro lado, echo un vistazo a la zona común, donde están todos los trabajadores. Dion, que será el *quarterback* del turno de noche, me mira y me hace el saludo militar, yo le devuelvo el gesto. Buena suerte. Dion es un trabajador competente y casi nunca me llama durante su turno.

Fetch está abierta las veinticuatro horas del día, los siete días de la semana, para atender a nuestros clientes ricos siempre que lo necesiten. Los servicios de ocho de la noche a ocho de la mañana son más caros. Es lógico desde el punto de vista empresarial. Esta noche hay cinco Fetcheros trabajando y Dion es uno de ellos.

Como hoy es día par, me toca hacer guardia a mí. Cabe la posibilidad de que me llamen y tenga que volver a la oficina en pleno partido para resolver alguna incidencia.

Pero, de momento, la oficina parece tranquila, así que voy hacia la puerta. Justo antes de salir, veo luz por debajo de la puerta del despacho de Jackson. La guardia es mía, me sorprende que siga aquí a las siete y media de la tarde. ¿Habrá algún problema?

Su despacho está a poco menos de un metro de la puerta por el pasillo. Levanto la mano para golpear la puerta, pero me detengo cuando oigo voces.

—La propiedad tiene muy buena pinta —dice Jackson—. Es un sitio inmejorable. Melinda me ha acompañado y le ha encantado el barrio. Es muy bonito.

Se me cae el corazón a los pies. Melinda, ¿eh? Había oído rumores de que Jackson estaba saliendo con alguien. Era algo que terminaría pasando. Pero ¿ya están mirando pisos? ¿Tan pronto?

Me pongo tan nerviosa que casi me pierdo el resto de la conversación. Pero entonces oigo la voz del padre de mi ex y me doy cuenta de que no lo he entendido bien.

—… pasa mucha gente a pie —apostilla el señor Emery—. Y el nivel adquisitivo del barrio es incluso superior al de aquí. En Yorkville

ganarás un pastizal.

—Pero todavía no estamos en condiciones de ampliar el negocio —contesta Jackson con evasivas—. No es el momento.

—¿Y quién tiene la culpa de eso, hijo?

En el breve momento de silencio, siento que un escalofrío me recorre la espalda. El padre de Jackson siempre lo discute todo y a Jackson no se le da muy bien decirle por dónde se puede meter su opinión.

—Papá…

—Compra su parte de la empresa, Jack. Y hazlo ya. No puedes expandir el negocio si permites que Hailey se siga aprovechando de tu éxito.

El escalofrío que sentía se convierte en una ráfaga ártica.

—Eso es injusto —murmura Jackson mientras yo me muero en silencio al otro lado de la puerta. Dice mucho de él que me defienda, pero el simple hecho de que lo mencionen me parece horrible—. El negocio es de los dos.

—Y por eso es probable que la idea de que le compres su parte la entusiasmará —insiste el padre—. Por cómo lo tenéis todo regulado, la pobre no debe de tener ni un céntimo. ¿Y si te dejo medio millón para que le compres la empresa? En cuestión de un año podrías tener oficinas de Fetch en cuatro ciudades diferentes.

¿En cuatro ciudades? No tenía ni idea de que Jackson quisiera abrir oficinas en otras ciudades. Habíamos hablado de expandir la empresa *algún día.*

¿Puede que mi ex haya esperado estos meses para que me dé cuenta por mí misma de que tengo que pasar página? La idea me resulta desconcertante, pero no me extrañaría. Es un buen hombre, a diferencia de su padre. Sería capaz de esperar a que yo decidiera irme, a que fuera consciente de que ha llegado la hora del portazo.

Madre mía. Que me vea fuera del proyecto con tanta facilidad me horroriza. El señor Emery nunca quiso que Jackson y yo fundáramos la empresa, pero en cuanto tuvimos éxito, quiso invertir a la fuerza. Siempre hemos rechazado sus ofertas. O siempre lo habíamos

hecho, hasta ahora. Aunque ahora que estamos divorciados quizá ya no sé con tanta certeza qué piensa Jackson.

Oigo movimientos detrás de la puerta y el miedo a que me pillen me impulsa. Camino dos pasos silenciosos hacia atrás, doy media vuelta y me marcho pitando de allí.

Salgo por patas de la oficina, bajo corriendo las escaleras exteriores sin fijarme en la mampostería ni en los apliques de hierro antiguos. Me encantan las oficinas, apartadas del lujoso mercado inmobiliario de Yorkville. Y me encanta la empresa que construí con mi exmarido.

No me comprará mi parte. No lo pienso permitir.

Mientras voy a toda prisa por Scollard Street hacia el metro no logro deshacerme de la rabia que siento. «Qué te den, señor Emery», yo jamás me he aprovechado del éxito de Jackson. ¡Tendrá morro! Nunca le caí bien.

Y cuando digo nunca, quiero decir nunca, en toda la vida. Ni siquiera cuando a los siete años Jackson y yo trepábamos a los árboles del jardín trasero, entonces ya me ponía mala cara. Desde muy pequeña me dejó claro que yo no era suficientemente buena para su único vástago, que la hija marimacho de una mujer soltera de clase media nunca entraría en su familia millonaria.

La ira me impulsa hasta la estación de metro, pero cuando paso la tarjeta por el torno de acceso, el enfado se convierte en una enorme ola de tristeza.

Después de todo, soy la única persona que conozco que comparte una empresa con su exmarido. Es raro, lo admito. Además, tampoco es que no nos hablemos. Lo veo a diario en el trabajo. O casi. Ya no vivimos juntos, pero decir que lo he superado sería pasarse.

¿Lo superaré algún día?

Cuando tenía diecinueve años, me casé con mi vecino, literalmente. Por aquel entonces, Jackson y yo nos conocíamos de toda la vida. Habíamos crecido en las afueras de Toronto, ambos en casas un poco estresantes. En su caso, porque su padre era un

hombre de éxito muy controlador. En el mío, porque mi madre me maltrataba verbalmente y a veces llegaba a las manos.

Nos refugiamos en nuestra amistad desde muy pequeños y en el instituto nuestra relación pasó de las fiestas de pijama en la casa del árbol a las noches durmiendo juntos en la casa del árbol. Un año después, fuimos a la misma universidad. Y cuando yo tenía diecinueve años, nos casamos una Semana Santa en Las Vegas. De eso hace ya diez años.

El negocio se nos ocurrió hace cinco años, viendo un *reality.* Al principio, no fue más que una idea absurda, pero cuando la empresa de Jackson se trasladó a Vancouver, él se quedó sin trabajo y aquella idea se convirtió en un plan. Yo me despedí del banco para ayudarlo a montar el negocio. Hace tres años conseguimos beneficios por primera vez y desde entonces la empresa no ha dejado de crecer.

Y hace dieciocho meses…, Jackson y yo estábamos tomando un café, sentados a la mesa de su despacho, cuando mencionó con mucha delicadeza el divorcio. «Somos muy buenos amigos. Dirigimos juntos una empresa de éxito. Pero creo que nunca hemos sido la pareja más romántica del mundo», soltó.

Aunque sabía que tenía razón, me dejó destrozada. Y, sinceramente, todavía lo estoy. El rechazo me duele tanto que este último año y medio me he limitado a trabajar como una esclava.

Puede que no tuviéramos la relación más apasionada del planeta, pero la pasión no lo es todo. Somos totalmente compatibles en muchos otros sentidos. Y perder a alguien a quien conoces de toda la vida deja un vacío muy grande.

Ahora su padre quiere separarme de él aún más.

Cuando el metro entra en la estación del estadio de *hockey,* considero la propuesta del señor Emery. Si vendiera mi parte de la empresa, tendría dinero suficiente para mudarme a otro sitio y empezar desde cero. Podría viajar como siempre he querido y luego buscar trabajo.

Alguna vez se me ha pasado por la cabeza distanciarme de Jackson. Pero, ¡coño!, la empresa es de los dos y va de maravilla. Durante toda mi infancia mi madre intentó convencerme de que nunca tendría éxito. Y lo he conseguido.

Aunque sea compartido.

Dejo a un lado mis preocupaciones y me sumerjo en la emoción de una noche de partido. Un rebaño de humanos con camisetas rojas del equipo se dirige hacia los tornos de entrada, y yo busco a Jenny entre el gentío.

—¡Aquí!

Me vuelvo y caigo en la cuenta de que no la he visto porque lleva la camiseta del equipo y parece una de las fotografías que hay en la pared detrás de ella. Lleva la camiseta del capitán del equipo y sonríe de oreja a oreja.

—¡Espabila! —grita—. El partido empieza en quince minutos y todavía tenemos que comprar algo para comer. —Se coloca una pancarta bajo el brazo cuando me acerco.

—Un momento —digo, mirando la cartulina—. ¿Qué pone? —Jenny es un poco más… atrevida que yo y no me extrañaría que el cartel ofreciera una mamada por cada gol marcado.

Inclina la pancarta y levanta el brazo para que vea el mensaje, que dice: «¡Vamos equipo! ¡Este año sí!». Menos mal. Con este mensaje dudo que salgamos en el programa de hinchas locas del canal de deportes.

—Vamos a por bocadillos de carne mechada y a por cervezas. Yo invito.

—No tienes por qué.

—Ya lo sé. Pero así, si el futuro señor Hailey te vuelve a regalar entradas, me tendrás que invitar para compensarme.

—Veo que lo tienes todo pensado, ¿eh?

—Ya te digo. —Me ofrece una sonrisa traviesa y se cuadruplica al instante el cariño que siento por ella. Jenny fue una de las primeras empleadas de Fetch, la contratamos justo antes de abrir las puertas oficialmente. Es una de nuestras directoras y, sin duda, mi mejor

amiga. Técnicamente soy su jefa, pero fingimos que no es así la mayoría del tiempo.

Comparto una empresa con mi ex. Salgo de fiesta con una empleada. Puede que mi vida sea un poco claustrofóbica. ¿Qué le vamos a hacer?

Tras comprar la comida, bajamos hacia los mejores asientos del mundo.

—Ostras —suelto cuando vemos a los jugadores calentando.

—Ostras —repite Jenny abriendo unos ojos como platos al ver que nuestros ídolos pasan patinando a toda velocidad por nuestro lado. Estamos tan cerca de la pista que oímos el ruido de las cuchillas sobre el hielo—. Esto es lo más cerca que he estado en mi vida de vivir una experiencia religiosa.

—Lo mismo dijiste el año pasado cuando fuimos al concierto de U2.

—Pero Bono no estiraba los muslos fortachones a tres metros de distancia. —Jenny suspira de felicidad cuando el corpulento delantero Blake Riley pasa sonriente por el otro lado del cristal. Entonces nos lanza un beso. No, se lo lanza a alguien muy cerca de nosotras.

—¡Te quiero, cariño! —grita alguien a menos de un metro detrás de mí.

Me giro solo por instinto. Una rubia muy guapa saluda a Riley con la mano, y yo me fijo en el hombre que se sienta a su lado.

Entonces, me vuelvo a girar hacia delante con indiferencia fingida y el corazón latiéndome a mil por hora.

—¡Jenny! —grito en cuanto nos ponemos de pie para cantar el himno nacional. Me arriesgo a susurrarle al oído porque una mujer de la fila de atrás canta *O Canada* a un volumen para el que la mayoría de los humanos no tiene la capacidad pulmonar—. Estamos delante de las familias de los jugadores, entre ellos, la pareja de Wesmie.

Jenny pone los ojos como platos y veo que se vuelve para mirar discretamente a Jamie Canning, que es famoso por haberse casado

con el jugador estrella Ryan Wesley.

—Estos asientos son una pasada —susurra—. Más te vale seguir paseando al perro, señorita. Quiero volver la semana que viene.

Entonces veo a Matt Eriksson y el pulso se me acelera. Sale patinando con Wesley y Blake; los tres se colocan en sus posiciones para el saque. Está totalmente centrado en el disco y una expresión seria le marca el rostro muy masculino.

Me tenso al caer el disco y ni siquiera sé por qué. Salen todos disparados como una bala cuando Wesley consigue el disco y se lo pasa a Eriksson. Se me escapa un gritito de emoción y me inclino hacia delante en mi asiento.

Soy una chica de Toronto totalmente en su salsa. ¡Oídme gritar!

—¡Acaba con ellos, Matty! —chillo.

—¡Ay! —protesta Jenny, tapándose la oreja—. Contrólate. Ni los de U2 gritaban tanto.

—Lo siento.

—¡Los aficionados al *hockey* no se contienen! —grita la mujer de detrás de nosotros—. ¡A por ellos, Blakey! ¡Trincha ese pavo!

—¡Eso! —suelto—. ¡Cómetelo con patatas!

—Vaya —dice Jenny con los ojos como platos—. Sabía que te gustaba el *hockey,* pero no que…

No termina la frase porque el equipo se acerca a la portería. Wesley pasa el disco a Eriksson, que dispara y… Se me para el corazón.

Nada. El portero del Buffalo se marca un paradón con la punta del guante que saldrá en todas las repeticiones y el defensa manda el disco a la otra punta.

—¡Buen intento! —grita Jenny, creciéndose.

Los siguientes veinte minutos están cargados de acción y nos olvidamos de todo lo que no tiene que ver con el partido. La primera parte es rápida e intensa. Nuestros chicos no consiguen marcar, pero se lo están poniendo muy difícil a los del Buffalo.

—Hemos tenido diecisiete ocasiones de gol —se queja Jenny, que se termina la cerveza cuando suena la bocina—. El portero debe de

haber ido a misa esta mañana o algo parecido.

—Da igual —gruño con la voz ronca—. Ganaremos. Lo presiento.

Vamos al cuarto de baño y compramos dos cervezas más. Ponen la cámara del beso y hago caso omiso a la pantalla gigante. Hoy no soy la chica que se divorció a los veintisiete. Soy una chica de fiesta que ha conseguido asientos para el mejor partido del mundo.

Y por una vez, el universo está de mi parte. Marcamos tres goles en la segunda parte y dos más en la tercera. Matt Eriksson marca uno y da una asistencia, y yo grito a pleno pulmón para animarlo en ambas ocasiones. Los del Buffalo no nos pueden seguir el ritmo, y a tres minutos del final, en el marcador aparece un cinco a dos a nuestro favor.

Estoy cansada y sudada cuando mis héroes se preparan para otra confrontación. Saben que van a ganar y el estadio entero ruge de emoción.

—Ostras —suspiro, abanicándome el rostro sonrojado—. Es muy estimulante. Hace más de un año desde la última vez que…

—¿Follaste? —pregunta Jenny.

—… Vi un partido de *hockey* en el estadio —respondo, aunque lo otro también es cierto.

—¡Vaya! —dice Jenny, y dirijo mi atención al hielo otra vez. Evidentemente, mi mirada va directa a mi jugador favorito—. Van a penalizar a Eriksson por poner una zancadilla.

Así es, el locutor anuncia que tiene que quedarse dos minutos en el banquillo y, de repente, mi amor platónico patina hacia mí con expresión de enfado. Nunca lo he tenido tan cerca. El movimiento de sus hombros con cada paso me produce hambre, por algún motivo extraño.

¿Es muy raro que los hombros sean un fetiche? «Céntrate», me digo cuando se sienta. «De todos modos, lo que ves son las protecciones», aunque eso solo me despierta más curiosidad por saber qué esconden debajo.

Entonces, gira la cabeza y me mira fijamente.

—¡Madre mía! —grita Jenny.

Yo he pensado lo mismo. Me he quedado helada, como una de las víctimas del señor Frío de los cómics que Jackson colecciona. Me doy cuenta de que lo estoy mirando fijamente y puede que tenga la boca un poco entreabierta. ¡Pero esos ojos grises tan sensuales! Las fotos de la prensa no engañan.

Noto que Jenny hace algo a mi izquierda y se mueve. Yo no miro. Sigo helada.

Pero entonces, juro por Dios que el atisbo de una sonrisa cruza la boca tan sensual de Eriksson antes de volver a girarse para ver lo que ocurre en la pista. Y el hechizo se rompe. Me giro hacia Jenny con la boca abierta para decirle algo. Tiene la pancarta en las manos. No, tiene una pancarta totalmente diferente.

—¡Madre mía! ¿Qué has hecho?

—Solo es una broma —dice, intentando esconder el cartel debajo de la silla.

—¡Jenny! —grito, la agarro de la muñeca y le echo otro vistazo a la cartulina.

El cartel dice: «Hottie está soltera».

—¿Qué…? ¡Ay, no! ¿Por qué lo has hecho? —Siento que una ola repentina de vergüenza me recorre el cuerpo.

Me agarra de ambas muñecas con un movimiento ninja.

—Respira, ¿vale? Ha dicho que eres guapa. Te llama Hottie, por el amor de Dios. Yo solo le he dado un empujoncito.

—¡Es un cliente!

—¡Me da igual! Es tu vida, Hailey. Solo tienes una. La Hailey de antes era la tía más segura de sí misma que he conocido en mi vida. Siempre hacía todo lo posible por conseguir lo que quería. Haz que vuelva, ¿vale? Quita esa expresión mustia de perrito triste y enróllate con él. Te lo suplico. Aunque te dé un ataque de maripositis, valdrá la pena.

—¿Un ataque de qué? —Jenny siempre se inventa palabras, pero estoy demasiado nerviosa para entender qué quiere decir ahora mismo.

—De nervios. De mariposas en el estómago. Pero si casi te da un aneurisma cuando te ha mirado.

—No es cierto —miento—. Ha sido al ver tu pancarta ridícula.

Jenny se limita a sonreír. Entonces vuelve a sonar la bocina y quince mil aficionados se ponen en pie para animar.

Bueno. Aunque muera de vergüenza, la próxima vez que el nombre de Tirador87 aparezca en la pantalla de mi ordenador, por lo menos habremos ganado el partido.

CAPÍTULO 4

Emergencia en el desayuno



MATT

Hottie está soltera.

La mañana después del partido me sigue haciendo gracia. El cartel me ha parecido divertido, pero el rubor en las mejillas de la chica junto a la que sujetaba el cartel no tiene precio.

Y aunque roja como un tomate, Hottie estaba preciosa; me parece más guapa en persona que en el vídeo de seguridad. Tiene los ojos de color azul oscuro, del color del mar después de una tormenta. Me gustó mucho mirarlos fijamente, bueno, durante dos o tres segundos. Aún no me creo que fuera al partido, aunque con unos asientos como esos, habría sido muy tonta si se lo hubiera perdido.

A lo mejor debería invitarla a cenar.

Le doy vueltas a la idea que se me acaba de ocurrir mientras me cepillo los dientes en el cuarto de baño de la habitación. Me enjuago, escupo y luego estudio mi reflejo en el espejo. Hace días que no me afeito, así que tengo una barba incipiente de color rubio oscuro, los ojos enrojecidos y el pelo, que normalmente llevo

rapado, me ha crecido de punta hacia todos lados. Mi aspecto en general expresa que no estoy preparado para pedir salir a Hottie ni a ninguna mujer.

El divorcio es una puta mierda.

Llevo los últimos dieciocho meses enfadado con Kara por haberme dejado. Es cierto que pasábamos por un bache, pero yo nunca le habría hecho algo así. Aunque hay momentos en los que…, joder, creo que siento… alivio.

Me avergüenzo y le doy la espalda al espejo. Odio que me asalten este tipo de pensamientos. No siento alivio porque mi matrimonio se fuera a la mierda. Siento tristeza.

«Y alivio».

No, estoy desolado.

«Y aliviado a la vez».

Un lamento silencioso se me encalla en la garganta. Salgo al dormitorio y agarro una muda nueva de la cómoda. De acuerdo. Admito a mi subconsciente traicionero que el último año con Kara fue horrible.

«¿Solo el último?», se burla el cabrón de mi cerebro.

Vale, puede que fuera más de un año. Quizá ya hubiera notado antes que nos estábamos distanciando. Para ser totalmente sincero, la tensión empezó después de la llegada de las niñas. Aparte de cierta posesividad y celos injustificados por parte de Kara, y por mi parte muchos viajes y algo de pereza, nuestros dos primeros años de matrimonio fueron geniales. Hasta que nacieron las gemelas, Kara no decidió que yo hacía todo mal y que las cosas se hacían como ella decía y punto.

No me malinterpretéis. No culpo a mis hijas de la tensión en el matrimonio. Las quiero con locura. No las cambiaría por nada del mundo.

«Brr».

Se me ilumina el rostro cuando suena el interfono de la mesilla de noche. Hablando de mis hijas…

Agarro el auricular y presiono el botón para responder al portero.

—Tommy, tío —digo con alegría—. Por favor, dime que dos crías están subiendo.

—Tres —me corrige con una sonrisa en la voz—. Acaban de montarse en el ascensor.

—Gracias. —Cuelgo, me recoloco los pantalones del chándal, me pongo una sudadera del equipo y me dirijo a la puerta. Los ventanales que ocupan toda la pared del comedor resplandecen con la luz de la mañana. Es un día precioso, el cielo está despejado y la luz amarillenta brilla sobre la moqueta. Con el calorcito de dentro de casa puedo fingir que es un día de verano y que no hace un frío de cojones.

Espero muy emocionado a que llamen a la puerta. Las niñas se quedan conmigo hasta mañana por la mañana, cuando su madre las recogerá para ir a pasar el día con sus abuelos a Markham, un barrio de la periferia, al noroeste.

Me decepcionó mucho saber que no pasarían el día de mañana conmigo. Quise argumentar que comen con los padres de Kara todos los viernes, una tradición que comenzó cuando las niñas todavía llevaban pañales, pero discutir con mi ex es como hablarle a una pared: siempre gana ella, siempre.

—¡Papi! —gritan dos voces en cuanto abro la puerta.

En un nanosegundo, me agacho y las cojo a las dos en brazos. Dos pares de manitas me rodean el cuello. Dos rostros con forma de corazón me miran extasiados. Y dos bocas sueltan gritos de risa cuando les beso las mejillas regordetas una y otra vez.

—¡Ay, os he echado mucho de menos! —digo con una voz cargada de emoción, mientras estrecho contra mi pecho a mis hijas de cuatro años.

—¡Y yo a ti, papi! —grita June.

—¡Y yo! —corea Libby.

—¿Sí? ¿Cómo está mi Junebug? —Le despeino el pelo oscuro antes de hacer lo mismo a su hermana—. ¿Y mi Libby-Lu?

—Mami nos ha comprado gorros nuevos.

—Con pompones.

Suelto un grito ahogado.

—Venga ya. ¿Y por qué no os los habéis puesto?

—Mami dice que todavía no hace tanto frío —responde June.

Contengo una palabrota de irritación. ¡Cómo que no! Kara es experta en todo y supongo que eso implica que conoce el momento preciso en el que la temperatura de Toronto cambia y las niñas pueden llevar gorro. Para distraerme de lo mucho que me molesta, balanceo a las niñas en mis brazos y ellas gritan, contentas.

—Las dejas en el suelo, por favor —pide una voz arisca desde la puerta—. Todavía no han desayunado y terminarán vomitando con tanta vuelta.

La palabrota que había contenido se ha convertido en una sarta de insultos que se mueren por salir. En lugar de eso, respiro hondo y dejo a las niñas con cuidado en el suelo.

—¡Rufus! —grita June al ver al perro, que acaba de aparecer por la esquina para comprobar qué ocurre. El hecho de que tarde tanto en llegar solo ratifica que sería el peor perro guardián del mundo. El muy holgazán.

Cuando las niñas corren a acariciar a su perro, me vuelvo hacia mi exmujer y me obligo a mirarla a los ojos. Ahí está, con su pelo marrón, sedoso, que le cae por encima de los hombros en ondas, y su cuerpo ágil, vestida con unos vaqueros, una cazadora de cuero y una bufanda de colores que le resalta el rubor de las mejillas. Es evidente que el divorcio le sienta bien. O puede que sea el novio nuevo, un dentista. El bueno de Dan, el hombre que pasa más tiempo con mis hijas que yo.

Pero ¿qué más da?

Esta es la mujer que decidió que yo no era lo suficientemente bueno como para seguir siendo miembro de la familia de pleno derecho. Quien decidió que a mis pequeñas les iría bien verme una vez cada dos semanas. Me apartó como hace con su ropa de marca cuando decide que ha pasado de moda.

La ira se me acumula en las entrañas. Pero no me apetece que el día empiece así y no es el tono que quiero adoptar con Su Majestad,

así que me obligo a decir algo agradable.

—¿Qué tal, Kara? Tienes buena cara. —No miento, sigue siendo igual de guapa que el día que me casé con ella.

—Te diría lo mismo, pero… —Inclina la nariz hacia arriba—. ¿Se te ha roto la cuchilla?

Pongo una sonrisa burlona.

—Qué va, es que he optado por un estilo más desenfadado. —Me señalo la barba incipiente—. ¿Qué? ¿No me queda bien?

Una sonrisa reticente le curva los labios.

—Lo siento, Matty, pero no, no te favorece.

Que use mi diminutivo me ablanda un poco. Nunca sé qué versión de Kara aparecerá: la chica sonriente y simpática a la que conocí con veintidós años o la mujer rígida y mordaz que me pidió el divorcio a los veintinueve.

A veces, todavía me confunde que haya cambiado tanto. A ver, hay aspectos de su personalidad que no me gustaban y siempre estuvieron presentes en nuestro matrimonio: su pesimismo, su franqueza o su impaciencia. Pero cuando comenzamos a salir, era una chica divertida. Le gustaba arriesgarse, se reía y sabía relajarse. De algún modo, los momentos de relajación fueron cada vez más escasos y ella, cada vez más inflexible.

Por supuesto, me culpa a mí. Dice que la forma de vida que me imponía el trabajo acabó con nosotros, que yo fui el responsable.

«Estoy harta de vivir decepcionada», me susurró un día después de una de nuestras broncas, unos meses antes del divorcio. Me había perdido la cena de aniversario de sus padres, la noche anterior, porque una tormenta de nieve en Michigan retrasó el vuelo. No fue voluntario, pero para Kara aquello era como ver otro cartel de neón que decía: «Mi marido me tiene abandonada».

Matthew Eriksson, señoras y señores, experto en decepcionar esposas.

—Bueno —sigue mi ex—, imagino que te has encargado de todo, pero quería recordarte que las niñas ya no comen gluten, así que nada de gofres para desayunar.

—¿Cómo dices? —Parpadeo con incredulidad. Siempre les hago gofres a las niñas. Es nuestra tradición.

Kara suspira, impaciente.

—Nada de gluten, Matt. Hazles unos huevos revueltos. También te he enviado menús para comer y cenar.

¿De qué cojones habla?

—¿De qué cojones hablas? —pregunto antes de arrepentirme y mirar hacia la sala de estar, pero las niñas están demasiado distraídas con Rufus para darse cuenta de que he dicho una palabrota.

—No has visto el correo electrónico —dice Kara.

—Tuve un partido anoche —respondo con los dientes apretados. Voy a la encimera de la cocina, donde he dejado el móvil. Abro rápidamente el correo y pulso el nombre de Kara.

—¿Y esta mañana tampoco lo has revisado? —pregunta con un tono de reproche.

La ignoro y echo un vistazo al mensaje. Por el amor de Dios, parece un artículo. Y efectivamente, ha incluido sugerencias de comidas para esta visita corta de las niñas. Ella las llama sugerencias, pero ya nos conocemos.

—¿Qué tenemos contra el gluten? —digo, tenso.

Junta los labios y los frunce.

—Ya te lo dije la semana pasada. Elizabeth lleva un tiempo con dolor de estómago. He ido controlando lo que come y creo que el gluten le causa las molestias.

O puede que solo haya tenido dolor de estómago, o puede que comiera a escondidas unas galletas cuando la dictadora de su madre no la veía y que el gluten no tenga nada que ver en ese asunto.

—Ya lo hemos hablado —protesta, irritada—. Y estuviste de acuerdo en que teníamos que cambiar su dieta.

No recuerdo en absoluto haber accedido, pero lo más probable es que lo hiciera. Nuestras llamadas semanales consisten en Kara hablando sin parar durante una hora mientras yo me limito a responder con «ajá», «claro» y «me parece bien».

—Como quieras —contesto—. Libby no puede comer gluten. El gluten es malo y no tiene cabida en esta casa.

—¿Te estás burlando?

—Qué va.

Su expresión me dice que sabe que miento. A continuación, sonríe y llama a las niñas.

—¡Venid, angelitos! Decidle adiós a mami.

June y Libby se acercan corriendo a abrazar y besar a su madre.

Kara las abraza con fuerza antes de decir:

—Portaos bien con papá, ¿vale? Llamadme si tenéis alguna duda. Hoy salgo a cenar, pero llevaré el móvil.

—Una cita con Dan el dentista, ¿eh? Recuerda pasarte el hilo dental antes de ir.

Me mira por encima de las cabezas de las niñas con mala cara.

—Sí, he quedado para cenar con Daniel. Pero, insisto, tendré el teléfono operativo.

Mis hijas tienen cuatro años y me pueden decir perfectamente lo que necesitan. ¿Kara cree que no soy capaz de cuidarlas veinticuatro horas sin su ayuda? La ira me invade otra vez y tengo que hacer acopio de una fuerza sobrehumana para no soltarle un comentario sarcástico.

Sinceramente, me costaba entender que algunos compañeros de equipo divorciados sintieran rencor por sus exparejas. Eso me pasa por listo. Ahora mismo estoy más dispuesto a pelearme con Kara que el matón del equipo cuando alguien se mete con nuestro portero.

Por suerte, se va al cabo de un momento y es como si me quitaran un peso de encima. Kara es una mujer difícil. Quiere a las niñas con locura, lo sé, pero actúa como si las niñas no tuvieran padre. Yo no decido nada respecto a ellas. Nada en absoluto.

«Elizabeth lleva un tiempo con dolor de barriga».

Elizabeth. El nombre de Libby hace que sienta una última oleada de ira. Ni siquiera pude opinar sobre los nombres de las niñas, por el amor de Dios. Después del parto, Kara me dijo que las niñas se

llamarían como sus bisabuelas: June y Elizabeth. Yo no pude decir ni pío.

Y madre mía. ¿Qué voy a hacer con el desayuno? Les prometí que les haría gofres cuando hablamos por teléfono. Los gofres son nuestra tradición, joder. Ya no me ven tan a menudo como nos gustaría a los tres.

Respiro hondo, vuelvo a agarrar el móvil y abro la aplicación de Fetch. Escribo en el apartado del asunto:

¡S. O. S.! ¡Emergencia en el desayuno! ¡Auxilio!

Con un poco de suerte, pareceré lo suficientemente desesperado como para que me respondan inmediatamente. El mensaje en sí no es tan dramático.

Tirador87: Oye, HTE, esta mañana estoy con mis hijas y me acaban de informar de que el gluten está prohibidísimo. Necesito preparado de gofres sin gluten y lo antes posible. Ayuda, por favor.

No espero que sea ella quien responda el mensaje de emergencia. Bueno, seguro que tiene cosas mejores que hacer que cubrir las emergencias más patéticas de sus clientes. Sin embargo, me sorprende que en la respuesta aparezca el nombre de Hottie.

HTE: ¡Madre mía! ¿Alguna es celíaca?

Tirador87: Lo dudo, pero a mi ex le encanta complicarme la vida.

HTE: Entendido. Te mando el preparado sin gluten lo antes posible.

Tirador87: ¿En serio? ¿Conseguirás que me libre del banquillo?

HTE: Prepara la gofrera, Tirador.

—¡Papi! —June aparece a mi lado y me tira del pantalón—. ¡Tengo hambre!

—¡Y yo! —repite Libby, y, de repente, dos pares de ojos grises me miran con una expresión acusatoria.

—Estoy en ello —las tranquilizo—. ¿Qué os parece empezar con un poco de zumo de naranja?

—Quiero zumo multifrutas —pide June.

—¡Y helado! —Libby me ofrece una sonrisa angelical y añade—: Te he echado de menos, papi.

La miro con los ojos entrecerrados.

—Deja de intentar manipular a tu padre, Elizabeth. No te daré helado para desayunar.

—¿Qué quiere decir *manipular?* —pregunta June.

—Quiere decir que tu hermana me está intentando engañar para que le provoque dolor de barriga. —Me acerco al frigorífico y echo un vistazo en el interior—. Tienes suerte, jovencita. Tenemos zumo multifrutas. —Siempre lo apunto en la lista de la compra porque sé que es el favorito de June.

Y además es orgánico. «¡Chúpate esa, Kara!». Le hago una peineta mental, cojo el brik de zumo y dos vasos pequeños del armario. Rufus, el capullo de mi perro, decide que es el momento perfecto para meterse rápidamente entre mis piernas, lo que me hace perder el equilibrio. Me tiro el zumo de fruta por la sudadera de color gris claro. Estupendo.

—¡Ja, ja, ja, ja! —Las gemelas rompen a reír y me señalan con los dedos regordetes—. ¡Papá! ¡Estás lila! —exclama June, deleitándose.

—No os riáis de vuestro padre, monstruitos. —Gruño. Me quito la sudadera empapada de zumo morado y la dejo sobre el respaldo de uno de los taburetes de la encimera. Estoy convencido de que el zumo se ha colado por el interior de la sudadera, porque me noto el pecho mojado. Bajo la mirada. Sí, tengo el pectoral izquierdo manchado de morado. Genial.

Cojo un trapo y limpio rápidamente el líquido que ha caído sobre el suelo y el mármol. A continuación, sirvo dos vasos, planto los traseros de las niñas sobre los taburetes y contemplo cómo se beben el zumo, tan felices.

Qué fácil es satisfacer a mis peques. Solo hay que darles un poco de zumo multifrutas para que sonrían como si fuera la mañana de Navidad. Aunque dudo que sigan sonriendo cuando les empiecen a sonar las tripas y se den cuenta de que los gofres todavía no están listos.

Saco la gofrera y una sartén para freír salchichas. Espero que Hottie me salve el cuello en el último momento. Juro que la mujer es una santa, porque hace milagros continuamente.

Y no me decepciona. No ha pasado ni un cuarto de hora desde que le he mandado el mensaje de auxilio, cuando el portero me avisa por el interfono que llega una entrega de Fetch.

—Oye, Tommy —le digo al portero—. ¿La chica que ha traído el paquete es la misma que sacó a pasear a mi perro?

—Sí.

—Hazme un favor. Pregúntale cómo se llama.

Espero mientras Tommy charla con ella y siento que un escalofrío me recorre el cuello.

—Se llama Hailey Taylor Emery —me informa Tommy al cabo de un momento.

¿Hailey Taylor Emery? ¿Es decir, HTE? ¿Hottie está en la portería de mi edificio?

—Dile que suba —le ordeno a Tommy por el interfono.

—Es que ha pedido que te suba el paquete el portero para…

—No —lo interrumpo—. Dile que no aceptaré el paquete salvo que me lo entregue en persona.

Joder, ¿qué me pasa? ¿Por qué fastidio a la pobre mujer obligándola a subir a mi casa?

Tommy tarda un tiempo en contestar.

—Ahora va.

CAPÍTULO 5

No te pongas nerviosa



HAILEY

—¿Señorita Emery?

—¿Sí? —No sé por qué me hace esperar, y menos cuando mi intención era marcharme de allí más deprisa de lo que uno tarda en decir «mi amiga me dejó en ridículo total anoche», pero me giro cuando el portero me llama.

Tiene los ojos brillantes de diversión.

—El señor Eriksson quiere que le entregue el paquete usted misma. Dice que, si no, no acepta el pedido.

Gruño con fuerza. ¿Por qué justo ahora? El viento de noviembre me ha dejado el pelo como si fuera un arbusto gigante.

El portero me tiende la bolsa y la acepto. Camino a pisotones hacia los ascensores y oigo que dice:

—Ahora va.

¿Sabes la sensación que te produce un ascensor en el estómago cuando empieza a subir? Pues hoy ese retortijón va acompañado de una ola enorme de pánico. Me empiezan a sudar las manos y, de repente, la bolsa de plástico con la comida se hace resbaladiza.

Estoy a punto de ver cara a cara a Matt Eriksson, mi amor platónico desde que vi mi primer partido de la Liga Nacional de Hockey en la universidad.

Cuando suena el ding del ascensor al llegar a su planta me pongo nerviosísima. Salgo y doy unos cuantos pasos hacia su puerta. Oigo voces en el interior: el sonido agudo de una risita de niña pequeña y a continuación el ladrido amigable de Rufus.

«Vale, Hailey, tranquilízate».

Levanto la mano para llamar, pero la puerta se abre de par en par antes de que me dé tiempo. El brazo me cae torpemente al costado del cuerpo cuando una niña abre la puerta.

—¡Hola! ¿Has traído los gofres? Papi siempre está pidiendo cosas.

—¡No es cierto! —rebate una voz masculina, y el timbre grave hace que sienta un cosquilleo en la columna vertebral—. ¿Quién hace las mejores salchichas del mundo?

—Mami dice que las salchichas tienen demasiado sodio —suelta otra voz desde el interior—. ¿Qué es sodio?

—Es… ¿Libby? ¿Has abierto la puerta?

Estoy ahí plantada como un maniquí, intentando entender aquel caos. Y entonces otro cuerpo aparece en la puerta.

Un cuerpo grande. Concretamente un cuerpo ancho, con el torso desnudo y los músculos bien definidos. Y se mueven. Resulta fascinante. No sabía que se podían tener unos pectorales tan definidos en la vida real ni unos abdominales como la antigua tabla de lavar de mi bisabuela. Mierda.

Los abdominales se sacuden un poco.

—¿Hottie? —dice alguien con una risita.

—¿Mmm? —Por fin consigo apartar la mirada de su abdomen magnífico y lo miro a la cara, aunque entonces me ciegan sus ojos fríos e hipnóticos. Vuelvo a ser víctima de señor Frío y parezco la estatua de una repartidora.

—¿O prefieres Hailey Taylor Emery?

La extraña pregunta me saca del estupor, pero solo a medias.

—¿Qué…? ¿Cómo dices? —tartamudeo.

—Personalmente, creo que Hottie te queda mejor, pero… —Se encoge de hombros—. Encantado de conocerte, Hailey Taylor Emery. Soy Matt.

Me alarga una mano para que la estreche y consigo cogerla, pero la calidez de su piel sobre la mía me vuela los sesos. Matt Eriksson me agarra la mano. La misma mano con la que el año pasado marcó treinta y dos goles. Y la tiene pegada a un cuerpo que aparece en todas mis fantasías eróticas.

Y ahora me doy cuenta de que le estoy estrechando la mano de una forma rara, así que la suelto como si fuera una valla eléctrica a la que me hubiera agarrado por error: rápidamente y con fuerza.

Entonces me ve Rufus. Primero se oye un «guau» de alegría y luego el ruidito de las uñas sobre el suelo de madera. Tira al suelo a la niña de cuatro años que se cruza en su camino como si el perro fuera una bola y la cría un bolo. Sale al descansillo temblando de emoción.

Mi cerebro sigue empapado de lujuria, así que no reacciono lo bastante rápido como para devolverle el cariño que exige. Rufus decide tomar cartas en el asunto. Se alza sobre las patas traseras y apoya las delanteras en mis caderas. Su peso, más que considerable, me pilla desprevenida. O quizá sigo descolocada por tener a Matt Eriksson tan cerca. El caso es que pierdo el equilibrio y acabo en el suelo, hecha un ovillo sobre la moqueta mullida del descansillo.

—Uf —consigo decir justo antes de que Rufus me lama la cara.

—Joder —murmura Matt—. ¡Ruf, abajo! Deja en paz a la pobre chica —Empuja al labrador a un lado—. ¿Estás bien?

Hago un ruido inarticulado que más o menos significa que sí. Algo como un «yrrm», porque ahora mismo tengo encima a ese hombre, como un dios griego, y lo único que veo es su pecho. Tiene una fina capa de vello oscuro que se va espesando hasta convertirse en una feliz línea descendente que desaparece bajo el elástico del pantalón de chándal.

Vuelvo a quedarme embobada.

Cierro los ojos con fuerza, me giro hacia un lado y me pongo de pie como puedo. Estoy completamente ruborizada. Rufus se ha vuelto a marchar, lo más probable es que haya ido a buscar la correa.

—¿Papi? —dice la niña que ha abierto la puerta, tirando de la mano a su padre—. ¿Podemos comer ya los gofres? Tengo hambre.

—Toma. —Cojo la bolsa del preparado para gofres que se me ha caído al suelo y se la entrego. Tengo que marcharme y necesito un minuto, o un año, para recomponerme. Y, cuando termine, probablemente buscaré otro trabajo muy lejos. A una buena distancia de Matt Eriksson. Puede que en Tahití, creo que está a bastante distancia.

Se cuelga la bolsa de la muñeca, se agacha y se coloca a la niña de preescolar en la cadera. Ella le rodea el cuello con los brazos y apoya una de sus mejillas suaves sobre el hombro desnudo de su padre.

«Pop, pop». Es el sonido que hacen mis ovarios al explotar.

—Gracias —dice—. Siento el follón. —Sonríe, y el cociente intelectual me baja otros cinco puntos—. ¿Qué te pareció el partido de anoche?

—Una pasada —suelto con total sinceridad. Es la primera frase entera que consigo decir desde que he bajado del ascensor—. Excelente comunicación ofensiva en la segunda parte. Tuvisteis ocasiones muy buenas.

Cuando la expresión de sus ojos se vuelve divertida, me doy cuenta de que mi yo friki del *hockey* ha encontrado un nuevo modo de avergonzarme.

—Bueno, si no necesitas nada más, me voy. —«Como mi cuerpo desnudo en tu cama, por ejemplo». Estar delante de ese hombre me provoca pensamientos muy poco propios de mí.

—Dentro de unos días pasaré la noche fuera por otro partido —añade dando palmaditas a su hija en la espalda—. Cuando los viajes son largos, suelo dejar a Rufus en una guardería canina. Pero si

puedes sacarlo a pasear el domingo por la tarde y el lunes por la mañana sería genial.

—Vale. —Haría lo que me pidiera. Triste pero cierto—. El domingo en principio estoy libre… —Intento reunir un par de las neuronas que me quedan, pero su mandíbula con barba me lo pone muy difícil. Me muero de ganas de alargar una mano hacia él y tocarle el pelo de la barba para comprobar su textura con los dedos—. Sobre las siete y media o chocho.

Las comisuras de los ojos se le arrugan y me doy cuenta de lo que acabo de decir.

—Siete y media u ocho —corrijo. ¡Aborta, aborta! Debo marcharme de aquí cuanto antes. Este hombre tiene hijas a las que alimentar y yo estoy prácticamente babeándole el felpudo. Soy peor que Rufus—. Me tengo que ir. Un placer —consigo decir, retrocediendo.

—Nos vemos, Hailey —se despide cuando giro para correr hacia el ascensor.

—Chao —consigo responder antes de oír cómo se cierra por fin la puerta. Estoy sudando y casi jadeando por lo que me ha costado mantener la compostura delante del jugador de *hockey* más sexi del mundo. Cuando entro al ascensor, el móvil me vibra con un nuevo mensaje.

Me da miedo mirarlo, pero cuando lo hago, veo que solo es Jenny. «¿Qué?», pregunta. «¿Le has llevado los gofres sin gluten? ¿Y te has autoinvitado a desayunar y a un polvo rapidito?».

«Qué graciosa», respondo. «¿Puedes buscar ofertas de trabajo en Tahití?».



Los dos días siguientes se me hacen eternos. Los paso intentando no recordar mi bochornoso encuentro con el atractivo dios del *hockey.* Menos mal que quería mantener la calma. Está claro que mi

divorcio le ha pasado factura a mi cerebro y ha destrozado mi autoestima. La antigua Hailey coqueteaba con hombres atractivos, aunque todo tonteo era inofensivo, pues he pasado la mitad de la vida casada.

Jenny no se equivoca al decir que tendría que volver al mercado y empezar a salir con chicos. Pero tengo que empezar poco a poco, con un chico que no me convierta en una completa idiota.

Olvidar nuestro incómodo encuentro no resultará fácil, porque tengo que regresar a la escena del crimen. Cuando voy a pasear a Rufus el domingo por la mañana, noto cómo sudo en cuanto salgo del ascensor en la tercera planta.

Como era de esperar, el perro está solo en casa. Y parece que me sigue adorando. Le rasco las orejas e intento no pensar en nada de lo que dije el otro día cuando se me fue la cabeza en el pasillo.

Uff.

Pasamos un rato agradable juntos antes de que lo lleve de regreso a casa. Lo más probable es que solo tenga que sacarlo a pasear una vez más. Matt dijo algo de mandar a Rufus a una guardería canina cuando el equipo está de viaje.

El lunes, tengo que enfrentarme a otra cuestión que me incomoda. He estado evitando a Jackson en la oficina, pero mi buena suerte tenía que acabar en algún momento.

—¿Tienes un minuto? —me pregunta cuando voy hacia la puerta a media mañana.

Mierda.

—Claro —respondo, aunque no es cierto. Se supone que tengo que ir a pasear a Rufus, pero como no quiero que Jackson lo sepa, lo sigo hasta su despacho y me siento delante de él.

—¿Cómo estás? —me pregunta con una sonrisa en su rostro alargado.

No puedo evitar compararlo con mi ídolo del *hockey,* y no es una pelea justa. Jackson es un poco friki, pero un tío estupendo. Me siento algo culpable cuando veo su cuello flacucho sobresalir por el cuello de la camisa.

—Estoy bien —miento—. ¿Y tú?

Vuelve a sonreír y percibo un destello del motivo por el que siempre lo querré. Irradia bondad como el sol a pleno mediodía.

—No me puedo quejar. ¿Cómo va la actualización de la aplicación móvil?

—Nada mal. Debería estar lista para la versión beta antes de Navidad. Al final, darle un ultimátum al técnico surtió efecto.

Jackson hace una mueca.

—Me alegro de que no nos dejaran tirados.

—Ya sabía que no lo harían. —Por eso soy yo quien se encarga de los programadores. Jackson es muy inteligente, pero no sabe hacerse el duro. Le informo de cómo va la actualización y él me hace unas cuantas preguntas que tendré que investigar.

—Gracias por encargarte de todo esto —dice, recolocando el lápiz para que quede alineado perfectamente con el protector de escritorio—. Tendremos que pedir a algunos de nuestros mejores clientes que prueben la versión beta. ¿Se te ocurre alguno?

Hay que hacerlo, pero todavía no he pensado en eso. Probablemente porque un cliente me ronda la cabeza todo el rato.

—Buena idea. Me ocuparé. —Me resulta difícil no bajar la mirada al reloj. Pero no le puedo decir a Jackson a dónde voy porque va en contra de la política de la empresa.

A continuación, me muestra unas fotos que ha sacado a algunos objetos promocionales para las fiestas.

—Creo que he clavado el envoltorio —dice señalando una imagen en la que aparece una caja envuelta en papel de regalo blanco con rayas plateadas—. Dejaremos que los clientes elijan el color del lazo para que se ajuste a la festividad que celebren. He pedido de color azul, rojo y plateado.

—Me encanta —afirmo—. Pues añadiré los colores del lazo al menú de opciones de regalo. —Me saco el móvil del bolsillo y lo apunto. Jackson es la mitad artística del negocio. Mientras yo me encargo de los aspectos técnicos de la empresa, él ha diseñado la

página web, los logos y todas las plantillas de comunicación con los clientes.

También él puso mi foto en la página web. La sacamos nosotros hace cinco años, cuando ni siquiera podíamos permitirnos contratar a un fotógrafo. A él se le ocurrió que me pusiera el lápiz rojo en la boca, a juego con las letras del logo.

—¿Algo más? —pregunto, con la esperanza de que diga que no.

Mi ex ladea la cabeza con una expresión pensativa.

—Mi padre me obligó a ir a ver un local en Bridle Path, con la idea de expandirnos.

Solo con eso, se me revuelve el estómago.

—Pero todavía, hasta que salga la nueva aplicación, no es el momento, ¿verdad? —pregunta Jackson.

—Claro… —respondo lentamente, intentando leer entre líneas—. Pero, eh, sé que quieres expandir la empresa.

Frunce el ceño un poco.

—Es fundamental para aumentar beneficios. Pero tenemos que estar realmente preparados para afrontarlo. Ahora mismo nos encontramos justo en el punto de casi levantar cabeza. Si intentáramos expandir el negocio en este momento, volveríamos al modo de supervivencia.

—Hmm —murmuro, intentando adivinar lo que subyace a la conversación—. Si lo crees conveniente, yo lo asumo. —¡No pienso mostrarme débil! Si quiere que me vaya de la empresa, tendrá que decirlo claramente.

—Lo pensaré —suelta, sin más.

—Vale —respondo, incorporándome de golpe—. ¿Algo más?

Él niega despacio con la cabeza.

—¡Nos vemos! —digo con un entusiasmo fingido antes de salir disparada hacia la puerta. Y aunque sé que Jackson no me persigue por la calle, mantengo el trote hasta llegar al edificio de Matt. «¿Es raro que en mi cabeza ya nos llamemos por el nombre de pila?».

Rufus se alegra de verme esta mañana tanto como anoche. Lo llevo al parque cercano, donde hay un espacio para perros, y le quito

la correa. Ya me conoce lo bastante como para acudir cuando lo llamo, así que no me preocupa tener que perseguirlo a la hora de marcharnos.

Además, esta mañana le he comprado una chuche *gourmet* para perros de camino a la oficina, por si es la última vez que lo veo.

Mientras él olisquea traseros y socializa en el recinto para perros, yo aprovecho para solucionar un par de asuntos del trabajo, enviándole instrucciones a Dion. Antes de darme cuenta, tengo las manos heladas y he perdido la noción del tiempo.

—¡Vamos, Ruf! —lo llamo—. ¡Nos marchamos! ¿Quieres una galletita?

Viene corriendo en cuanto ve la chuche y le engancho la correa en el collar mientras la engulle. Volvemos a buen ritmo por Yorkville Avenue; yo estoy tarareando cuando paso la tarjeta para entrar al edificio de Matt.

—Siéntate —le digo a Rufus al entrar—. Buen chico.

Me dejo caer de rodillas y él mueve la cola.

—Sí, eres muy guapo, tú. —Le doy un beso en el hocico. Le quito la correa y vuelve a menear el rabo, seguramente esperando más chuches. Mis manos deben de oler a galleta para perro—. Lo siento, colega. Ya no tengo más.

—¿No me digas? —pregunta una voz grave a mi espalda, y casi pego un salto del susto.

El corazón me da un vuelco cuando me doy la vuelta de golpe y veo a Matt Eriksson frente a la isla de la cocina, con una sonrisa en la cara.

CAPÍTULO 6

Noche de póker



MATT

Hottie está a punto de caerse al suelo por la sorpresa y me sabe mal haberla asustado. Por algún motivo, parece que la chica tiene muy mal equilibrio. A pesar de eso, sigue siendo lo mejor que he visto en días. Lleva unos vaqueros ajustados y un abrigo azul del mismo color que sus ojos. Tiene la punta de la nariz roja por el frío y siento la ridícula necesidad de besársela. La nariz es muy mona y el *piercing* que lleva me pone, por extraño que parezca. Nunca me han atraído las chicas con aspecto *punk,* pero la atracción que siento por ella es innegable.

Rufus es el primero en recuperarse y se acerca a mí para saludarme, pero regresa rápidamente con Hottie. El muy traidor. Ya me lleva ventaja. Hottie le ha dado un par de besos.

Y yo nada. Es la primera vez en mi vida que estoy celoso de mi perro.

—Has llegado pronto a casa —dice Hottie, poniéndose de pie con cautela.

—Sí —confirmo—. La comida benéfica se ha cancelado así que hemos cogido un vuelo dos horas antes de lo previsto.

—Muy bien. Bueno… —Se dirige a la puerta.

—Oye, no tan rápido —protesto—. Acabo de poner la cafetera. ¿Te tomas un café conmigo?

Pone los ojos como platos y yo intento no sonreír. Parece ser que mi Hottie es una hincha del *hockey* y resulta evidente que la pongo nerviosa. A veces ocurre. Una persona perfectamente funcional pierde la cabeza cuando ve a un jugador de *hockey.* Lo sé de primera mano, porque una vez deletreé mal mi nombre cuando le pedí a Wayne Gretzky que me firmara la camiseta del equipo que tengo colgada de la pared.

—Me encantaría —dice con una voz casi normal.

—Genial. ¿Cómo lo quieres?

—Solo —responde, y se le relajan un poco los hombros—. Gracias.

—Siéntate —la invito, señalando el sofá—. Quítate el abrigo.

Le doy la espalda y preparo un par de tazas de café. Cuando las llevo al sofá, me encuentro a Rufus tumbado panza arriba, con la cabeza apoyada sobre el regazo de Hottie, que le rasca la tripa.

Ella levanta la mirada cuando dejo las tazas en la mesa.

—Muchas gracias.

—Lo cierto es… —Doy un trago al café—. Eso es exactamente lo que te iba a decir yo. Me has ayudado muchísimo, Hailey. He tenido un año de mierda, hablando en plata.

Hace un gesto de dolor.

—¿Por el divorcio?

—Sí. No fue cosa mía, pero me marché de casa cuando mi ex me lo pidió porque no quería que las niñas salieran de su casa. Nunca me había planteado amueblar un piso entero, ¿sabes? Estaba cabreadísimo. Pero tú te encargaste de todo y yo no desperdicié mi energía en los detalles, estoy muy agradecido. —Miro a mi alrededor, y veo todas las cosas elegantes que Hottie eligió—. Ha quedado muy bonito.

Me premia con una sonrisa por abrirme con ella de ese modo. Se le ilumina el rostro y sus ojos cobran vida.

—De nada. Y te entiendo perfectamente.

—¿De verdad?

Asiente y su sonrisa se difumina un poco.

—Yo también me he divorciado hace poco. Más o menos, al mismo tiempo que tú, hará un año y medio ahora. Y tampoco fue decisión mía.

—Vaya. —Siento un nudo en el pecho. Intento imaginarme a alguien echando a Hottie de casa y siento una oleada repentina de ira por ella—. Lo siento, Hottie. Digo, Hailey. —Mierda.

Por suerte, rompe a reír.

—Menos mal que mis siglas no son PUF.

Yo también río.

—Ni PUA.

Suelta una risita.

—Tenemos un trabajador cuyas iniciales son D. E. P. Lo llamamos el señor de la muerte.

Sin dejar de reír, cojo la taza y bebo. Cuando trago, me percato de que Hailey me mira fijamente la garganta. Luego se da cuenta de que me he fijado y se sonroja. La pongo nerviosa, sin lugar a dudas.

—Y, eh, tienes unas hijas monísimas —añade después de un silencio incómodo—. ¿Tu ex y tú tenéis la custodia compartida?

—Qué va. No las veo tanto como me gustaría —admito—. Tener que viajar tanto con el equipo es una putada.

Asiente con compasión.

—Debe de ser muy difícil.

—Pues sí. —Dejo la taza en la mesa y me apoyo sobre los cojines del sofá. Rufus está tumbado entre nosotros y, sin pensarlo, alargo una mano para rascarle la tripa. Pero Hailey lo sigue acariciando, por lo que, sin querer, le toco los dedos.

Se le acelera la respiración y aparta la mano como si la panza de Rufus, o puede que mi mano, tuviera garrapatas. O quizá por la chispa que han soltado nuestros dedos al tocarse.

Está ruborizada a más no poder y contemplo, divertido, como agarra la taza, fuerte, con ambas manos.

—Deben de echarte de menos —dice, incómoda otra vez—. Me refiero a tus hijas.

Se me encoge el corazón al recordar los ojos llorosos de Junebug cuando Kara vino a recogerlas el otro día. June siempre ha sido más sensible que Libby. Llora a la mínima. Libby es más reservada. Bueno, para sus cuatro años. Sigue teniendo berrinches de vez en cuando, pero en general se le da mejor disimular lo que siente que a su hermana.

—Yo también las extraño mucho —afirmo con voz grave. Me trago el nudo que se me ha formado en la garganta y cambio de tema rápidamente—: ¿Y qué hay de ti? ¿Tienes hijos?

Hailey niega con la cabeza.

—Estábamos demasiado ocupados levantando el negocio. Queríamos tener hijos a la larga, pero nunca encontramos el momento.

—¿Con el negocio te refieres a Fetch?

—Sí. Jackson y yo somos los propietarios.

Alzo las cejas involuntariamente.

—¿Trabajas con tu exmarido? Madre mía, eso es igual de difícil que no ver regularmente a mis hijas. Yo no podría estar con Kara todos los días en la oficina.

—La verdad es que nos llevamos muy bien —confiesa. Sus ojos azules se suavizan y veo en ellos un atisbo de melancolía—. Hemos sido amigos desde los seis años.

—¡No me digas! ¿Tanto tiempo hace que lo conoces?

Asiente.

—Éramos vecinos. Crecimos juntos, empezamos a salir en la adolescencia y nos casamos en la universidad. —Hace una pausa—. Nos divorciamos a los veintisiete.

—Lo siento. —Me arrepiento de haberla invitado a tomar un café. Quería darle las gracias y que nos conociéramos un poco más, pero, por algún motivo, he decidido sacar este tema tan serio e íntimo.

Se hace el silencio en la habitación. Rufus ronca suavemente entre los dos. Hailey apura el último sorbo de café, lo que me alerta de que está a punto de irse. Seguro que saldrá disparada de aquí como alma que lleva el diablo en cuanto deje la taza. Si voy a invitarla a salir, tiene que ser ahora…

«¿Invitarla a salir?».

Mierda, ¿de dónde ha salido eso? ¿Es eso lo que quiero?

Le doy vueltas a la idea durante unos segundos. Sí, creo que sí. Aunque no he tenido una cita desde el divorcio. Arreglarme un poco, ir a cenar y pasar una velada con una mujer, sin expectativas de sexo…, hace muchísimo que no hago algo así.

Por desgracia, tardo tanto en decidirme que pierdo la oportunidad. Hailey ya ha dejado la taza en la mesa y se está levantando.

—Debería irme —dice, y percibo reticencia y urgencia a la vez en su tono, como si se muriera por quedarse y por marcharse a partes iguales.

Supongo que elige la segunda opción, porque se dirige hacia el pasillo.

—Un momento. Te acompaño —digo.

—Bueno, deduzco que querrás que saque a pasear a Rufus, así que dime qué horario tienes la semana que viene y así lo anoto en el calendario —empieza a decir, evitando mirarme a los ojos—. Ya lo confirmaremos todo a través de la aplicación y te iré mandando actualizaciones. Gracias por el café y por la conversación. Ha sido muy agradable. Disfruta del resto del día, Math, digo, ¡Matt! Hablamos pronto. ¡Adiós!

Sale por la puerta antes de que pueda siquiera parpadear y me deja preguntándome: «¿Me ha llamado Math?».



Como esta noche no tengo partido y las niñas están con su madre, no dudo en decir que sí cuando Blake Riley me llama y me invita a su casa a jugar al póker.

—¿Quién más irá? —le pregunto, sujetando el móvil entre la oreja y el hombro mientras me bajo rápidamente los pantalones de chándal por las caderas y me pongo unos vaqueros desgastados.

—Wesmie, Hewitt y Lemming —responde Blake—. Esperaba que Luko también viniera, pero tiene a los suegros en casa. Es una pena, porque sería dinero fácil, ¿sabes?

Vaya que si lo sé. La cara de póker del capitán de nuestro equipo es como una ventana sin cortinas: lo puedes ver todo perfectamente.

—Llego en media hora —aseguro—. ¿Quieres que lleve algo?

—Con que traigas aquí ese culito rico… —De repente Blake suelta un quejido—. ¿Pero se puede saber qué ha sido eso, bombón? ¡La leche! ¡Me has hecho daño!

Oigo la voz lejana de una mujer. Jess, la novia de Blake, que vive con él:

—¿De qué culito hablas? —pregunta—. ¿Con quién hablas?

Blake estalla a reír al otro lado de la línea:

—¡Con Eriksson! ¡Me refería al culito rico de Eriksson!

—Es que tengo un culo tremendo —afirmo—. Dile a Jess que no me importará enseñárselo en cuanto llegue.

—Vale, se lo digo —responde Blake, tan contento—. Cuando te haya cortado las pelotas y se las haya dado de comer a las ovejas.

¿Ovejas?

Antes de poder preguntarle al respecto, mi compañero de equipo se despide:

—Nos vemos en un periquete. —Y cuelga.

Qué tío más raro. No entiendo la mitad de las cosas que dice. Aunque estoy convencido de que nadie lo entiende, ni siquiera su novia.

Me pongo una sudadera por encima de la camiseta, salgo del lavabo y voy a buscar el abrigo. Este piso no tiene un armario para

los abrigos en la entrada, así que siempre dejo el abrigo tirado por ahí y luego nunca recuerdo dónde narices lo he dejado. Lo encuentro en uno de los taburetes de la cocina, me lo pongo y cuando salgo por la puerta me coloco también un gorro de lana.

Blake vive cerca del lago, demasiado lejos para ir caminando, sobre todo ahora que el clima se ha vuelto contra nosotros. Yo me crie en Tampa, así que me costó mucho acostumbrarme al invierno de Toronto. Y sigue sin entusiasmarme. Sin embargo, el frío de la pista de hielo, ese sí me gusta. Los inviernos en Canadá son horribles, así que bajo en el ascensor hasta el garaje, me subo a mi Porsche Cayenne y activo el calefactor del asiento.

Cuando entro en el apartamento de Blake media hora más tarde, el resto de los invitados ya han llegado. Wes y Jamie viven en el mismo bloque, así que están a un breve trayecto en ascensor. Lemming y Hewitt también viven por la zona.

—¡Ey! ¡Pastelito! —grita Blake, sentado a la mesa de póker con un mantel de fieltro verde—. ¿Estás listo para que te dé una buena paliza?

Sonrío con suficiencia. Lleva puesta una visera y tiene un palillo de dientes en la comisura de la boca, como los típicos tahúres de las películas.

—Creo que me tendría que haber quedado en casa —digo con ironía.

Jamie Canning, que me ha abierto la puerta, responde con una sonrisa divertida.

—He pensado lo mismo en cuanto he visto la visera.

Blake parece tener un oído sobrenatural.

—¿Se puede saber qué le pasa a mi visera? —Parece realmente ofendido—. ¿Es que no sabéis el dicho? Las viseras te hacen más inteligente.

—Eso no es un dicho —protesta Wes, suspirando, desde la cocina. Está cogiendo dos cervezas del frigorífico de acero inoxidable—. Eriksson, ¿quieres una cerveza?

—Sí, por favor. —Acepto el botellín que me alarga y me uno al resto a la mesa.

Ben Hewitt y Chad Lemming, dos de nuestros defensas, me saludan con la cabeza y gruñendo. Blake está ocupado barajando las cartas y Wes empieza a repartir las fichas de colores.

—¿Dónde está Jess? —pregunto a nuestro anfitrión.

—Abajo, en casa de Wesmie. Está estudiando para un examen de Enfermería y dice que necesita silencio total. —Blake niega con la cabeza—. No lo entiendo. Podría estudiar en el dormitorio, ¿verdad? No soy tan escandaloso. ¿A vosotros os parece que soy escandaloso?

—Tío, escandaloso es quedarse corto —sentencia Wes—. Eres… —Se detiene para pensar en la palabra adecuada.

—Un estallido de decibelios —termina Lemming, para ayudar.

Wes frunce los labios.

—Sigue sin ser bastante.

—Haces temblar las paredes —propone Jamie.

—Mucho mejor.

—Sufres de déficit de silencio —sugiere Hewitt.

—Que os den por culo a todos —responde Blake.

—Oye, por lo menos no eres tan escandaloso como tu madre —digo, intentando tranquilizarlo.

Jamie palidece.

—Creo que tengo un tímpano roto gracias a la madre de Blake.

—¡Cómete a sus bebés, Blakey! —grita Wes en lo que es una imitación perfecta de la señora Riley, y todos se echan a reír, incluso Blake.

—Vamos —anima Hewitt alargando un brazo para coger sus fichas —. Manos a la obra. Katie quiere que esté en casa a las diez.

Lemming imita el ruido de un látigo.

—Si eso sugiere que me tiene cogido por los huevos, es cierto. Soy un calzonazos. —Hewitt se encoge de hombros—. Y tan contento. Mi mujer es maravillosa.

—Tienes razón —concedo. Katie Hewitt es chillona, pasional y divertidísima. Siempre quise tener una cita doble con Kara y los Hewitt, pero a Kara le parecía que Katie es demasiado *provocadora.* Sus palabras, no las mías.

—Pues claro que sí —dice Lemming amablemente antes de sonreír—. Pero ¿sabes qué es más maravilloso aún? Estar soltero. El bar al que fuimos O. C. y yo en Chicago parecía una barra libre de tías. Te lo juro.

—¿O. C.? —repite Jamie mientras Blake reparte las cartas.

—Will O'Connor —explica Lemming. Estamos probando algunos apodos. Yo le propuse Willie,* pero me dio un buen golpe cuando lo sugerí.

—¿Y él cómo te llama? —pregunto, intentando no poner cara de exasperación. Desde que Lemming rompió con su novia, pasa mucho tiempo con O'Connor, quien le da un nuevo significado a la palabra casanova.

—Madagascar —responde Lemming antes de echar un vistazo a sus cartas.

—No lo pillo —dice Wes.

Ni yo. Miro las cartas: tengo una reina y un siete de diferentes palos. Blake coloca la primera carta boca arriba y me animo. Tengo una reina, un siete y un diez. Bien.

—Ya sabes, porque me apellido Lemming. En Madagascar hay una gran población de lemminis.

Jamie suelta una carcajada.

—No es cierto. Son lémures, capullo.

—¿Qué coño es un lémur? Eso te lo acabas de inventar.

Jamie, Wes y yo estallamos en carcajadas.

—¡No me lo he inventado! —suelta Wes riéndose a borbotones—. Es un animal de verdad.

Lemming deja las cartas boca abajo sobre la mesa y mira a Wes con los ojos entrecerrados.

—¿Qué aspecto tienen? ¿De qué familia son?

Wes parece confundido.

—Son, como, ¿roedores?

Hewitt arruga la frente.

—Qué va, tío, creo que es un primate.

Jamie asiente.

—Creo que sí.

Lemming mira a su alrededor de la mesa con una expresión de desconfianza.

—Me estáis tomando el pelo.

Eso provoca otra ronda de risas escandalosas hasta que Blake se aclara la garganta y se toca la visera con un gesto exagerado.

—Por favor, chicos, estamos jugando al póker.

—Exacto —responde Lemming—. Estamos jugando al póker, así que callad de una puta vez.

—Subo cinco —anuncia Blake.

—Voy. —Hewitt.

—Yo paso. —Wes.

—Pues yo veo tus cinco y subo a diez. —Jamie.

—¡Qué derrochador! —suelta Blake—. ¡Así me gusta!

Yo igualo la apuesta y Lemming también; entonces Blake reparte. Otro diez. No es la mejor carta posible, pero sigo teniendo reinas y sietes. Hay otra ronda de apuestas. Lemming y Blake se retiran y solo quedamos Hewitt, Jamie y yo. Blake levanta su carta y… toma ya. Otra reina. *¡Full,* joder!

Voy con todo en la última ronda, Hewitt me mira con la boca abierta.

—¿En serio? ¿En la primera mano?

—Va de farol —opina Jamie, estudiándome la cara.

Sonrío con suficiencia.

—¿Eso crees?

—Ya te digo —coincide Blake, pero los trescientos dólares en fichas que hay en el centro de la mesa parecen ser demasiado dinero para Jamie y Hewitt, que se retiran. Recojo felizmente mis ganancias.

Se juegan más manos y hablamos un poco de todo. De nuestro horario. Del equipo de juniors al que Jamie entrena. Del nuevo Escalade que Hewitt le ha comprado a su mujer. Finalmente, la conversación vuelve a las aventuras de Lemming con O. C., más concretamente, al cuarteto que se montaron después de la visita al bar de Chicago.

—Un momento. ¿Tú te estabas tirando a una pava y O'Connor a otra en la misma habitación? —pregunta Wes con curiosidad—. ¿O estabais todos, ya sabes, dándole juntos al tema?

Lemming suelta una risita.

—No te ofendas, Wesmie, pero no me van las pollas, así que no, no hubo acción entre tíos. —Me mira y mueve las cejas con picardía —. Deberías haber venido, E. Lo pasamos de puta madre.

Sinceramente, me parece un plan horrible, aunque eso no lo digo en voz alta. Lemming puede hacer lo que le plazca. Tiene seis años menos que yo y sigue enamorado del estilo de vida de los jugadores de *hockey* profesionales, que yo disfruté antes de conocer a Kara.

Hoy, ya no busco tirarme a dos tías con uno de mis compañeros de equipo. Prefiero ver una película de Disney con mis hijas o los mejores momentos de los partidos antes de acostarme. Y puede que disfrutar de una cena con una chica en particular…

—¿Pastelito? —me llama Blake.

Me doy cuenta de que todos están esperando porque es mi turno. Miro las cartas: un siete y un nueve. Luego miro las de la mesa: rey, reina, rey, diez y diez. En el bote hay unos quinientos dólares.

—Me planto —anuncio dejando las cartas con un golpe sobre la mesa.

—Vaya —suelta Lemming, volviendo a mirarme—. No te entiendo, tío. Ahora estás soltero. Aprovecha la ocasión.

Me encojo de hombros.

—Yo paso del rollo este del sexo sin compromiso. Ya lo hice en mi época.

—¿Y si es algo más que sexo sin compromiso? —pregunta Hewitt con un tono comedido.

Lo miro y parpadeo repetidamente.

—Ay, Ben… Ben, ¿es que quieres una relación seria conmigo? Te has enamorado de mí, lo sabía.

Me hace una peineta.

—No, capullo, hablo de salir con alguien. De que te eches una novia.

Blake asiente, serio.

—Sí, el otro día lo comentaba con Luko…

¿Cómo? ¿Se puede saber por qué mis compañeros tienen que hablar de mi vida amorosa?

—… Me dijo que la hermana de Estrella es muy pero que muy S-E-X-X-I.

—*Sexi* solo tiene una x —corrige Jamie.

—No cuando hablamos de la hermana de Estrella —asegura Blake —. Ella tiene doble, no, mejor dicho, triple X. Es S-E-X-X-X-I.

Pongo los ojos en blanco.

—¿La has conocido en persona?

—No —responde Blake sin darle importancia—. Pero confío en los ojos de Luko.

—Ajá. Bueno, pues creo que paso —digo en un tono amable—. No puedo salir con la cuñada de mi capitán. ¿Y si le rompo el corazón? Él me colgaría de las pelotas. —Dudo un momento—. Además… Yo…eh… —Me callo de repente. ¿Se puede saber qué me pasa? ¿En serio les iba a hablar de Hailey? Es la noche de póker, no un capítulo de *Sexo en Nueva York.*

Pero Blake no me pasa ni una.

—Además, ¿qué? —pregunta.

Me rindo.

—Que puede ser que me guste alguien.

—Menudo giro de trama —grita, frotándose las manos como un maníaco—. ¿Quién?

—La chica que me saca a pasear al perro —suelto.

Todos se echan a reír.

—¿En serio? —pregunta Jamie.

—Sí y no. Saca a pasear a Rufus como un favor, porque soy muy buen cliente de su empresa, que se llama Fetch.

—Ah, sí —dice Lemming, barajando las cartas—. O. C. usa Fetch para comprar comida y para que le recojan las camisas. Me ha enseñado la aplicación. Sale una chica en la pantalla de inicio.

La irritación me tensa la mandíbula. Siempre he pensado que esa foto de Hottie me pertenecía, por ridículo que sea.

—Exacto.

—¿Cómo funciona? —pregunta Wes, terminándose la cerveza.

—Pagas por hora de trabajo —explico—. Y cobran un plus si compran algo, pero vale la pena, sin duda. Si regresas de viaje y tienes la nevera vacía y la tintorería cierra en una hora, ellos se encargan de todo.

—¡Toma! —coincide Blake.

—Te traen lo que haga falta —añado—. Si necesitas un regalo para el cumpleaños de tu madre o una reserva en un restaurante, solo tienes que escribir las instrucciones en la aplicación y ellos lo resuelven. Me amueblaron el piso entero, yo no puse ni un pie en una tienda.

—Vaya —Wes le da un golpecito a Jamie con el codo—. Parece que me conocen. Lo tendré que probar.

Jamie se encoge de hombros. Puede que acabe de ayudar al negocio de Hailey. Seguro que a la empresa le vendría bien que el equipo utilizara Fetch.

—¿Pueden ayudarme a encontrar acompañante para la ópera? —pregunta Lemming amontonando las fichas que le quedan—. Nuestra función benéfica favorita es dentro de diez días.

Todos gruñen. Los jugadores estamos obligados a asistir a entre ocho y diez eventos al año, pero no todos son iguales. La gala benéfica de la ópera es la que menos gusta. El propietario del equipo tiene unos noventa años y le encanta la ópera. Seguro que la obra durará tres horas por lo menos. Ni siquiera la comilona y el hartón de beber que nos pegaremos después nos compensarán.

—Tengo una idea —suelta Blake, repartiendo las cartas—. En esta ronda no apostaremos dinero. El ganador podrá fingir que está enfermo para librarse de la ópera y los demás tendremos que respaldar su excusa del virus estomacal de veinticuatro horas.

Wes coge las cartas.

—Me encanta este plan.

Yo solo me alegro de que el tema de conversación haya cambiado y de que ya no sea Hailey. Parece que mis compañeros de equipo se han olvidado de mi confesión, y me alegro, porque todavía no sé si estoy listo para empezar a salir con alguien. Mi matrimonio implosionó por culpa de mi trabajo, y no he cambiado de curro, así que una nueva relación estaría, básicamente, condenada al fracaso.

—A ti seguro que te gusta la ópera —bromea Lemming.

—¿Porque soy gay? —ríe Wes—. Pues te equivocas.

—¿Bombas? —pregunta Blake—. ¿Qué te parece a ti la ópera? —Se acerca la cerveza a la boca.

—Pues, Blake, yo soy bisexual, así que solo me gusta la mitad que a Wes.

—Qué va, amor —protesta Wes—. Eso quiere decir que te gusta el doble.

Blake suelta tal carcajada que la cerveza le sale por la nariz, y entonces estallamos todos en risas.

Tengo una buena mano de cartas, pero la verdad es que da igual.

—Sabéis que, de cualquier modo, tendremos que ir todos a la ópera —refunfuño—. Es el momento lameculos del año en el evento favorito del propietario del equipo.

—Yo me salvo —dice Jamie con una sonrisa, empujando las fichas al centro de la mesa.

—Qué va, te aseguro que irás —gruñe Wes.

—Mis niños tienen partido esa noche.

—Un momento. —Su marido levanta la cabeza—. ¿Acaso sabes qué día es?

—No. Pero estoy liadísimo.

Qué haríamos sin las noches de póker. Las peleas y la cháchara me ayudan a distraerme de mis preocupaciones. Acepto otra cerveza y disfruto de mi rato con los chicos.



Tirador87: Socorro. Tengo el esmoquin hecho un Cristo.

HTE: ¿Por qué? ¿Acaso tienes que ir a misa?

Tirador87: No, lo tengo lleno de agujeros.

Tirador87: Lo necesito para el peor evento benéfico del mundo y es la semana que viene.

HTE: De acuerdo. ¿Quieres comprar o alquilar? ¿Imagino que lo usas a menudo?

Tirador87: Supongo que comprarlo. Me lo pongo unas ocho veces al año. ¿Puedes hacer tu magia y que aparezca uno?

HTE: Te ayudaré sin problema. Pero esto no es como el preparado para gofres. Tienes que probártelo. Y si te lo vas a poner a menudo, no necesitarás solo que te ajusten los puños como hacen para las bodas. Tendrán que tomarte medidas como es debido.

Tirador87: Bla, bla, bla.

HTE: No culpes a la mensajera. Si quieres te busco una tienda con un buen surtido de esmóquines y te pido cita para que te tomen medidas. ¿Qué te parece?

Tirador87: Vale. Deja que mire mi agenda.

HTE: No tengas prisa. Estoy aquí sentada, comiendo caramelos.

Tirador87: ¿En serio?

HTE: No. Espabila. Hoy tengo un día de locos. Debe haber luna llena.

HTE: *Tamborilea con los dedos sobre el escritorio*. *Espera a tirador87*. *Se pregunta cómo puede ser tan rápido patinando y tan lento mirando un calendario*.

Tirador87: ¿Eres así de impaciente con todos los clientes? Puedo ir mañana por la mañana después del entreno. A partir de las doce y media me va bien. O el viernes a la misma hora.

HTE: ¿Cuándo es la gala? Tendré que avisar que urge.

Tirador87: El próximo viernes, por desgracia.

HTE: ¿Quién está de mal humor hoy? Te conseguiré un traje

de pingüino, pero nunca una camiseta de los Penguins.

Tirador87: Más te vale.

HTE: Tienes razón. Menudos perdedores. Además, ¿quién quiere la Copa Stanley? Vuelvo en un segundo, Tirador.



HTE: Tienes hora mañana en Klingerman's a las doce y media. Te adjunto la dirección; está en la calle Yonge. Les he mandado tus medidas para que preparen algunos modelos que tengan disponibles para que te los pruebes. Me preguntan si te hará falta algo más de la tienda. ¿Les digo que solo el traje?

Tirador87: Odio probarme cosas. Ojalá apareciera en mi armario por arte de magia.

HTE: Y yo quiero un poni azul. ¿Te hará falta algo más mientras estés delante del sastre en bóxer?

Tirador87: Soy más de briefs. Ya deberías saberlo, me los compraste tú.

HTE: *Se golpea la cabeza con el teclado*.

Tirador87: Podría aprovechar para comprarme otro traje. El de raya diplomática está hecho un asco, llevo sin comprarme ropa desde la última vez que Kara me obligó, hace dos años.

HTE: Avisaré en la tienda. Pásatelo bien mañana.

Tirador87: Quiero pedirte otra cosa.

HTE: Dime.

Tirador87: Me gustaría que me ayudaras a elegir. La ropa no es lo mío.

HTE: Los dependientes son muy buenos, para que lo sepas.

Tirador87: ¿Entonces no vienes?

HTE: Si quieres, sí. Pero no te hará falta.

Tirador87: ¿Por favor?

HTE: Esa es la palabra mágica :). Nos vemos mañana.

* En inglés, «Willie», además del diminutivo de William, es un término infantil para referirse al pene. *(N. de la T.)*

CAPÍTULO 7

Perdiendo coeficiente intelectual



HAILEY

Yo antes me consideraba una persona inteligente y perfectamente funcional. Y cuando me mensajeo con Matt, lo pasamos bien y consigo terminar las frases sin babear.

Sin embargo, paso los primeros quince minutos en la tienda de ropa de hombre tropezándome con mis propios pies y balbuceando como una maníaca. Me convierto en una idiota cada vez que lo veo.

El problema es que está de pie, delante del viejo sastre, en calzoncillos. Lleva un par de *briefs* ajustados de color naranja y veo el perfil de su trasero perfecto en todo su esplendor. Tiene las piernas desnudas y los tendones de las corvas tensos, preparado para el combate.

Cuando miro el enorme espejo de tres paneles que tiene delante, la cosa empeora. Esos muslos fuertes y esos abdominales marcados debajo de la camiseta interior. Consigo no mirarle el paquete, aunque me tengo que esforzar mucho y hablo sin parar con el sastre sobre el tiempo; parezco un mono que ha bebido demasiada cafeína.

Por fin, el sastre tiene las medidas que necesita y le entrega a Matt una camisa para esmoquin. Yo espero que entre en algún probador para probárselo todo, pero, claro, ya estamos en un probador gigantesco. Así que introduce los brazos poderosos por las mangas de la camisa justo delante de mí.

Pierdo cinco puntos más de coeficiente intelectual.

El sastre empieza a hacerle preguntas. ¿Cuello chal o con solapas de pico? ¿De raso o grogrén?

—¿Hottie? —me llama, con el ceño fruncido.

Eso me despierta del estupor. Me acerco hacia el expositor y empiezo a ojear las opciones.

—Creo que el cuello chal resulta un poco rígido. Estarás más cómodo con las solapas de pico. —Aparto las piezas con cuello de chal y observo las demás chaquetas—. Este de terciopelo es moderno, pero no lo suficientemente versátil para ti. —Ese también lo aparto a un lado—. En definitiva, nos queda este. —Levanto un esmoquin negro muy tradicional—. O en color azul medianoche. Creo que el azul es muy sexi, pero si prefieres lo tradicional, te recomiendo el negro.

Duda un momento.

—Me gusta el azul. ¿Estás segura de que no es demasiado raro?

—Espera que eche un vistazo. —Saco el móvil y abro Pinterest—. Mira, Chris Hemsworth llevó uno. Uf, y Ryan Gosling también. —Suspiro porque las fotos son maravillosas y tengo las hormonas totalmente revolucionadas.

—Pásamelo —gruñe Matt un poco molesto todavía.

Está espectacular, como era de esperar. El sastre le trae los pantalones y se los ajusta, le marca el dobladillo y escribe en la tablilla portadocumentos. Mientras tanto, yo intento no tragarme la lengua. El hombre que tengo delante eclipsaría sin ningún tipo de duda a cualquier estrella del cine, con esos ojos grises infinitos y sus facciones nórdicas, elegantes. Hoy tensa un poco la mandíbula, pero, por alguna extraña razón, eso solo lo hace más atractivo.

Estoy perdida.

Matt contempla su reflejo en el espejo.

—Vendido —dice—. Ahora, pasemos a los trajes.

Pero el sastre tiene que colocar algunas agujas mientras Matt echa chispas con los ojos.

Y entonces, antes de que me prepare, se quita el traje y sus hombros anchos emergen de las mangas. Baja una mano a la cintura y se desabrocha los pantalones, como lleva haciendo toda la semana en mis sueños.

Juro por Dios que estamos a mil grados en esta habitación. Solo tengo veintinueve años, ¿no soy demasiado joven para tener sofocos?

Echo un vistazo a las americanas en el otro expositor para distraerme.

—No sé si me convence este estilo —le digo al sastre, mostrándole una americana—. La mayoría son demasiado rectas para él. Matt necesita algo que se le ajuste de los hombros fornidos a la cintura… —Me detengo antes de que se me escape la palabra «deliciosa»—. Estrecha.

Un calor me sube por el cuello y no me hace falta mirar a Matt para notar su sonrisa.

—Así que «fornidos», ¿eh? —murmura entre dientes.

—La señorita tiene razón —confirma el sastre—. Un momento. —Desaparece y nos quedamos solos.

Matt vuelve a estar en ropa interior.

—Siento ser tan cascarrabias —dice, observándome con sus ojos grises.

—No es para tanto.

Me sonríe, agradecido.

—Los eventos no son lo mejor de mi trabajo. Cuando tenía veinte años no me importaba. Las fiestas eran nuevas experiencias; mucha gente rica reunida, ya sabes. —Alarga una mano y juguetea con la cinta métrica del sastre, que cuelga del hombro de un maniquí—. Pero acaba cansando.

—Imagino. Además, has dicho que este es el peor acontecimiento del año. ¿No te gusta la ópera?

—La detesto. Y se suponía que tenía que pasar la noche con las niñas. Así que ahora tendré que mendigar a mi ex para que me cambie la fecha. Será divertido.

—Lo siento.

Niega con la cabeza como para deshacerse del pensamiento.

—Me gusta el esmoquin azul, Hottie. Es algo nuevo. Cuando vi que las polillas se habían comido el negro, me pareció que era el destino.

—¿Por qué lo dices?

Sonríe levemente.

—Porque es con el que me casé. Kara lo eligió. Así que, por mucho que odie comprar ropa, creo que ya tocaba un cambio.

—Te entiendo. Yo todavía tengo cosas en casa que elegí con mi ex. Me parece una tontería tirar todos los detalles bonitos que nos regalaron para la boda y empezar de nuevo con baratijas. Pero claro, tengo que verlos todos los días.

Jackson se fue y me dejó el piso y los muebles, creo que lo hizo con buena intención, para que no tuviera que buscar casa ni comprar todo nuevo. Pero ahora vivo en el museo de nuestra vida pasada. Me sigo comiendo los cereales del desayuno en los cuencos que elegimos juntos en el Eaton Centre. Cuando me ducho, me seco con las toallas que compré porque sabía que a él le gustaba ese tono azul.

—¿Has vuelto a salir con alguien? —suelta Matt, de repente.

La pregunta me sorprende muchísimo.

—Pues no. Sonará muy raro, pero…

Sonríe con timidez.

—¿A lo mejor no estás preparada todavía?

—No es eso exactamente… Creo que ni siquiera sé cómo funciona. Nunca he tenido una cita.

Alza las cejas.

—¿Quieres decir que no tienes ninguna desde hace mucho tiempo?

—No. Nunca he tenido una cita. Jackson y yo éramos amigos de pequeños. Luego pasamos a ser novios. Un día, en el instituto, en lugar de darme un abrazo para despedirse, me dio un beso. Y así comenzó todo. Ya hace más de una década. Nunca me han pedido salir. Nunca he ido a cenar ni al cine con alguien a quien no conozco desde siempre. ¿Qué es eso de hablar de trivialidades, de protocolo y primeros besos? Solo los he visto en las películas.

Probablemente me vendría bien cerrar el pico de una vez, porque incluso yo me considero patética, y Matt me mira como si fuera alienígena. De repente, sonríe de oreja a oreja.

—Y yo pensaba que llevaba mucho tiempo fuera de circulación.

—Pues aquí estoy yo para que te sientas mejor —digo. Y vuelvo a sentirme insegura.

El sastre regresa con varias americanas y convenzo a Matt de que la mejor es la de color gris.

—El corte te favorece y… —Me resulta muy difícil aconsejarlo sobre ropa sin jadear.

—¿Y? Termina la frase, porque Kara me dijo que nunca fuera de gris.

—¿En serio? —Aliso las solapas con las manos, que se mueren por tocarlo—. ¿Era celosa? —Lo miro a los ojos y la realidad de lo cerca que estamos el uno del otro me vence.

—A veces. ¿Por?

—Porque el gris te resalta los ojos. Te queda superbién ese color.

—Gracias, Hottie —dice, con voz ronca—. Hace mucho tiempo que no me decían algo así.

—Bueno. —Me quedo atrapada en su mirada impenetrable un instante—. Pues deberían decírtelo.

El sastre carraspea y yo retrocedo rápidamente.

Y como Matt ya ha elegido, no tengo motivos para estar allí, así que me excuso y me marcho pitando.

CAPÍTULO 8

Me encanta la comida italiana



HAILEY

—¡Un giro de tuerca! —exclama Jenny a la mañana siguiente, mirando la pantalla por encima de mi hombro.

—El asunto se complica —confirmo en tono serio.

Miramos fijamente la imagen durante tres segundos más. A continuación, giramos hacia la otra y estallamos en risas. Entre las carcajadas histéricas, consigo entender el nuevo encargo del señor Rabo. Necesita cinta de doble cara para asegurarse de que el Speedo de color verde neón no se le mueva. Aunque a lo mejor, a partir de ahora, lo deberíamos llamar señor Culo, porque en la foto que nos adjunta se le ve por detrás, con el bañador Speedo que menciona, y sí, sin duda se le mete por dentro. Tiene las nalgas redonditas, tersas y bronceadas. La verdad es que son bastante agradables.

—Vaya, en ese culo rebotarían las monedas. —La voz grave hace que tanto Jenny como yo demos un bote, sorprendidas. Cuando giro el cuello, veo que Matt Eriksson está de pie detrás de nosotras.

—¡Math! —exclamo—. Quiero decir, ¡Matt!

Jenny suelta una risita.

—Siempre me llamas Math cuando estás nerviosa —dice, acercándose—. ¿Por qué?

—No estoy nerviosa —farfullo—, solo sorprendida. ¡Me has asustado!

—Lo siento. No tenéis recepcionista, así que he ido caminando por el pasillo hasta que he visto una puerta con tu nombre.

Ay, madre mía. ¿Estaba paseando por aquí? ¿Y si lo ha reconocido alguien y se ha dado cuenta de que es un cliente? ¿Y por qué se ha plantado en mi despacho sin más?

—No deberías estar aquí —suelto con inquietud—. Querías ser un cliente anónimo.

Matt hace un gesto de negación con la mano.

—Eso ya no me importa. ¿Qué más da que todo el mundo sepa que uso Fetch? Resulta muy útil.

Se acerca todavía más y se inclina para ver mejor la pantalla del ordenador. Como sigo sentada en la silla, quedo atrapada entre el escritorio y su hombro. Su hombro ancho toca el mío cuando su cuerpo sensual se inclina. Huele de maravilla y tengo que contener el aliento para no inhalar la esencia cítrica y embriagarme.

—¿Qué estáis mirando? —pregunta con curiosidad—. ¿Porno de culos? Pues tu trabajo mola más de lo que pensaba.

—No. —Hago clic rápidamente con el ratón y cierro la pantalla—. Lo siento —murmuro cuando veo que alza una ceja—. Es un encargo de un cliente, confidencial, ya sabes.

Se relaja al oír la palabra «cliente». Vaya. ¿Se ha puesto celoso porque creía que miraba porno de culos? ¡Qué va! Claro que no. Seguramente piensa que soy una rarita.

—Te he traído un café —dice cuando se incorpora. Me ofrece un vaso de cartón del Starbucks—. Un café solo, como te gusta.

Las cejas de Jenny se disparan hacia arriba. Casi puedo oír sus pensamientos: «¿Como te gusta? Cuéntamelo todo».

Evito su mirada curiosa y penetrante y acepto el café.

—Gracias —digo, sonriendo.

—Bueno, he venido para… —se interrumpe con una expresión incómoda y mira a Jenny.

Ella no pilla la indirecta. O puede que sí, pero decide ignorarla.

Pongo los ojos en blanco, me levanto de la silla y le hago un gesto hacia la puerta.

—Necesitamos un minuto —le digo a mi amiga.

—Tengo tiempo —responde alegremente.

Con una voz firme, repito la máxima de antes:

—La confidencialidad del cliente.

—Ah, bueno. —Se marcha con una expresión evidente de decepción y cierra la puerta al salir.

Matt apoya una cadera sobre el escritorio.

—La verdad es que no he venido por negocios —afirma.

—Da igual —respondo sarcásticamente—. No se le da muy bien interpretar el lenguaje no verbal.

Él sonríe y al verlo se me derrite el corazón. Qué hombre más atractivo. Es de esos tan guapos que hacen que se te derrita el cerebro y se te humedezcan las bragas. Y cuando sonríe, se me cortocircuita el sistema. Las piernas me tiemblan, así que me siento. Creo que no seré capaz de aguantar el peso de mi cuerpo delante del atractivo sexual de este tiarrón.

—¿Qué pasa? —pregunto.

Matt sigue apoyado en el escritorio. Tiene la pierna a poco más de diez centímetros de mi rodilla. Me pregunto cómo reaccionaría si alargara la mano y le tocara el muslo. Aunque no voy a hacerlo. Pasaría de admiradora a acosadora.

—He estado pensando en lo que me dijiste ayer en la tienda.

Frunzo una ceja. Dije muchas cosas, la mayoría de ellas probablemente ni siquiera tenían sentido, porque ver a Matt Eriksson en ropa interior me dejó hecha un cuadro.

—¿Cuándo dijiste que nunca habías salido con nadie? —continúa.

Noto que las mejillas me empiezan a arder.

—Ah. Eso.

—No sé. Me parece un poco injusto. —Hace una pausa—. Así que he pensado en remediarlo.

El corazón se me sube a la garganta. Madre mía. ¿Me va a pedir salir? ¿Matt Eriksson me va a pedir salir? ¿Una cita? ¿Matt Eriksson quiere que tenga una cita con él? ¿Matt Eriksson quiere una cita conmigo? Matt Eriksson quiere…

Respiro hondo y me obligo a salir del bucle mental.

—Y se me ha ocurrido una idea genial para una primera cita. —Termina antes de ofrecerme otra de esas sonrisas que me dejan sin aliento.

—¿Sí? —Se me acelera el pulso. Debería decirle que no, ¿verdad? Una admiradora ansiosa no es la mejor cita para este hombre. Él necesita alguien que no lo llame Math y que no tartamudee cada vez que lo ve.

—*Rigoletto* —dice, solemnemente.

Me seco las manos pegajosas en los vaqueros.

—Ah, me encanta la comida italiana, aunque no conozco el restaurante.

Se ríe. Es una risa grave y profunda, cargada de humor.

—Es una ópera —me corrige.

Me quedo en blanco.

—Ah, suena…

—¿Horrible? —sugiere. Se le crispa el labio hasta que se le escapa otra risa—. Vale, la ópera no sería mi cita ideal tampoco. Pero antes podemos tomar unas tapas. Yo tengo que ir por obligación y he pensado que, si me acompañas, podríamos pasar un buen rato. Nos ponemos guapos, yo estrenaré el esmoquin que elegimos, nos consolamos mutuamente durante la ópera y luego nos ponemos las botas en el suculento banquete. —Mueve las cejas de forma seductora y añade—: También hay barra libre.

—Quieres que te acompañe a un evento del equipo… como tu cita —digo, lentamente.

—Sí. —Se frota un costado del cuello, parece incómodo otra vez —. ¿Te gustaría venir?

«¡Sí, sí, sí, sí, sí, sí, sí!».

—Bueno, vale —suelto, restándole importancia. Aunque mi tono roza la indiferencia y Matt frunce el ceño, lo que significa que mi respuesta frívola no lo ha entusiasmado—. Suena divertido —añado con un tono más entusiasta para tranquilizarlo.

Una sonrisa le curva los labios.

—Genial. Es el viernes que viene. ¿Te recojo a las siete?

—Me parece bien. —Tengo una semana para conseguir un vestido digno del teatro de la ópera, porque me da la impresión de que mi ropa, que suelo comprar en rebajas, no estaría a la altura. ¡Jenny al rescate!

—Bien. Ahora me apetece ir a esa ópera. —Me ofrece una mirada muy sincera, cálida y expectante.

—¿Porque has engañado a una pobre pringada para que sufra contigo? —bromeo, sobre todo porque la intensidad de su mirada me inquieta.

Los ojos de color gris gélido de Matt no se apartan de los míos.

—No, porque podré pasar un buen rato contigo.

Madre mía. No consigo apartar la mirada de esos ojos. Tengo la sensación de que está pasando algo ahora mismo, algo extrañamente íntimo y tan intenso que me asusta, aunque lo único que hacemos es mirarnos el uno al otro. Pero el aire está cargado de una electricidad extraña. Matt me mira fijamente la boca y cuando no puedo evitar morderme el labio inferior veo que en sus ojos se enciende una chispa.

—Hottie. —Se acerca lentamente hacia mí.

Con una de sus grandes manos, agarra la mía y me levanta de la silla. Y… ¡Dios mío, creo que me va a besar! Tiene los labios entreabiertos y se los humedece levemente con la lengua. No sé si estoy preparada para esto. No he besado a nadie desde la última vez que besé a Jackson…

—Hailey —dice una voz desde la puerta—. Quería hablar contigo de… Ah, hola.

Hablando del rey de Roma.

Jackson entra en el despacho sin llamar, lleva una carpeta en una mano y una taza de café en la otra.

Matt retrocede habilidosamente cuando mi exmarido aparece.

—¡Jackson! —exclamo.

Frunce una ceja.

—Lo siento, no quería interrumpir. No sabía que estabas reunida. —Jackson estudia a Matt y veo que intenta recordar de qué le suena. Jackson y yo vimos muchos partidos del Toronto juntos, en la televisión y en el estadio, así que conoce a muchos jugadores. Después de unos segundos, cae en la cuenta—. Un momento…, ¿eres Matt Eriksson?

La lenta reacción de Jackson me da tiempo a recobrar la compostura y consigo usar un tono estrictamente profesional cuando los presento:

—Jax, Matt es uno de nuestros clientes. Matt, él es Jackson Emery, el copropietario de Fetch.

Aunque no le hubiera contado ya a Matt que trabajo con mi ex, el apellido lo habría delatado. Yo todavía no he conseguido quitarme su apellido y volver simplemente a Taylor. Debería, lo sé, pero la idea de lidiar con el papeleo para cambiar el apellido parece tan… definitiva. Es como si eso hiciera que el divorcio fuera… real.

Y es real.

Joder. Vaya que si lo es. Sé que sí. Supongo que soy una tonta sentimental.

—Encantado de conocerte —dice Matt, amablemente. Le alarga la mano y Jackson se la estrecha.

—Igualmente. —Jackson sonríe—. Me parece guay que un jugador profesional de *hockey* sea cliente.

—También soy la cita de Hailey para la ópera —suelta Matt, guiñándome un ojo.

Jackson pone mala cara.

Trago. Madre mía. ¿Por qué ha dicho eso?

—¿Vais a ir juntos a la ópera? —La mirada de Jackson pasa lentamente de mí a Matt y de nuevo a mí—. ¿Desde cuándo te gusta

la ópera, Hails?

—No me gusta —tartamudeo—, pero…

—La he obligado —Matt termina mi frase.

—Entiendo. —Jackson hace una pausa. Cuando vuelve a hablar, su tono es cortante—. A Melinda le encanta la ópera, tendría que invitarla un día.

Se me tensa todo el cuerpo. Es doloroso. ¿En serio acaba de mencionar a la mujer con la que sale? Algo me arde en la garganta como ácido, la ira. ¿O es que me siento traicionada? No son celos. No estoy celosa porque Jackson salga con otra chica.

Aunque eso no quiere decir que me guste oír hablar de ella.

—Bueno. —Matt ahora parece cauteloso, nos mira a Jackson y a mí alternativamente—. Te llamaré luego para concretar.

Asiento con la cabeza.

—Vale.

—Hasta luego, guapa.

Jackson frunce el ceño otra vez.

Para mi asombro, Matt me da una ligera palmada en el trasero antes de salir del despacho.

Lo miro marcharse boquiabierta, no sé si enfadarme o reírme. Creo que ha querido poner celoso a Jackson llamándome guapa y tocándome el culo, pero… ¿por qué? ¿A lo mejor ha visto que me ha incomodado que Jackson mencionara a Melinda?

Cuando me vuelvo a girar hacia Jackson, veo que tiene una expresión molesta.

—¿Qué ha sido eso? —suelta.

—Yo tendría que preguntarte lo mismo.

Abre la boca de par en par.

—¿Estás de coña? ¿Se puede saber qué he hecho yo?

—Ya hemos hablado de esto. Acordamos que no mencionaríamos nuestra vida amorosa delante del otro, y acabas de mencionar que a tu nueva novia le encanta la ópera.

—¡Tú has dicho que irás a la ópera con Matt Eriksson!

—Ha sido él —refunfuño.

—Bueno, da igual, ha surgido en la conversación. —Jackson me fulmina con la mirada—. ¿Desde cuándo sales con Matt Eriksson?

—No salgo con él.

Tensa la mandíbula.

—Entonces, ¿esta conversación ha sido puta imaginación mía?

Me encojo al oír sus duras palabras, porque Jackson no suele decir palabrotas.

—Bueno, no hemos salido todavía —corrijo, incómoda—. La ópera será la primera cita. Ha venido a invitarme.

—Y has aceptado.

—¿Debería haberle dicho que no?

—¡Por supuesto! —Tiene el rostro enrojecido—. ¡Es un cliente, Hails! No puedes relacionarte con los clientes. Va contra las normas.

—Las normas las pusimos para los empleados, Jax. Nosotros somos los dueños de la empresa.

—Precisamente por eso —espeta—. Eres la copropietaria, lo cual significa que tienes que dar ejemplo. ¡No podemos permitir que los trabajadores crean que no pasa nada por salir con un cliente!

—Nadie más sabe que Matt es cliente, solo lo sabemos nosotros. Y que salga con él no afecta al negocio. —No mencionaré las normas que me he saltado al sacar a pasear a Rufus. Mierda.

—Y si lo vuestro va mal y rompéis, ¿perderemos un cliente? ¿Has pensado en eso?

—Matt y yo somos adultos. Aunque no saliera bien, no perderemos un cliente. —Bueno, eso creo—. Si de verdad te parece tan importante, dejaré de ocuparme de sus asuntos.

Jackson se pasa una mano por el pelo.

—No lo sé. Me parece muy poco profesional, Hails.

La indignación se me atora en la garganta.

—¿En serio? ¿Y presumir de novia delante de un cliente te parece profesional?

—No estaba presumiendo. ¿Me dices que tú puedes pavonearte delante de mí con tu jugador de *hockey* y yo no puedo mencionar a la chica con la que salgo?

Otra flecha envenenada me atraviesa el corazón.

Nos miramos un momento.

Suspiro.

Él hace lo mismo.

—Jackson… —digo las dos sílabas con un tono cargado de tristeza —. ¿Qué ocurre?

—No lo sé —responde con un tono igual de lúgubre.

Después de un largo silencio, nos sentamos uno al lado del otro en el borde del escritorio con la mirada fija hacia delante. ¿Cómo hemos llegado a este punto? ¿Cómo nos hemos distanciado tanto? Es el chico con el que crecí, del que me enamoré y con quien me casé. Jackson y yo nunca nos gritamos durante los ocho años de matrimonio, jamás. Hacerlo ahora es desolador.

Se me ocurren tantas preguntas mientras observo su hermoso perfil. ¿Quiere comprar mi parte del negocio? ¿Qué dejemos de trabajar juntos? ¿Por qué me duele tanto imaginarlo con otra mujer? ¿Y por qué me gusta que le moleste verme con otro hombre?

¿Cómo hemos llegado a esto?

Jackson se aclara la garganta y finalmente admite:

—Sabía que iba a ser duro, pero no pensaba que fuera tan difícil.

Trago otra vez.

—¿Qué?

—Lo de salir con otros. Es decir, estamos divorciados, pero te sigo queriendo mucho, Hails.

—Y yo a ti.

—Yo… —hace una pausa incómoda—. Siento haber mencionado a Melinda así de repente. Me ha sorprendido la situación y he reaccionado impulsivamente.

—Lo sé. Da igual. Quizá yo también he exagerado un poco.

Después de dudarlo un instante, me rodea con el brazo. Yo inclino la cabeza en su hombro y la postura me resulta tan familiar que se me hace un nudo en la garganta.

Entonces dice con una voz cargada de emoción:

—No quiero verte sufrir.

Arrugo la frente.

—¿Por qué tendría que sufrir?

—Eriksson es un jugador de *hockey* profesional. Los deportistas tienen cierta reputación, ¿sabes a qué me refiero? No quiero que juegue contigo.

—Él no es de esos, Jax.

No sé explicar por qué lo sé con tanta certeza, pero lo sé. He visto a Matt con sus hijas, he visto lo bueno y cariñoso que es con ellas. Sé que pasa en casa la mayoría de las noches que no juega, porque desde allí nos hace los encargos y siempre está para recibir las entregas. Muchos otros jugadores del Toronto salen por Internet constantemente. Como el tal O'Connor, que siempre aparece en los foros de *hockey* porque se lo ha visto por alguna discoteca en Richmond o liándose con alguna modelo en la azotea de algún bar. Sin embargo, el nombre de Matt casi nunca se menciona en esas páginas.

—¿Quieres que deje de llevar su cuenta?

—No —contesta Jackson con un suspiro—. Somos amigos, ¿verdad, Hails?

—Siempre lo seremos —susurro.

—Eso no cambiará nunca —promete antes de plantarme un beso en la cabeza—. Pase lo que pase, siempre seremos amigos.

Se pone de pie, recoge la carpeta y la taza y se marcha.

«¿Pase lo que pase?». ¿Quiere decir eso que intentará librarse de mí en la empresa? ¿Es eso lo que ha querido decir?

Miro fijamente hacia la entrada vacía del despacho. Desconozco la respuesta, pero tengo un mal presentimiento en la boca del estómago.

CAPÍTULO 9

Como el banquillo, pero más pijo



MATT

De pie en las escaleras de la ópera, por raro que parezca, estoy nervioso. Ha sido una mala idea para una primera cita. Me habría gustado llevar a Hailey a cenar a un lugar tranquilo antes, a algún sitio donde invitarla a comer y contarle mis mejores chistes. Pero la cosa no ha salido así. En lugar de eso, la he invitado a acompañarme a la ópera con mis compañeros de equipo hiperactivos, y me costará mantener el culo en el asiento.

«Qué listo, Eriksson», me reprocho. «Muy bien».

Hailey no ha podido cenar conmigo porque ha tenido que reunirse urgentemente con el programador. Una mierda. Lo único que salvará la velada es que el esmoquin me sienta de maravilla. Otra cosa en mi vida a la que Hailey me ha ayudado.

—¿De qué va la ópera, por cierto? —pregunta Wes, dándome un golpecito con el codo.

—Yo qué cojones sé.

—Ojalá fuera sobre cojones —responde lentamente Blake.

—¡Venga, va, chicos! —grita Jess Canning—. *Rigoletto* es la obra más famosa de Verdi. Es maravillosa y os prometo que os gustará.
—Es nuestra amiga experta en arte, la que más conoce este mundillo.

—Cuéntanoslo todo, bombón —le pide Blake a su novia—. ¿De qué va? ¡Porque todos sabemos que nosotros no *sprechen sie deutsh!*

—Es en italiano, tontorrón. Mira, antes he encontrado una sinopsis. —Toca la pantalla del móvil—. Todo empieza con un duque en una gran fiesta. Intenta decidir a qué mujer seducirá primero. La canción se llama «Questa o quella», que significa: esta o la otra.

—Ya me resulta más interesante —dice Blake—. Eso hacía yo en mis buenos tiempos, antes de encontrar a mi chica perfecta. —Rodea la cintura de Jess con una de sus enormes zarpas—. Al comprar las entradas me he dado cuenta de que este sitio tiene un guardarropa estupendo. Ya sabes que nos gustan mucho…

Jess le ofrece una sonrisa tonta, pero Wes suelta un gruñido.

—Demasiada información, ¿vale? Háblame de la maldita ópera.

Jess cuenta la historia. El duque, su bufón y la hija del último están malditos. En lugar de escuchar, busco por la calle y me fijo en cada taxi que se detiene para localizar a Hailey, pero no la veo por ninguna parte.

—Reconoceréis la canción del tercer acto —asegura Jess—. «La donna è mobile». Habla de la volubilidad de la mujer.

—Suena bien —dice Lemming.

—Oye —lo interrumpo—. Estas cosas siempre suenan mejor en teoría. Pero durará tres horas y seguro que se las apañan para quitarle toda la chispa y el morbo. —Ya he visto bastantes óperas.

—Hablando de chispa y morbo —añade Blake con una sonrisa—, Pastelito tiene dos entradas en la mano. ¿Quieres contarnos algo, colega? ¿Estás saliendo con la que pasea los perros?

«Ya me gustaría». Y esta noche no mejorará mis posibilidades. Pedirle que me acompañara hoy ha sido una idea horrible. Quizá sería conveniente que me diera plantón.

—¿Y si dejas de hacer chistes malos el resto de la noche?

—¿Eso qué gracia tiene? Lo he organizado para que estemos juntos en un palco. Es como el banquillo, pero más pijo.

—¿Cómo dices? —Justo cuando me empiezo a preocupar por lo que he oído, veo otro taxi que se detiene. En cuanto se abre la puerta, unas piernas larguísimas salen de la oscuridad del coche, entonces, Hailey estira sus piernas infinitas y se pone de pie sobre unos zapatos de tacón de aguja y su pelo oscuro brilla bajo la luz de las farolas.

—¿Verdad, Pastelito? —pregunta Blake, dándome un codazo en las costillas. Sigue hablando, pero lo ignoro totalmente.

—Cerrad el pico —siseo—. Acaba de llegar mi cita. Fingid ser normales.

—Pues buena suerte con eso —dice Wes, riendo.

—*Mamma mia* —suelta Lemming en voz baja—. Esa no puede ser tu cita, Eriksson. Está demasiado buena para ti.

Quiero decirle que se calle de una vez, pero no me da tiempo. Hailey me ve y me sonríe. La observo caminar por la acera concurrida y desciendo un par de escalones para recibirla.

—Has llegado. —Le agarro la mano y me inclino para darle un beso cariñoso en la mejilla. Su perfume me invita a quedarme un momento más, así que respiro hondo antes de apartarme—. Gracias por venir.

Durante un buen rato solo me mira, luego parpadea y baja la mirada a nuestras manos entrelazadas.

—El placer es mío —responde con un tono suave y un poco inseguro, los ojos azules le resplandecen.

La excitación me produce una sensación cálida, desearía llamar a un taxi para que nos lleve a mi casa.

Pero, no puedo, claro. Y no es lo que le prometí a Hailey.

Bueno, pues a la ópera entonces.

—Déjame que te pida perdón de antemano por mis amigos —digo antes de volver con el grupo.

—¿Por qué? —Vuelve a sonreírme y me desarma totalmente. Si así mira Hailey después de acostumbrarse un poco, puede que no sobreviva—. ¿No se han duchado después del entrenamiento?

—No, no es tan malo —consigo responder, devolviéndole la sonrisa. Los dos nos quedamos ahí plantados, sonriendo como unos idiotas, pero no puedo remediarlo—. Solo son un poco escandalosos. Excepto Jess, ninguno frecuenta la ópera. —Y señalo con la cabeza hacia la novia de Blake, que está en la escalinata.

Hailey mira a mis compañeros de equipo y se encoge de hombros.

—Soy de Toronto, Tirador. No me dan miedo unos cuantos jugadores de *hockey.*

Suelto una risita.

—¿Tirador?

—Bueno, he pensado que, si yo tengo un apodo, tú también. Me parece lo más justo. —Me examina de arriba abajo—. Bonito esmoquin. Creo que la persona que te ha ayudado a elegirlo tiene muy buen gusto. —Se lame los labios y mira hacia el teatro.

Estoy en un lío.

La agarro del brazo y subimos las escaleras.

—Chicos, ella es H… —Estoy a punto de llamarla Hottie—. Hailey Taylor Emery.

—¡Qué guay! —grita Blake con el entusiasmo ensordecedor que lo caracteriza—. ¡Me encantan las chicas con tres nombres! Como, eh… ¡James Earl Jones!

—No es una chica —suspira Jess, estrechándole la mano a Hailey —. Bienvenida al circo.

—Sarah Jessica Parker —sugiere Wes.

—Julia Louis-Dreyfus —añade Lemming.

Termino con el recital de tonterías al presentar a cada uno de los capullos y entonces las luces exteriores del teatro parpadean para pedir a los espectadores que entren.

—¡Vamos, chicos! —dice Jess, dando una palmada—. ¡No quiero perderme el principio!

—A mí no me importaría —responde alguien.

Entramos al teatro y le ofrezco el brazo a Hailey para subir las escaleras circulares. Un acomodador nos acompaña al palco privado y allí otro nos retira los abrigos y los cuelga en un armarito en el exterior.

—¡Qué elegante! —exclama Jess con admiración.

Pero yo no puedo ni oírla, porque he cogido el abrigo de los hombros de Hailey y estoy a punto de tragarme la lengua. Lleva un vestido negro brillante. Pero eso no me ha dejado sin palabras. Hailey tiene un tatuaje muy detallado de una enredadera cruzándole la espalda torneada.

Suelto un pequeño gemido de deseo y ella se vuelve hacia mí con una expresión confundida.

—¿Todo bien?

—Sí —respondo con un ápice de voz. Pero no es cierto. La ópera se me hará el doble de larga si tengo que estar sentado a su lado toda la noche intentando no imaginar todo el tatuaje en su cuerpo desnudo—. ¿Dónde quieres sentarte? —pregunto, apartando a regañadientes los ojos de la curva de su trasero.

—Me da igual.

El palco tiene seis butacas tapizadas en terciopelo. Acompaño a Hailey a una de las que hay en la fila delantera. El resto son para Blake, Jess, Wes y…

—¡He conseguido llegar! —grita Jamie al aparecer por la puerta vestido con esmoquin.

—¡Cari! —exclama Wes, que no lo esperaba.

—Me han cancelado el segundo entrenamiento, así que he ido rápidamente a casa a cambiarme.

—¡Ay! Ahora sí que no me cabe la menor duda de que me quieres. —Wes se acerca a Jamie para darle un beso.

Y entonces ocurre algo precioso. Un empleado nos ofrece copas de champán que lleva en un carrito por el pasillo. Le entrego una a Hailey.

—Qué clase —dice.

—El año pasado no nos dieron nada para beber —recuerda Blake —. Debe de ser por el palco. Siéntate encima, Jessie. Esto parece una fiesta.

La chica se sienta en su regazo, chocan las copas y luego se besan.

Parece que soy el único hombre soltero del planeta.

—Qué refinado todo —apostilla Jess, que se levanta de encima de Blake y se sienta en su butaca.

—Eso es precisamente lo que nos falta a nosotros —bromea Wes.

Hailey sonríe y yo consigo relajarme un poco.

—Gracias por acompañarme esta noche —le digo—. Puede que la ópera no sea tu plan preferido, pero de verdad, valoro mucho tu compañía.

Baja la mirada un segundo, como si le costara aceptar el cumplido.

—A veces me viene bien escapar de la rutina, Tirador. —Alza su elegante barbilla—. ¿Has visto *Rigoletto* antes?

—Pues no tengo ni idea —respondo sin avergonzarme, y ella se echa a reír.

Cuando, un momento después, las luces de la sala se apagan, sonrío con la expectación tensa que inunda el teatro. Durante unos segundos, lo único que se oye es un par de personas que tosen y el frufrú de la ropa.

—¡Que canten «Freebird»! —susurra Blake desde detrás de mí. Y aunque no puedo verla, oigo la risita de Hailey.

La orquesta arranca con un estallido de metales y timbales. Cuando se abre el telón, aparece un escenario iluminado, donde se celebra una gran fiesta, como Jess describió. Intento ponerme cómodo y disfrutar de la ópera, pero no es fácil: soy demasiado consciente de la presencia de Hottie a mi lado. Me apetece más mirarla a ella.

Bebo un sorbo de champán y me fijo en el vestuario de los actores. No es de la época correcta. Alguien ha decidido ambientar

la ópera en… ¿Las Vegas? ¿Atlantic City? Hay mafiosos y mujeres con vestidos de los años cincuenta.

Como siempre, mi mente se va a cosas más interesantes. Primero pienso en Hailey y luego en el *hockey.* Antes de darme cuenta, he pasado un buen rato planeando estrategias ofensivas para el partido contra Vancouver. Cualquier esperanza de seguir la ópera ya está perdida.

En el escenario, el ricachón de la escena inicial está sentado en una silla, bebiendo champán mientras dos docenas de personas lo rodean en semicírculo, cantando.

Me inclino hacia Hailey y le susurro:

—¿Tienes la más mínima idea de lo que está pasando?

Lentamente, gira la cabeza hasta que sus labios rozan mi oreja. Todos mis sentidos se ponen firmes y me saludan cuando ella susurra:

—Ni puta idea.

Su aliento cálido me roza la cara mientras la música crece y una oleada de deseo puro me golpea. No es solo sexo. Me encantaría llevármela a la cama, sí, pero también ansío una broma en la oscuridad y una risa cómplice compartida.

Giro la cabeza hasta que mi nariz roza suavemente su mejilla.

—En realidad está clarísimo —le murmuro al oído.

—Ah, ¿sí?

—Ajá. Ese ricachón… creo que es un capo de la mafia… y está diciendo a sus chicos que se carguen a alguien.

Ella asiente, seria.

—Al hombre que le ha robado la cocaína.

—Claro. —Mis labios le rozan la oreja.

Ella se estremece.

—Pero creo que antes habrá una persecución de coches. Encontrarán la droga en la parte de atrás de una furgoneta tuneada… que custodia sor María, mi profesora de tercero que tenía una verruga horrorosa.

Hailey apoya la cara en mi hombro y noto que ríe. En el escenario, una mujer con un vestido rojo sangre aparece de repente. Abre la boca y empieza a cantar con una voz dulce de soprano.

—Oh, mierda —exclamo en bajito—. ¿Sabes quién es?

—Por supuesto —responde, con un siseo—. La hija ilegítima y distanciada de sor María y el don. Ha aparecido para decirles que los ha maldecido. Nunca le regalaron un poni por su cumpleaños, así que lanzará una plaga que acribillará sus casas.

—En su defensa —digo con solemnidad—, el don le prometió que le compraría un poni.

—Además —replica Hailey—, la recesión golpeó muy fuerte a la Mafia.

—Cierto.

Nos miramos, conteniendo la risa a duras penas. Dios… no recuerdo la última vez que me lo pasé tan bien con una mujer.

Su mano delgada me agarra la muñeca.

—¡Oh, no! —dice, tan bajo que apenas la oigo.

—¿Qué pasa?

—Se rumorea que la maldición se está extendiendo.

—¿Les empezarán a salir pústulas supurantes?

Ella niega con la cabeza, y su cabello sedoso me roza la mandíbula.

—En cualquier momento los atacará… un calamar gigante.

Eso es lo que me remata. Casi dejo escapar una carcajada, pero la contengo a tiempo.

Mi risa, sin embargo, arrastra a Hailey. Está tan empeñada en contenerla que disimula con una tos rara. Como en las clases de la auténtica sor María, eso solo lo hace más gracioso. Noto que tiembla a mi lado.

Y, claro, el estómago me empieza a temblar por solidaridad. Me muerdo el labio, pero la risa sigue amenazando. Bajo la vista a los pantalones del esmoquin y me río en silencio.

A mi lado, Hailey lucha por controlarse. Respira hondo y suelta el aire despacio. Pero en la exhalación vuelve a estremecerse.

Intentando ayudar, me incorporo y le lanzo una mirada de reojo, que ella me devuelve con una sonrisa. Le tiembla la boca y mis ojos se fijan en la dulce curva de sus labios.

Vuelve a temblar y encoge los hombros para no reírse. Y, por supuesto, todo es culpa mía. Por suerte, sé cómo remediarlo.

Sin pensarlo, acorto la distancia y la beso.

En cuanto nuestros labios se tocan, el tono jocoso se desvanece. El roce suave de su boca detiene mi risa en seco. Hailey se queda completamente quieta contra mí. El aroma floral de su pelo me envuelve como una bruma tibia. El beso sucede a cámara lenta, mientras ambos nos recuperamos de la sorpresa.

Mientras tanto, mi libido se pone de pie y aplaude. «¡Síííí!», grita. «¡Mááás!».

Y claro que sí: un beso suave no es suficiente. Me inclino, ladeando la cabeza para encajar mejor. Hailey exhala y su aliento cálido me acaricia la piel. Sabe a champán y a pintalabios, mis dos sabores favoritos.

Rozo con la lengua su labio inferior, pidiendo más. La silla cruje cuando me acerco todavía más, pero apenas registro el ruido cuando ella se abre para mí.

La saboreo y se me pone la piel de gallina en todo el cuerpo. Hacía mucho tiempo que ni deseaba a nadie ni me sentía deseado. Cuando dos manos suaves se posan sobre mi pecho, mi cuerpo se enciende como una bengala.

Abajo, la orquesta arranca con un ritmo más rápido y el coro eleva la voz. La beso una y otra vez. No nos detenemos hasta que el público irrumpe en un aplauso repentino que nos sobresalta y nos separa.

—¡Bravo! —grita Blake—. Y, por supuesto, me refiero a vosotros dos. ¿Quién puede fijarse en la ópera con tanto magreo justo delante?

Los ojos de Hailey están un poco abiertos, y un rubor le ha subido por la piel expuesta de su largo cuello. Le guiño un ojo para que sepa que puede ignorar tranquilamente a mi compañero. Parece

recomponerse y se une a los aplausos para la función que acabamos de ignorar.

Los pantalones de esmoquin me tiran y, de repente, me resultan incómodos; la noche se me presenta como una larga travesía por el desierto sin una gota de agua. Aún tengo que sobrevivir al resto de la ópera después del intermedio y luego a un cóctel con el dueño del equipo y sus estirados amigos filántropos.

Con suerte, podré robarle unos cuantos besos más en el taxi de vuelta a casa. Le tomo la mano y la aprieto.

¿He dicho ya que estoy loquito por ella?

CAPÍTULO 10

No me extraña que nos hayamos divorciado



HAILEY

Al día siguiente de la ópera, Matt vuela a la Costa Oeste con el equipo para hacer una gira de siete días viajando por carretera. Y Rufus se queda en la guardería canina, así que no los veré ni pondré un pie en casa de Matt durante, como mínimo, una semana.

Jenny está a punto de asesinarme cuando le confieso cómo me siento porque se ha ido.

—Estoy un poco aliviada —admito mientras esperamos a que nos sirvan las bebidas en la cafetería.

—Eso no tiene ni pies ni cabeza. ¿Aliviada por qué? —Entrecierra los ojos—. A no ser que pasarais toda la noche al asunto y ahora necesites una larga pausa. Hace mucho desde la última vez, ¿verdad? Tienes que volver a acostumbrar al cuerpo.

El rostro, el cuello y muchas otras partes del cuerpo se me ruborizan al oírla.

—No nos acostamos. —«Aunque lo habríamos hecho si yo hubiera sido más valiente».

Mi amiga se muerde el labio.

—¿Te acobardaste?

—Bueno… —Supongo que depende de cómo se mire—. Él se comportó como un caballero. El coche nos llevó primero a mi casa, aunque no quedaba de camino. Me dio un beso de buenas noches y luego se fue a su casa.

—Madre. Mía. —Jenny traga con dificultad—. ¿No lo invitaste a entrar? ¿El chico te acompañó hasta Yonge y Eglinton, y tú te limitaste a decir «Gracias por la ópera, nos vemos»?

Hasta el camarero gruñón me mira por encima del espumador de leche con una expresión de incredulidad total en el rostro lleno de granos.

—Era nuestra primera cita —protesto—. No lo iba a invitar a pasar.

Jenny coge nuestros vasos de café del mostrador y sale decidida hacia la puerta. Yo me entretengo un momento dándole la propina al camarero y luego la sigo.

Me espera al otro lado de la puerta con una expresión adusta en su bonito rostro.

—A ver si lo entiendo. Tu amor platónico quería arrancarte mi vestido brillante y bailar la pachanga horizontal contigo ¿y lo mandaste a casa?

«Básicamente».

Le arrebato mi café a Jenny y le doy un sorbito, aunque está ardiendo, solo para evitar responder. Cuando la ópera terminó, fuimos al vestíbulo a picar algo y tomar algunas copas de vino, y charlamos con Blake, Jess y Wesmie. A continuación, se nos acercó el propietario del equipo, un hombre mayor, y Matt se aseguró de felicitarlo por su buen gusto para la ópera.

En cuanto el hombre se fue, Matt suspiró, aliviado y dijo: «Ya he cumplido con mi deber esta noche. ¿Nos vamos?».

Así que pedimos un taxi y Matt me devoró a besos durante el trayecto.

El recuerdo de su boca ardiente y deseosa en mi cuello me produce un cosquilleo inapropiado ahí abajo. De hecho, el trayecto a

casa fue, básicamente, la experiencia sexual más intensa que he tenido en mi vida, y eso que no hicimos nada sexual.

Y él no me presionó. Cuando le di las gracias, todavía temblando, por una velada maravillosa, él me sonrió con cariño, feliz y respondió: «Nos vemos pronto, Hottie. Cuenta con ello».

¿El problema? Sus palabras me dan miedo y me emocionan a partes iguales. Matt me vuelve loca y no solo en el buen sentido. Cuando estoy con él, siento vértigo y me tiemblan las rodillas, pero también me pongo nerviosa y me noto insegura. No tengo experiencia con hombres. Mi única experiencia es con uno, Jackson. No sé si los nervios que siento con Matt son normales o si significan que es demasiado para mí.

—¿Y ahora qué? —pregunta Jenny—. ¿Crees que tendrás otra oportunidad?

—Puede. Si es de los que se cabrean porque no me abrí de piernas después de una larga noche de ópera, no me he perdido nada.

Suelta una carcajada y se atraganta.

—No es cierto. Te habrás perdido un revolcón con el tío más sexi del mejor equipo de *hockey* del mundo.

Claro. Solo eso.

Cuando Jenny y yo llegamos a la oficina cinco minutos después, allí ya reina el caos, y eso que son las nueve de la mañana. Queda poco para las fiestas, así que ha habido un repunte en las ventas. Agradezco la distracción y me pierdo en el trabajo.

Los siguientes días son un batiburrillo de emergencias sin importancia y reuniones con nuestro desarrollador principal. Tad, el técnico, pasa para ayudar con la integración de la nueva aplicación. Lleva la gorra del Toronto y me vuelve a invitar a tomar un café, pero antes siquiera de que me dé tiempo a responder, Jackson me llama desde la otra sala.

—Disculpa. —Le doy un apretón en el codo y antes de marcharme digo—: Ya tomaremos ese café. —Aunque todavía no sé si me halaga o me ofende que finja ser un hincha del Toronto. Por un lado,

me parece mono. Por otro, no me gusta que alguien renuncie a su equipo para gustarme.

Paso toda la tarde terminando las promociones de las fiestas con Jackson y las introducimos en la página web desde mi despacho. No es la parte más estimulante de mi semana, y no dejo de pensar en la ópera y en el primer beso que me dio Matt. El cosquilleo de su aliento sobre mi boca seguido del roce de nuestros labios…

Según mis cálculos, hace más de una década desde que di mi primer beso. ¿Puede ser por eso que el beso de Matt me revolucionó tanto?

Además, esto es terrible, no recuerdo mi primer beso con Jackson de adolescentes. No sabría decir ni dónde fue ni si me gustó o no.

No me extraña que nos hayamos divorciado.

Al contrario, el recuerdo del beso de Matt me asalta continuamente en los momentos más inoportunos. Recuerdo la sensación de su mano, grande, sobre mi muslo mientras espero a que cargue un documento. Y cuando Dion me explica por qué no podemos comprar el té de importación que pide un cliente, de repente, recuerdo la sensación de la lengua de Matt en mi oreja en el trayecto a casa en taxi.

—¿Estás bien, Hailey? —pregunta Dion.

Mi atención regresa al hombre de la puerta.

—Genial —respondo rápidamente—. Entonces, eh, ¿se retrasará? —Intento recordar de qué hablábamos.

—Sí. No está contento, pero le he dicho que si tiene cualquier duda puede hablar contigo.

—¡Vale! Bien hecho. ¿Algo más?

Dion me sonríe con paciencia.

—Se están volviendo a acumular cajas sin etiquetar en el pasillo. Cuando puedas, échales un vistazo.

—Lo haré —le prometo.

El chico se marcha y yo me recuesto en la silla e intento recomponerme. La noche que pasé con Matt fue como una especie de terremoto emocional y las réplicas me siguen sacudiendo.

A lo mejor tendría que darle la razón a Jenny, estoy preparada: debería volver al mercado. Pero Matt no es el mejor candidato para empezar de nuevo. Me intimida demasiado. Es excesivamente bueno. Excesivo… todo.

Justo cuando pienso eso, me suena el monitor del ordenador y su nombre de usuario aparece en la pantalla.

> **Tirador87:** Hola. Mi petición de hoy es que cenes conmigo el próximo martes a las siete. Ah, y que hagas una reserva. Donde quiera ir mi acompañante.

Por un momento no quepo en mí de alegría. Una cita para cenar. ¡Donde yo quiera! Y con el tío más poderoso del mundo. Él y yo. Solos.

Siento una oleada repentina de lujuria. Por desgracia, le sucede una sensación de miedo repentina.

¿Una cena solos? Seguramente balbucearé como una idiota, será como intentar hablar con un chimpancé asustado. El tipo no tiene ni idea de cuántas horas de preocupación y preparación sufrí para ir con él a la ópera. Y gracias a *Rigoletto,* no me hizo falta hablar durante la mayor parte de la noche.

Siendo sincera, las conversaciones que mantuvimos aquella noche fueron la mejor parte. Por algún motivo, conseguí relajarme por fin y disfrutar de su compañía. Para cuando nos inventábamos diferentes argumentos para la ópera, yo ya me había olvidado de que era Matt Eriksson, el delantero del Toronto, y lo empecé a ver como Matt, el chico divertido con el que me gusta mucho hablar.

¿Pero y si mi competente actuación fue pura suerte? Los rayos rara vez caen dos veces en el mismo lugar. Y, aunque consiguiera no quedar en evidencia, seamos sinceros, ese hombre tiene más testosterona de la que estoy acostumbrada. Esperará que nos acostemos y tengamos sexo apasionado y guarro, el tipo de sexo habitual entre los deportistas.

Conmigo: la mujer que no está convencida de que le guste el sexo siquiera. No me malinterpretéis. La imagen de Matt Eriksson desnudo y gimiendo me resulta muy agradable. Sin embargo, el acto en sí siempre me ha resultado muy decepcionante. Así que, aunque reuniera todo mi coraje y me embarcara en la gran aventura, el resultado sería una decepción devastadora, ¿no?

Sí. Así que lo rechazo con delicadeza.

HTE: Hola, Tirador.

Tirador87: ¡A ti te estaba buscando! Estoy sentado en el hotel, solito. Pensando en una cita que he tenido recientemente. Pronto vuelvo…

HTE: Siento interrumpirte, señor. Las conversaciones de Fetch se guardan en tu archivo de cliente y las puede leer quien te atienda.

Tirador87: Ya. Pero siempre se ocupa una tal Hottie. Dudo que sea cuestión de azar.

Vaya, ahí me ha pillado.

HTE: No es azar, pero sí una coincidencia. Algunas de las cuentas van directamente a uno de los propietarios, que se encarga personalmente del cliente.

Tirador87: Ah, ¿así funciona para los clientes importantes?

HTE: Importantes o problemáticos.

Tirador87: Ya sé de qué tipo soy. :-). ¿Qué te parece si lo descubres tú también?

HTE: !!!

Tirador87: :-)

HTE: No bromeo. Si me tomo un día libre o pides un servicio en plena noche, puede que le tires los tejos al que llamamos señor de la Muerte.

Tirador87: O sea, que estás diciendo que no podemos tener conversaciones divertidas en el chat de Fetch.

HTE: Así es, señor.

Tirador87: Me gusta que me llames señor. Me da ideas.

HTE: ¡Tirador!

Tirador87: Perdón, perdón.

Tirador87: Si insistes, me portaré bien.

HTE: Por favor.

Tirador87: Cinco días sin chatear son muchos. Pero sobreviviré. Nos vemos, HTE.

HTE: Adiós.

Uff. Y ahora he ganado algo más de tiempo para pensar si quiero tener una segunda cita. Pasaremos unos cuantos días sin hablar, así podré aclararme.

«¡Ping!».

Vuelvo a mirar el monitor de mi ordenador y aparece Tirador87. En lugar de escribirme un mensaje personal, ha rellenado un formulario para un encargo.

Tipo de encargo: Recogida y entrega

De: La floristería de Frankie en la avenida Yorkville

Cuando: Hoy a partir de las dos de la tarde

Destino: Las oficinas de Fetch, 99 ½ Scollard Street, para la señorita Hailey Taylor Emery

Notas: Por favor, redirigid este encargo a cualquier miembro del equipo que no sea la escurridiza HTE. Gracias.

¿Me acaba de mandar flores?

Ostras.

Una nueva réplica del terremoto. En mi mente veo su sonrisa sexi acercándose cada vez más hasta que me captura la boca y jadeo…

¡Ay!

Con un simple clic del ratón, le mando el encargo a Jenny. A continuación, me levanto para echar un ojo a las cajas amontonadas que mencionó Dion. No estoy tan aturdida como para olvidar que tengo trabajo. Cuando paso por la zona común, oigo que Jenny suelta un gritito, pero no la miro porque no quiero ver su expresión de «te lo dije».

Efectivamente, hay un montón de cajas apiladas delante del despacho de Jackson. Me arrodillo para examinarlas. Recibimos

muchos paquetes de nuestros clientes en las oficinas de Fetch, porque solo así podemos comprobar que llegan bien los pedidos.

Muchos están bien etiquetados, con el nombre del cliente o (en caso de que quieran mantener el anonimato) una identidad (como el Señorveintecentímetros y demás). Pero a menudo en la etiqueta solo pone Fetch, S. L., así que Jackson y yo abrimos personalmente los paquetes para preservar la intimidad de los clientes.

La primera caja que abro tiene una pelota de voleibol importada de Japón. En la factura pone que cuesta setenta dólares. Me pongo de pie y grito hacia la sala común:

—¿Alguien busca una pelota de voleibol pija?

Dion vuelve el rostro.

—¡Willllson! —exclama como Tom Hanks en *Náufrago* y todo el mundo se echa a reír.

Luego otro fetchero lo reclama para su cliente. Misterio resuelto.

El siguiente paquete está lleno de cartuchos de tinta para la oficina. ¡Qué aburrido!

Pero el tercer paquete me plantea un dilema. Después de abrirlo, tardo un momento en reconocer el contenido. Primero pienso que es algún tipo de equipo deportivo, porque son unas bandas elásticas con unos aros. Sin embargo, el cachivache va acompañado de una pluma extrañamente larga. Y un par de… ¿esposas de peluche? Con un estampado de leopardo rosa. Ningún leopardo que se precie llevaría ese color, pero bueno.

Encuentro la factura y descubro que la cosa elástica es un kit de restricción personal. Y debajo del plástico de burbujas parece que hay un látigo de tiras. De dureza media, aparentemente.

Oh.

Oh, vaya.

La entrega es fascinante, pero también problemática. Como debo respetar la privacidad del cliente, no puedo mostrar los objetos sin más y exponer al propietario. En lugar de eso, me llevo la caja al despacho y la dejo sobre el escritorio mientras busco en la base de datos de la empresa. Vuelvo a introducir mi contraseña y empiezo a

probar diferentes términos de búsqueda. «Kit de restricción» no genera resultados. «Esposas» aparece en diecisiete encargos diferentes, pero todos están entregados y son antiguos. «Pluma» me sirve de lo mismo.

—¿Hailey? —dice Jackson desde la puerta—. ¿Dónde está el documento de… —Sus ojos van a parar a la caja y al contenido.

Se me escapa una risita nerviosa.

—No son míos, Jax. Los han entregado hoy y estoy buscando en la base de datos al destinatario.

Cierra los ojos un instante y los vuelve a abrir. Entonces, sin mediar palabra, entra en mi despacho. Vuelve a guardar todos los juguetes sexuales en la caja y cierra las solapas una a una. A continuación, se apoya la caja en la cadera y se la lleva.

Lo observo marcharse y a mi cerebro le cuesta comprenderlo. Esos objetos no pueden ser para…

No. ¿En serio?

¿De verdad?

No consigo imaginarlo. ¿El delgaducho y bonachón de Jackson y su nueva novia tienen un látigo? ¿El señor posición del misionero cada dos semanas quiere dominar a su nueva novia?

¿O… ella a él? No puedo evitar imaginar a Jackson arrodillado, desnudo y sumiso, y me estremezco antes de romper a reír histéricamente.

¿A dónde vamos a llegar? ¿Jackson, el que ordena los productos capilares alfabéticamente, tiene una aventura tórrida y yo me acobardo después de unos buenos besos?

Un par de horas después, Jenny aparece en mi despacho con un jarrón de cristal tallado en el que hay tres docenas de rosas largas y rosas.

—¡Tiene una nota! —canturrea, entra a mi despacho y deja el florero en el centro de mi escritorio. Prácticamente ocupa toda la habitación. He estado evitando pensar en Matt, pero esto va a ponérmelo muy difícil.

Probablemente lo ha hecho a propósito. Será capullo.

—Lee la puta nota. No aguanto más —me suplica Jenny.

—Me sorprende que no la hayas leído ya.

Pone una expresión de culpabilidad.

—¡Jenny! Dámela.

Recibo el sobre en las manos, abro la solapa y extraigo un papelito.

Hottie: Lo pasé de maravilla contigo el otro día. Y estoy convencido de que tú también disfrutaste. No te comas la cabeza, ¿vale? Solo quiero pasar un rato contigo. Escríbeme desde tu móvil personal a este número. —M.

—¿Te conoce como si te hubiera parido o solo me lo parece? —pregunta Jenny con una sonrisa de suficiencia.

—Te odio.

—Seguro. Pero no me odies demasiado o no te ayudaré a elegir la ropa para la próxima cita.

Mierda.

—Solo te odio un poco.

Jenny sonríe.

—Te quiero con locura. Y si vuelves a rechazar a este chico, no te dejaré tranquila.

—Vale. —Suspiro hondo—. Seré valiente. De verdad.

Más te vale.



Y… me acobardo.

No le escribo a su número personal.

En lugar de eso hago fotos a las flores y le mando una nota muy profesional en respuesta a la solicitud a Fetch, informándolo de que las flores han llegado y son preciosas.

Esa misma noche, no le escribo desde casa porque sé que está ocupado. En la seguridad de mi sofá, lo veo ganar contra Los Ángeles. Juega muy bien, marca un gol y hace una asistencia. Y cuando apago la tele, no puedo obviar la impresión que me produce.

Tampoco le escribo más tarde, porque es una estrella del *hockey* y estará entretenido con sus compañeros de equipo.

Y no le escribo durante la mañana siguiente porque vuela a Denver.

Me convenzo de que a Matt le da igual que le escriba o no. Lo más probable es que conozca a muchas mujeres atractivas y solteras en cada parada del viaje. Puede que una de ellas esté mejor preparada que yo para soportar el abrumador atractivo de Matt Eriksson.

Puede que alguna de ellas esté en su cama en este preciso instante.

La idea me produce una sensación gélida en el interior. Aunque hay bastantes probabilidades de que Matt sea de los chicos que pueden acostarse con alguien y olvidarlo a la mañana siguiente.

Pero yo no soy así.

Matt me saca de mi zona de confort hasta tal punto que después de nuestra primera cita me pasé una semana entera con dificultades para respirar y concentrarme. Nunca nadie ha tenido ese efecto en mí.

No puede ser buena señal.

Me aferro a esa lógica hasta que llega el día que Matt regresa a Toronto. No soy una acosadora, solo una fan acérrima del *hockey* y sé que el equipo juega en casa mañana. Y, aun así, me emociona mucho que Matt Eriksson llegue a la zona metropolitana de Toronto.

Madre mía. Estoy acabada.

Me paso la mañana sentada en el despacho, preguntándome si habrá llegado ya y qué debería hacer.

—¿Hailey? —Jackson me despierta de mi ensoñación cuando asoma la cabeza en mi despacho—. ¿Conservas por casualidad la

información que reunimos el año pasado sobre los servicios de afinación de pianos?

—Claro. —Alzo la vista y lo miro a los ojos por primera vez desde nuestro incómodo intercambio de la caja de objetos de *bondage.* Tiene el mismo aspecto de siempre, lleva una camisa impecable que le cubre un cuerpo delgado y el pelo castaño bien peinado.

—¿La tienes aquí? —insiste. Y me doy cuenta de que me he quedado embobada.

Abro el archivador y busco hasta que encuentro la información que pide.

—Toma.

Lo observo marcharse. Este buen hombre que se divorció de mí se ha lanzado a probar cosas nuevas y excitantes (excitantes para él, vaya). Y yo estoy aquí sentada, como si no tuviera sangre en las venas, cuando debería estar mandando mensajes subidos de tono a mi hombre ideal.

Por décima vez en la misma semana, me pongo manos a la obra. Aunque ahora busco su número de teléfono personal en la tarjeta de la floristería. Desbloqueo la pantalla del móvil y….

«¡Ping!». La cola de mensajes de Fetch me avisa de que he recibido una nueva solicitud prioritaria de Tirador87. Hablando del rey de Roma.

La abro y la leo.

> **Tirador87:** Traedme dos entrecots de Whole Foods y las patatas que sirvan de guarnición. Con un poco de suerte tendrán las de queso. Y ensalada para dos. También quiero una botella de un tinto con cuerpo. Cabernet, algo que le guste al tío de los vinos y que cueste unos treinta pavos. Y una botella de champán, frío. Y dos porciones de alguna tarta de queso que tenga buena pinta. Pero no traigáis la tarta entera, me comería las sobras. Entregadlo entre las seis y las siete, por favor.

Leo el mensaje tres veces y maldigo mi suerte. Pero los hechos son los que son.

Matt ha invitado a alguien a cenar. Le va a servir entrecot y champán. Además, básicamente me ha pedido que le organice la cita romántica en su casa. No me lo habría dejado más claro ni escribiendo una pancarta como la de Jenny en la que pusiera con rotulador: «Podrías haber sido tú».

La tristeza me destroza y paso un buen rato conteniendo la respiración. Justo antes de desmayarme, cojo aire a borbotones y me recuerdo a mí misma que lo podría haber evitado todo.

Lección aprendida. Mensaje recibido.

Me paso el resto del día intentando no compadecerme de mí. A las cinco, voy al cuarto de baño y me retoco el maquillaje. Si por casualidad me lo cruzo en el vestíbulo del edificio no quiero parecer una pringada.

A las cinco y media me adentro en la locura que es el Whole Foods en hora punta. Elijo los mejores productos para Tirador87: los mejores cortes de carne y una botella de tinto que el sumiller jura que haría llorar hasta a los ángeles más cínicos.

Es lo mejor que podría haber pasado. De verdad.

A las seis menos diez ya estoy delante de su edificio. Lo he calculado todo para llegar antes que él. Prefiero no verlo.

—¿Comida? Tendrás que subirla —me informa el conserje cuando intento entregarle la bolsa—. Yo no puedo.

Debería haber enviado a Jenny.

Cuando el ascensor me lleva a la tercera planta, ya se me ha ocurrido una solución. Dejaré la bolsa delante de la puerta y marcaré el encargo como «entregado». Es un hombre inteligente, la encontrará.

Sin embargo, al llegar a la puerta, veo que hay un trozo de papel colgando en el que pone: «Hailey Taylor Emery».

Agarro el papel y le doy la vuelta.

Hottie: Como no me escribes y no puedo preguntártelo por el chat de Fetch, ¿quieres, por favor, cenar conmigo? —M.

El alivio que siento es tal que casi me caigo en la moqueta como Rufus después de un largo paseo.

Me quedo allí, de pie un momento, intentando recomponerme. Pero no me sirve de nada. Matt Eriksson está al otro lado de la puerta esperándome, aunque me haya comportado como una idiota y no le haya mandado ni un mensaje.

Me muero de miedo, pero lo haré de todos modos. Levanto la mano y llamo a la puerta.

CAPÍTULO 11

Colgando boca abajo de una lámpara de araña



MATT

Cuando me levanto para abrir la puerta me siento como un adolescente el día del baile. No por si follaré esta noche (yo ya lo había hecho hace tiempo), sino porque hay algo en esta situación que me altera. No veo a Hailey desde la noche de la ópera, y ahora la obligo a citarse conmigo sin saber si ella quiere.

Cuando alargo la mano hacia el pomo de la puerta, me doy cuenta de que, a lo mejor, ni siquiera está. Quizá ha llamado, dejado la comida en el felpudo y salido por patas hacia el ascensor. No se lo tendría en cuenta. Bueno, ¿qué clase de hombre le pide a una chica que compre todo para una cita y se lo lleve a casa? ¿Es un gesto romántico o algo que haría un capullo? Supongo que ambas cosas.

Se me escapa un suspiro de alivio cuando la encuentro al otro lado de la puerta. Sujeta una bolsa de papel grande y parece un poco confundida, tiene los ojos expectantes y está un poco ruborizada.

—Hola —saluda.

—Hola —respondo. No puedo evitar sonreír un poco cuando señalo la bolsa—. Espero que hayas traído lo mejorcito.

—Todo lo que has pedido.

Nos quedamos ahí un segundo, mirándonos el uno al otro. Debe de venir directamente desde la oficina, porque debajo del abrigo lleva una camisa blanca y unos pantalones grises, ropa parecida a la del día que pasé por su despacho sin avisar.

—¿Quieres entrar? —Ladeo la cabeza hacia el interior de mi casa.

Después de un instante, asiente.

—Me encantaría.

Una vez en el vestíbulo, se quita el abrigo y busca a su alrededor algún sitio donde colgarlo.

—Dámelo —digo con una voz irregular por los nervios.

El pelo oscuro, grueso, le brilla bajo las luces del vestíbulo y tengo que resistir las ganas de peinárselo con los dedos. Es guapísima, más bajita y delgada que el tipo de mujer que me atrae, así que me siento enorme a su lado. Pero me doy cuenta de que me da igual.

—¡Guau! —Rufus entra corriendo a la habitación y cuando ve quién es, derrapa y se detiene. Cinco segundos después, ya ha encontrado la correa y la deja a los pies de Hailey.

—¡Pero si acabas de salir! Déjala en paz. Hoy ha venido a verme a mí. Lo siento, amigo.

Rufus suelta un quejido que nos hace reír.

Mi perro ha roto la tensión. Acompaño a Hailey a la cocina y coloco la compra.

—No me has escrito —digo sin rodeos.

—Lo sé.

—¿Por qué?

Pasa el peso de un pie al otro y responde:

—Porque no.

Contengo otra sonrisa. No tendría que pensar en mis hijas, pero Junebug hace lo mismo a veces: adelanta la barbilla y responde «Porque no». A Hailey le ha faltado el gesto de la barbilla, pero me ha recordado a ella.

—¿Qué quiere decir *porque no?* —insisto.

Pero conozco la respuesta, aunque ella se quede en silencio para pensar. Porque la cita de la ópera, o, mejor dicho, lo que ocurrió en el trayecto a casa la asustó. Sinceramente, a mí también un poco. La tenía dura como una piedra, parecía que me iba a rasgar los pantalones. Y hace mucho tiempo que no deseo tanto a alguien. Pero, joder, es que el vestido que llevaba… y el tatuaje… Quise lamérselo de arriba abajo. Quise comérmela entera.

Puede que fuera demasiado bruto.

Le doy voz a ese pensamiento.

—Fui un poco bruto la semana pasada.

Los ojos azules de Hailey se posan sobre mí.

—No. En absoluto. Lo pasé genial. Y… eh… disfruté enrollándome contigo… —Se le apaga la voz y tengo que sofocar una carcajada.

Parece tan avergonzada, está monísima.

—Yo también disfruté mucho cuando nos enrollamos.

—Ah. Eh. Me alegro.

Sí, todavía la pongo nerviosa. Desearía saber cómo evitarlo, pero aún no soy un experto en Hailey. Intento conocerla y eso le afecta. Kara siempre me decía que no tenía ni idea de mujeres. Ella esperaba que yo supiera qué pensaba y sentía en todo momento y cuando la cagaba me acusaba de no esforzarme. Eso decía ella, vaya. Pero no sé leer mentes. No puedo ni imaginar qué piensa una mujer continuamente.

Aunque me resulta más fácil con Hailey que con Kara. Ahora mismo, se mueve incómoda y está sonrojada; me siento muy orgulloso de haberme dado cuenta.

Me acerco un poco más a ella y le toco el brazo con la mano.

—A lo mejor fuimos demasiado deprisa. Así que, ¿te parece si nos lo tomamos con calma? Podemos cenar y después ya veremos.

Ella duda. Luego vuelve a asentir.

—Me parece un buen plan.



Es un plan que acaba funcionando muy bien.

Al cabo de veinte minutos, yo he cocinado los entrecots a la perfección, Hailey ha aliñado la ensalada y nos sentamos a la mesa del comedor que Hailey o alguien de su empresa eligió para mí. La carne está de rechupete y el vino es perfecto y, aunque ha sido mi Amex negra la que ha pagado el banquete, felicito a Hailey por su elección hasta que finalmente pone cara de exasperación y me pide que pare.

Durante la cena, veo que consigue relajarse por completo. Le hablo de la gira y se le iluminan los ojos cuando le ofrezco información confidencial sobre mis compañeros de equipo y los partidos que hemos jugado. Cuando le digo que Blake se golpeó la rodilla en el último partido, no puede sofocar un grito ahogado.

—¡No! ¿Podrá jugar mañana? —Hailey deja la copa de vino y niega fervientemente con la cabeza—. ¡He visto que parecía un poco inestable al patinar hacia el banquillo después del golpe!

Sonrío.

—¿Has visto el partido?

—Pues claro —suelta con altanería—. Solo me perdería un partido si estuviera escayolada de arriba abajo en el hospital y no pudiera hacerme con el mando de la tele. E incluso así, intentaría sobornar a las enfermeras para que me lo pusieran.

Siento que esbozo una sonrisa. Me encanta que sea una hincha apasionada del *hockey,* pero al mismo tiempo no puedo dejar de preguntarme si ese es el único motivo por el que está aquí. ¿Quiere acostarse conmigo porque soy Matthew Eriksson, el jugador de *hockey* profesional? Porque ya he tropezado con este tipo de mujeres antes. Una de las cosas que más me atrajo de mi mujer era que se la sudaba que yo jugara a *hockey.*

Pero no me da la sensación de que Hottie esté aquí solo para acostarse con un deportista. En primer lugar, porque después de

liarse conmigo se marchó como un conejito asustado. A mí no me habría importado ni lo más mínimo acostarme con ella la noche de la ópera. Uff. Solo recordar la sensación de su lengua en mi boca ya me alegra la entrepierna.

Aunque claro, eso podría ser parte de su plan: los movimientos nerviosos, las palabras que se le atascan, los nervios. Ya se sabe que las fans incondicionales tienen métodos muy creativos para destacar en un grupo.

No.

Tengo la corazonada de que Hailey no es una *groupie.* Sí fan, pero no de las que quieren acostarse conmigo solo para contar a todo el mundo que lo han hecho.

—¿Matt?

Miro al otro lado de la mesa y veo que se lleva el tenedor a la boca y me observa atentamente.

—¿Sí? —respondo, ausente, porque me distraigo al verla masticar. Sus labios se mueven de un modo muy sensual y me fascina.

—Has desconectado en plena conversación. —Frunce una ceja y me gusta la expresión desafiante—. ¿Te aburro?

—No, claro que no. —«Me pones cachondo». La Hailey peleona es más divertida incluso que la tímida.

Deja el cubierto sobre la mesa y se limpia con el dedo un puntito diminuto de salsa de la carne que le ha manchado la comisura de la boca. Luego procede a lamerse el dedo y dudo que lo haga a propósito para parecer sexi, pero tendré mucha suerte si no se me escapa un rugido.

—¿Cómo dices?

No puedo callarme:

—Me gusta verte comer.

Joder. Ha sonado a una insinuación hortera de peli porno.

—¿Gracias? —Las mejillas se le ponen como tomates, pero añade con una voz seca—: Sí, me gusta mucho comer. Y he aprendido yo solita.

Suelto una risa e intento no pensar en guarradas. Solo es nuestra segunda cita y ya la asusté el primer día, cuando la comí a besos en la ópera. Tengo que ir poco a poco, sobre todo si quiero una tercera cita.

¿Y es lo que quiero? ¿Una tercera cita?

Creo que sí. Sí, sí quiero una tercera cita. Aunque tres citas son… muchas. En la tercera cita con mi exmujer ya pasábamos la noche juntos y hablábamos del futuro. Realmente éramos jóvenes, impacientes y un poco tontos. Tal vez deberíamos haber alargado el noviazgo en lugar de avanzar a pasos agigantados.

Con Hailey, apresurarse parece el movimiento equivocado. Pero puede que salir con ella tampoco acabe bien. No soy bueno en las relaciones, mi ex es testigo. Mi trabajo tampoco ayuda: el estilo de vida y las largas ausencias acabaron con mi matrimonio. No sé qué quiere Hailey conmigo, pero si es algo a largo plazo no estoy seguro de ser capaz de dárselo. Aunque tampoco puedo preguntarle como si nada qué quiere de mí en una segunda cita. Eso sería avanzar a gran velocidad.



—Deja que te ayude. —Hailey recoge su plato vacío.

Yo me pongo en pie rápidamente y le arrebato el plato de la mano.

—Yo me encargo. ¿Por qué no sirves un poco más de vino?

—¿Seguro?

«Ahora mismo no estoy seguro de nada».

—Segurísimo. Ve a la sala de estar y ponte cómoda. Ahora voy yo.

Llevo los platos a la cocina y los enjuago de cualquier manera antes de dejarlos en el fregadero. Por el rabillo del ojo veo que Hailey lleva la botella y las copas al enorme sofá de cuero. Sirve el vino y da un sorbito que me hace sonreír.

Sí, me gusta. Me gusta mucho.

Un momento después, me uno a ella en el sofá. Hailey está en un extremo y yo decido sentarme en el medio, no en la otra punta, aunque me aseguro de dejar unos treinta centímetros de separación. Tengo que ir con calma, ¿vale?

—¿Quieres que veamos algo? —pregunto, señalando hacia el mando a distancia.

—Vale. —Me mira rápidamente y luego vuelve la vista hacia su copa de vino—. Pero tú eliges.

—De acuerdo. —Parece que la Hailey nerviosa ha regresado. Y solo me he sentado a su lado en el sofá.

Mmm.

—Tengo Netflix. Aunque no lo uso mucho. Siempre estoy de viaje o con las niñas y ellas solo quieren ver esas mierdas con princesas cantarinas.

Hailey me sonríe con dulzura, pero no me mira a los ojos.

Apunto hacia la pantalla con el mando y enciendo la televisión. Lo primero que aparece es un partido de *hockey.* No me extraña, vivimos en Canadá y cuando estoy solo siempre veo en la tele los programas de deportes.

—Podemos ver la paliza que le dan los del Detroit al Montreal.

Se anima.

—Qué buena idea.

Se relaja mientras vemos cómo marcan un par de goles a nuestro rival. Pero cuando apoyo el brazo en el respaldo del sofá, se queda helada y otra vez lo mismo cuando le rozo el hombro con las yemas de los dedos. Lleva una camisa con mangas, así que no le toco la piel desnuda, pero por cómo reacciona, parece que le he pasado un cubito de hielo por el cuerpo desnudo.

Aparto los dedos con amabilidad. La atraigo. Eso lo tengo claro. Aunque también le doy un poco de miedo. Lo hemos pasado muy bien durante la cena, pero parece que el contacto físico la incomoda.

Está sentada a unos centímetros y parece más tensa que nunca.

Me saco el móvil del bolsillo trasero.

—Oye, Hottie.

—¿Mmm? —Yergue la espalda como si la acabaran de llamar del despacho del director.

—¿Todavía tienes mi número de teléfono?

—Sí.

—Vale. Mándame un mensaje y así me quedo con el tuyo.

Se levanta del sofá y va a buscar el bolso. Escribe algo mientras se reacomoda en el sofá y al cabo de un segundo, me suena el móvil.

Sonrío al ver lo que ha escrito.

Hailey: ¡Soy Hailey!

Matt: Hola, guapa. ¿Todo bien por ahí?

Me mira a los ojos. Se ruboriza y empieza a escribir en el móvil.

Hailey: Lo siento. Esto se me da fatal.

Matt: ¿El qué?

Hailey: Lo de las citas.

Matt: No es cierto. Lo hemos pasado muy bien en la cena.

Hailey: Vale. Tienes razón. Lo que se me da mal es la parte de después.

Matt: Se te da mal… ¿sentarte en el sofá?

Levanta la mirada y me pone los ojos en blanco. Yo sonrío.

Hailey: Se me da mal estar cerca de ti, eres grande, intimidante y sexi.

—¿Te parezco sexi? —pregunto en voz alta, intentando contener una sonrisa de idiota.

Ella enrojece mucho, pero aparta la mirada y me doy cuenta de que la he vuelto a dejar cortada.

Matt: Tú a mí me pareces muy sexi.

Hailey: No bromeo. Soy horrible, Matt. Soy un manojo de nervios cuando estás a mi lado.

Me lo tomo como un cumplido, porque eso quiere decir que surto el mismo efecto en ella que ella en mí.

Matt: O sea que sufres una pequeña fobia que te impide tocarme. ¿Sabes cómo se tratan las fobias? Con terapia de exposición gradual.

Rompe a reír desde el otro extremo del sofá, así que yo sigo con lo mío.

Matt: En serio. Lo haremos poco a poco. ¿Cuál es tu posición sexual favorita?

—¿Estás de broma? —grita—. Ese no es un tema de conversación para una primera cita.

Matt: Técnicamente es la segunda. Tú responde. Es un paso muy importante en tu proceso de curación.

Con una risita, Hailey se inclina sobre el móvil. Al cabo de dos minutos, recibo otro mensaje.

Hailey: Te mueres por saberlo.

Matt: Pues claro. Por eso he preguntado.

Hailey: ¿Cuál es la tuya?

Matt: Me gustan todas. Estudié el Kama Sutra en la uni.

Suelta una carcajada. Y sí, es raro que estemos chateando por el móvil en lugar de hablar cara a cara, algo que, sinceramente, nunca he hecho antes. Pero parece funcionar. Ya tiene los hombros un poco más relajados y ahora está sonrojada de reír, no de miedo.

Hailey: ¿Todas? ¿También aquella en la que cuelgas boca abajo de una lámpara de araña?

Matt: ¿El mono invertido? Pues claro. Fue la primera. Pero ya no tengo diecinueve años. Para hacer esa posición hay que estirar mucho. Esta noche podemos probar algo más básico, primero calentaremos con el loto, ¿te parece? Luego la postura de la mantis y más tarde la del pino puente. Algo así, sencillo.

Rompe a reír en cuanto lo lee.

Hailey: ¿Esto haces para convencerme de que la situación no me supera?

Matt: Tienes razón. Realmente soy un tío muy sencillo. Y he fantaseado con volver a ver el tatuaje que tienes en la espalda. Quiero seguirlo con la lengua.

Cuando le doy a enviar, observo atentamente su expresión y veo que se queda sin aliento al leerlo.

Matt: Quiero saber si te rodea los pechos. Me encantaría acariciarte la piel mientras lo compruebo. Luego tendría que explorarte entera para ver si tienes más tatuajes, no quiero perderme ninguno.

Gimotea y se me pone dura solo de sentirla.

Matt: Primero intentaré convencerte de que me des otro beso. Estoy aquí, nena. Ven a por mí.

Pongo el móvil en silencio y lo lanzo sobre la mesa. Miro a mi alrededor en busca de mi copa, pero no llego a cogerla, porque, de repente, Hailey se me sube en el regazo y se sienta. Tiene una expresión sensual en los ojos azules cuando me coge el rostro con ambas manos y se acerca para besarme.

No llevo dos décadas de mi vida calculando mi tiempo de reacción para nada. La rodeo con los brazos y la beso, le abro los labios con la lengua y la saboreo. Hailey se derrite contra mi pecho con un suspiro y el beso se vuelve muy apasionado en un instante. Luchamos por tomar el control, enredando las lenguas.

Cuando esta chica toma una decisión, más vale que el mundo se prepare. Mi mente traviesa se distrae imaginando su rostro en el momento que cabalgue sobre mí, con ese brillo de decisión en los ojos…

—Has hecho ese sonido —dice cuando nos separamos, jadeando.

Parpadeo. Trago saliva para contener el deseo.

—¿Qué sonido?

—Esa especie de gruñido. —Se muerde el labio. Yo también quiero morderlo y tengo que reunir todas mis fuerzas de superhéroe para no tocarla.

—Lo siento. —Vuelvo a tragar. Luego pienso «a tomar por culo» y le digo:

—Es que me atraes muchísimo, Hottie. He pensado que es mejor ser sincero.

—Cierra el pico y bésame otra vez, Tirador.

Ahora mismo me siento como un puto dios. Decido saborear la expectativa del momento poniéndole una mano sobre el hombro y acariciándoselo suavemente. Con la otra mano le sigo el cuello hasta llegar a la mejilla, donde me detengo y poso la mano. Le acaricio la comisura de la boca con el pulgar, el mismo sitio que se le había manchado de salsa. Me pregunto si todavía tendrá el gusto ácido de la comida, así que decido averiguarlo.

Hailey suelta un ruido de sorpresa cuando le rozo la comisura con los labios. Mi lengua sale a saborearla y sí tiene gusto ácido. Y dulce, porque ahora le estoy mordiendo el labio inferior.

Se le escapa una especie de jadeo.

—Matt…

—¿Mmm?

—Sigues sin besarme.

Recorro con la lengua la línea que separa sus labios.

—Pronto —susurro.

—Ahora —murmura, y las sílabas cargadas de pasión ponen punto final a mi control.

En cuestión de un nanosegundo la beso, y mi lengua se abre paso para encontrarse con la suya. Es uno de esos besos que te derriten el cerebro y te dejan extasiado, además me pone muy cachondo y me paraliza los sentidos. Solo puedo sentir el calor de su boca, su delicioso sabor y sus uñas cuando me las clava en los hombros.

—Joder —gruño. La agarro por el trasero y acerco la mitad inferior de su cuerpo hacia el mío.

Ella gime sobre mis labios, yo me bebo el sonido y la beso con fuerza y pasión mientras una voz en el cerebro me repite que vaya poco a poco. Pero, joder, Hailey es maravillosa. La tengo entre mis brazos, es tan suave y agradable, y me corresponde el beso con un anhelo que parece sorprenderla. De hecho, cada vez que nos separamos para coger aire, veo un destello de sorpresa en sus ojos, como si no terminara de creer lo que pasa o le costase aceptar que le gusta. La noche de la ópera tenía la misma expresión: sorprendida, alucinada y con ganas de más.

Joder, si no hubiera estado casada antes me plantearía la posibilidad de que fuera virgen.

—Estás… muy… duro —resuella entre besos.

«Ya te digo, nena». Pero me doy cuenta de que no se refiere a lo que tengo entre las piernas. Me acaricia los pectorales y los abdominales por encima de la ropa, como si intentara memorizar cada montículo y valle de mi pecho.

—Y tú, muy suave —respondo, y las manos se me van a sus pechos respingones. Sí que están suaves, sí. Se me seca la boca al pensar en besarle y lamerle los pechos tan bonitos. Estoy a punto de desabrocharle la camisa ahí mismo, pero me vuelve a besar y se restriega suavemente sobre mi erección y me distrae.

El calor de su entrepierna me atrae todavía más que sus pechos. Antes de que me dé cuenta, tengo la mano entre sus piernas. Hailey jadea de placer cuando mi mano se posa sobre su sexo y luego gime y se restriega contra él.

—Joder —vuelvo a gruñir—. Necesito… —Ni siquiera sé qué necesito. Hace tanto tiempo que no hago esto que todo el cuerpo

me tiembla de emoción. El cerebro me ha dejado de funcionar, aunque parece que mis dedos actúan de maravilla, porque ya están desabrochándole el botón de los pantalones, bajándole la cremallera y colándose en su ropa interior.

Hailey pone los ojos como platos cuando mi pulgar le roza el clítoris. No tenía ninguna intención de dejar que un beso nos llevara a esto: a acariciar su paraíso húmedo e introducir un dedo en su cálida y mojada entrepierna. Pero ha ocurrido y es una puta pasada. Cada sonido que hace me produce un viaje como el de alguna droga de las buenas, me desorienta los sentidos y me pone cada vez más cachondo. ¿Hará los mismos sonidos cuando esté dentro de ella? ¿Cuándo le lama el clítoris con la lengua?

Las imágenes en mi cabeza me provocan unos gemidos que surgen de lo más profundo de mi garganta. Joder. Estoy a punto de correrme solo con masturbarla.

—Matt —dice con un ápice de desesperación en la voz. Apoya la barbilla sobre mi hombro y mueve los labios al compás del ritmo que marca mi dedo—. Yo…

—¿Tú qué, nena? ¿Quieres correrte?

Me mira y asiente y hay algo en su respuesta, seria y totalmente honesta, que me vuelve loco de deseo. Le introduzco otro dedo, y, joder, lo tiene muy estrecho. Muy apretado. Y muy húmedo. Y caliente. Y…sí, corro el riesgo de correrme en los pantalones. Estoy muy cerca. Lo que significa que tengo que conseguir que termine ella lo antes posible. Porque entonces, como mínimo, podremos perder el control juntos.

Me inclino hacia ella y poso los labios sobre los suyos, la beso mientras introduzco y saco los dedos de su estrecho canal. Su respiración se vuelve superficial, le tiemblan los labios contra los míos a medida que se acerca cada vez más al orgasmo. Con el pulgar me encargo del clítoris, lo acaricio lentamente, le dibujo círculos cuidadosos por encima del montículo abultado y noto que cada vez respira con más dificultad. Sí, está a punto. En cualquier

momento sentiré que su coño se contrae alrededor de mis dedos cuando…

«¡Brrrrr!».

El ruido hace que separemos las bocas.

—¿Qué… qué…? —Hailey parpadea, confundida.

—Joder —farfullo—. Es el portero. Intento ignorarlo. Lo intento con todas mis fuerzas y empiezo a besarla otra vez.

«¡Brrrrr!».

Mierda. El portero no llama a los inquilinos si no es por algo importante.

Ambos suspiramos, vencidos. A regañadientes, extraigo los dedos del paraíso, bajo con cuidado a Hailey de mi regazo y la dejo sobre el cojín del sofá. A continuación, me pongo de pie y busco el telefonillo inalámbrico, que siempre pierdo. Y de todos los lugares donde podría estar, lo encuentro encima del frigorífico.

—¿Sí? —respondo al portero un poco irritado.

—Siento molestarte, señor Eriksson, pero tienes visita —anuncia educadamente.

Frunzo el ceño.

—¿Quién es?

—Tu exmujer y tus hijas. Sé que tienes compañía, así que les he pedido que esperen un momento, pero la señora Eriksson parece muy impaciente por subir.

¿Qué cojones? Miro rápidamente a Hailey, que se pone bien la ropa con discreción y se abrocha los pantalones.

Mierda. ¿Qué hace Kara aquí? Nunca se presenta sin avisar.

Siento un pánico repentino. ¿Están bien las niñas? Mierda, ahora me preocupo.

—Que suban —digo por el auricular.

Entonces cuelgo y corro hacia la sala de estar para mirar el móvil.

«Mierda».

Tengo cinco llamadas perdidas de Kara, que no había oído porque tenía el móvil en silencio. También tengo dos mensajes de texto y

me da mucho miedo leerlos. Dios, como le haya pasado algo a una de las niñas…

Kara: ¡Coge el maldito teléfono, Matt! ¡Es una emergencia!

Se me sube el corazón a la garganta, pero el terror desaparece cuando leo el segundo mensaje:

Kara: Las niñas están bien. Pero te las dejo en casa. Más vale que estés.

Y cuando termino de leerlo, suena el timbre.

—Lo siento —le digo a Hailey, que me sigue mirando, a la espera de una explicación—. Han venido mis hijas.

Se pone blanca como un fantasma.

—¿Qué?

En lugar de responder, me acerco a la puerta, la abro y me encuentro a Kara con una expresión de agotamiento y a las niñas con sus pijamas.

—¡Mamá se ha amputado el dedo! —grita Libby en cuanto me ve.

—No me lo he amputado —la corrige rápidamente Kara—. Pero me tendrán que dar puntos.

—Había s… sangre —susurra June, que se agarra con fuerza a mis piernas—. No me gusta la sangre.

—¡Y mami ha soltado una palabrota! —anuncia Libby—. Pero luego ha dicho que podríamos hacer una fiesta de pijamas con papi.

June se aferra a mis piernas con más fuerza.

—Hacía mucho que no te veíamos, papi.

—Una semana —respondo, intentando restarle importancia a mi ausencia, aunque se me rompe el corazón.

Kara suelta entre dientes:

—Una semana parece una eternidad cuando estás en casa esperando.

La miro mal, pero, afortunadamente, creo que las niñas no se percatan. Pero me da igual. Puede echarme la culpa de que nuestro matrimonio no haya funcionado si quiere, pero que no se le ocurra hacerlo delante de las niñas.

—¿Puedes curarle el pulgar a mami? —pregunta June, con el labio inferior tembloroso.

Le toco la cabecita con la mano.

—De acuerdo, vamos a calmarnos. Deja que te vea el dedo, Kara. —Lo tiene envuelto en un trapo de cocina, tiro de su mano hacia la mía y abro el trapo.

—¿Qué? ¿No me crees? —dice con una expresión de enfado en los ojos marrones—. Te habría mandado una foto si hubieras cogido el móvil.

—Lo siento, estaba en silencio —admito—. ¿Cómo te lo has hecho? —Tiene un corte profundo en la yema del dedo y cuando expongo la herida, empieza a sangrar. Pero soy jugador de *hockey,* la sangre no me afecta.

—Daniel y yo estábamos cortando las zanahorias orgánicas en juliana para la comida de las niñas de mañana.

«¿Y no te ha podido dar él los puntos? Ah, claro, que es dentista, no un médico de verdad».

Me olvido del comentario cruel antes de que mi boca decida darle voz.

—De hecho, me está esperando abajo, en el coche. Habría dejado a las niñas en casa con él, pero si condujera yo, mancharía el coche de sangre.

Aunque estoy muy molesto, decido no hablar de que el novio de Kara estuviera en la que antes era mi casa preparando la comida de mis hijas. Por lo menos no vive allí, de momento, pero intento no pensar en eso.

Le aplico un poco más de presión sobre el dedo y se lo vuelvo a envolver.

—Creo que los puntos son una buena idea.

Kara pone cara de dolor al pensarlo y yo siento compasión por ella, aunque se evapora cuando me aparta para entrar en la habitación.

—Chicas, tenéis que estar en la cama dentro de veintisiete minutos y… oh. Hola.

Sé perfectamente en qué momento ve a Hailey, porque su tono se vuelve gélido. Y su mirada también. Trago y contemplo a mi exmujer examinar la escena que tiene delante de ella. El pelo despeinado y la ropa arrugada de Hailey. Las dos copas de vino sobre la mesa de centro.

Después de un momento largo y tenso, Kara vuelve la cabeza hacia mí.

—Ya veo —dice con frialdad—. ¿Por esto no te has dignado a contestar al teléfono? ¿Estabas demasiado ocupado entreteniendo a universitarias?

Pongo mala cara, Hailey se pone roja como un tomate.

—Hailey, esta es Kara. Kara, Hailey. —Mi tono es tan distante como el de mi ex—. Y te puedo asegurar que se graduó de la universidad hace mucho tiempo. —O eso creo. No hemos hablado de nuestros estudios universitarios todavía. Nos estamos conociendo, pero eso no lo admitiré delante de mi ex.

—Encantada de conocerte —responde Hailey con un hilo de voz, y veo que se acerca al bolso, como si planeara escapar.

—Un placer —responde Kara, aunque todos sabemos que placer es lo último que siente en este preciso instante. Aparta la vista de Hailey con desdén y me mira a mí—. No puedo llevar a las niñas a emergencias, porque está lleno de gérmenes. Además, no sé cuánto rato pasaré allí, así que he pensado que las niñas podrían pasar la noche aquí y las recogeré por la mañana. ¿Te parece bien?

—Claro —contesto, tenso. No pienso decir que mis hijas no son bienvenidas. Pero ella no duda en restringir mi acceso a las niñas hasta que necesita algo.

Kara endurece el gesto y luego hace una mueca, como si la acción le hubiera causado dolor. Se aprieta el pulgar en el envoltorio.

—Dios.

El evidente dolor que siente me borra parte de la ira. Puede que haya sido una maleducada con Hailey, pero es evidente que está asustada.

—Venga —digo a mi exmujer—. Ocúpate del dedo. Las niñas estarán bien.

Kara se queda helada en el sitio. Mira fijamente las copas de vino otra vez, luego vuelve a mirar a Hailey y resulta muy fácil entender qué piensa.

—No te preocupes. Yo ya me iba —suelta Hailey.

Sorprendido, la miro.

—Quédate —le digo a pesar de que Kara me pone mala cara—. Podemos ver una peli con las peques.

Hailey hace caso omiso, se limita a colgarse el bolso del hombro y sale corriendo hacia la puerta.

—Gracias por la cena, Matt —suelta sin mirarme—. No hace falta que me acompañes.

Un segundo más tarde, se ha ido.

CAPÍTULO 12

El nerviómetro



HAILEY

La mañana siguiente, trabajo tranquila durante unas cuantas horas. Tengo la puerta del despacho cerrada, así que nadie me molesta. Además, evito pensar en el desastre de la noche anterior. Pero mi soledad se va al traste al mediodía, cuando llega Jenny para el turno de doce a nueve.

Aparece por mi despacho a las doce y un minuto.

—¿A dónde fuiste anoche? —me pregunta desde la puerta.

—Yo… —Es lo único que consigo decir. Realmente, aún intento entender qué ocurrió anoche. Mis encuentros con Matt siempre me dejan un poco desconcertada.

Por ejemplo, ¿realmente me restregué sobre su regazo mientras nuestros labios se fundían en un beso? ¿Y es cierto que mi amor platónico de toda la vida metió la mano en mi ropa interior y estuvo a punto de hacer que me corriera como una estrella del porno? Hay una cosa que tengo bien clara: nos interrumpieron en plena acción.

Suelto un gruñido y apoyo la cabeza sobre las manos.

—¡Ay, cariño! —grita Jenny. Cierra la puerta y se sienta en la silla de enfrente—. Cuéntale a la tía Jenny qué pasó.

—Fue maravilloso y terrible. Como todos mis encuentros con Matt.

Hace un sonido de compasión.

—El encargo de comida era para invitarme a cenar. —Jenny suelta un gritito de alegría—. Esa parte de la noche estuvo muy bien. Conseguí calmarme y apagar el… ¿Cómo lo llamaste?

—El nerviómetro.

—Un momento —digo al darme cuenta de que lleva un vaso de café en la mano—. ¿Has ido a la cafetería sin mí?

—Lo siento. Si me cuentas lo que ha pasado iré a buscarte un café.

—¿Quieres que me humille sin siquiera un café? Qué despiadada.

Le quita la tapa a su vaso y me lo ofrece para que le dé un sorbo.

—Desembucha lo que ha pasado, quiero decir, no el café.

Claro. Le doy un trago y le devuelvo el vaso.

—Después de cenar, fuimos al sofá.

Se le iluminan los ojos de júbilo.

—Le resultaba evidente que estaba aterrada, así que empezó a bromear para que me relajara. Y luego me retó a que le diera un beso.

Jenny se inclina hacia delante y se apoya en el borde del escritorio.

—¿Y qué más?

—Luego se me fue un poco la olla. Me tiré sobre él como haría Rufus con un hueso.

—¡Toma ya! —Jenny abre unos ojos como platos—. ¿Y te lo tiraste? ¿En el sofá? ¿Delante de los ventanales? ¿Y fue una pasada?

El cuello me empieza a arder cuando, avergonzada, recuerdo los ventanales enormes del piso de Matt. Creo que las cortinas no estaban corridas. No solo me restregué con él, sino que además di un espectáculo para todo Yorkville.

—Madre mía, ¡sí que te lo has tirado! —chilla—. Eres mi ídolo.

Niego rápidamente con la cabeza.

—No, no me lo he tirado. Es una larga historia. Pero me vuelve loca, Jenny.

—¡Eso es genial!

—¡No! No es genial. Para nada. Tú misma lo dijiste. Antes era una persona segura de mí misma. Tengo que empezar de nuevo a salir con gente, pero Matt no es el indicado para alguien que vuelve al mercado y empieza de cero. No me siento segura. Cada vez que estoy con él creo que pierdo la cabeza. Cuando estamos en la misma habitación, soy capaz de decir y hacer cualquier cosa. —«De quitarme las prendas de ropa que hagan falta». Madre mía—. Tengo que salir con alguien que no me produzca esos…

—¿Temblores calenturientos?

—¡Exacto!

—Aunque por otro lado…

Jackson aparece por la puerta del despacho e interrumpe a Jenny.

—¿Qué temblores?

El rostro me arde cada vez más.

—¿La reunión es ahora? —le pregunto a mi ex con la esperanza de que se olvide de lo que ha oído.

—¿La reunión? No tengo nada anotado.

Claro que no. Pero estoy desesperada.

—Ah, vale. ¿Qué necesitas entonces?

—Eh. —Mira a Jenny de reojo—. ¿Podemos hablar?

El estómago se me revuelve. Esas palabras nunca preceden a una conversación alegre.

—Claro —digo mirando a Jenny para que pille la indirecta.

Jenny recupera el vaso del café con un suspiro de decepción y se marcha.

Me he librado de una conversación difícil solo para meterme en otra.

—Sobre lo del otro día —comienza Jackson cuando Jenny se ha ido.

—Yo no he visto nada —digo con dificultad al recordar los juguetes sexuales en mi escritorio.

Frunce el ceño.

—Sé que no lo has visto. Por eso quiero enseñártelo.

—¿Cómo dices? —Busco en mi cerebro un motivo por el que podría querer enseñarme unos juguetes sexuales. Es evidente que hay algo que no termino de entender—. Un momento. ¿Qué me quieres enseñar?

—La propiedad de Bayview. —Frunce el ceño ante mi evidente confusión—. Para la expansión.

—¡Pensaba que no estabas preparado para ampliar la empresa! —Sueno dolida, incluso yo me doy cuenta. Aunque ahora mismo nada tiene sentido—. Dijiste que era muy pronto.

Apoya la cabeza en el marco de la puerta y cierra los ojos.

—No sé, supongo. Mi padre cree que es una muy buena oportunidad que no debemos perder. Está justo al lado de las mansiones de Bridle Path.

—¿Y quieres que vaya a verla? —Preferiría coger los lápices meticulosamente afilados que tengo en el bote, buscar al señor Emery y apuñalarlo con ellos.

—Supongo—. Abre los ojos—. ¿Qué te parece la idea?

«La odio».

—Las propiedades en Bayview deben de valer un dineral. Seguro que el doble de lo que pagamos aquí. —Alargo un brazo hacia nuestras oficinas de Yorkville, que solo son económicas porque estamos en la segunda planta de un edificio pequeño, propiedad del señor Emery—. ¿Cuánto cuesta? —Cuando me responde, suelto un gruñido—. ¿Y crees que es buena idea?

—Creo… —Hace una pausa y se muerde el labio delgado. Nunca me había fijado en lo fino que era hasta este instante. Pero es que justo anoche, estuve peligrosamente cerca de unos labios mandones, capaces de dejarme marcas…

«¡Céntrate, Hailey!».

—… que nos podría ir bien en aquella zona. ¿Por qué no le echas un vistazo? Así lo ves antes de decidir nada.

—De acuerdo —accedo manteniendo un tono cordial—. Pero no podemos lanzarnos a algo así solo porque el alquiler sea una buena oportunidad. Si realmente quieres ampliar la empresa, calcularé el rendimiento de las inversiones basado en la densidad del vecindario y el coste medio por metro cuadrado de la vivienda. Y luego compararé los resultados con los de otras zonas de renta alta. Como Rosedale.

Solo tardaría unas cincuenta horas.

Jackson asiente.

—De acuerdo. Pero ve a ver el sitio, ¿vale? Quiero decirle algo a mi padre.

Cómo no. Y puede que yo me convierta en la primera mujer condenada por asesinato con material de oficina.

Cuando Jackson se marcha, busco información sobre Bridle Path. Debería estar trabajando en la actualización del móvil y la interrupción me hace gruñirle al ordenador.

—Vaya —dice Jenny a mis espaldas—. Eso suena a frustración sexual.

—Para.

—Vale. ¿Imagino que no es buen momento para mencionar que nos ha llegado un nuevo encargo de…?

El corazón me da un vuelco.

—El señor Rabo.

Y se me vuelve a romper.

—¿Qué quiere? —Miro la notificación roja en la esquina de mi pantalla y hago clic sobre ella—. ¿Un columpio? —Suelto una risita y noto que la tensión de mis hombros se relaja por primera vez en horas. Me pregunto si los vecinos de Bridle Path serán igual de peculiares.

—Con esa información parece que necesita algo del Home Depot. O de una tienda erótica. Pero echa un vistazo a la foto, porfa.

Cambio el navegador del ordenador y abro la solicitud en la pantalla grande. Me siento decepcionada, porque el Señorveintecentímetros no es él mismo hoy. No se ve ningún pene en la imagen. Solo un techo de vigas con un gancho en una de ellas.

—Así podrá colgar el trasto —digo—. Supongo que eso facilita el trabajo.

—¡Hailey! Fíjate en la pared.

Se ve un trozo de pared. Cuando entrecierro los ojos, veo que tiene herrajes atornillados y lo que parece una cadena. Justo al lado veo una fila de…

—¿Son látigos de tiras?

—Eso parece.

—¿Te sorprende?

Jenny se encoge de hombros.

—¿Por qué no te has acostado todavía con el dios del *hockey?*

La pregunta me pilla totalmente desprevenida, así que suelto la verdad.

—Lo habría hecho, pero surgió una emergencia.

Abre más los ojos, probablemente porque no esperaba que su truco sorpresa funcionara.

—¿Qué clase de emergencia?

—Una muy intimidante. Su exmujer apareció con pintas de supermodelo y con las gemelas. Se había cortado el pulgar y declaró una emergencia nacional.

Jenny pone mala cara.

—La odio por haber interrumpido tu primera noche de sexo desde hace millones de años.

—Dos años.

Casi se le salen los ojos de las órbitas.

—¿Dos años? ¡Pero si solo hace dieciocho meses que os divorciasteis!

Menuda vergüenza.

—Siguiente tema, por favor.

—Ay, cariño. —Parece realmente atónita—. No me extraña que se te fría el cerebro cada vez que lo ves.

—Pero con la mayoría de los hombres no me pasa. Solo con él. A todas luces, no es el hombre indicado para acabar con mi sequía sexual.

—Te equivocas. —Jenny alarga una mano por el escritorio y me da una palmada en la mano—. Eso quiere decir que es el chico perfecto. ¿Alguna vez te sentiste como un torbellino descontrolado con Jackson?

—No. Solo me pasa con Matt. Me quedo en evidencia siempre que estamos en la misma habitación. Además, tiene dos hijas, Jenn. En serio, hay mucha gente que exige su atención.

La mueca de Jenny demuestra que tengo razón.

—Los hijos son complicados —admite.

—La situación es complicada. Esto es como… si hubiera decidido probar la escalada y quisiera hacer la primera excursión al Everest.

—¡Pero piensa en las vistas! —Se abanica con la mano—. Eres una gallina enorme.

—¡No es cierto!

—Sí.

—¡No!

—Hola, chicas —dice una voz masculina desde la puerta.

Una vez más el corazón se me acelera inútilmente. No es Matt.

—¡Hola, Tad! —Lo saludo con mucho entusiasmo, porque acaba de interrumpir la discusión más tonta que Jenny y yo hemos tenido jamás. Cuando doy un bote para ponerme de pie, me mira, sorprendido—. ¿No habíamos quedado en tomar un café algún día?

El chico abre los ojos como platos.

—Eso dijimos.

—¿Te parece bien ahora? Jenny ha ido a por café sin decirme nada.

Jenny pone los ojos en blanco.

—Muy bien. —Sonríe de un modo que no deja lugar a dudas: Jenny tenía razón. Estaba intentando invitarme a salir, pero yo no

me daba cuenta.

—Espera que coja el abrigo.



Vamos a la cafetería de Yorkville Avenue, pero en lugar de pedir los cafés para llevar, nos sentamos a una de las mesitas de la parte trasera.

Charlar con Tad me resulta fácil. No siento cosquilleos ni aleteos en lugares inapropiados. Es relajante. Terminamos hablando de televisión. Parece que los dos estamos emocionados por el nuevo *remake* de Sherlock Holmes.

—Aunque puede que sea horrible —digo.

—Ya —responde, sonriéndome con los ojos marrones. Tad es empíricamente atractivo. Tiene un buen corte de pelo y una sonrisa amable. Es un poco delgado comparado con mis gustos más recientes, pero se mueve con seguridad y lleva ropa que lo favorece. Con el jersey de cuello alto y las gafas de pasta parece más un modelo del Club Monaco que un friki de la tecnología.

¿Otro punto a su favor? No he tartamudeado ni una vez desde que nos hemos sentado. Con él estoy totalmente tranquila todo el rato. No me trabo ni sudo. Solo es… Tad. Me inclino un poco hacia delante, preguntándome si la chispa de atracción que espero sentir no funciona por la mesa de roble ancha que nos separa.

Pero… nada.

Interesante.

—Siempre nos quedará el *hockey.* Sé lo mucho que te gusta.

Le ofrezco una sonrisa burlona.

—Hablando de *hockey,* ¿dónde has dejado tu gorra del Toronto?

Se le ruborizan las puntas de las orejas.

—La semana pasada se me voló cuando entré en la estación de metro. Tenía que decidir si quería salvar la gorra y perder el tren o perder la gorra y llegar a casa a tiempo.

—Yo habría escogido la gorra.

—Claro. Lo sé por los tres banderines y el bote de lápices que tienes en el despacho.

Me sonríe, es una sonrisa agradable, pero insisto, no noto ninguna chispa en absoluto.

—Estoy convencida de que, si hubiera sido tu gorra del Boston, habrías perdido el tren sin dudarlo —bromeo.

Se pone todavía más rojo.

—Maldita sea. ¿Quién me ha delatado?

—Jenny. Pero no te preocupes —añado con amabilidad—. A mí me da igual que prefieras el Boston al Toronto. Me parece una decisión pésima, pero allá tú.

Tad suelta una risita y me cuenta que una vez se quedó atrapado en un ascensor el día que tenía entradas para un partido en casa del Toronto contra el Boston. Es una historia muy buena y a mí se me da muy bien escuchar. Pero mientras me cuenta que usó el teléfono para llamar al de seguridad del edificio, de repente, ¡siento algo! Siento un arrebato de emoción que se me extiende por el pecho, acompañado de un cosquilleo. Siento que se me ensancha la sonrisa. Está a punto de ocurrir algo importante…

—Hottie.

Pego un bote en el asiento y derramo lo que me queda del café con el antebrazo. Intento agarrar la servilleta, pero se cae de la mesa.

Dos segundos después, Matt Eriksson la ha recogido y la deja ordenadamente sobre el modesto charco de café derramado. Me pongo en pie y lo observo. Lleva pantalones de chándal y una chaqueta del equipo, seguro que acaba de salir del entrenamiento matutino. Es el hombre con el atuendo más informal de la cafetería y el más sexi con muchísima diferencia.

Yo lo sigo mirando con los ojos desorbitados, sorprendida por su repentina aparición. Y Tad tampoco se queda corto: tiene la boca abierta de par en par y los ojos del tamaño de los donuts que venden en el mostrador.

—Eres… —empieza a decir.

Por lo menos no soy la única que pierde un poco la cabeza cuando ve a Matt. Puede que Tad no sea un seguidor del Toronto, pero es un entusiasta del *hockey* y todos los fanáticos se vuelven un poco locos en presencia de un deportista profesional.

—Hailey —dice Matt con la mandíbula más tensa de lo normal—. ¿No me vas a presentar a tu amigo?

Tad se recompone. Se levanta, le alarga la mano a Matt y se la estrecha vehementemente.

—Es un placer, señor. —Confundido, nos mira—. Entonces, ¿os conocéis?

—Se podría decir que sí. —Matt suelta la mano de Tad y me coloca la suya en la nuca. Entonces me da un beso firme y posesivo en el pómulo—. Tenemos que hablar, ¿puedes ahora?

—Ah, ¡nosotros ya hemos acabado! —dice Tad con una risa nerviosa. Coge los vasos de la mesa y añade—: Nos vemos en la oficina, Hailey. —Se marcha tan deprisa que me parece ver su estela hasta la puerta.

—¿Qué ha sido eso? —le pregunto recomponiéndome por fin después de la sorpresa—. Has echado a mi cita.

—¿Cita? —pregunta Matt alzando la barbilla con un gesto tan sensual que siento la testosterona que emana de su cuerpo.

—Bueno, no era una cita de esas. Es el encargado de nuestros servidores y los está mejorando con una nueva instalación.

—Ya, una instalación. —Matt suelta una risita y me coge de la mano—. No vuelvas todavía a la oficina. ¿Tienes que ir?

Me limito a negar con la cabeza porque me ha dado un nuevo ataque de maripositis, o como lo llame Jenny, y dudo si soy capaz de articular palabra.

—Bien —dice con la voz áspera. Coge mi abrigo de la silla y me guía hasta la puerta.

En el exterior, una ráfaga de viento frío de principios de diciembre nos recibe.

Matt se detiene y me pone el abrigo por encima de los hombros.

—Acompáñame.

—¿A dónde? —digo con un hilo de voz.

Señala hacia la manzana con la cabeza, hacia la calle concurrida donde está su edificio.

—Tenemos un asunto pendiente.

—Ah, ¿sí?

Con un gesto rápido me acorrala contra el exterior de ladrillo de la cafetería, apoya el pecho contra el mío y sus labios me acarician la frente cuando dice:

—Tenemos que terminar un asunto muy importante. —Mete las manos por dentro de mi abrigo y las coloca sobre mi cintura—. ¿No estás de acuerdo?

Un jadeo cálido se me escapa del pecho cuando sus labios bajan hasta mi oreja y le dan un mordisquito. Lo tengo agarrado de la chaqueta, dispuesta a hacer lo que me pida. Y probablemente allí mismo.

Pero en un abrir y cerrar de ojos, Matt retrocede, me agarra la mano y empieza a caminar a paso decidido hacia su casa.

—¡Buenos días! —dice el portero cuando nos abre.

—Es un día buenísimo —suelta Matt alegremente mientras me guía hacia los ascensores y pulsa el botón—. Y pronto mejorará —susurra cuando las puertas se abren.

Al cerrarse las puertas, Matt me empuja contra la pared. Tengo tiempo de aspirar su olor a recién duchado justo antes de que ataque mis labios con un beso hambriento.

Me golpeo la cabeza contra el panel de madera cuando el beso se vuelve más intenso. Este Matt no quiere ir poco a poco. Es el mismo Matt Eriksson que consigue el disco en una jugada ofensiva e insiste hasta colarlo en la red.

Mi portera interior se deshace del palo de *hockey* y deja de preocuparse. Rodeo su corpulento cuerpo con los brazos y me aferro a él como si mi vida dependiera de ello mientras él sigue a besos la distancia hasta la piel sensible de mi cuello, donde su boca

hambrienta me provoca un escalofrío que me recorre todo el cuerpo. El roce de sus labios sobre mi oreja hace que me cedan las piernas.

—No me gustó que nos interrumpieran anoche —susurra con una voz ronca mientras besa ardientemente mi piel cada vez más caliente—. He ido a tu despacho a disculparme.

«¿Y cómo me has encontrado?», quiero preguntar. Pero las palabras no salen de mi cerebro y en lugar de eso, gimo. Me ha agarrado las caderas con las manos y siento que mi coherencia se desvanece por segundos. Introduzco las manos por debajo de las dos mitades desabrochadas de su chaqueta y le acaricio los abdominales. Él suelta un bufido, se inclina hacia mí…

La campanilla del ascensor suena para avisarnos de que hemos llegado a la planta.

Matt gruñe y me arranca de la pared.

—Vamos, nena. No tenemos tiempo que perder. —Me acompaña hasta la puerta de su casa e introduce el código a toda velocidad.

En el interior, me quita el abrigo de los hombros y lo tira al suelo. A continuación, hace lo mismo con el suyo.

—Necesitas un perchero —digo.

—Luego —gruñe.

Tengo un último pensamiento racional: «Hay colgadores en el centro comercial de Yorkdale». Pero el pensar se acaba pronto, porque me vuelve a besar y vamos hacia un pasillo. Una mano posesiva me toca el culo y cuando me lo pellizca pierdo otros diez puntos de coeficiente intelectual.

Con las pantorrillas encuentro una cama y… me quedo de piedra. Me detengo en pleno beso y una sensación gélida sustituye al calor que me recorría las venas un minuto antes. Porque no sé qué narices estoy haciendo. Mi amor platónico quiere sexo de película conmigo y yo no tengo ni idea de qué significa eso.

—Hottie —susurra, y sus manos se vuelven amables. Me acaricia la espalda hacia arriba y luego hacia abajo con las yemas de los dedos—. ¿Qué ocurre?

—Me pones muy nerviosa.

Sonríe y es una sonrisa tierna. Me acaricia la mejilla con los nudillos y me da un beso en el mismo lugar.

—Ya lo sé. Para esto no hay ningún entrenamiento.

—¿Qué?

Su risa me recorre el cuerpo como una llama. No sabía que se podía estar tan excitada y asustada al mismo tiempo.

—Estás desentrenada, ¿no?

—Sí. —Y empiezo a pensar que nunca he entrenado de verdad. Matt me enciende el cuerpo de formas tan nuevas que evidentemente llevo toda la vida haciendo algo mal.

—Pues permite que sea tu entrenador. Yo te diré lo que tienes que hacer. Tú solo debes estar pendiente del silbato.

—De acuerdo —respondo, inmediatamente.

—El entrenador quiere que te desabroches la camisa. —Me ofrece una sonrisa juguetona pero tierna.

Mis dedos consiguen llegar a los botones de la blusa y la empiezan a desabrochar.

—Muy bien —me susurra, bajándome la camisa por los hombros y lanzándola hacia una silla que yo misma elegí en Crate & Barrel. Se inclina para besarme con suavidad el punto donde se encuentran el cuello y el hombro, luego baja hasta la clavícula y a continuación sigue con los labios el tirante de mi sujetador de encaje blanco.

Los escalofríos han regresado. Y el calor. Meto los dedos en su pelo y le acerco la cabeza a mi pecho. Me acaricia con los labios y suelta un gruñido.

—El entrenador quiere que te quites el sujetador —ordena con voz ronca.

Dudo un momento, porque siempre he pensado que tengo los pechos pequeños y hay mucha luz en la habitación…

—El entrenador está esperando, Hailey —me dice, arrodillándose delante de mí—. Sé una buena chica y encárgate del sujetador mientras yo me ocupo de esto.

Sus dedos gruesos encuentran la cremallera de mis pantalones de lana y la bajan lentamente. Se me escapa un gemido al oír el sonido

de los dientes de la cremallera. Busco el gancho del sujetador con mis manos torpes y lo desabrocho.

Matt no me mira cuando tiro el sujetador al suelo. Se inclina y encuentra con los labios la piel que queda justo al norte de mis bragas. Me da un beso y siento que el deseo me consume entera.

Levanta la mirada y gruñe.

—Joder, Hailey. Me voy a tener que esforzar para ir poco a poco. —Alarga una mano por encima de la cabeza y se agarra la camiseta por la parte posterior del cuello—. Pero es muy importante calentar. —Se la quita por encima de la cabeza y la lanza a un lado.

Y madre mía qué vistas. Empiezo a salivar cuando veo tanta perfección masculina. Me baja los pantalones de un tirón y se pone de pie; yo parpadeo y recorro su pecho con los ojos.

—Así es —dice—. Ahora tócame. Con las dos manos.

Mis dedos ávidos obedecen sus órdenes. Le recorro los pectorales con las palmas de las manos y él se queda sin resuello. Dejo que las yemas de mis dedos exploren las crestas de esos abdominales que parecen una tabla de lavar. El pelo castaño del pecho se vuelve más denso a medida que se acerca a la cintura de los pantalones de chándal, y cuando la acaricio con los dedos, se le tensa el abdomen.

—Mmm —gruñe. Y levanta las manos para agarrarme los pechos, entonces, yo suelto un gimoteo que le hace sonreír—. Ya lo sé, cariño. —Me acaricia el pezón con el pulgar y cierro las piernas con fuerza—. Muy bien, nena. Respondes muy bien a tu entrenador. Ahora quiero que te desnudes y te tumbes en la cama. —Chasquea con la lengua—. Venga.

Me apresuro a obedecer y, un momento después, estoy tendida en el centro de su colcha, sin nada más que el deseo que siento por el dios que avanza hacia mí a cuatro patas. Solo lleva unos bóxers negros de algodón y una sonrisa. Debería tener frío, pero ardo ante sus ojos. Me recorre el cuerpo con la mirada antes de inclinarse y atrapar uno de mis pezones con la boca. Su lengua lo rodea, y suelto un gemido largo y profundo.

Desciende sobre mí con ese cuerpo perfecto, y reclama mi boca como suya. Me encanta sentir su cuerpo sobre el mío.

—Joder —gime entre besos—. Tu entrenador está deseando que empiece el partido.

Me río en su boca. Está caliente, duro, y todo es una pasada. Bajo la mano por su pecho hasta alcanzar al fin la ambiciosa erección que lucha por liberarse de la tela de algodón.

Ambos suspiramos de placer.

—Buena chica —dice incorporándose un poco—. Sácalo.

—Sí, señor.

Le bajo los bóxers y salta a la vista el miembro más hermoso que he visto nunca (en mi amplísima experiencia). Cuando cierro la mano alrededor de toda esa perfección, deja escapar un bufido.

Me humedezco los labios justo cuando aparece una gotita en la punta.

—Pruébame —ordena, echándose hacia atrás sobre los talones.

Me incorporo de rodillas y agacho la cabeza, le rozo el abdomen con la frente, y su aroma limpio y salado me envuelve. Lamo la gota perlada de su glande y él gruñe. De repente, una mano grande me agarra con fuerza del pelo. No lo esperaba, y un escalofrío me recorre cuando soy consciente de lo indefensa que estoy en esta situación. Por un instante, los nervios vuelven a asomar. En plena jornada laboral, estoy desnuda con un cliente al que me muero de ganas de complacer.

Otra mano aterriza en la parte alta de mi espalda y me acaricia con dulzura.

—Qué buena chica —susurra—. El entrenador está orgulloso de ti.

Y así, sin más, me derrito sobre él, mientras su miembro se desliza en mi boca.

—Cómemela, cariño —dice con voz ronca—. Métetela toda.

Gimo cuando su erección me llena la boca y noto el peso sobre la lengua. Es demasiado de golpe, así que enseguida tengo que apartarme. Su mano en mi pelo se relaja de inmediato. Respiro hondo por la nariz y lo vuelvo a intentar. Su gemido es tan dulce que

quiero volver a oírlo. Relajo la garganta y consigo introducírmelo todavía más. Enseguida encontramos el ritmo: su poderoso cuerpo se mece hacia delante, follándome la boca con embestidas cortas.

Me agarra el pelo con la mano y yo me ahogo en mi propio deseo. «Cómemela, cariño». Las palabras me vibran en las entrañas. «Métetela toda». Nadie me había dicho nunca nada tan maravillosamente guarro. Succiono con fuerza, y su ritmo se rompe.

—Uff —jadea, agarrándome la barbilla para detenerme—. Ahora túmbate boca arriba.

Aturdida, lo suelto con un «pop» y lo miro parpadeando.

—Me alegra que te haya gustado, cariño. Pero tengo otros ejercicios para ti. ¿Vale?

Asiento.

—Di: «Sí, entrenador». —Me guiña un ojo.

—Sí, entrenador —susurro, y sonríe.

Entonces me agarra del culo con una mano… y me da una palmada.

—Túmbate.

CAPÍTULO 13

Un minuto, amigo



MATT

Hailey se tumba sobre la cama y yo me vuelvo hacia el otro lado un momento para calmarme. Para ganar tiempo, aparto los calzoncillos con una patada y busco un condón en la mesilla de noche. Abro el paquete y me cubro la anhelante erección con el preservativo.

He estado a punto de perder la cabeza cuando me la chupaba. Cada vez que me mira con esos ojos azules penetrantes me pongo un poco más cachondo. Y su mirada se vuelve más sensual con cada orden que le doy. Hailey me desea, a pesar de los nervios. Y tengo la sensación de que le gusta el sexo guarro, pero que ese deseo la confunde.

Menos mal que su entrenador la entiende.

Me giro otra vez hacia ella y la veo tumbada, observándome con una mirada lujuriosa. Cuando regreso a la cama, mueve la cadera y suspira.

«Dios». La visión me vuelve loco. Me muero de ganas de complacerla, aunque estoy un poco nervioso, es la primera vez que

me acuesto con alguien desde que terminó mi matrimonio. Pero eso no se lo digo.

—Todavía no hemos acabado el calentamiento —bromeo—. Ponte las manos sobre los pechos.

Parpadea.

—Ahora mismo —ordeno apoyando una rodilla sobre el borde de la cama—. Tócatelos.

Levanta las manos y las pone sobre los pechos, agarrándolos completamente. La sensación le provoca otro suspiro y el sonido me tensa los testículos.

«Tranqui», le digo a mi miembro. Hailey no es la única que necesita a alguien que la guíe en este preciso momento.

—Tócate los pezones —gruño.

Ella hace lo que le pido, arquea el cuello y cierra los ojos. Tiene las mejillas teñidas de rosa, me pregunto si se habrá tocado alguna vez delante de un hombre. Ahora tengo prisa por seguir.

—Hailey. —Abre los párpados rápidamente. Me arrodillo a sus pies y con las rodillas le separo un poco los tobillos. Se me hace la boca agua cuando veo su coño húmedo—. Tócate para mí.

Deja de mover las manos sobre los pechos.

—Ya me has oído. —Alargo el brazo, le cojo la mano con la mía y se la aprieto. A continuación, se la coloco con cuidado en la entrepierna—. Enséñame dónde quieres que ponga la boca.

Se queda sin resuello y aprieta los muslos.

—Enséñamelo. No pasa nada, preciosa. Tócate para mí.

Ella traga y finalmente sigue con los dedos el pequeño triángulo de pelo. Separa las piernas y baja los dedos para frotarse el clítoris. Me busca la mirada para que le dé el visto bueno.

Y vaya si se lo doy. De hecho, no puedo esperar ni un minuto más. Me apoyo sobre los antebrazos y le beso el dorso de la mano con la que se complace lentamente. El olor de su excitación me vuelve a producir una chispa en los testículos. Jesús. Aparto su mano con la nariz y le lamo el sexo.

Su gemido es un lloriqueo. Le agarro las piernas con ambas manos y la beso con más ganas. Muevo la lengua con facilidad. Hailey está tan mojada y preparada que mi pene se humedece por solidaridad. «Un minuto, amigo. Estoy ocupado». Hailey jadea y arquea la espalda sobre la cama para acercar su sexo a mí, para marcarle el ritmo a mi lengua. Me parece tan sexi que noto que la espalda me empieza a sudar.

Un minuto o dos después, ella está a punto.

—No, ni se te ocurra —la reprendo antes de pasar a besarle el interior de la pierna—. Sin mí, no. —Intenta agarrarme con las piernas y sujetarme cerca, pero le empujo las caderas contra la cama—. No te adelantes al entrenador —la advierto para que no se caliente el asunto, aunque me muero de ganas. Me pongo de rodillas entre sus piernas y me agarro el miembro. Nuestros ojos se encuentran y veo que cualquier tipo de duda en su mirada desaparece. Solo hay deseo. Es precioso.

La expectativa resulta tan agradable que la alargo un delicioso momento más. Si hay alguien que sepa lo efímera que es la intimidad, ese soy yo.

—Eres preciosa, Hailey —digo mientras le rozo la entrepierna húmeda con el glande—. Es perfecto. Entonces me inclino hacia ella, le doy un beso rápido y me introduzco en su interior.

Gime cuando la lleno. Yo me vuelvo a apoyar sobre las manos para verla. Quizá los jugadores de *hockey* somos nefastos maridos, pero como amantes no tenemos precio. Respiro hondo para mantener el control de mi cuerpo ansioso. La empiezo a embestir poco a poco. Hailey cierra los ojos con fuerza por el placer.

—Mírame, muñeca. Mira cómo te miro.

Vuelve a abrir los ojos y sonríe. Sus nervios por fin se han esfumado.

—Me encanta —le aseguro. Me pongo una de sus suaves piernas por debajo del brazo y acelero el ritmo—. Eres un paraíso y pareces un ángel, tumbada así en mi cama. Te gusta mi polla, ¿verdad?

No es una pregunta, pero ella sonríe de todos modos.

—Sí —jadea volviendo a arquear la espalda hacia mí—. Alarga la mano y se agarra al edredón cuando acelero el ritmo.

—Córrete en mi polla —le pido—. Quiero sentirte.

Me toca el pecho con las manos y me encanta notar sus yemas sobre la piel cálida.

—No me puedo correr durante el sexo —susurra—, pero me encanta de todos modos.

«¿En serio?». Reduzco un poco la velocidad y admiro su cuerpo de escándalo debajo del mío.

—Entonces, ¿cómo quieres correrte? ¿Quieres que te lo vuelva a comer?

—No hace falta —dice—. Estoy bien.

«Venga ya». A ver, hay mujeres que no pueden llegar al orgasmo, pero dudo que Hailey sea una.

—De acuerdo —accedo, porque no la quiero presionar. Salgo de su interior—. El entrenador quiere que te pongas boca abajo.

Abre los ojos, sorprendida, pero la duda solo dura una fracción de segundo. Y cuando se gira, gruño al ver la pasada de tatuaje que le recorre toda la espalda.

—Estás para comerte. —Me agacho y pruebo la piel suave de su hombro. A continuación, le elevo la cadera y me vuelvo a introducir en ella. Mi boca queda justo al lado de su oreja—. Me vuelves loco —murmuro.

Ella suspira felizmente.

Introduzco una mano por debajo de su cuerpo, justo entre las piernas.

—Me gusta cómo sabe esto —digo mientras ella se mueve contra mi mano. La follo a un ritmo lento y constante hasta que se le acelera la respiración—. Te gusta, ¿eh? Dímelo.

—Sí —jadea.

—Restriégate, nena. Quiero correrme.

Me frota el pene y tengo que apretar los dientes cuando se me tensan los testículos.

—Oh —jadea, y el atisbo de desesperación en su voz me parece precioso.

Recito mentalmente la primera estrofa del himno nacional de Canadá para distraerme.

—Maaaaaatt —grita, sorprendida. Y entonces lo noto: la primera y dulce palpitación de la victoria. Gime, y yo maldigo porque soy incapaz de controlarme. Se lo hago tan deprisa que el cuerpo me tiembla de deseo. La abrazo y me estremezco cuando me derramo en su interior con varios estallidos enérgicos.

Entonces se me pone la mente en blanco. Nos quedamos allí tumbados, recobrando el aliento. Giro a Hailey hacia mí y la abrazo, se me empiezan a cerrar los ojos. De todos modos, se suponía que tendría que estar echando una siesta.

—Pensaba que habías dicho que nunca te corres cuando follas —digo, adormilado.

—¿En serio? —pregunta con un tono juguetón y un poco sorprendido antes de besarme el hombro—. No pensaba que fueras de los que intentan que lo feliciten después del sexo.

Abro los ojos un poco y sonrío, porque me acaba de dejar en evidencia y con todo el descaro. Pero entonces las sonrisas desaparecen de nuestros rostros y nos quedamos mirándonos intensamente a los ojos. Una calidez distinta se me extiende por el pecho.

—A todo el mundo le gusta un cumplido de vez en cuando —señalo en voz baja.

Apoya la mejilla sobre mi hombro y suspira.

—Pues creo que te acabo de hacer uno muy grande. Hablar de sexo no es lo mío, pero todo lo que ha ocurrido hoy ha sido maravilloso.

Le acaricio el pelo y ella apoya la mejilla sobre mi mano. Cuando la he ido a buscar hoy, yo solo tenía en mente el sexo, pero la calma de este momento es igual de especial y tierna. Me ha ofrecido algo que yo ni siquiera sabía que necesitaba.

—Una pregunta —susurra Hailey al cabo de un rato.

—Mmm.

—¿Siempre balbuceas el himno nacional mientras lo haces?

Suelto una risita nasal muy poco atractiva y ella rompe a reír.

—No, ha sido algo excepcional. Solo para ti.

—Qué honor.

—Esta noche, cuando lo esté cantando en el centro de la pista, pensaré en ti.

—¡Un momento! —Se sienta rápidamente—. ¿Hoy hay partido? Mierda, se me había olvidado. ¡Levántate! ¡Tenéis que ganar al Dallas! Creo que podéis ganar, sobre todo si el entrenador Hal no cambia las parejas de los defensas.

Sonrío sobre la almohada.

—Es hora de echar una siesta, Hottie. Tranquilízate.

—No. Ahora estoy distraída —dice, clavándome un dedo en las costillas—. ¿Quién saldrá de titular?

La agarro, giro sobre mí y me la subo al pecho.

—No lo sé. ¿Quieres venir al partido?

—¿Qué clase de pregunta es esa?

Nos abrazamos durante otro minuto hasta que mi cerebro, emborronado por el sexo, se da cuenta de que hay un problema con la invitación que le acabo de hacer.

—Ahora que lo pienso… Cedí mis asientos a una organización benéfica. A la protectora de perros.

—¿Perros? Por cierto, ¿dónde está Rufus? —Hailey levanta la cabeza de mi pecho—. ¿Se ha escondido en algún sitio para no oír todo el jaleo?

—Lo he llevado a la guardería canina antes de ir a buscarte.

—Ah. ¿Y cómo has sabido dónde estaba?

—Jenny. No ha tenido ni el más mínimo problema en mandarme a la cafetería a por ti. —Le acaricio el pelo suave con la mano. Tendré que darle las gracias, le debo una—. Total, que suelo dar la mayoría de las entradas a la beneficencia. Las subastan y consiguen mucha pasta.

—Pues yo quiero pujar —suelta con envidia—. Esos asientos no tienen precio. Pero no pasa nada. Ya te veré por la tele.

—Puedes venir de todos modos, pero tendrás que ver el partido desde el palco de las esposas.

Me mira con la boca abierta.

—¿Te refieres al palco privado para las esposas y novias?

Suelto una risita y me pregunto si es mala idea. Pero Hottie es la mejor y quiero tener un gesto bonito con ella.

—Si te parece bien, puedo decir en la taquilla que te preparen un pase. Pero tendrás que ir sola. ¿Quieres?

Se queda callada un momento.

—Siempre me apunto a ver un partido, Tirador. Me da igual desde dónde. Y, evidentemente, me encantaría verlo en directo. No hace falta decirlo.

La estrujo entre mis brazos. Hace tiempo que no abrazaba a nadie y lo estoy disfrutando como un niño pequeño.

—Pues te dejaré el pase. El partido empieza a las ocho. Y antes debo dormir una hora. Túmbate.

Suspira.

—No puedo. Si voy al partido esta noche tengo que hacer muchas cosas antes.

—Tú te lo pierdes —digo, acariciándole la parte baja de la espalda con los dedos—. Soy un buen compi de siesta.

Se inclina hacia mí y me besa el hombro.

—No me cabe la menor duda.

Le doy otro beso y dejo que se marche. Como en la pesca de captura y suelta.

—¿Te encuentras bien?

—De maravilla.

—¿No estás nerviosa? —pregunto, solo porque me siento muy gallito.

—Para —responde, sonriéndome por encima del hombro—. A no ser que quieras que te acaricie el ego además de la…

Vuelvo a reír.

—Has hecho un muy buen entrenamiento hoy, recluta. Sigue así, la práctica hace al maestro.

Me pone los ojos en blanco y recoge las bragas del suelo. La observo vestirse con una mirada hambrienta.

—Me ha fallado un poco la organización. Habría preferido llevarte a la cama cuando no tuvieras que marcharte tan deprisa.

—Eres monísimo. —Aunque parece que se intenta escabullir a toda prisa.

—Me encantaría que volvieras más tarde, pero no llegaré a casa hasta la medianoche y mañana a las cinco salimos hacia el aeropuerto.

—Ay. —Hailey se abotona la blusa—. Ganad al Dallas, ¿vale?

Esta chica me mata.

—Haré todo lo posible —prometo.

CAPÍTULO 14

Propiedad de Matthew Eriksson



HAILEY

Recojo un sobre en la taquilla del estadio unos minutos antes de las ocho en punto. Espero encontrar una entrada en el interior, pero en lugar de eso hay una tarjeta con mi nombre en letras brillantes.

«Uso exclusivo de Hailey Taylor Emery», pone.

Y debajo: «Propiedad de Matthew Eriksson».

Qué palabras más raras han usado. «Propiedad de». Ya sé que se refieren a la tarjeta, pero parece que se refieren a mí. En el sobre también hay una tarjeta de visita de color crema en la que solo pone «Suite 7».

—Buenas noches, señorita —me saluda un guardia cuando le muestro la tarjeta—. Que vaya bien.

—No sé dónde tengo que ir.

—Ah. —Sonríe— ¿Es la primera vez? Tendrás que subir por las escaleras mecánicas hacia allí. —Señala— La tarjeta activará el torno de seguridad. Y luego solo fíjate en las placas de las puertas. Si vas a pasar el rato con las esposas y novias, tendrás que saber que hacen unos daiquiris de fresa muy cargados.

—Gracias —digo con la esperanza de que todo tenga más sentido cuando encuentre el lugar indicado. Subo a una escalera mecánica que me separa poco a poco de la euforia del resto del estadio.

Desde que me he marchado del piso de Matt, creo que he hecho un muy buen trabajo fingiendo que todo va bien. Pero no es así. Pasarme por el apartamento de Matt para echar un polvo de película no es lo normal. Aunque le haya dado un beso de despedida y me haya vestido como si nada, mi Hailey interior seguía repitiendo: «Madre. Mía» y «¿De verdad esto acaba de pasar?».

En el despacho, Jenny no me ha dejado tranquila ni un segundo intentando que le contara lo que ha ocurrido. Pero no lo he hecho. Necesito algo de tiempo para procesar todo y ver cómo me siento.

Y luego, a la tarde, Tad ha pasado por mi despacho.

—Entonces, ¿estás saliendo con Matt Eriksson? —me ha preguntado con indecisión.

—Yo… no lo sé, la verdad —he admitido. «Aunque acabo de tener sexo ardiente y desnudo con él, en su cama, después de nuestra cita en la cafetería»—. Estoy un poco confundida con el asunto.

Tad se ha reído.

—Pues espero que consigas aclararte.

Yo también.

A medida que las escaleras mecánicas suben, intento ver el día de hoy desde la perspectiva de Matt. Tuvimos una cita y nos liamos en el asiento trasero del coche el día de la ópera. Luego me hizo la cena y nos interrumpieron antes de que él consiguiera el premio que supongo que esperaba.

Así que hoy ha ido a cobrárselo. Y yo se lo he dado. Y mañana, a las cinco de la madrugada, se irá a la Costa Oeste.

Ya veremos si sigue interesado cuando regrese del viaje.

Las escaleras me llevan a un pasillo largo y curvo; entonces encuentro un torno. Muevo la tarjeta de plástico con mi nombre y la barrera de cristal se abre para permitirme pasar. Sigo por el pasillo. Hay puertas elegantes de madera cada medio metro, más o menos, con una placa de latón. Las primeras que paso tienen nombres de

instituciones financieras. Pero en la sala 7, el cartel pone «Esposas y novias».

Al lado de la puerta hay un lector de tarjetas como los de los hoteles. Dudo un momento y me pregunto quién estará al otro lado y si creerán que abuso. Parecerá raro, pero faltan dos minutos para las ocho y la idea de perderme el comienzo del partido me motiva. Pongo la tarjeta delante del lector y la puerta se abre con un clic. Veo a varias mujeres, de pie, en un espacio abierto iluminado por la luz de la pista al fondo de la sala.

Muy a mi pesar, una docena de cabezas con melenas brillantes se vuelven hacia mí a la vez. Vaya.

—Hola —digo con una sonrisa. En realidad, no soy una persona tímida. Siempre y cuando Matt Eriksson no esté presente. Una habitación llena de desconocidos no me asusta, pero las paredes de esta las cubren paneles de nogal, unos apliques en las paredes la iluminan con una tenue luz y piso una mullida alfombra oriental. Hay tres hileras de grandes sillones acolchados orientados hacia la pista. Una barra y un bufé ocupan la pared de mi lado.

El palco está totalmente preparado para las esposas de los jugadores y no acabo de entender cómo me ha invitado Matt.

—¡Soy Katie Hewitt! —dice una mujer acercándose a mí—. Bienvenida al palco de las esposas y novias. ¿Vienes de parte de…? —La habitación se queda en silencio total, esperando mi respuesta.

—Matt Eriksson.

Las mujeres cogen aire a la vez.

—Es que, bueno, ha donado sus entradas a la protectora de animales. Así que me ha dicho que viera el partido desde aquí. Si os parece bien —añado, como una idiota. Pero todas me miran fascinadas.

Katie es la primera en deshacerse de su evidente sorpresa. Cuando da una palmada, juro que una cantidad de diamantes digna de una joyería entera me ciega.

—¿Matt? Qué calladito se lo tenía. ¡No sabía que salía con alguien!

—Bueno… somos… —Me doy cuenta de que no puedo terminar la frase porque no tengo ni idea de qué somos.

—¿Hace mucho que lo conoces? —me pregunta.

—Un año mínimo —respondo, planteándome cómo explicar el extraño origen de nuestra relación—. Es cliente. Tengo una compañía de servicios personales que se llama Fetch…

Los ojos de Katie relucen.

—¡Y ha solicitado una novia!

Suelto una risita nerviosa.

—No exactamente…

—¡Katie! —la reprende otra mujer—. Eso suena fatal.

—No me refiero a eso —insiste Katie—. Fetch está muy bien. Justo la semana pasada la usé por primera vez para que llevaran tulipanes a mi tía, para animarla un poco. Es muy difícil encontrar tulipanes a estas alturas del año.

—Pero no imposible —suelto sin poder evitarlo—. Tenemos a todos los floristas de Toronto en nuestra base de datos.

—¡Hailey! ¡Has vuelto! —oigo decir a alguien, y cuando me vuelvo hacia la voz, veo a Jess Canning acercándose para abrazarme—. A mí no me sorprende lo más mínimo que estés aquí. Chicas, Matt no le quitaba las manos de encima en la ópera.

—¡Ostras! —exclamo. Parezco capaz de todo cuando tengo a ese hombre cerca.

Katie suelta una carcajada.

—Por lo menos alguien disfrutó en la ópera. Hailey, ¿dirías que eres más de *hockey* o de ópera?

—De *hockey,* sin duda —confieso—. Y con diferencia.

Sonríe de oreja a oreja.

Vamos a buscar algo para beber —propone Jess, señalando al bar —. Tenemos cerveza y vino de todo tipo. Y Katie hace unos daiquiris de fresa para chuparse los dedos. Pero no te vengas muy arriba, porque si Matt marca, tendrás que tomarte un chupito.

—Ah, ¿sí? —digo alarmada. No me tomo un chupito desde la universidad.

—Pues sí, a menos que no bebas. Esto no es la iniciación en una hermandad.

—¡Pero lo parece! —exclama alguien.

Como ya me han advertido sobre los daiquiris, pido una cerveza. Katie me la abre con unas uñas rojas y brillantes y luego las chicas me acompañan a un asiento. Ya está sonando el himno nacional. Siento una emoción efervescente que no guarda relación con el sexo de película que he tenido hace unas horas, es solo por el partido.

Por el *hockey.*

Todavía faltan unos minutos. Están preparando el lanzamiento ceremonial del disco. Yo bebo cerveza, y un par más de las esposas me saludan. Se me da bien recordar los nombres: tengo un don para ello. Pero me pregunto para qué. Estas mujeres están siendo excesivamente amables con una persona que, probablemente, nunca volverá al mejor lugar de todo Toronto.

Aunque me encargaré de disfrutar mientras dure.

La puerta del reservado se abre de repente y una mujer baja, con pelo rizado, entra hecha un torbellino.

—¡Chicas! —grita—. No vais a creer quién ha pedido un pase esta noche.

—¿Eriksson? —pregunta Jess con una sonrisa de suficiencia.

La recién llegada recorre el palco con la mirada hasta que se para en mí, que sigo sentada en el sillón.

—¡Anda! —exclama, lanzando el bolso a una mesa auxiliar—. Me lo merezco por llegar tarde a la fiesta. ¡Bienvenida, señorita Hailey! Nos alegramos de verte. El pobre chico necesita a alguien que lo quiera como se merece. —Me examina de arriba abajo—. ¿Estás dispuesta a hacerlo?

«Ups». Me inmoviliza con la mirada y no sé qué decir. Querer a Matt Eriksson parece el trabajo más fácil del mundo, pero no puedo asegurar que tendré esa oportunidad.

—Estrella —protesta Jess con una risita—. Dijimos que dejaríamos los interrogatorios para la segunda visita, ¿no te acuerdas? Cuando ya comprenda que tenemos buenas intenciones.

Estrella sonríe.

—Lo siento. Pero es que ha sufrido mucho. —Su mirada pasa de mí a la pista y eso es todo. He desaparecido. Las mujeres y sus preguntas cesan y me pierdo en el partido que se juega justo debajo.

Matt patina con Wesley y Riley hoy. Parecen estar en sintonía; se pasan el disco entre ellos sin apenas mirarse. Cuando una alineación funciona, los jugadores trabajan casi por instinto. Es como si sintieran dónde está el otro sin ningún tipo de esfuerzo.

Se pasan un buen rato patinando de un lado al otro antes de descolocar a los del Dallas. El portero para los primeros tiros a puerta, pero sobre el minuto siete, el defensa contrario comete un error que cambia el rumbo del partido. Riley roba el disco y, aprovechando su imponente físico, se abre paso cerrando a sus rivales. Lanza un pase casi a ciegas a Wesley, que a su vez envía el disco a Matt, que dispara. Yo contengo la respiración. El portero se tira a por él y se me hiela la sangre. La luz de la portería se enciende y, enseguida, estallo en gritos de éxtasis.

—¡SÍÍÍÍÍ! —chillo—. ¡Id acostumbrándoos, Dallas!

Salto de emoción. La cámara enfoca el rostro precioso de Matt, que sonríe desde detrás de la visera de protección mientras sus compañeros lo felicitan.

Suelto un par de gritos más para deshacerme de toda la adrenalina y luego me dejo caer en el asiento. Tanta buena suerte me deja atónita. Los orgasmos y los partidos de *hockey* en directo son escasos en mi vida, y disfrutar de ambos el mismo día es un antes y un después.

Alguien me da un golpecito en el hombro y al mirar veo a Katie sonriendo. Estas mujeres deben de estar acostumbradas a los orgasmos y a los partidos de *hockey.* Los asientos de lujo y las cervezas son solo la guinda del pastel *gourmet* de su vida.

—¡Aquí tienes tu chupito! —exclama Katie entusiasmada. Me alarga un vasito con sal en el borde y una rodaja de lima.

Todavía eufórica por el gol de Matt, me lo bebo de un trago, muerdo la lima y sonrío. La sala estalla en vítores.

Pero tenemos un partido que ver, así que me pongo seria.

El ritmo de juego en el hielo se acelera. Admito a regañadientes que Dallas es un gran equipo. Durante el siguiente período del partido hay tensión y no marca nadie. Me olvido de la cerveza y del resto del mundo. Cuando queda menos de un minuto en el marcador, Dallas lanza un último ataque. Contengo la respiración justo cuando Matt roba el disco. No llega a pasarlo antes de que un jugador del Dallas lo alcance, y el cabrón le da un empujón con el palo que me deja pasmada.

—¿¡Pero habéis visto eso!? —grito, levantándome de un salto—. ¡Eh, árbitro! ¡Límpiate las gafas o bajo yo misma a hacerlo!

Estrella chilla desde atrás:

—¡Chicas, tenemos aquí a toda una hincha del *hockey!*

Me giro indignada.

—¿Lo habéis visto? ¡Ha levantado el palo tan alto que podría jugar al limbo con él! ¡Capullo!

Se oye alguna risa, pero yo estoy que echo humo.

—Respira, Hailey —dice Jess justo cuando el comentarista empieza a hablar—. Han penalizado al muy imbécil.

Efectivamente, el infractor se dirige al banquillo de castigo. Matt patina fuera de peligro, ileso.

Me dejo caer de nuevo en el asiento y el juego se reanuda apenas unos segundos antes de que suene la bocina que marca el final del período. Jess se levanta a rellenarse la copa y a continuación vuelve a sentarse a mi lado, inclinándose hacia mí con una sonrisa.

—Eres la caña —dice—. ¿Irás al próximo partido en casa?

Un escalofrío de incomodidad me recorre.

—No lo sé —admito, porque supongo que depende de si Matt quiere. Bajo la voz y añado—: La verdad es que no tengo muy claro qué pasa entre Matt y yo.

O no he hablado lo bastante bajo, o estas mujeres tienen orejas biónicas, porque Katie Hewitt se mete en la conversación desde el

otro extremo de la fila.

—Eres su novia —dice con una sonrisa.

Me siento todavía más incómoda.

—No. Es decir, todavía no hemos tenido esa conversación.

Katie pone los ojos en blanco.

—Por supuesto que estáis saliendo.

Frunzo el ceño.

—¿Y por qué lo tienes tan claro?

Ella hace un gesto con la mano perfectamente cuidada y cargada de anillos con diamantes que abarca el lujoso palco privado.

—Estás aquí, ¿verdad?

No puede ser tan simple. ¿O sí?



Hailey: ¡Buen partido! Estoy agotada por tu culpa.

Matt: ¿Sí? Sabía que me decepcionaría no volver a verte esta noche. ¿Bebiste el chupito cuando marqué?

Hailey: So.

Hailey: Sin.

Hailey: SÍ. Maldito móvil.

Matt: :)

Hailey: Hay un problema. Quizá. Bueno, a mí no me lo parece. Pero puede que a ti sí. Un problema, quiero decir.

Matt: Eh, ayúdame. ¿Qué problema?

Hailey: Esta noche, las parejas de tus compañeros me han informado de que soy tu novia.

Matt: No me digas.

Hailey: Pues sí. Parece ser que ver el partido desde ese palco no es moco de pavo. ¿Por qué no me avisaste?

Matt: Sinceramente, no se me ocurrió. Solo quería que vieras el partido.

Matt: Pero dime que no se han puesto como locas.

Hailey: No. Pero…

Matt: Pero ¿qué?

Matt: ¿?

Hailey: Supongo que me pregunto qué significa. Pff. Me estoy portando como una niña, ¿no?

Matt: Da igual. Me gustan las niñas ;). Sobre todo, cuando están medio borrachas. ¿Seguro que quieres que tengamos la conversación por mensaje?

Hailey: ¡Yo no he dicho que quiera la conversación!

Matt: Supongo que me pregunto qué significa = la conversación. ¿Qué quieres que signifique?

Hailey: No lo sé. Estoy piripi.

Matt: ¿Te gusto?

Hailey: ¡Claro que sí!

Matt: Y a mí me gustas tú. Estamos juntos, ¿no?

Hailey: Sí.

Matt: No ha sido tan difícil, ¿verdad?

Hailey: ¿Entonces no salimos con nadie más?

Matt: Ah, ahora entiendo. Quieres la palabra que empieza por E.

Hailey: ¿Eco? ¿Elefante?

Matt: Exclusividad.

Hailey: No me lo había ni planteado. Pero… ahora sí. ¿Sales con alguien más?

Matt: No. Y tú tampoco. Porque tú y yo estamos juntos.

Hailey: Anda, ¿no me digas?

Matt: Como lo oyes. Mi vuelo llega mañana a las siete de la tarde. ¿Te apetece una cena con sexo sobre las ocho? Relájate, novata, que tienes que estar ágil para tu entrenador.

Hailey: Vaya. Vale. Pues estoy libre entonces. Cuando quieras, en realidad, ya que estamos… Me voy antes de que estalle el nerviómetro o me den los temblores calenturientos. ¡Buenas noches!

Matt: No sé qué significa, pero me gusta el sonido del segundo. ¡Buenas noches!

CAPÍTULO 15

Chico grande



MATT

—¿Cuándo volveremos a ver a la Chica del Tiempo? —pregunta Blake mientras arrastramos los pies por el aeropuerto Pearson hacia la salida—. ¿Queréis una cita de cuatro?

Lo miro de reojo.

—¿La Chica del Tiempo?

Asiente con entusiasmo.

—Sí, la guapa de la ópera.

—Sigo sin entender el apodo.

—Se llama Hailey. Como *hail,* 'granizo' en inglés. Los trozos de hielo que caen del cielo. El tiempo. —Blake me sonríe orgulloso—. ¡Así que Chica del Tiempo!

—Madre mía, Riley, tus apodos empeoran. «Pastelito» por lo menos tiene sentido de alguna forma estúpida estilo Blake Riley.

Salimos al frío de la tarde y vamos a la parada de taxis. Afortunadamente no hay cola, conseguimos uno al instante y apretujamos nuestros grandes cuerpos como podemos en la parte trasera. Blake y yo hemos sido los últimos en bajar del avión, así que

la mayoría de nuestros compañeros ya han salido disparados del aeropuerto a casa antes de que nosotros termináramos en la aduana.

—Mis apodos mejoran —protesta mientras el taxista sale de la terminal rumbo a la autopista—. Y no me has respondido: ¿Te apetece una C. D. conmigo y mi bomboncito?

—¿Deduzco que C. D. significa cita doble? Contigo nunca se sabe. —Saco el móvil del bolsillo de la chaqueta y miro si Hailey me ha escrito. Hemos quedado para cenar más tarde—. Se lo preguntaré —digo distraído, revisando la pantalla—. Pero igual es demasiado pronto para una cita doble.

Blake se ríe tan fuerte que asusta al conductor.

—¿Demasiado pronto? La has invitado al palco de las esposas, tío. ¡Estás prácticamente comprometido!

Mierda. Tendría que habérmelo pensado mejor antes de darle a Hailey el pase privado. Debí intuir que crearía un torbellino de chismes y emoción en nuestro pequeño círculo… extrañamente íntimo. Pero de verdad, solo quería que viera el partido en directo: es una fanática absoluta, y a esas horas únicamente podía conseguir eso.

Ahora, mis compañeros y sus parejas me atosigan. Incluso Hailey ha cuestionado mi gesto y me ha preguntado si estábamos saliendo. Y claro que sí. De eso no cabe duda. Yo no veo a nadie más ni tengo interés. Pero tampoco pienso a largo plazo. Solo me muero por ver a Hailey esta noche y hacérselo hasta dejarla sin sentido. Después de esta última tanda de partidos fuera de casa, necesito desahogarme. Me duelen las articulaciones… y la entrepierna.

—Mi intuición de Blakey me dice que tienes miedo a la palabra que empieza con N.

Lo miro.

—¿La palabra que empieza con N?

—Novia. —Arrastra las dos sílabas con una sonrisa—. Pero es una tontería. No deberías, Pastelito. El miedo está en los ojos del que mira, ¿sabes?

—Uno, esa no es la expresión. Y dos, no tiene nada que ver con esta situación. No me da miedo una novia.

Bueno, no es del todo cierto. Puede que me dé un poco de miedo, pero solo porque mis experiencias pasadas me han demostrado que tener pareja no es lo mío.

Dudo un momento, pero luego me lanzo y pregunto:

—¿Cómo lo lleváis Jess y tú cuando estás de viaje? ¿Se enfada? ¿Se siente sola?

Entrecierra los ojos y los vuelve a abrir cuando comprende. Blake a veces se comporta de una forma tan ridícula que se me olvida que es más perceptivo de lo que parece.

—Ya te pillo. Yo hice lo mismo.

—¿A qué te refieres? —pregunto, confundido.

—Comparar a todo el mundo con la horrible de mi ex. Te he hablado de mi ex mala, ¿verdad?

Asiento lentamente.

—¿La chica con la que te ibas a casar cuando terminaste la universidad?

Él asiente también.

—Era insegura en mayúsculas.

—Querrás decir con la I mayúscula.

—No, con todas las letras, tío. —Se estremece—. No confiaba en mí, y cuando nuestra relación se fue a pique, yo pensaba que todas las mujeres estaban como una cabra. Las quería de usar y tirar, ¿me entiendes?

—Sí. —Aunque creo que no es una comparación del todo justa. Cuando Kara me dejó, destacó algunos aspectos muy válidos de las veces que había defraudado a mi familia.

Blake suaviza el rostro, como si pensara en algo maravilloso. Y así es, porque lo siguiente que dice tiene que ver con Jess.

—Y entonces conocí a Jessie y fue como, ¡pum! Esta chica no es manipuladora y confía en mí. Me lancé de cabeza.

Aparto la vista y miro por la ventana. Así que, de cabeza, ¿eh? Yo no sé si puedo volver a hacerlo. La última vez perdí a mi esposa y la

custodia de mis hijas. Además, Hailey no ha dicho que quiere una relación seria, solo que no salga con otras.

—Ya lo verás —augura Blake, crípticamente—. Cuando el «pum» está ahí, está ahí. En definitiva, lo de la cita doble tenemos que hacerlo.

Me encojo de hombros y repito:

—Le preguntaré.

Pasamos el resto del trayecto con los móviles. Blake, me apuesto lo que sea, le manda mensajes sexuales a Jess. Y, aunque a mí me encantan los mensajes subidos de tono, parece que Hailey y yo hemos tenido un malentendido sobre la cena.

Hailey: Un momento, pensaba que ya habías cenado. Dijiste algo de una cena después del partido, ¿no?

Matt: Tenía una rueda de prensa después del partido. ¿Por qué iba a cenar?

Hailey: Ostras. Lo siento. Acabo de sacar una lasaña del horno y me iba a sentar a cenar.

Matt: ¿Entonces por qué no voy a tu casa?

Me paso un buen rato sin recibir respuesta y entonces recuerdo que me contó que todavía vive en el apartamento que compartía con su exmarido. Me pregunto si la incomodaría tenerme allí. Aunque, por otro lado, creo que sería una idea genial. Vivir con un fantasma no debe de ser muy agradable. Puede que mi presencia la ayude a sentir que está en su casa y no en la tumba de su matrimonio.

Así que decido enviarle otro mensaje:

Matt: Venga, nena. Dame de comer que me muero de hambreeeeeee.

Veo que está escribiendo.

Hailey: Deja de quejarte. No te sienta nada bien :).

Sonrío. Tengo muchas ganas de verla. Y de desnudarla otra vez. Me muero por probarla de nuevo. Por oír esos ruiditos que hace al respirar cuando está a punto de correrse. Joder, necesito que se vuelva a correr.

Y ella también lo necesita. No sé cuándo exactamente, pero en algún momento entre nuestro primer beso y el primer polvo, me di cuenta de que Hailey necesita sexo. Sexo del bueno. Y en grandes cantidades. He visto destellos de su fortaleza, de su seguridad y de lo sexi que puede ser en nuestras conversaciones por mensaje. Pero en persona parece que duda de sí misma continuamente. Esta pobre chica necesita recuperar la chispa, y he decidido que soy el hombre indicado para encenderla. Llámame Matt, el Enciende Chispas.

—Chao, Pastelito. —Blake me da una palmada en el hombro con su enorme mano cuando el taxi se detiene delante de su casa con vistas al lago.

Asiento.

—Nos vemos, Riley.

En cuanto se marcha, le doy al conductor la dirección de Hailey y volvemos a perdernos por las calles medio cubiertas de nieve, rumbo a Midtown. El edificio de Hailey es un bloque de pisos bajito, de unas ocho plantas, con balconcitos que asoman a Yonge Street. Vaya. Nada de hacerlo en el balcón… o no sin ofrecer espectáculo gratis al atasco perpetuo de esta calle.

En la puerta de entrada, llamo al timbre. Un segundo después, la puerta se abre con un clic y subo en el ascensor hasta la cuarta planta.

Me abre con una sonrisa algo insegura.

—Hola.

—Hola.

Yo, en cambio, no tengo ni pizca de duda: cierro la puerta de una patada y la levanto en brazos para besarla.

Nuestras bocas se encuentran con ansia, nuestras lenguas se saludan sin rodeos. Es el tipo de beso frenético, hambriento, que me manda descargas directas a la entrepierna. Hailey suelta un gemidito y enrosca las piernas alrededor de mis caderas. En segundos estamos restregándonos y yo, duro como una roca.

—Eh, calma, golosa —jadeo, separando la boca de la suya.

—¿Yo soy la golosa? —responde también sin aliento—. Tú eres quien me ha atacado en cuanto he abierto la puerta.

—Y tú has contraatacado con creces —bromeo.

Ella pone los ojos en blanco y señala mi abrigo, me lo quito y se lo entrego. Lo cuelga y a continuación me guía al interior del piso. Hay un pequeño comedor junto a la cocina, de donde sale un olor increíble. El estómago me traiciona con un gruñido en cuanto veo el pedazo de lasaña servida en la mesa, para uno.

¿Solo un plato?

—No he podido esperar —admite Hailey, avergonzada—. Estaba muerta de hambre ya antes de que me escribieras desde el taxi. No he aguantado los cuarenta minutos que has tardado en llegar.

—No pasa nada, pero eso significa que ahora te toca mirar cómo como.

—¿Quieres beber algo? Tengo agua, cerveza y vino.

—Una birra.

Riendo, se mete en la cocina y vuelve con dos Bud Light. Quita el tapón a ambas y me tiende una. Yo le doy un trago largo y me lanzo de cabeza a lo que debe de ser una de las mejores lasañas que he probado en mi vida.

—¡La buenorra cocina! —exclamo encantado.

Hailey suelta una risita.

—La buenorra sabe encargar comida preparada, congelarla y meterla al horno cuando tiene hambre.

Suelto una carcajada y sigo engullendo pasta a cucharadas. Me ventilo la ración generosa y luego repito, mientras Hailey me observa con los ojos como platos.

—Eres una bestia —murmura, alucinada.

—Estoy en edad de crecer —digo con la boca llena—. Y no había cenado después del partido.

Al mencionar el partido, su expresión se ensombrece.

—El penalti del tercer período ha sido un pufo —refunfuña—. ¡Wesley no ha puesto la zancadilla al imbécil ese!

Bueno, en realidad sí, pero me encanta que Hailey sea tan leal al equipo. Para ella no hacemos nada mal. Aunque, técnicamente, hoy ha sido todo un desastre: hemos perdido contra Filadelfia. El penalti de Wes ha provocado el gol que les ha dado la victoria.

—No se puede ganar siempre —digo, sorprendiéndome de lo magnánimo que parezco, porque odio perder. Aunque creo que a Hailey le fastidia todavía más. Caray, ¿una relación en la que el sensato con el *hockey* soy yo? ¿Quién lo habría dicho?

No, no es una relación, me corrijo. Nos estamos viendo y pasándolo bien, pero no me imagino anillos de compromiso ni tartas nupciales en nuestro futuro. Ya probé ese camino y acabó en un callejón sin salida.

Seguimos hablando de *hockey* hasta que termino de cenar. Y siempre me divierte. Pero no puedo dejar de pensar que ahora las cosas entre nosotros deberían ser algo distintas. Que ella es alguien a quien puedo decepcionar si no ando con cuidado.

Y no quiero decepcionarla.

Hailey recoge la mesa a toda prisa mientras yo curioseo el apartamento, intentando captar algo de la mujer que vive aquí. Difícil. No hay cuadros en las paredes. Los muebles son sosos, tirando a aburridos.

—¿Así que todo esto lo compraste con tu exmarido? —grito hacia la cocina.

Hailey asoma con el ceño fruncido, siguiendo mi mirada hacia el sofá beige, bastante cuadrado.

—Sí —admite—. A Jax no le gustan las cosas llamativas, por eso los tonos son todos neutros y las líneas rectas.

Pues se casó con una mujer con un piercing en la nariz y tatuajes. Curioso. Me pregunto si, en el fondo, el tal Jack es más aventurero de lo que aparenta o si su larga historia con Hailey fue la única razón por la que acabaron juntos. Se conocían de críos, así que cuando ella tenía seis años no llevaba ni piercing ni tinta.

¿Se divorció de ella porque cambió y él no supo encajar su evolución?

Por Dios. ¿De dónde salen todas estas preguntas? Normalmente no me interesa tanto la anterior vida sentimental de nadie. Pero, después de haber conocido a Jackson, tan estirado, no entiendo cómo Hailey acabó con alguien así.

—Supongo que debería deshacerme de todo esto, ¿no? —Suspira lentamente—. Pero amueblar un piso sale carísimo.

—Ya lo sé. Vi las facturas de tu maratón de compras para mi casa —bromeo.

Pone morritos y mira la mesa de centro rectangular. Es tan anodina y sin personalidad como el resto del salón.

—Deberíamos haber ido a tu casa.

Quizá no soy el único que titubea.

—¿Por qué? ¿Porque son los muebles que compraste con tu ex? —Hago un ademán con la mano para restarle importancia—. Me da igual.

—En cierto modo sí —confiesa, con los ojos azules cargados de preocupación—. Es raro ver a un hombre aquí que no sea Jackson. Quiero pedirte que te sientes, pero miro el sofá y solo veo a Jax en él.

Levanto una ceja.

—¿Os lo montabais a menudo en el sofá?

Unas manchas rosas le tiñen las mejillas.

—No. Solo lo hicimos en… eh… en el dormitorio. Pero me compré una cama nueva —se apresura a asegurar—. Eso sí que no lo podía conservar.

—Vale, entonces, si no os revolcabais por todo el piso, solo en el dormitorio, ¿qué ves cuando miras el sofá?

—A Jackson leyendo un libro —responde abatida. Señala la barra —. Allí lo veo leyendo el periódico de la mañana. Apunta hacia la puerta del balcón—. O ahí fuera, revisando los informes trimestrales.

—Tu ex leía mucho —digo, tratando de no reírme. No debería hacerme gracia, porque Hailey parece afligida, pero imaginar que lo único que hacía Jackson Emery en este apartamento era leer… es ridículo. ¡Mira con quién se casó! Respiro hondo y siento que la tensión se esfuma—. Nena, ven. —Le hago un gesto con el dedo.

Ella da un paso hacia mí y la abrazo. Luego le susurro al oído:

—¿Cómo podía tu ex tener las manos en un libro o un periódico en lugar de encima de ti? No lo entiendo.

Ella levanta la vista, con los ojos vulnerables.

—Vamos a crear nuevos recuerdos. Sustituir los viejos por los nuevos. De hecho…

No pierdo tiempo, poso las manos en sus caderas esbeltas y la llevo hacia la encimera de la cocina. Antes de que pueda pestañear, la subo a uno de los taburetes altos.

—¿Qué … haces? —chilla cuando me arrodillo frente a ella.

Sonrío mirando hacia arriba, contento de tener la situación controlada.

—Has dicho que al mirar esta encimera solo ves a tu ex leyendo el periódico, ¿verdad? Pues cuando termine, únicamente recordarás esto.

Le quito rápidamente las mallas y la ropa interior; Hailey suelta una carcajada. Luego la diversión desaparece de sus ojos, que se llenan de pánico al darse cuenta de que está medio desnuda. Intenta cerrar las piernas, pero hago un sonido de reproche y la detengo colocando mis manos sobre sus muslos.

—Ni se te ocurra, nena. Ábrete.

—Matt… Esto es…

—¿Sexi? —susurro, con voz profunda mirando su entrepierna perfecta a pocos centímetros de mi boca—. Sí, tienes razón.

Antes de darle tiempo a decir nada más, acerco la boca y la pruebo con un largo y lento lamido que nos hace gemir a ambos.

—Me encanta cómo sabes —murmuro contra su húmedo sexo.

—Mmm… —Se limita a responder ella.

Levanto la vista y veo sus párpados cerrados y sus labios entreabiertos, expectantes. Nada me pone más que una mujer completamente entregada.

Saco la lengua para volver a lamerla y Hailey se estremece. Ni siquiera noto el suelo duro bajo las rodillas, doloridas después del partido de hoy. Estoy concentrado en complacerla. Planto un beso muy suave sobre su clítoris y disfruto de cómo jadea, de cómo intenta enredar los dedos en mi cabello para retenerme.

—Matt —suplica cuando me alejo de su clítoris hacia su muslo interno, negándole lo que quería.

—No vayas tan deprisa. Estamos creando nuevos recuerdos.

Una risa atragantada calienta el ambiente.

—Me vuelves loca, eso haces.

Me encanta oírla, así que sigo y la enloquezco cada vez más con mis lamidos sutiles, con una pequeña succión justo donde lo desea antes de apartarme para saborear otra parte deliciosa de ella. Cuando deslizo un dedo dentro de su estrecho sexo, sudo de deseo y me duele la erección de lo dura que la tengo. Pero la lenta y seductora exploración merece la pena, porque cuando Hailey se corre, el orgasmo parece no tener fin.

Sus gemidos llenan la cocina. Sus caderas se mueven con fuerza contra mi lengua mientras sus músculos internos aprietan con fiereza el dedo que penetra en ella con un ritmo perezoso. Y cuando por fin desciende de esa cima, abre los ojos con dificultad y deja escapar un sonido suave, satisfecho.

—Se te da muy bien… esto.

—Lo sé. —Sonrío con suficiencia, me pongo de pie y me llevo las manos a la hebilla del cinturón—. ¿Quieres saber qué más se me da bien?

Sus ojos azules van directos al bulto que tengo en los pantalones.

—Ya sé que se te da bien eso, ¿recuerdas?

—Por supuesto. También recuerdo lo apretado que lo tenías —añado con voz ronca—. Y lo mucho que me gustó estar dentro de ti. Quiero volver a sentirlo.

Se le iluminan los ojos de deseo, pero su expresión pasa a ser de confusión cuando doy un paso hacia atrás.

—¿A dónde vas?

Miro a mi alrededor. Finalmente, me fijo en el sofá. A su ex le gustaba leer libros ahí, ¿no? Menudo pringado. Yo preferiría mil veces follar en él hasta romperlo.

—Levántate, nena —le ordeno, tirando de ella para ponerla en pie.

Entonces, como un hombre de las cavernas que arrastra a su mujer hasta la cueva, llevo a Hailey al sofá con la sutileza de un adolescente cachondo. Antes de que se haya tumbado boca arriba, yo ya me he quitado los pantalones y me he puesto el condón. Todavía siento la adrenalina del partido en el cuerpo.

—Va a ser un viaje movidito —advierto—. Así que agárrate bien.

Sus ojos se llenan de deseo.

—Adelante.

Oh, sí. Precisamente esto es lo que quería conseguir hoy: ver su versión más ruda. Sé que es una tía de armas tomar. Pero se le ha olvidado.

En cuestión de segundos, estoy tan enterrado en su interior que veo las estrellas. Hailey me rodea la cintura con las piernas y le doy el viaje que le he prometido y, madre mía, es fantástico. Con cada empellón estoy más cerca de perder el control. ¿Qué digo? ¿Qué control? Estoy cachondo y ansioso, deseando acabar; gracias a Dios, consigo que ella termine antes, porque me corro muy deprisa. Como mucho consigo diez embestidas antes de correrme con un gruñido,

en rápidos estallidos de placer, hasta quedarme sin aire en los pulmones.

Me dejo caer hacia delante y redistribuyo el peso sobre los codos para no aplastar a Hailey con el pecho.

—Lo siento —digo, jadeando contra su mejilla—. Ya te he dicho que sería rápido.

—No me quejo —murmura, rodeándome los hombros con los brazos. Con las uñas me traza circulitos en el centro de mi espalda sudada.

—Estaré preparado para hacerlo otra vez en… —Cuando salgo de su interior, siento una sacudida en el miembro al pensar en ir a por una segunda ronda y no puedo evitar una sonrisa divertida—. Bueno, antes de lo que crees.

Se echa a reír y luego nos quedamos en silencio durante un momento. Cuando Hailey vuelve a hablar, lo hace con un tono fascinado.

—Nuevos recuerdos.

—Nuevos recuerdos —repito, me pongo de lado y le rodeo el vientre plano con el brazo. Añado—: Siento no haberte mandado muchos mensajes estos días. Me resulta difícil hacerlo cuando viajo.

Hailey mueve la cabeza y quedamos frente a frente.

—Estabas trabajando. Lo entiendo. Yo también.

Contengo la sorpresa. Esperaba que mostrara desagrado porque solo le escribí tres mensajes en tres días: uno para decir «hola», otro en el que ponía «cansado» y el último «me voy a dormir». Ella me ha mandado varios hablando de los partidos que he jugado, que dejé sin respuesta. No porque la estuviera ignorando, sino porque los viajes por carretera son agotadores. Me cuesta hasta mantener los ojos abiertos para pulsar el botón del piso en el ascensor del hotel, escribir un mensaje me resultaría imposible.

—¿No estás enfadada?

—Claro que no —responde con la ceja fruncida—. ¿Quieres que lo esté?

—Claro que no —repito. Aunque sigo un poco confundido. Si no hubiera estado en contacto constante con Kara durante esos tres días, mi ex me habría abofeteado. Habría dicho que eso significaba que no la quería y no pensaba en ella.

Y la verdad es que tendría razón. Había muchos momentos en los que no pensaba en mi esposa. Antes de un partido, me concentro tanto en el *hockey* que mi cerebro no se ocupa de nada más. Veo vídeos del equipo rival, me preparo mentalmente, entreno. En la vida de un deportista profesional es fundamental la concentración, el esfuerzo y la determinación. Kara ya sabía dónde se metía antes de casarse conmigo.

Además, tampoco me necesitaba excesivamente. Le gustaba decidir ella todo lo referente a las niñas, la casa y las finanzas.

¿Quizá pensaba que a mí se me daría fatal?

Joder, la separación me ha destrozado la cabeza. Kara me hizo daño cuando se sentó a la mesa de la cocina y me presentó con toda tranquilidad los papeles del divorcio. Antes de eso, yo nunca había fracasado en nada tan… importante. En tonterías, sin duda. ¿Pero en el matrimonio?

Contengo un gran suspiro y observo el rostro de Hailey, que todavía tiene los ojos empañados por el sexo. No quiero fallarle. A lo mejor no le puedo prometer amor eterno, pero creo que a ella su divorcio también le afectó mucho. Me parece que necesita un hombre que no pueda alejarse de ella, un hombre que le demuestre que es estupenda.

—Ey —digo, de repente—. ¿Qué haces mañana?

—Investigar. Estamos pensando en abrir otro centro Fetch, así que tengo que ver algunos locales.

—¿Tiene que ser antes del finde o puedes tomarte un descanso?

—¿Por? ¿Qué has pensado?

—Mañana llevaré a las niñas a la Torre CN —digo, y gesticulo—. Me iría bien un poco de apoyo moral.

Hailey arquea una ceja.

—¿Apoyo moral? Pero si te llevas genial con las niñas. Las adoras.

—Claro que las adoro. El apoyo es por otro asunto.

Se le llenan los ojos de curiosidad.

—Vaya, cuéntame.

—No. —Me siento y cruzo los brazos por encima del pecho. Entonces me doy cuenta de que todavía llevo puesto el jersey. Y Hailey también. No puedo evitar soltar una risita, porque acabamos de echar un polvo de locos, y ¿nos hemos dejado puestas las partes de arriba?

—¿Qué te hace tanta gracia?

—Nada. —Vuelvo a centrarme en lo que hablábamos—. Entonces, ¿quieres acompañarnos?

Hailey me mira fijamente.

—¿De verdad no piensas explicarme por qué necesitas apoyo moral?

—No —insisto con una sonrisa alegre.

—¿Por qué?

—Porque me da vergüenza —respondo con total sinceridad.

El atisbo de una sonrisa le curva las comisuras de los labios.

—¿El poderoso Matthew Eriksson se avergüenza? Vale. Bueno, es un misterio que no pienso dejar sin resolver. —Sonríe de oreja a oreja—. Me apunto.

CAPÍTULO 16

Más de trescientos metros



HAILEY

—¡Apártate de la ventana, Junebug! ¡Lo digo en serio!

Madre mía. Soy testigo de lo imposible. Matt Eriksson… uno de los deportistas más corpulentos y duros de la liga de *hockey,* el hombre capaz de destrozarme con una sonrisa torcida y ponerme de rodillas con esa voz grave… es un gallina.

Vale, no es un gallina, pero, al parecer, mi dios del *hockey* es humano. Un humano con miedo a las alturas.

—¡Es que es muy bonito! —se queja la hija de Matt—. ¡Quiero verlo!

—¡Y yo! —añade Libby, corriendo hacia el ventanal enorme para unirse a su hermana gemela.

Matt parece estar al borde del infarto. Tiene el rostro más pálido que las nubes mulliditas que hay casi a la altura de nuestros ojos. Esta torre es alta de narices. Mide más de trescientos metros si el folleto no miente. ¿Resulta raro que viviendo en Toronto desde siempre nunca haya venido a la atracción turística más popular?

—Chicas, escuchad —ordeno, y leo el folleto—. Hay una terraza panorámica en la planta superior.

Matt balbucea y vuelve la cabeza hacia mí, sorprendido por mi deslealtad.

—¿Y te dejan salir? ¿A esta altura? ¡Por el amor de Dios! Voy a llamar a mi abogada.

No puedo evitar reír.

—¿A tu abogada?

—Sí —refunfuña—, para que los denuncie preventivamente por todos los asesinatos de los que serán cómplices.

Suspiro, me acerco a él y le apoyo la mano en el brazo. Lleva puesto un jersey gris que le marca los deliciosos contornos del pecho y unos vaqueros azules desteñidos que le hacen un culo que ya he pillado a varias mujeres comiéndoselo con los ojos. Aunque a mí me cuesta mirarlo con lujuria cuando a todas luces está muy nervioso.

—Matthew —digo con suavidad, y sus labios se crispan al oír su nombre completo. Le acaricio el brazo hasta llegar junto a la barbilla. Lo miro fijamente a los ojos—. Respira.

Un segundo después lo oigo coger un poco de aire.

—Esta torre lleva décadas aquí y sigue en pie. La gente viene desde todo el mundo a verla. Los ascensores suben a miles de personas cada día. —Me fijo un momento en las niñas para cerciorarme de que miran las vistas y no a nosotros y entonces le acaricio la mandíbula marcada—. Esto es totalmente seguro, ¿de acuerdo?

Exhala lentamente.

—De acuerdo.

—Buen chico —lo felicito pellizcándole exageradamente la mejilla —. Venga, vamos a acercarnos un poco más al cristal. Libby quiere encontrar tu casa desde aquí.

Matt se cruza los brazos por encima del pecho.

—Ve tú. Yo estoy bien aquí.

Se me forma otra carcajada en la garganta, pero consigo apagarla. Para ser sincera, saber que a Matt le dan miedo las alturas me reconforta un poco, porque por un momento lo baja del pedestal en el que lo he puesto. Además, siento que tengo la sartén por el mango y normalmente, cuando estoy con él, pierdo el control.

—¡Hailey, mira! —exclama June—. Creo que he visto un perrito.

Me muerdo el labio, divertida. Estoy convencida de que no ha visto un perrito. Desde estas alturas sería imposible ver un insignificante perro. Pero le sigo el rollo, me agacho a su lado, amusgo los ojos exageradamente y le digo que sí, que ese puntito diminuto, negro, a cientos de metros por debajo de nosotros es, sin duda, un perro.

—Papi suda mucho —me susurra Libby.

Vuelvo la cabeza hacia atrás y luego miro los ojos grandes, grises, de Libby.

—Eso parece. Supongo que es porque hace mucho calor aquí, con tanta gente —digo señalando hacia el turisteo que nos rodea. Excepto Matt, todo el mundo disfruta y exclama al ver la preciosa vista de la ciudad.

—No, porque es un gallina —suelta Libby.

Se me escapa una risa nasal.

—Bueno, hasta los papis pueden ser gallinas a veces.

June aparta la mirada del cristal y me mira.

—Eres guapa como mi mami —dice con franqueza.

Siento que se me encienden las mejillas y cierta incomodidad me inunda el estómago. No me gusta que me comparen con la exmujer de Matt, sobre todo porque la antigua señora Eriksson no es guapa sin más: es un bellezón.

—Gracias —consigo responder—. Tú también. Y tú —añado sonriéndole a su gemela idéntica.

—Te brilla la nariz —dice Libby.

Tardo un segundo en darme cuenta de que se refiere a mi arito. June decide que lo quiere tocar y, de repente, dos deditos

regordetes palpan el piercing de plata; yo no sé si reírme o morirme de la vergüenza.

—¿Te duele? —pregunta June con curiosidad.

—No. La verdad es que ni me acuerdo de que lo llevo.

—¿Tienes perro? —pregunta Libby.

—¿Te gusta el helado? —añade June.

La cabeza me empieza a dar vueltas con las preguntas igual de curiosas de las dos niñas, pero después de la décima más o menos, me doy cuenta de que preguntan por las cosas que les gustan a ellas. Intentan calarme, descubrir si soy lo suficientemente buena para ser su amiga o, mejor dicho, si soy lo suficientemente buena para ser la amiga de su padre.

Respondo cada pregunta con honestidad, algo que creo valoran. Aunque Libby se pone de morros cuando admito que detesto los ositos de gominola, pero asiente con solemnidad cuando le explico por qué:

—No me gusta tener cosas viscosas en la boca.

Matt suelta una carcajada al oír mi respuesta. Se ha ido acercando poco a poco, evitando las ventanas, pero parece que está lo suficientemente cerca para oírnos.

—Eso dicen muchas —murmura disimuladamente, poniendo la mano en la boca para cubrir una tos fingida.

June advierte la presencia de su padre y grita:

—¡Papi!

—¿Os habéis hartado ya de las vistas? —pregunta—. Porque tengo hambre.

—Mentiroso, tú lo que quieres es escapar a algún restaurante —lo acuso, y las gemelas se echan a reír.

Él me guiña un ojo.

—Eso también. Pero es la una del mediodía, las niñas suelen comer a esta hora. ¿Qué decís, peques? ¿Tenéis hambre?

Terminamos en una mesa en la esquina de un restaurante familiar, en la torre, que no es el giratorio porque a Matt le habría dado algo. Mientras las niñas charlan y comen pollo frito con forma

de animales, Matt mete una mano por debajo de la mesa y entrelaza los dedos con los míos.

—Gracias por venir —murmura.

Sonrío.

—Gracias por invitarme —respondo apretándole juguetona la mano—. Aunque creo que solo me has invitado para que alguien estuviera con las niñas cuando se acercaran al cristal.

Me responde con una sonrisa burlona:

—Siento que hayas sido testigo de esto. No sé qué tienen las alturas, pero… —Se estremece exageradamente—. Las odio con todas mis fuerzas.

—Eso me gusta —admito.

Arquea la ceja.

—¿Te gusta que sea una nena…, un gallina con las alturas? —Mira rápidamente a las niñas para asegurarse de que no han oído que casi ha dicho «nenaza».

—No, me gusta que no seas invencible. —Cojo el refresco y le doy un trago largo—. Sabiendo que eres un gallina, tartamudeo y me trabo menos cuando estoy contigo.

—Ja, ja. —Me estudia el rostro un momento—. Ahora que lo dice, hace rato que no tartamudeas. —Una sonrisa le curva los labios sensuales—. ¿Podría ser que, al fin, empiezo a gustarte?

«Me empezaste a gustar el día que nos conocimos. Me derretí en cuanto me besaste».

Contengo las ganas de dar voz a mis pensamientos. No tengo ni idea de qué siento por Matt, más allá de que me encanta pasar tiempo con él, y sí, me estoy empezando a relajar cuando estamos juntos. Jenny tenía razón: mi confianza sufrió mucho después del divorcio, pero la estoy recuperando. Me siento más fuerte. Más segura.

—A lo mejor estoy abriéndome un poco —admito con renuencia fingida—. Pero no sé si puedo afrontar que te den miedo las alturas. —Me inclino para susurrarle al oído—: Supongo que es mal momento para informarte de que me gusta el paracaidismo, ¿no?

Empalidece como un fantasma.

—Madre mía. Por favor, dime que es broma.

—Me temo que no. Intento saltar un par de veces al año, cuando puedo. Te da un subidón que flipas.

—Estás muerta para mí —suelta con una expresión socarrona.

Rompo a reír, levanto la mano de debajo de la mesa y le doy una palmada en el hombro ancho.

—No pasa nada, nunca te obligaría a saltar conmigo. Cada uno tiene lo suyo.

Libby nos interrumpe cuando tira persistentemente de la manga de su padre.

—Papi, tengo pipí.

—Ah. Pues vamos a poner remedio a eso, ¿vale?

Empieza a empujar la silla hacia atrás, pero me pongo de pie.

—Ya la acompaño yo. Así te ahorras el viaje incómodo al lavabo de hombres.

Me mira agradecido.

—Gracias, Hott…, Hailey —se corrige.

—Encantada. —Le alargo una mano a la niña—. ¿Vamos, Eddie?

Suelta una risa aguda.

—¡No soy Eddie! ¡Soy Libby!

—¡Es Libby! —añade June.

—Ya lo sé. Te estoy tomando el pelo. —Despeino la melena sedosa de Libby y nos alejamos de la mesa. Me giro hacia atrás y veo a Matt acercándose a June y susurrándole algo que le provoca una carcajada. La sonrisa masculina de Matt mientras charla con su hija hace que el corazón se me derrita en el pecho.

En el lavabo de las mujeres, me cercioro de que Libby se lave las manos cuando sale de la cabina. Cuando cierra el grifo, le ofrezco una toalla de papel, que agarra y se pasa por las manos.

Una mujer mayor me sonríe justo cuando Libby me devuelve el papel usado.

—Tienes una hija preciosa —dice con una sonrisa en el rostro arrugado.

El halago me coge totalmente desprevenida. Bajo la mirada hacia los ojos claros de Libby, intentando averiguar qué ha visto de mí en ella. Desde mi divorcio, rara vez me permito pensar en tener una familia. Ese camino lleva directo al abismo. Así que respiro hondo e intento componer una explicación educada. Pero antes de poder responder «Solo soy una amiga de la familia», Libby sale disparada hacia la puerta del baño de chicas. Y como no quiero perder de vista a la hija de Matt en medio de todo este barullo turístico, lo único que consigo es darle las gracias antes de salir corriendo tras la pequeña.



Después de la visita a la torre, estamos otra hora paseando frente a los escaparates de los grandes almacenes, decorados especialmente para las fiestas de Navidad. Las chicas chillan de emoción ante las llamativas exposiciones y Matt entrelaza su mano con la mía.

Me encanta.

Así que cuando me invita a subir al piso y a cenar temprano con ellos, acepto, aunque sé que debería rechazar la invitación.

—¿Quieres que te ayude? —pregunto cuando entra en la cocina.

—¡Ni hablar! —responde alegremente. En la encimera tiene una olla de cocción lenta, y lo observo coger una manopla de horno para levantar la tapa—. Ya está listo.

Después de saludar a Rufus con una caricia, echo un vistazo a la olla.

—¿Chili? Huele de maravilla.

—Es la receta de mi madre —dice, removiéndolo—. Y, además, sin gluten.

Saca un papel del bolsillo trasero, lo despliega y lo extiende en la encimera. «Matthew», empieza. A continuación, varios párrafos en letra pequeña. Su dedo recorre la página hasta llegar a un apartado resaltado en amarillo brillante que se llama «comida prohibida».

—Qué bien, el arroz está permitido. Haré un poco para acompañar.

—¿Cómo dices?

Pone mala cara.

—Kara tiene cientos de reglas e intento quebrantar las mínimas posibles.

—¿Y esa carta es como el manual de instrucciones para las niñas?

Ríe, pero es una risa amarga.

—Solo para hoy. Cada vez que vienen traen una carta nueva. Aunque antes no la imprimía ni subrayaba. Eso es nuevo.

Me muerdo la lengua, literalmente, para no hacer ningún comentario. No quiero criticar a su exmujer, pero he pasado varias horas con Matt y sus hijas y él consigue que todo parezca sencillo.

Después de que Matt saque a pasear al perro unos minutos, las niñas desaparecen con Rufus en su habitación y yo me siento en un taburete de la barra, con una cerveza, y observo cómo mi chico sexi prepara el arroz. Mi enorme contribución a la comida es poner las servilletas y los cubiertos en la mesa y servir leche en dos tazas de plástico con asas.

—Llénalas solo hasta la mitad —me advierte—. La derraman a menudo.

Entendido.

—A Rufus le encanta que vengan las niñas.

En efecto, cuando nos sentamos todos a la mesa, el perro mueve felizmente la cola desde el suelo, sentado entre las sillas de las niñas, esperando a que caiga al suelo algún grano de arroz perdido.

El chili de Matt está de rechupete y me avergüenzo de haberle dado lasaña comprada. Por lo menos el postre, que saca del armario, es de la tienda.

—¡Yupi, galletas! —grita una de las niñas—. Mami se enfadará.

—No, no se enfadará —corrige él rápidamente—. Son orgánicas y bajas en azúcar.

—¿En serio? —susurro cuando abre el paquete a mi lado.

Son macarrones de coco cubiertos de chocolate negro y tienen muy buena pinta.

Me mira con culpabilidad, se encoge de hombros y tengo que contener una carcajada.

—Pero sin gluten —añade en voz baja—. Es que no lo puede tener uno todo.

Es cierto. Yo me he pasado las últimas horas preguntándome lo diferente que habría sido mi vida si me hubiera casado con alguien que no me hubiera dejado y tuviéramos hijos. Jackson y yo siempre quisimos formar una familia o, al menos, eso pensaba yo. Pero como todavía no he cumplido los treinta, no nos parecía urgente. Además, teníamos un negocio que nos ocupaba todo el día.

Matt desaparece un momento para ayudar a las niñas a ponerse el pijama. Parece que harán lo imposible para no cepillarse los dientes. Luego juegan al pillapilla y después Libby intenta montar a Rufus como si fuera un caballo. El perro reacciona bostezando y dejándose caer al suelo.

A continuación, Matt les lee un cuento en el sofá y cuando termina, le piden otro.

—Ya está —responde el padre, cerrando el libro—. Tendríais que estar acostadas desde hace dos minutos y siete segundos. —Matt parece un eco sarcástico de su ex, y cuando hago una mueca, él me guiña el ojo—. Dadle las buenas noches a Hailey.

—Buenas noches, Hailey —dicen al unísono.

—Buenas noches, chicas. Lo he pasado muy bien viendo a vuestro padre asustado.

Ríen, pero Matt me mira de reojo. Al parecer, un macho alfa puede admitir su miedo a las alturas, pero solo una vez al día. Matt las lleva al dormitorio y reaparece al cabo de unos minutos.

—Debería marcharme —digo a regañadientes, levantándome del sofá.

Arquea una ceja.

—Ni de broma. Es mi noche perfecta: tengo a mis tres chicas favoritas bajo el mismo techo. —Me da un beso en la frente y siento

un cosquilleo cálido—. Además, acabas de sobrevivir siete horas en el circo Eriksson. Te has ganado una copa de vino y unos mimos en el sofá.

Me rindo, como en una mala mano de póker. A los cinco minutos estoy bebiendo cabernet y viendo los momentos destacados del partido del Pittsburgh contra el Montreal.

Y cinco minutos después de eso, nos estamos enrollando como dos adolescentes apurando el toque de queda. Matt tiene una mano metida por dentro de mi camisa y con el pulgar me dibuja círculos en el pezón por encima del encaje del sujetador. Me separa las piernas con el muslo musculado y mi cuerpo está a punto de estallar. Juro que siento el mismo sonido silbante que hace la calefacción de mi casa al encenderse: psss. Le acaricio los pectorales y me restriego contra él como una gata en celo.

Me agarra ambas muñecas con una de sus grandes manos, me las levanta por encima de la cabeza y me inmoviliza en el reposabrazos del sofá. Entonces, su boca, cálida y decidida, aterriza sobre mi cuello. Vuelvo a sentir el psss. Sus labios firmes y generosos empiezan a succionarme la piel. ¡Psssss!. Me voy a derretir en el sofá.

Delante de todo Toronto.

Mientras sus hijas duermen a unos metros.

—Matt —jadeo y levanto la barbilla—. Tenemos que parar.

Me suelta inmediatamente y aparta su boca cálida de mi cuello.

—Lo siento —contesta—. Pensaba que te gustaba.

—Sí —admito, intentando recomponerme—. Pero… las niñas.

Vuelve a acariciarme el pezón con el pulgar. Sabía que el deseo que he sentido toda la vida por los jugadores de *hockey* tenía algún motivo. Matt es buenísimo con las manos.

—Hottie —dice y su aliento me roza la mandíbula. Se detiene para besarme ese sitio y me estremezco—. Mi habitación tiene pestillo. Vamos a aprovecharlo.

—¿Estás seguro?

En lugar de responderme, se pone en pie y apaga el televisor. Entonces tira de mí y me levanta del sofá. Se inclina hacia mí y me susurra al oído

—No haremos nada de ruido, ¿vale?

Asiento para mostrarle que entiendo que tenemos que estar en silencio.

—Camina despacio hacia mi dormitorio. —Su murmullo es un soplo ardiente en mi oído—. Luego quítate la camiseta y los vaqueros. Espérame junto a la cama.

Un escalofrío me recorre entera mientras vuelvo a asentir. Me da un pellizco en el culo y señala con la cabeza hacia el dormitorio para que vaya allí rápidamente.

Su habitación parece diferente en la oscuridad, con las luces de Toronto filtrándose en el interior y bañando el edredón blanco con un resplandor plateado. Nadie puede espiarnos en el cuarto a oscuras. Aun así, me intimida quitarme la camiseta delante del ventanal. En otros pisos del vecindario también disfrutan de sus noches de sábado.

Pero nadie disfruta tanto como yo.

La puerta se cierra con un clic justo cuando mis vaqueros caen al suelo. Unas manos me agarran por los hombros, me giran y me enfrento a una sonrisa sexi en la penumbra. Matt alza las cejas y luego señala los botones de su camisa.

Me basta una fracción de segundo para entender que quiere que se los desabroche yo. Mis manos se ponen en marcha. Noto su calor y solidez mientras voy soltando los botones uno a uno con los dedos. En cuanto dejo al descubierto un trozo de su pecho, tengo que inclinarme a besarlo. Lo único que se oye cuando mi lengua le roza la piel suave es su respiración agitada. Sus manos me aprietan el culo con expectación.

Oigo tantos pssss que pierdo la cuenta.

De algún modo consigo quitar la camisa y mis dedos ansiosos van a hacer lo mismo con los pantalones.

—Así —resopla contra mi oído cuando caen al suelo. Con los pulgares engancha la cinturilla de mis bragas y me las baja hasta los tobillos. Luego hace lo mismo con sus calzoncillos.

—Ahora date la vuelta.

Espero que me empuje hacia la cama, pero no lo hace. Se limita a sujetarme ahí, mi espalda contra su pecho, su erección presiona posesiva mi zona lumbar. Con un movimiento ágil desabrocha el corchete de mi sujetador y quedo completamente desnuda. Se me escapa un jadeo cuando sus manos me recorren la piel, despertando cada una de mis terminaciones nerviosas y haciéndolas vibrar. Un brazo me rodea y su palma áspera me agarra el pecho. La otra baja a mi entrepierna y me abarca con descaro.

Sus dedos se deslizan entre mis piernas sin pudor, me muerdo el labio y cierro los ojos con fuerza mientras descubre lo empapada que estoy por él. Siento los latidos de su corazón contra mi espalda y me hundo contra su mano, dejando caer la cabeza sobre su hombro. No puedo evitarlo. En esta habitación soy otra Hailey, una que mueve las caderas al ritmo de sus caricias. A la mierda la modestia.

—Mira —ordena en voz tan baja que casi no lo oigo.

Mis ojos se abren de golpe y veo nuestro reflejo en el espejo de cuerpo entero de la puerta del armario. La luz es tenue, pero mi piel desnuda y pálida se vislumbra perfectamente. Sus brazos fuertes me recorren de arriba abajo. No sé qué me resulta más sexi: el hombre que se aferra con posesión a mi pecho o la mano grande trabajando entre mis muslos, con los tendones de la muñeca tensos.

Mi jadeo resuena… demasiado fuerte. Y su mano de arriba abandona mi pecho para taparme la boca. Mi gemido queda ahogado bajo su palma, gracias a Dios.

Este hombre va a arruinarme.



MATT

Joder, es maravillosa.

Poner cachonda a Hottie es lo que más me gusta del mundo. He reventado de golpe las puertas de su zona de confort y como recompensa tengo a esta mujer jadeante y sensual entre mis brazos. Es una maravilla verla dejar a un lado sus inhibiciones y abandonarse contra mí, ver su cuerpo flexible, entregado.

No tiene ni idea de lo que significa esto para mí. He pasado el último año y pico convencido de que no valía para ser pareja de nadie. Y quizá es verdad. Pero después de pasar el día y la noche con Hailey, creo que no soy un caso perdido, que merezco compartir mi vida caótica, al menos cuando consigo manejarla.

Ahora me toca a mí mostrarle lo sexi que es. Ayudarla a sentirse así es lo mejor que existe.

Tengo la polla dura como las miniaturas de la Torre CN que hemos visto en la tienda de regalos hace unas horas, pero dejo que el momento se alargue, juego en su sexo con los dedos, le beso el cuello. Cuando ya no soporto más las expectativas, la guío hacia un lado de la cama, pero no dejo que se tumbe. En vez de eso, le digo que se arrodille en la alfombra, junto al colchón. Coloco sus brazos extendidos sobre la cama con las palmas hacia abajo.

—No te muevas —susurro.

Ella apoya una mejilla en el edredón de algodón y respira profundamente, como para serenarse, mientras yo saco un condón de la mesilla de noche. Me lo pongo a toda prisa. Pero tardo un segundo más ajustando la puerta del armario, que dejo entreabierta, con el espejo apuntando justo hacia donde Hailey se inclina en mi cama.

Cuando me coloco detrás de ella, recorro con las manos su espalda sedosa hasta acariciarle las nalgas. Le separo más las rodillas.

—¿Estás lista para mí? —pregunto. Aunque sé perfectamente la respuesta.

Hailey asiente con entusiasmo, mirándome por encima del hombro.

Le alzo las caderas con suavidad y coloco mi miembro bajo su cuerpo. Cuando froto su humedad con el glande, se le escapa un resuello. Me coloco en su entrada, pero me detengo.

Su cuerpo está tenso de expectación. Pero yo estoy esperando algo importante. Ella se mueve apenas un milímetro, ofreciéndome su cuerpo.

Espero, palpitando de ganas.

Por fin ocurre. Sus ojos se desvían hacia el espejo. Intenta entender a qué espero, pero en cuanto nuestras miradas se encuentran en el reflejo, la penetro.

Alza la barbilla, la boca se le abre de puro deseo. Es una puta pasada. Le sujeto los pechos con ambas manos y le pellizco los pezones.

—Mira —gruño—. ¿Ves lo preciosa que eres?

En el espejo veo a la mujer más sexi que he conocido jamás y su cuerpo pequeño que rebota con cada embestida. Está apretada y ardiendo, una ola de lujuria se apodera de mí y tengo que cerrar los ojos para no perder el control.

Es magnífica. Hago lo posible por prolongar el momento. La embisto con firmeza sin parar y noto los latidos salvajes de su corazón en la mano. Deslizo una mano entre sus piernas y acaricio nuestra unión, lo que arranca un gemido ahogado de sus labios.

—Shhh —susurro, y su respiración se vuelve aún más ardiente.

Cuando siento que ya no voy a aguantar mucho más, me retiro, subo a la cama, y me tumbo de espaldas. Ella me sigue con avidez y se acomoda sobre mi erección. He conseguido que se olvide por completo de sus inhibiciones. Ahora estamos cara a cara, su cuerpo ansioso me cabalga como una amazona.

—Eso es —la animo—. Toma lo que necesites.

Sus grandes ojos azules están cargados de lujuria; tiene las pupilas dilatadas. La atraigo contra mi pecho, apoderándome de su boca en un beso brusco. Con un gemido, se tensa contra mí,

desesperada por alcanzar el clímax. Le chupo la lengua justo cuando llega, y su cuerpo se estremece sobre el mío. Mis caderas se mueven solas, y yo me derramo con un gruñido, abrazándola con fuerza.

—¡Shhh! —me reprende cuando gimo con satisfacción. Su pequeña mano se posa sobre mis labios.

La beso y la aparto torpemente.

—Tranqui —balbuceo, respirando el oxígeno que necesito—. Duermen como troncos, Hottie.

—¿Entonces por qué no podíamos hacer ruido?

—Porque me pone —murmuro, con los párpados pesados.

—¿En serio? —dice ya con voz normal, y yo me limito a sonreír con los ojos cerrados—. Eres…

—¿Muy sexi?

Me da un manotazo en el hombro antes de dejarse caer sobre él.

—Vale. Tú ganas.

La abrazo con fuerza contra mí y me siento muy afortunado.

CAPÍTULO 17

Migajas



HAILEY

Me despierto asustada en la cama de Matt.

No me me sorprende encontrarme con su cuerpo desnudo. Lo he notado toda la noche; es la mejor sensación del mundo.

Lo que me ha asustado ha sido el suave golpe en la puerta.

—¡Papi! Queremos gofres.

—Grrmf —responde Matt contra la almohada.

Se hace el silencio un momento y luego vuelve a empezar el golpeteo.

—Si no vienes los hago yo.

Eso sí que lo hace levantarse de la cama. Me da un beso rápido y se disculpa.

—Voy a hacer café. Tómate tu tiempo. Y coge lo que necesites del armario del lavabo.

—Vale —consigo decir.

Cuando desaparece, después de cerrar la puerta a su espalda, me levanto y voy rápidamente al cuarto de baño. Decido que no le

molestará que use su fabulosa y enorme ducha, con tres chorros y un radiador toallero.

Me ducho y me hago una trenza para disimular el pelo despeinado por el sexo. En el armarito del lavabo tiene unos cuantos cepillos de dientes de los que ofrecen en los aviones, así que cojo uno.

Cuando tengo un aspecto casi presentable, me pongo los vaqueros, pero la blusa está arrugada en el suelo, como un pañuelo usado. La debería haber colgado anoche. Tiene un aspecto ridículo, así que busco en el armario (me ruborizo al ver el espejo) hasta que encuentro una camisa de franela.

Y huele a él. ¡Bah! Me tiene loca.

—Bonita camisa —me dice en voz baja entregándome una taza de café negro al cabo de unos minutos.

—La mía estaba hecha un desastre.

Me sonríe con suficiencia.

—Te queda mejor que a mí. —Me besa el cuello a escondidas y me recuerda a anoche, cuando estábamos…

—Hailey —me llama Libby—. ¿Me haces una trenza como la tuya? Papi no sabe hacer cosas de chicas.

—Ah. Claro —respondo, me alejo de su padre antes de lanzarme a su cuello—. ¿Tienes una goma y un peine?

Corre a buscarlos.

—No te sientas obligada —dice Matt mientras casca un huevo en un cuenco.

—No me cuesta nada. Es lo más fácil del mundo. —Me aclaro la garganta—. No parece molestarles mi presencia.

—Claro que no —me tranquiliza.

Cuando Libby regresa, me siento en el sofá y ella se coloca delante de mí en el suelo. Rufus se acerca con la correa en la boca.

—¿Quieres que lo saque a pasear? —le pregunto a Matt, que remueve la masa de los gofres. No hay nada más atractivo que un hombre cocinando sin camiseta. Santo cielo.

—Le debo un paseo —responde—. Pero será cuando terminemos de desayunar.

Tengo que trenzar el pelo a Libby dos veces porque no se está quieta, pero consigo una trenza decente. Luego June me pide que se la haga a ella también. Después comemos gofres y salchichas, sentados a la mesa de Matt.

Los gofres no hay quien los coma. Cuando me rindo con el mío, miro a Matt y veo que él tampoco ha terminado el suyo.

—Sin gluten —articula sin voz por encima de la taza de café antes de fruncir el ceño.

Sin embargo, a las niñas no parece importarles y se zampan los suyos. Cuando terminan, Matt ya las está esperando con un trapo húmedo para limpiarles el sirope de los dedos pegajosos. Las niñas le suplican a su padre que les lea un capítulo de *Ramona la valiente.*

—Antes de que mami nos venga a buscar —añade June con una expresión triste.

Matt mira el reloj.

—Cuando termine el café —promete, poniendo los pies al lado de los míos bajo la mesa.

Le ofrezco un poco de gofre a Rufus a escondidas.

El perro lo huele y lo rechaza, pero como tiene mi atención, va a por la correa una vez más y me mira con ojos mustios. «¿Es que no me ves? ¡Pero si estoy delante de ti!», dicen.

—Voy a sacar a pasear a Rufus —anuncio.

—No hace falta.

—¡Ya lo sé! —digo mientras le engancho la correa al collar—. Lee con las niñas.

—Gracias, cariño —dice con una expresión en sus ojos grises que me enternece.

—De nada. Venga.

Me pongo la chaqueta y saco a pasear al perro. Cuando pasamos por delante de la cafetería, se me ocurre una idea. Veo detrás de la barra a un camarero que conozco, y lo saludo con la mano frenéticamente hasta que me ve.

—¿Me puedes poner dos cruasanes para llevar? Siento haberte hecho salir.

—Claro, Hailey. Marchando. —Acepta mi dinero y me trae una bolsa y el cambio—. ¿Es tu perro? Qué mono.

—Es de un amigo —respondo—. Hasta mañana.

No pasamos mucho rato en la calle porque quiero llevarle los cruasanes a Matt y marcharme antes de que su ex llegue para recoger a las niñas a las diez. Vuelvo a entrar en el vestíbulo a las nueve y media y corro para que no se me escape el ascensor, cuyas puertas se están cerrando.

—Gracias —digo al ver una mano evitando que se cierre.

Pero cuando me monto, me doy cuenta de mi error. Es Kara, la ex de Matt. Y me mira como si tuviera alguna enfermedad contagiosa.

—Buenos días —saludo, deseando haber dado a Rufus un paseo mucho más largo.

—Hola. —Se limita a responder.

Rufus también la intenta saludar, pero ella le aparta las patas de su abrigo de color camello, así que tiro de él para apartarlo y chasqueo la lengua.

Parece ser que le disgustamos los dos.

El trayecto en el ascensor se me hace eterno. Intento pensar en algo agradable que decir, pero las puertas se abren antes de que se me ocurra algo.

Dejo que salga ella primero y se dirige directamente hacia la puerta de Matt con una postura tan majestuosa que una reina podría aprender. Cuando llama a la puerta, Matt abre inmediatamente.

—Hail… Qué pronto has llegado, Kara —corrige rápidamente. Entonces sus ojos me encuentran detrás de ella.

Pongo cara de circunstancias, pero él parece divertido.

—¿Estáis comiendo gofres? —pregunta a modo de saludo.

—Sin gluten —la tranquiliza él.

Resopla de todos modos.

—Nos vamos, niñas.

—¡Íbamos a leer otro capítulo! —se lamenta Libby.

—Id a vestiros —las regaña. Las niñas siguen en pijama.

—¿Te gusta mi trenza? —pregunta Libby, dando una vuelta delante de su madre—. Me la ha hecho Hailey.

Kara aprieta los labios; no la culpo. No me conoce de nada y da la sensación de que he intentado convertir a sus hijas en mis miniclones.

—Haced el favor de vestiros. Dejad los pijamas sobre la cama, se quedarán aquí. Matt —ordena de malas maneras—, ayúdalas.

Él abre ligeramente la boca antes de volverla a cerrar, dudando cómo reaccionar. Levanto un poco la barbilla. «Venga, no pasa nada». Él sale hacia el dormitorio de las niñas y yo apoyo una rodilla en el suelo para desatar a Rufus. A continuación, le acaricio la barriga. La última vez que Kara se presentó en casa de Matt, yo me largué como un conejito asustado. Podría hacer lo mismo ahora, pero ¿por qué? El daño está hecho. Además, ya no me da miedo.

Es lo que hay.

Matt reaparece con una bolsa de deporte rosa.

—Todo listo —dice entregándole la bolsa a Kara. Cuando me pongo de pie, él se acerca y me acaricia la espalda.

Kara pone los ojos en blanco.

—No hemos hablado de si las niñas deberían pasar tiempo con tus rollos.

Matt está a punto de gruñir.

—Hailey no es un rollo —suelta—. Estamos saliendo.

—Ajá. —Dirige su mirada irritada hacia mí—. No durará. Que lo sepas. Nunca está y las tías se le lanzan al cuello cuando viaja.

—Eso da igual —dice con los dientes apretados—. Nunca ha importado.

«Madre mía». No hay nada como una pequeña riña de excónyuges un domingo por la mañana.

Afortunadamente, June y Libby reaparecen y todo el mundo se calma. Yo me hago invisible, voy al cuarto de baño de Matt para lavarme las manos mientras él se despide de las niñas y acompaña a su ex a la puerta.

Un par de minutos después, lo oigo entrar en el cuarto de baño.

—¿Qué hay en la bolsa? —pregunta.

—Cruasanes de chocolate —respondo, entregándoselos—. Uno para cada uno.

—Toma ya. —Deja la bolsa en la cómoda—. Voy a poner otro cafecito. Y podemos desayunar en la cama.

No puedo evitar preocuparme por las migajas, pero me corrijo.

—Vale, sí.



MATT

—Estás para comerte con mi camisa —le digo a Hailey. Me la acabo de follar en el medio de la cama. Yo voy desnudo y ella solo lleva mi camisa.

—Mmm —Es lo único que consigue decir, entre resuellos.

Nos acurrucamos durante unos cuantos minutos maravillosos.

—Gracias por no perder los nervios con la cabrona de mi ex.

Suelta una risita.

—Lo entiendo. De verdad.

—Siempre soy el malo —protesto, no me gusta airear mis problemas, pero el sexo me ha soltado la lengua—. Kara tiene novio y seguro que pasa la noche con ella a menudo.

—El dentista, ¿no?

—Qué buena memoria. Yo no dije nada cuando él apareció. Pensé: Kara es quisquillosa a más no poder, pero lo conoce desde el instituto y si ha decidido que forme parte de la vida de mis hijas, debe de ser buen tío. Le di el beneficio de la duda, pero a mí nunca se me concede. Siempre cuestiona lo que les doy de comer. No tengo ni voz ni voto en cuanto al colegio al que irán el año que viene ni dónde pasarán las Navidades.

—Lo siento —dice Hailey, acariciándome el pecho—. Eres muy buen padre. Las niñas tienen mucha suerte.

—Bueno, hago lo que puedo —farfullo. Ya me he quejado suficiente.

Ella se apoya en un codo.

—Lo digo en serio. Eres del mejor tipo de padre. Las escuchas cuando hablan. No corriges cada palabra que les sale por la boca. Simplemente las aprecias como son.

—Es lo que haría cualquiera.

—No.

La vehemencia de su tono me da que pensar.

—¿Lo dices por experiencia?

Resopla por la nariz.

—Más o menos. Mi madre se aseguró de dejarme bien claro cada día de mi infancia que la había decepcionado. Mi padre se fue cuando yo tenía cinco años y mi madre me dijo que la culpa era mía.

Me incorporo rápidamente.

—Joder, Hailey. ¿Quién coño le dice eso a una niña?

—Lo sé —responde con una sonrisa lánguida—. Puede que mis baremos para los padres no sean muy altos. Pero tú eres bueno con ellas, Matt. No permitas que tu ex te convenza de lo contrario.

Me vuelvo a tumbar en la cama y gruño.

—La crianza compartida resulta difícil.

—Lo sé. No puedo ni imaginar lo estresante que debe ser. ¿Qué les dijiste a las niñas cuando te marchaste de casa?

—Bueno… —Intento no pensar en ese día si lo puedo evitar—. Kara las sentó y les dijo: «La familia funcionará mejor si papi vive en otro sitio». Y yo me limité a quedarme sentado ahí y a asentir, como si lo que acababa de decir tuviera sentido. Creo que lo sacó de un libro sobre el divorcio. Pero las niñas no tenían ni tres años. Yo ya pasaba tanto tiempo viajando que tardé un tiempo en ser consciente de ello.

No recuerdo nada de ese mes. Pero me sigue doliendo, joder. Yo nunca quise hacerles eso a mis hijas. Pero no pude elegir.

—¿Echas de menos a Kara? —me pregunta Hailey en voz baja.

—Ni de coña —respondo, y es verdad—. Nuestra relación no iba bien, pero yo no soy de los que se rinden sin más. Hice una promesa en el altar y no pensaba dejar que un horario de mierda se la cargara, ¿sabes? Ella odiaba mi estilo de vida. Me dijo: «La mayoría del tiempo no se notará que nos hemos divorciado».

Hailey resopla, angustiada.

—Qué fría.

—Y corta de miras —añado—. Me habré retirado antes de que las niñas necesiten aparatos. En la boda prometimos estar juntos hasta la eternidad, pero parece ser que no sabe contar. —Me rio, pero es una risa amarga.

Me acaricia la cadera con sus dedos suaves.

—Me disgusta que hayas sufrido tanto.

—Ahora mismo no sufro, excepto porque hay migajas en la cama. —Es hora de quitar hierro a la conversación.

—Ha sido idea tuya, chicarrón.

Me doy la vuelta y la beso.

CAPÍTULO 18

Sticks & Stones



HAILEY

Tres semanas después

Afortunadamente, las Navidades terminan en un abrir y cerrar de ojos. La ventaja de tener un negocio como Fetch es que todo el mundo hace mil encargos a última hora y eso quiere decir que me puedo sumergir en el trabajo para no pensar en mis asuntos ni en mi madre.

Que no ha enviado ni una tarjeta de felicitación. Aunque no lo hace nunca, pero me sigue molestando. Hay gente que cree que los padres quieren a sus hijos incondicionalmente, pero yo me di cuenta de muy pequeña que no era así.

A mi madre no le importa nadie más que ella. Mi padre…, jope, ni siquiera recuerdo qué aspecto tenía. Imaginaos si se fue rápido.

No he podido pasar las fiestas con Matt, porque se marchó a Tampa con las niñas a ver a sus padres. Me invitó a ir con ellos, pero no podía dejar a Jackson en la época más ajetreada de la empresa. Jackson me invitó a pasar la Nochebuena en casa de sus padres,

pero rechacé la oferta educadamente. Elegir entre la egoísta de mi madre y el padre horrible de Jackson me resultaría imposible. Finalmente fui a cenar a casa de la familia de Jenny y pasé toda la noche botando al adorable sobrino bebé de mi amiga sobre la rodilla.

Ahora el caos de las Navidades ya ha quedado atrás, Matt ha vuelto y a mí me ilusiona ver qué nos trae este nuevo año. Espero que sean cosas buenas. Y mucho sexo. Aunque el sexo tendrá que esperar hasta esta noche.

—¡Chica del Tiempo! —grita Blake Riley cuando me acerco a la última mesa del bar. Habla con un tono exageradamente alto que resuena por encima del estruendo de la sala abarrotada y varias cabezas se giran para mirarme.

Es la tercera vez que salimos con Blake, así que cualquiera pensaría que ya me he acostumbrado a sus gritos, pero no deja de sorprenderme. Y sin comentarios sobre el apodo de Chica del Tiempo. Sigo sin entenderlo, pero Matt siempre me recomienda que lo ignore.

Hablando de Matt, mi atractivo dios del *hockey* se levanta de su asiento para darme un abrazo sofocante y un beso que me deja sin aliento. Ahora atraemos otro tipo de atención: miradas curiosas de los clientes y vítores, cortesía de Blake.

—Deja a la chica tranquila —ordena Jess Canning desde el regazo de Blake, donde está sentada. Hay espacio de sobra para que se siente en el banco, pero siempre que Blake y Jess están en la misma habitación, él insiste en tenerla encima.

Yo me coloco junto a Matt, como una chica buena, a pesar de que me muero de ganas de ser mala y lanzarme sobre él como un león hambriento. Hace tres días que no lo veo, porque ha tenido partidos fuera de casa y ha cancelado las dos últimas cenas por eventos del equipo. Habría ido a su casa anoche para darle la bienvenida, pero llegó muy tarde y tenía que despertarse muy temprano, por desgracia para ambos.

Ser la novia de Matt Eriksson es raro. Bueno, al menos creo que soy su novia. No ha mencionado la palabra y yo solo lo llamo novio mentalmente cuando pienso en él. Aunque sé que no salimos con nadie más y estoy convencida de que somos pareja.

Jenny me dice que está clarísimo que estamos juntos. Yo lo único que sé es que disfruto muchísimo todo el tiempo que paso con él. Matt es tan… real. Cariñoso y guapísimo y divertido y… ¿Cómo he tenido tanta suerte?

—No…, a Hails no le importa —le dice Blake a Jess.

—Sí, seguro que le apasiona que anuncies su llegada a todo el bar y que maúlles como un gato cuando se besa con su novio —suelta Jess.

Los miro con una sonrisa.

—Eso no me importa. Pero que me llame Chica del Tiempo es absurdo.

—¿Absurdo? —Blake parece enfadado—. Me ha costado una barbaridad elegir el apodo perfecto para ti. Chica del Tiempo. Muestra un poco de agradecimiento.

Le arrebato a Matt el botellín de cerveza de la mano.

—Ajá. Estoy muy agradecida, Riley. —Doy un trago y devuelvo la botella a su propietario, que me mira con una sonrisa torcida.

—Tienes una aquí, ¿sabes? —dice bromeando y señala el botellín que está justo delante de mí.

—¡Ay! —exclamo y alargo el brazo hacia mi cerveza local favorita. No la tienen en la mayoría de los bares, por eso me alegró descubrir que la servían en el Sticks & Stones. Sabía que era un bar de *hockey,* pero como no queda cerca de mi barrio, nunca había venido hasta que Matt me trajo hace un par de semanas.

Me sonrojo de alegría cuando cojo la cerveza. Debe de haberla pedido cuando le he dicho que estaba en el metro, porque sigue fría. Mi novio es muy detallista.

—Me alegro de que por fin hagamos algo juntos —dice Jess, señalando la mesa con la cerveza—. Blake no dejaba de dar la lata con la cita doble.

—Yo no doy la lata —protesta Blake.

—Ya, siento que no hayamos podido quedar antes —responde Matt y tiene un atisbo de culpabilidad en los ojos.

Le doy una palmadita sobre el muslo por debajo de la mesa. La última vez que quedamos no pudo llegar porque se le alargó una entrevista con *Men's Health.* Al final salí con Blake y Jess, y la siguiente vez que vi a Matt, no dejó de disculparse por perderse la cena y se pasó el día con una expresión triste en el rostro. Intenté convencerlo de que eso no tenía importancia, pero este hombre cree que cancelar un plan conmigo es un pecado cardinal. Supongo que debería halagarme que no quiera decepcionarme.

Decido cambiar de tema antes de que Matt se disculpe otra vez.

—¿Cómo ha ido el entrenamiento? —le pregunto a los chicos, aunque ya he hablado antes con Matt, en el rato de la comida. Me gusta mucho que me cuente hasta el último detalle del equipo.

Bueno, me encanta el equipo en general, y no lo digo únicamente porque la mitad se ha suscrito a Fetch. No sé quién tomó la iniciativa, pero, por algún motivo, estas últimas semanas Blake, Wesmie, Ben y Katie Hewitt, el capitán del equipo, Luko, su esposa, Estrella, y varios jugadores más del Toronto y sus mujeres se han incorporado a nuestra lista de clientes.

Ah, y a mi exmarido casi se le salen los ojos de las órbitas cuando recibió la solicitud del mismísimo entrenador Hal. Parece ser que el entrenador y su esposa son muy golosos, la otra noche tuvieron un antojo a las cuatro de la mañana. Jackson hacía el turno de noche y cuando llegué a la mañana siguiente, se pasó quince minutos contándome que le había llevado tiramisú, él, personalmente, a nuestro entrenador favorito de la ciudad.

Estuve a punto de soltarle: «¡Lo ves! Salir con un jugador de *hockey* es bueno para el negocio, ¿eh, Jax?», pero me contuve, porque Jackson y yo acordamos no hablar de nuestras relaciones.

—Ha sido la leche —responde Blake—. Hay una máquina de café nueva en la cocina, es una puta pijada. Prepara un café celestial. Es como beber una nube.

Jess frunce una ceja:

—Creo que las nubes no se pueden beber.

—¿Y por qué iba alguien a beber una nube? —pregunta Matt.

—Bueno, no habéis probado ese café —insiste Blake—. Creedme. Es como una nube.

—No has respondido a mi pregunta. ¿Qué tiene que ver tu café pijo con el entrenamiento?

Matt pone cara de exasperación.

—¿Qué tiene que ver nada con lo que suelta Riley?

—Cierto —asiento, y Jess se ríe.

Me inclino hacia Matt y disfruto del calor que le irradia del pecho corpulento. Tiene el brazo por detrás del respaldo del banco y me toca los hombros con los dedos. A veces parecemos una pareja de verdad. Bueno, estamos en una cita doble ahora mismo. ¿Esto de las citas dobles no es algo que hacen solo las parejas?

—Pues sí, el entrenamiento ha ido bien —responde Matt—. Si no tenemos en cuenta el pique entre O'Connor y Lemming.

Frunzo el ceño. Will O'Connor parece tener muchos *piques.*

—¿Qué ha hecho ahora?

Matt y Blake se encogen de hombros, pero Jess frunce el ceño como yo.

—Este tío es un resentido —asegura—. ¿Por qué se mete siempre en líos?

—Probablemente porque no sabe mantener los pantalones en su sitio —dice Matt con monotonía.

—Un momento —interrumpe Jess—. ¿Has dicho que se ha peleado con Lemming? ¿No es Chad su único amigo del equipo?

—Pues sí —confirma Blake—. Pero como bien ha dicho Pastelito, O. C. tiene un problemilla con los pantalones. O con el nabo, porque no consigue mantenerlo dentro de los pantalones. Aunque supongo que eso es chachi, siempre que su nabo no se entrometa en las conquistas de Lemming, lo que parece que ocurrió anoche.

La cabeza me da vueltas. Cualquier día me cuesta entender a Blake, pero después de unos tragos de cerveza me resulta

totalmente incomprensible. Aunque deduzco que, por lo visto, O'Connor le ha tirado los trastos a la chica de su amigo.

Jess saca la misma conclusión:

—¿Quieres decir que Will se ha liado con la chica que le gustaba a Chad?

—Con el ruido de los puños contra las caras no se oía muy bien, pero sí, creo que pasó eso —contesta Matt con un suspiro.

—El míster echaba humo —añade Blake—. Los ha mandado a los dos a casa.

—No me sorprendería que no fueran titulares mañana —dice Matt, molesto, mientras coge la cerveza.

Joder, espero que se equivoque. Aunque O'Connor dé muchos problemas fuera del hielo, es uno de los mejores delanteros del equipo, rápido como un rayo, y Lemming, uno de nuestros mejores defensas.

Al otro lado del banco, Jess ve mi expresión y ríe.

—Oh, mierda, chicos, la fanática del *hockey* ha poseído a Hailey. Y no le gusta lo más mínimo perder a Will y a Chad mañana.

Fulmino con la mirada a la rubia con sonrisa de suficiencia.

—¡Pues claro que no! ¡Necesitamos a todos en la pista si queremos ganar la copa!

—¡Eso, eso! —grita un chico con pinta de universitario desde el banco de al lado.

Vaya. Parece que lo he dicho más alto de lo que pretendía. Madre mía, me estoy convirtiendo en Blake.

Matt suelta una carcajada que me recorre el cuerpo entero, hasta los dedos de los pies. Se inclina y me acaricia la mejilla con los labios.

—No te preocupes, nena. Sobreviviremos un partido sin los petardos peleones.

«Nena». Me encanta cuando me llama así. Y «cariño». Y «Hottie». Todos los apodos cariñosos me derriten.

Ladeo la cabeza para mirarlo a los ojos de color gris gélido y, como de costumbre, me pierdo irremediablemente en ellos. Tienen

unas motitas plateadas alrededor de la pupila y, con algunas luces, manchitas de color celeste. Sus ojos son igual de preciosos que todo él.

Joder. Estoy loca por este hombre. Puede que nuestra relación no sea oficial, pero, madre mía, estoy, oficialmente, coladita por él.

—Pidamos unos nachos —propone Blake, alargando la mano hacia las cartas que hay en el centro de la mesa—. ¿Qué os parecen ocho raciones?

—¿Ocho? —exclama Jess—. Pero si somos cuatro.

—Pero yo me como cuatro por lo menos —asegura Blake—. Vosotros pelearos por las otras. ¡Coño! —Chasca los dedos de repente—. ¡Cazadora de Tormentas!

Estoy concentrada estudiando la carta, así que Matt tiene que aclararse la garganta para advertirme.

—Creo que se dirige a ti.

Dejo la carta y miro a Blake.

—¿Ahora soy Cazadora de Tormentas?

Sonríe de oreja a oreja.

—Ya veremos. ¿Te gusta más que «Chica del Tiempo»?

Me lo planteo.

—Bueno, ¿por qué no?

—Perfecto. Al grano —continúa señalándome con un dedo—, ¿tienes tele?

Estoy desconcertada. Blake cambia de tema con tanta rapidez que me confunde.

—Eh… ¿sí?

—Bien. Pues asegúrate de ver *Las mañanas con Matilda* mañana. ¿Creo que empieza a las ocho?

—A las nueve —corrige Jess.

Blake alza un dedo en el aire.

—A las nueve. Eso es. Pon el programa, Cazadora de Tormentas.

Tengo que morderme el labio para no reír.

—¿Por qué tengo que ver ese programa tan cursi?

Sus ojos oscuros brillan traviesos.

—Eso no te lo digo, ya lo verás.

Arqueo una ceja y me vuelvo hacia Matt.

—Desembucha.

Matt alza las manos en el aire.

—No sé de qué habla. Es la primera vez que lo oigo yo también. —Matt se calla repentinamente, y como estamos sentados juntos, noto que le vibra el bolsillo. Lo saca y frunce el ceño—. Tengo que contestar —se disculpa. Cuando se lleva el móvil al oído, responde con un tono serio—. Kara, ¿qué ocurre?

Yo también me pongo tensa. Creo que Jess se da cuenta porque me mira con un destello de empatía en los ojos marrones. De acuerdo, puede que no esté del todo cómoda con la exmujer de Matt. Desde nuestro desagradable encuentro el día que fuimos a la torre CN, me he mantenido alejada cuando recoge a las niñas. No me gusta la manera en que me mira Kara, como si hubiera cometido un crimen imperdonable simplemente por existir cerca de sus hijas.

Al menos, mi ex es cordial cuando Matt aparece por la oficina. Jackson siempre ha demostrado educación con Matt y nunca, jamás, se ha burlado diciendo que es un rollo.

Pero Kara es la madre de las hijas de Matt. No puedo ser grosera con ella y mucho menos criticarla con Matt, vamos, lo que haría la típica novia reciente, celosa.

—¿Qué quieres decir? —Matt parece irritado—. Pero acordamos que la semana que viene pasarían dos días conmigo.

Oigo la voz de Kara al otro lado del teléfono, pero no entiendo qué dice. Lo que sea, a Matt no le hace gracia. Las puntas de las orejas se le ponen rojas, una muestra evidente de que se ha enfadado.

—Kara —dice en voz baja, aunque con un tono amenazante—. No puedes cambiar lo que ya está decidido a tu conveniencia. Nosotros… —Se calla y mira a su alrededor, como si hubiera recordado dónde está. Me aprieta el hombro un momento y dice—: Disculpadme. Ahora vuelvo.

Me levanto del banco para que pueda salir y luego lo vemos marcharse hacia los lavabos con el teléfono pegado a la oreja y los hombros dibujando una línea tensa.

—Cosas de divorciados —suelta Blake.

Se supone que el comentario tiene que quitar hierro al asunto, pero solo vuelve más incómoda la situación.

—¿La has conocido? —pregunta Jess, finalmente.

Asiento.

—Es… maja.

Blake ríe por la nariz.

Jess coge la cerveza y le da un trago, absorta en sus pensamientos.

—Yo nunca coincidí con ella. Cuando conocí a Matt ya se habían divorciado, pero las esposas y novias no hablan muy bien de ella.

A mí no se me ocurre un comentario agradable de Kara, pero intento contener las ganas de despotricar.

—Es la madre de sus hijas. —Me limito a decirlo y consigo encogerme de hombros para restarle importancia.

Jess me sigue mirando con compasión. Sabe perfectamente qué pienso.

Me giro para evitar su mirada incesante y me centro en Blake.

—Entonces, ¿pedimos los nachos?



La mañana siguiente, cumplo la promesa que le he hecho a Blake y enciendo la tele en la sala de descanso mientras preparo otro café en la pequeña encimera. Ya llevo tres tazas, y no son ni las nueve. Eso es lo que ocurre cuando te quedas despierta hasta muy muy tarde montándotelo con un jugador de *hockey* muy muy travieso. Cuando me he levantado arrastrándome de la cama de Matt a las siete de la mañana, tenía los ojos emborronados y el pelo hecho un desastre de tanto sexo. Por suerte, me había llevado ropa limpia, así

que he podido ducharme y vestirme en su casa, y venir directamente al trabajo desde allí.

Jenny entra a la habitación con un termo de café y un montón de cartas.

—¡Buenos días! —saluda alegremente.

—Buenos días —mascullo.

—Alguien está de mal humor.

—No he dormido nada —respondo mientras me sirvo el café.

Jenny sonríe.

—Ay, pobrecita. ¡Has pasado toda la noche follando! Suena horrible.

Le hago una peineta y doy un largo trago a mi dosis de cafeína, luego me siento en una de las sillas alrededor de la mesa redonda.

—¿Es el correo de hoy o el de ayer? —Inclino la taza hacia el montón de sobres.

—El de hoy. —Jenny se acerca a la cafetera—. Creo que la mayoría son facturas, pero hay un par de cartas para ti y para Jackson.

Dejo la taza en la mesa, cojo el correo y le echo un vistazo. Un sobre me llama la atención. Es blanco, lleva mi nombre y en el remitente veo un logotipo familiar. Vaya. Es de la Asociación de Mujeres Empresarias de Toronto. Espero haber pagado la cuota anual. Es una organización muy útil para una empresaria, sobre todo por los talleres gratuitos que organizan cada mes.

—Ah, y… —Jenny sigue parloteando a mis espaldas—. Anoche te perdiste un encargo épico del señor Rabo. ¡Pidió cien paquetes de gelatina! ¿Quién necesita tanta gelatina?

—Igual organizaba una de esas fiestas en las que luchan desnudos en gelatina —respondo distraída, deslizando la uña bajo la solapa del sobre.

—¡Dios mío! ¿Te imaginas? Me encantaría ser una mosca en la pared de su casa depravada. —Jenny se sienta a la mesa conmigo y entrelaza los dedos alrededor de la taza—. ¿Qué es eso?

—Todavía no lo sé. —Saco una hoja doblada, la despliego y cae una tarjeta pequeña. Está impresa en un cartón grueso de buena calidad, con una caligrafía elegante. Parece una invitación al banquete anual de premios de la Asociación de Mujeres Empresarias de Toronto. Al principio me quedo desconcertada, porque ni siquiera sabía que la asociación otorgara premios.

Y luego me quedo atónita, porque resulta que no solo los otorgan, sino que… ¡me dan uno a mí!

—¡Dios mío! —chillo tan alto que Jenny da un respingo en su asiento—. ¡Dios mío, Jen! ¡Mira esto!

Le paso la hoja y la invitación. Jenny deja enseguida el café, lee y suelta también un grito.

—¡Joder! ¡Qué pasada!

Con una sonrisa de oreja a oreja, las dos hacemos un pequeño baile de felicidad sin levantarnos de la silla. Y, por supuesto, Jackson elige justo este momento para entrar en la sala de descanso. Se le salen los ojos de las órbitas al mirarnos, a Jenny y a mí, observa nuestros chillidos de alegría y nuestros brazos agitados.

—Eh… vale —dice mi exmarido con una sonrisa mientras se sirve un café—. ¿Y qué celebramos?

—¡Mi premio! —suelto de golpe. Me levanto de un salto de la silla y me palpo los bolsillos en busca del móvil. Mierda. Lo he dejado en el despacho. Pero tengo que llamar a Matt y darle la noticia—. Vuelvo enseguida. ¡No cambiéis de canal! Estoy esperando que empiecen *Las mañanas con Matilda.*

Me parece que los dos se quedan muy confundidos, porque me conocen desde hace mucho y jamás he mostrado el menor interés por la tele matinal.

En mi despacho, cojo el móvil y busco el nombre de Matt. Contesta al cuarto tono, con voz extremadamente somnolienta.

—Hola, preciosa.

—Hola, Tirador. ¿Estás despierto? —No puedo borrar la sonrisa boba de mi cara mientras miro el papel que tengo en las manos. Probablemente debería haberlo dejado en la sala de descanso para

que Jackson supiera por qué demonios me había vuelto loca, pero ya se lo contará Jenny.

—Más o menos. Alguien no me dejó dormir anoche. —Casi puedo oír la sonrisa en su voz ronca.

—Bueno, pues despiértate solo un minuto, ¿vale? Déjame contarte una gran noticia y luego vuelves a dormir.

—¿Noticia? —Escucho el crujido de las sábanas, como si se incorporara. —¿Qué noticia?

—¿Has oído hablar de la Asociación de Mujeres Empresarias de Toronto? —Estoy prácticamente dando saltitos de emoción, y no es por las tres tazas de café que me he tomado.

—No, pero te creo si dices que existe —bromea.

—Existe. Y es una de las organizaciones más influyentes de la ciudad para empresarias. —Sigo botando—. ¡Y me ha dado un premio! Me acaban de nombrar «Emprendedora Innovadora del Año».

—¿En serio? ¡Joder, nena, eso es increíble! ¡Enhorabuena!

—Gracias. —No puedo dejar de sonreír. —Y, además, hay un pedazo de gala para la ceremonia de entrega de premios la semana que viene. Es de etiqueta y con barra libre. —Vacilo apenas un segundo antes de añadir—: Es el miércoles por la noche. ¿Me acompañarás?

Matt no duda ni un instante.

—¡Por supuesto! Y me viene de lujo, ¿eh? El vuelo de Nashville llega el miércoles por la tarde, así que tendré tiempo de sobra para ponerme el traje de pingüino y acompañarte.

La felicidad me recorre de arriba abajo.

—Es la mejor noticia del mundo, Matt. De verdad que no lo esperaba.

—Las mejores cosas de la vida son las que no esperas —dice en voz suave.

Guardo esas palabras en mi corazón cuando nos despedimos y vuelvo a la sala de descanso justo a tiempo, porque en cuanto entro,

Jenny suelta un chillido y señala el televisor que está colgado en la pared.

—¡Acaba de mencionar a Fetch! ¡En directo, en la tele!

—¿Qué? ¿Quién? —Corro hacia donde están Jenny y Jackson, que parecen en estado de *shock.* Me quedo de piedra al ver a Blake Riley sentado en el sofá beige de Matilda Morgan. Lleva un traje de lana gris y debajo de la chaqueta, en vez de camisa, una camiseta del Toronto. Y no sé si lo imagino, pero realmente parece que Blake está hablando de nuestra empresa.

—Son unos santos —dice—. ¿Te das cuenta de cómo me han facilitado la vida, Matilda? Todo lo que se me antojaba a las tres de la mañana y me lo perdía porque soy un vago… Ahora lo recibo en mi casa.

La presentadora del programa, rubia oxigenada y con la cara llena de bótox, suelta una risita chillona.

—Bueno, señor Riley, no puede dejar a nuestros espectadores con la intriga. Tiene que darnos algún detalle. ¿Qué necesita un deportista profesional a las tres de la mañana?

Blake se pone serio.

—Tarta. Siempre me apetece una tarta de manzana por la noche. Ah, y una vez, me quedé sin comida de perros para Puddles. —Le guiña un ojo a Matilda—. Por eso uso Fetch, ¿entiendes?

La presentadora cambia de tema para hablar de la infancia de Blake, pero mi cabeza sigue atascada en lo anterior. ¿Acaba de publicitar Blake Riley nuestra empresa en directo?

—¿Acaba de publicitar Blake Riley nuestra empresa en directo? —pregunta Jackson, atónito, poniendo voz a mis pensamientos exactos.

Me vuelvo hacia él lentamente.

—Creo… que sí.

CAPÍTULO 19

Los bombones no tienen la culpa



MATT

Estoy sentado en el avión privado del equipo, con una caja de bombones en la mano y los detesto.

Pero los bombones no tienen la culpa.

He cancelado otra cita con Hailey esta noche. Es la tercera vez este mes. El equipo tenía que regresar a Toronto a las seis; así me habría dado tiempo de sobra para llegar a la bolera y sorprenderla con lo mal que juego a los bolos. Habría sido muy divertido.

Pero hemos llegado tarde al aeropuerto de Denver y hemos perdido la hora de salida. Luego ha empezado a nevar en las montañas Rocosas y han retrasado todos los vuelos por mala visibilidad. Y por si eso fuera poco, el espacio aéreo de Toronto siempre está abarrotado, así que ahora esperamos para aterrizar dando vueltas por el aire.

Ni todos los bombones del mundo compensarían salir con un chico que te deja plantada cada vez que te invita a cenar.

Un clamor de victoria en el pasillo me interrumpe. Chad Lemming acaba de vencer a Will O'Connor al videojuego con el que están

obsesionados esta semana.

—¡Menuda paliza, O. C.! —dice Blake, mirando por encima de los asientos de sus compañeros desde la fila de atrás—. Ahora me toca a mí, ¿no?

O'Connor se pone en pie y se sienta en la butaca vacía a mi lado, para que Blake ocupe su lugar.

—¿Qué te pasa, E? —me pregunta, al tiempo que le pide a la azafata con un gesto un refresco.

—Nada —suspiro y vuelvo a mirar la hora. Me pregunto qué estará haciendo Hailey en estos momentos. Espero que haya decidido esperarme en casa como hemos hablado.

Aunque…, pff. Esperar es lo que más odiaba mi ex de mí. Y me lo demostró continuamente cuando estábamos casados.

O'Connor acepta un refresco *light* de la azafata y me evalúa con la mirada.

—¿Te preocupa algo?

«Pues sí». Pero no pienso contarle mis problemas a este niñato.

—Lemming y tú os peleasteis el otro día —digo para cambiar de tema—. ¿Ya habéis hecho las paces?

—Fue un malentendido —responde O'Connor, estirando el cuello.

Suelto una risita.

—¿Lemming malinterpretó tus intenciones cuando intentaste enrollarte con su ligue?

—Pues sí. —Entrecierra los ojos—. Llevé a la chica a casa y la acompañé hasta la puerta. La llevé a casa de sus padres.

—¿Padres? —Santo cielo.

—Sí. Era menor de edad, pero había mentido. Vi su carné de conducir real cuando sacó la identificación falsa para enseñársela al camarero. Pero Lemming no me creía. Estaba borracho y cachondo. Y la tía se le estaba insinuando a tope.

—Joder.

—Exacto. La chica todavía va al instituto y eso no mola. A mí me gusta pasarlo bien, pero siempre con adultos que consienten, ¿sabes?

—Madre mía. Yo estaré ya retirado de la liga cuando mis niñas empiecen a salir con chicos, pero no pienso dejar de entrenar fuerza. La primera vez que un chico se plante en mi casa para salir con una de mis hijas, me verá levantar ciento treinta kilos. Solo para que sepa que puedo con él.

O'Connor rompe a reír.

—¿Entonces has arreglado las cosas con Lemming?

—Sí. —Su sonrisa se desvanece—. Le he dicho que tenga más cuidado y le he prometido que seré la mejor celestina cuando salgamos de bares. A la altura de *Top Gun.*

—Ah. —Me sorprende un poco ver el lado humano del capullo residente del equipo, pero supongo que me alegra saber que en el fondo tiene un buen corazón. El móvil me vibra cuando me llega un mensaje, lo que significa que el wifi del avión vuelve a estar encendido—. Discúlpame —digo—. Tengo que humillarme un poco por llegar tan tarde a casa.

O'Connor alza una ceja y yo me preparo para otro comentario cínico sobre las relaciones, pero no me dice nada. Descansa la cabeza en el reposacabezas y cierra los ojos.

Yo desbloqueo el móvil y veo que Hailey ha respondido a mis repetidas disculpas.

Hailey: No te preocupes. He aprovechado el tiempo para ponerme al día con el curro.

¿Seguro que es cierto? Pero estoy convencido de que cualquier día, levantará la cabeza del trabajo y se dará cuenta de que sería mucho más divertido salir con alguien que pase en casa más de dos noches aleatorias a la semana.

Matt: ¿Y ahora qué haces? ¿Estás en mi casa?

Tardo un segundo en recibir la respuesta, pero entonces en la pantalla aparece una imagen de los pies descalzos de Hailey cruzados sobre mi nórdico. Lleva las uñas pintadas de rosa y el afortunado de Rufus tiene el hocico apoyado en su tobillo.

Matt: Vuelvo a estar celoso de mi perro. En teoría tiene prohibido subir a la cama, por cierto.

Hailey: Me hace mucha compañía.

Eso ha dolido.

Matt: Me muero de ganas de ocupar su lugar.

Hailey: Pero no hace falta que duermas encima de mi tobillo. Puedes usar una almohada.

Matt: ¿Sabes qué sería divertido?

Hailey: ¿Que ganarais tres partidos seguidos esta semana? Anoche estuviste rapidísimo en la pista, por cierto. Jugaste muy bien todo el partido.

Matt: Em, gracias. ¿Sabes qué más sería divertido? Que estuvieras desnuda en mi cama cuando llegue.

Paso unos minutos sin recibir ninguna respuesta.

Hailey: He llevado a Rufus a su cama, en la sala de estar, y

me he puesto más cómoda.

Se me tensa la entrepierna de la emoción.

Matt: ¿Cómo de cómoda?

Una fotografía me llena la pantalla. Es una imagen del pecho desnudo de Hailey de perfil, con el pezón rosado. Joder. ¡Hailey me acaba de mandar una foto sexual! No es nada propio de mi chica tímida. Miro la foto y se me pone dura solo de pensar las ganas que tengo de poner mi boca ahí.

Matt: Es lo mejor que he visto en mucho tiempo. Me muero de ganas de morderlo.

Hailey: Qué calor hace ahora, de repente.

Añade unos emoticonos de llamitas y miro el móvil con una sonrisa. Hailey es mona y sexi, me estoy poniendo como una moto.

Matt: Me encanta lamerte. Te pone tanto. Te voy a comer los pechos, cariño. Como a ti te gusta.

Hailey: Uf. No hacen emoticonos al nivel de lo que siento ahora mismo. Imagínate las cataratas del Niágara.

Matt: Ponte la mano en el pecho y acarícíate el pezón.

Sentado en el avión lo imagino y me pongo más cachondo cada segundo que pasa. Al cabo de un minuto, Hailey me regala otra foto suya, esta con la mano en su delicioso monte. Madre mía. Miro a mi

alrededor para asegurarme de que nadie más lo ve, pero los chicos de atrás están durmiendo. Blake y Lemming siguen enzarzados con el videojuego en el portátil de Lemming. Y Will O'Connor se ha dormido a mi lado.

De acuerdo.

Me desabrocho el cinturón sigilosamente y uso una mano para estirar los pantalones de lana, para que el bulto que tengo entre las piernas se vea fácilmente. Con la otra mano, saco rápidamente una foto con el móvil.

Cinco segundos más tarde, he enviado la foto, me he vuelto a abrochar el cinturón y me he puesto una revista sobre la erección. La foto tarda un poco en salir.

—Tío, ¿acabas de hacerte una foto del paquete?

—¡No! —respondo demasiado deprisa, incluso antes de ver la sonrisa malvada de Will O'Connor. «Joder»—. Solo estaba…

Su sonrisa se vuelve más ancha.

—A los chicos les encantará saberlo.

—Tío. ¿Cuánto pides por tu silencio? Te invito a una cerveza.

—Olvídate de la cerveza. —Tiene otro chantaje en mente, pero no lo esperaba—. Dile al entrenador que me he currado los esprints. No dejan de darme por saco con el patinaje.

—A todos nos viene bien refrescar la técnica en algún momento. Adquirir malos hábitos es muy fácil. —Y tampoco hay por qué avergonzarse, pero puede que un yogurín como O'Connor no sepa admitir que necesita ayuda extra.

Como era de esperar, pone mala cara.

—¡Oye, O. C.! —Lemming lo llama desde el otro lado del pasillo—. Te toca, tío.

O'Connor agarra el refresco y se vuelve a cambiar de asiento.

En cuanto me quedo solo, desbloqueo el móvil. Me espera un mensaje.

Hailey: Alguien me echa de menos.

Matt: De eso puedes estar segura.

Realmente espero que lo sepa. Kara siempre parecía dudar. Y extraño muchísimo a Hailey.

Matt: Dime, por favor, que estás completamente desnuda en mi cama ahora mismo.

Hailey: ¿Quieres que te lo demuestre?

Matt: ¿Qué si quiero? ¿Es el Papa de Roma católico? ¿Es el hockey el mejor deporte del mundo?

Un minuto más tarde, me llega una prueba y dudo que pudiera ser mejor. Es una fotografía en blanco y negro, hecha desde arriba, del cuerpo desnudo de Hailey con una mano metida inocentemente entre las piernas para cubrirse la mejor parte.

Matt: Joder, nena. Voy a estar empalmado todo el trayecto por encima de los Grandes Lagos, y valdrá la pena.

Hailey: Ya he hecho mi tarea.

Matt: Me encanta que no salga tu cara en las fotos, porque así no tengo que eliminarlas inmediatamente por si pierdo el móvil. Esta me la quedo, te lo aseguro.

Hailey: Entonces, ¿dónde guardas mi foto sensual sin cara? Me estoy jugando mucho. Aunque todo lo hago por ti. Nunca

me había sacado fotos sensuales antes, ni me lo había montado en la encimera de la cocina, así que gracias por tacharlo de mi lista el finde pasado.

Matt: ¿He mencionado que me vas a matar? En el mejor sentido posible. Gracias por jugártela por mí. Me siento honrado de ser quien te incita a hacer estas cosas.

Eso es totalmente cierto. Y cuando Hailey confía en mí de esa manera, como si yo le importara, siento por un momento que no soy el peor novio de la historia.

Como era de esperar, nos quedamos sin Internet en pleno intercambio travieso pero afectuoso. No recibo más mensajes de Hailey y los miembros del equipo que estaban con los videojuegos se cagan en todo al perder la conexión.

Al fin aterrizamos en Toronto. Como llevo una hora pensando en todo lo que quiero hacerle a Hailey desnuda, cuando nos bajamos del avión estoy duro como una piedra. Unos diez minutos más tarde, el equipaje sale por la cinta, así que guardo los bombones en la maleta y voy al cuarto de baño de hombres de la terminal privada para cepillarme los dientes.

Wes y O'Connor están charlando en los lavabos, así que entro en una cabina. Me bajo la cremallera y cojo el móvil. Hottie tenía razón: lo justo es justo. Me agarro la base de la erección y encuadro la foto. Es la expresión perfecta de las ganas que tengo de llegar a casa dentro de una hora. Aprieto el botón.

Y el *flash* me ciega.

Mierda. Puede que nadie se haya dado cuenta.

Guardo el móvil y me subo la cremallera. A continuación, tiro de la cadena como si nada.

—¿Acabas de hacerte una foto del pene? —pregunta O'Connor cuando salgo.

—No. —Me acerco a los grifos y me lavo las manos.

—¿Y por qué ha saltado el *flash?* —pregunta Wes con una expresión divertida.

—Ni idea.

Blake Riley sale de una cabina.

—¿Cómo se llaman los selfis de pollas? —pregunta con una expresión pensativa—. *Fotopolla* suena un poco raro.

—Que tengáis una buena noche, chicos —gruño huyendo como puedo.

Sus risas me siguen hasta que salgo por la puerta.



Una hora después, marco el código en el sistema de seguridad. Dejo el equipaje en el suelo y doy un bote de un palmo en el aire cuando veo una sombra desconocida en la esquina, a oscuras.

Por suerte, me doy cuenta de qué es antes de infartarme.

Es un perchero con un único abrigo, el de Hailey.

Rio silenciosamente en la luz tenue. Me ha regalado un perchero porque soy tan tonto que nunca me acuerdo de comprarlo yo.

Cómo quiero a esta mujer.

Normalmente, un pensamiento así, ya sabes, con la palabra que empieza con Q me asustaría, pero ahora mismo ni siquiera tengo tiempo para pensar en eso. Cuelgo deprisa la chaqueta en el nuevo perchero y me quito los zapatos con los pies. Entonces corro a la habitación, que sigue iluminada con una lámpara de luz cálida. Rufus levanta el hocico cuando paso a su lado, pero no tengo tiempo que perder.

Y… Hailey se ha quedado frita, boca abajo en medio de la cama.

Vaya.

Me cepillo los dientes. Ahora que sé que no follaremos, mi cuerpo se relaja. Bostezo al secarme la cara con una toalla. Me quito el traje, la camisa y la corbata y los dejo en el sillón. Me meto en la cama y abrazo a Hailey. Qué sensación más agradable. Hace un

sonido soñoliento, como un ronroneo. El miembro se me despierta automáticamente, pero ella sigue durmiendo y no pienso molestarla para follar si está demasiado cansada después de un largo día.

Sin embargo, se me acerca al pecho y noto su respiración cálida y suave. «Mmm». Ladeo la cadera de modo que mi entrepierna queda contra su precioso culo. Su cuerpo responde, mueve las piernas, y su piel cremosa busca la mía. Mis labios encuentran su cuello y no puedo evitar besarle la dulce piel. Me ha esperado, está en mi cama. Los latidos de mi corazón adoptan un ritmo nuevo: Gracias. Gracias. Gracias.

Intento girarla hacia mí, pero ella se resiste y niega con la cabeza.

—¿Quieres que te lo haga por la espalda? —pregunto con la voz grave.

Ella me responde presionando el cuerpo contra el mío.

—Dímelo, nena. —Solo quiero asegurarme de que está despierta y de acuerdo con lo que vamos a hacer a continuación.

—Te la he puesto dura —susurra y me acaricia la pantorrilla con el puente del pie.

«Durísima», asiente mi cuerpo, y sonrío en la oscuridad.

—Bueno. —Le levanto una rodilla, le introduzco el pene entre las piernas y le acaricio con él el sexo perfecto para tentarla. Ambos gruñimos, porque ya está mojada—. Dime qué te apetece y te lo haré. —Le acaricio el pezón con las yemas de los dedos para enfatizar mis palabras.

—Mmm —gimotea—. Fóllame ahora mismo. Tú tienes que entrenar mañana por la mañana y yo que trabajar, me has mandado una foto de tu pene. Eres un calientachochos.

—Una fotopolla —susurro mientras le acaricio el clítoris con el glande.

—Que. Me. Folles —gimotea.

Como no soy idiota, no espero a que me lo vuelva a pedir. Le levanto más la rodilla y Hailey gime cuando penetro en su entrepierna cálida. Y yo también me quedo sin aliento. Tuvimos una breve charla la semana pasada sobre los anticonceptivos y nuestra

salud sexual, pero es la primera vez que lo hacemos desde entonces. Y es una pasada. Empiezo a embestirla con un gemido. Hailey se agarra a las sábanas y presiona el cuerpo contra el mío. Encontramos nuestro ritmo y con una mano temblorosa le agarro la cadera para poder tocarla. Mis dedos encuentran carne suave y blanda, Hailey gime mi nombre.

Joder, estoy listo. Me encanta sentirla alrededor de mi anhelante erección. La embisto con fuerza y rapidez y creo que no pasan ni sesenta segundos antes de que empiece a sentir que mi cuerpo se tensa.

—Joder, nena —le gruño al oído—. Me tengo que correr.

Ella aprieta las piernas y vuelve el rostro hacia el mío. Nuestras lenguas se encuentran por primera vez en una semana justo cuando estallo en su interior, gimiendo y embistiéndola con desesperación. Y ella tiembla y se estremece, su coño se tensa a mi alrededor cuando se corre conmigo.

Un minuto después, se deja caer sobre mi pecho. Los dos jadeamos como si acabáramos de correr a toda prisa. Esta noche hemos sido muy rápidos. Creo que acabo de batir un récord mundial de velocidad en el sexo. El taxi que me ha traído del aeropuerto aún no ha debido de dejar Yorkville.

Empiezo a reírme, y eso hace que Hailey rebote sobre mi pecho.

—¿De qué te ríes? —balbucea.

—De nosotros. Ha sido el polvo más rápido de la historia.

—Buen trabajo en equipo —murmura contra mi pecho—. Buen juego de pies. Y de polla.

Suelto otra carcajada. Estoy destrozado, pero también feliz a más no poder.

—Siento que no hayamos hablado mucho esta semana. Espero que sepas que no es porque no me importas.

—Tampoco me la he pasado viendo reposiciones en la tele, cariño. He hecho jornadas de doce horas. ¿Has estado alguna vez en las Cataratas del Niágara?

—¿Mmm? —digo adormilado, y el cambio de tema me descoloca.

—Se me olvida que no eres de aquí. Las cataratas son impresionantes. El mayor torrente de agua que has visto en tu vida. Pues así es el trabajo en Fetch desde la entrevista de Blake en la tele. Increíble. —Su voz suena cada vez más lejana—. ¿Matt?

El sueño me arrastra.



HAILEY

Matt está en California. El polvo rapidito de la semana pasada fue uno de los pocos momentos que pasamos juntos. Fui a su partido en casa con Jenny, nos sentamos en sus asientos de la fila D. Pero yo estaba de guardia, y cuando dos trabajadores me llamaron para decir que estaban enfermos, tuve que cubrir un turno de noche por primera vez en meses.

El equipo juega mañana en San José, así que ya están en California. Esta noche cenarán temprano en algún sitio precioso, y Matt acaba de mandarme una foto con Wesley en un restaurante junto al muelle, devorando gambas y probando vinos.

Yo paso la velada con… datos. Montones de datos. En lugar de gambas, tengo barritas de cereales. En lugar de vino…, agua. Ni siquiera el café es una opción, porque ya hace dos horas he alcanzado mi límite de cafeína.

No es glamuroso, pero no me quejo. Me encantan los datos. De verdad. Son infinitamente interesantes, y nunca te cancelan las citas. No te susurran cosas subidas de tono al oído desde la distancia para luego colgar de golpe porque el avión privado está a punto de despegar.

Vale. Puede que esté un poquito resentida. Pero no con Matt. Si tuviera que culpar a alguien de mis jornadas de doce horas sería a Jackson. Aunque ahora mismo estamos a pleno rendimiento, él es

quien insiste en la locura de la expansión. Me soltó un discurso sobre cómo el local desaparecería del mercado si no actuábamos rápido. Parecía la teletienda, parecía su padre; maldita sea.

Por desgracia, se lo he dicho hace un par de horas y no le ha sentado nada bien.

—¿Por qué tanta prisa? —he preguntado cuando mi ex ha entrado al despacho a preguntarme otra vez qué pensaba del asunto.

Jackson se ha frotado la nuca como si le doliera.

—Quiere que consigamos ese local, nada más.

—Jax, ¿ese edificio es de tu padre?

Ha fruncido el ceño todavía más.

—Sí. ¿Y qué? Este también es suyo. —Ha abierto los brazos para señalar nuestra oficina actual.

—Pero este es barato. ¿Por qué tiene tanto interés en que nos mudemos a un sitio carísimo? —No me fío de ese hombre. Y lo peor, tampoco de Jackson para plantarle cara.

—No puede guardárnoslo para siempre, eso es todo.

Lo he mirado como hago desde que éramos niños. Él ha seguido frotándose la nuca y pasando los dedos por el pelo. Parecía más nervioso que un flan.

—Te daré una respuesta el martes. Aún me falta estudiar algunos datos.

Creo que lo he convencido. O no, pero, en cualquier caso, se ha ido.

Ahora son las nueve de la noche y yo me revuelvo entre datos, intentando aclarar el futuro de mi empresa. Muchas compañías prometedoras se han estrellado por crecer demasiado rápido. No quiero que eso le pase a esta empresa que tanto quiero. Aunque una pequeña parte de mí, la que se siente sola, patética, un viernes por la noche, tiene la tentación de aceptar el medio millón de dólares que el señor Emery quiere darme y largarse. Dejar que Jackson arruine el negocio.

Uff. No. La idea me horroriza. Esa es la solución para aquellos a los que les da igual. Pero a mí sí me importa, maldita sea.

Así que aquí estoy, sentada al escritorio, montando la mejor hoja de cálculo del mundo. Ahora que llevamos cuatro años abiertos, nuestros registros de clientes son un auténtico tesoro de datos. He decidido que quiero saber más de ellos antes de decidir cómo deberíamos expandirnos. He hecho un mapa de densidad de sus ubicaciones, pero luego me he dado cuenta de que necesitaba saber más sobre nuestros mejores clientes. Dado que una cuarta parte de los clientes activos generan tres cuartas partes de los ingresos, tengo que centrarme en ellos.

Por desgracia, comprender sus interacciones con la empresa está resultando un proceso tedioso. He pasado las últimas horas abriendo expedientes de clientes y etiquetándolos con distintas características. Tenemos a los que usan Fetch para necesidades profesionales (envío de documentos, material de oficina, entretenimiento de clientes). Luego están las que llamo «mamás ocupadas» (pañales, comida orgánica) y los solteros marchosos (selección y entrega de vinos, catering y regalos).

Alguien tiene que pensar en estas cosas y esta noche me toca a mí.

He empezado alfabéticamente y ahora voy por la E. Sonrío al hacer clic en Eriksson, pero entonces me doy cuenta de que no es la cuenta de Matt sino la de Kara. Aunque en realidad no me sorprende. Matt me dijo que conoció Fetch gracias a su ex, que utilizaba mucho nuestros servicios cuando las niñas eran más pequeñas.

Revisar sus pedidos me resulta un poco raro, pero esta noche tengo una misión y no me entretendrá mucho.

Paso rápidamente por su interminable lista de encargos y veo que encaja en la categoría de las mamás ocupadas. Montones de entregas de pañales en los primeros meses. También la etiqueto como «servicios personales», porque cada viernes pide a Fetch que le reserve mesa para comer a nombre del doctor Daniel Bryant. Las reservas son siempre una vez por semana, llueva o truene. El restaurante varía bastante, pero la constancia es admirable. Lleva

comiendo con el doctor Daniel Bryant cada viernes desde hace… sigo bajando… dos años.

Vaya. Sin duda Kara ha encontrado lo que buscaba: un tipo estable. Matt dijo que odiaba que viajara y la vida de esposa de un jugador de *hockey.* Quería un dentista con el que almorzar religiosamente todas las semanas. Y lo ha conseguido.

La etiqueto y cierro la cuenta, paso a la siguiente. Por orden alfabético, es la de Matt. No tardo mucho en repasar su lista de encargos, porque ya los conozco. Pero etiquetarlo resulta más complicado. No encaja en ninguna de mis categorías limpias y ordenadas. Repaso su larga lista de pedidos, preguntándome dónde incluirlo. Los servicios empezaron hace dieciocho meses, pero no me permito abrir nuestros mensajes de entonces, porque si lo hago me pasaré toda la noche releyéndolos y echándolo de menos.

Dieciocho meses atrás. Cuando se separó. Sé la fecha, porque los dos llevábamos vidas paralelas sin saberlo. Nuestros cónyuges nos pidieron el divorcio con apenas un par de semanas de diferencia.

Y entonces se me eriza el vello de la nuca y un escalofrío me recorre la piel. El matrimonio de Matt terminó hace un año y medio. Su mujer lleva dos años comiendo con el dentista Dan todos los viernes.

Con el corazón desbocado, vuelvo a abrir la cuenta de Kara.

Ahí está. El primer encargo fue hace dos años y un mes: una reserva a mediodía para dos en Sassafraz Table. A nombre del doctor Daniel Bryant.

Me habré equivocado. Tal vez ese Daniel no es su novio, a lo mejor su padre.

Pero ¿quién va todas las semanas a restaurantes de lujo con su padre?

Busco en Google «Daniel Bryant, dentista pediátrico», y aparece de inmediato. Su web muestra una foto de él con un pijama médico de ositos. Miro el horario.

Los viernes no abre la consulta hasta las tres de la tarde. Tiempo de sobra para comer… y echar un polvo rápido.

Joder.

CAPÍTULO 20

Siempre pienso en ti



HAILEY

—¡Madre mía! ¿Le ponía los cuernos? ¿De verdad?

El grito indignado de Jenny hace que me encoja. Estamos en mi dormitorio, ella tumbada en mi cama hasta que suelto la bomba de Kara. Ahora está sentada y tiene unos ojos como platos y la boca abierta.

Jenny no viene a mi casa a menudo, pero esta tarde va a peinarme y maquillarme. Tengo que llegar al hotel dentro de una hora. Normalmente no me preocupo tanto de mi aspecto, pero voy a recibir un premio, es algo muy importante y quiero parecer importante.

Aunque Jenny todavía no ha empezado a arreglarme. Llevo toda la semana sin quitarme de la cabeza lo que he descubierto y, por fin, he sucumbido y se lo he contado a Jenny, porque tampoco se lo puedo decir a Matt. He presentado los hechos y Jenny ha llegado a la misma conclusión que yo, pero no puedo evitar hacer de abogada del diablo.

—No necesariamente —respondo—. A lo mejor solo eran dos amigos que quedan para comer.

Jenny arquea una ceja.

—Sí, pero ahora la ex y el dentista están juntos, ¿no?

Asiento.

—Pues entonces está clarísimo que ahora no son solo amigos y antes tampoco. —Se recuesta sobre los cojines y se cruza de brazos.

—Puede que sí —añado sin convicción.

—Y una mierda. Mira, aunque no se acostaran, tenían una aventura, una aventura sentimental. Vamos, Hailey. Una mujer casada no queda para comer con un hombre todas las semanas, durante seis meses, si no siente algo por él.

Coincido con ella, pero odio la idea de que Kara le hiciera eso a Matt. Por alguna razón ridícula quiero concederle el beneficio de la duda, aunque ella no haga lo mismo conmigo. Desde el momento en que nos conocimos, Kara decidió que yo era un lío de una noche o una relación pasajera. Incluso ahora, cuando ya llevamos unos meses saliendo, la ex de Matt sigue mirándome con desdén. Así que, sí, Kara es una bruja, pero quedar con el dentista a espaldas de Matt, estando casados, va mucho más allá. Es una crueldad.

—¿Se lo vas a decir?

Jenny da voz a la pregunta a la que llevo días dándole vueltas. Esta semana he hablado un par de veces con Matt, pero no he mencionado ni una vez que creo que su esposa es Doña Infiel. No hay una buena forma de sacar el tema. «Sí, yo también te echo de menos, me muero de ganas de desnudarte. Por cierto, tu ex te fue infiel. ¡Qué buen partido has hecho esta noche!».

—No lo sé —admito—. Una parte de mí piensa que merece saberlo. Pero otra parte se pregunta si le haré un daño innecesario. Ya están divorciados, así que es evidente que el matrimonio no funcionaba. ¿De qué le serviría saberlo? Solo sufriría.

Jenny me ofrece una sonrisa diabólica.

—Odiaría a la bruja.

—Exacto. Pero es la madre de sus hijas —añado en voz baja—. ¿Qué derecho tengo a crear una desavenencia entre ellos?

Abre la boca de par en par.

—Tú no eres la que ha creado una desavenencia. Ha sido ella.

—Ya… —Entonces se me ocurre algo—. Puede que Matt lo sepa, Jenny. Es algo humillante, ¿no? Así que él lo sabe, pero no me lo ha contado. Es algo privado.

Jenny se deja caer sobre la cama.

—Bueno, siempre dices que se culpa de la ruptura. ¿Crees que lo haría si supiera la verdad?

Tiene razón. Sé que Matt se siente culpable por las veces que suelta que es un mal marido y un fracaso. Pero no le fue infiel a Kara. Y si ella realmente le puso los cuernos con otro hombre, puede que los motivos que esgrimió para pedir el divorcio fueran una forma de excusarse por sus actos horribles.

—O… puede que ella quisiera dejarlo sin ser la mala —suelta Jenny, apoderándose de mis sospechas y dándoles voz—. Así que dijo que los horarios de Matt, su carrera profesional y vete a saber tú qué más eran los responsables de la ruptura. De este modo, ella quedaba libre de la culpa de la infidelidad.

—Puede ser. Pero, insisto. No es asunto mío, ¿no?

—¡Claro que es asunto tuyo, Hailey! ¡Usó tu empresa para hacerlo!

Titubeo y me llevo una mano a la mejilla. Jopé. Tiene razón. Kara usó nuestros servicios para concertar los encuentros con su amante dentista. Si Matt es de los que comprueban las tarjetas bancarias, habría visto «Fetch» en todos los movimientos, en lugar del nombre del restaurante donde ella quedaba con Dan el dentista.

—Ostras. —Levanto la otra mano y me empiezo a masajear las sienes—. Se me acaba de ocurrir una cosa.

Jenny me observa, cautelosa.

—¿Qué?

—¿Estamos allanando el terreno a los infieles?

Se hace el silencio. A continuación, Jenny rompe a reír.

—Perdona, ¿cómo dices?

—Fetch es el paraíso de los infieles. ¿Quieres comprarle lencería a tu amante? Usas Fetch para que tu mujer no vea «lencerías exi.com» en los movimientos del banco. Además, damos a los clientes la opción del anonimato. ¿Estamos fomentando la inmoralidad?

Jenny pone los ojos en blanco.

—Vale, no vamos a entrar en un debate moral ahora. Los clientes son adultos. Si quieren usar un servicio de mensajería para conseguir sus polvetes clandestinos, déjalos. Además, hay muchas formas de camuflar cargos sospechosos en las tarjetas. —Se le escapa otra risa—. No estamos ayudando a los infieles, loca.

Dejo caer las manos y me las seco en las mallas. Por algún motivo, me sudan.

—Bueno, volviendo al tema de Matt —dice Jenny—. Estáis juntos. ¿No crees que tiene derecho a saberlo?

—Sí. No. Madre mía, no lo sé. Lo único que sé es que no quiero hacerle daño. Y, aunque ya haya superado lo de Kara, sé con certeza que le dolería. —Se me escapa un gruñido. Precisamente por esto no me gusta que la gente me cuente secretos. No puedo cargar con algo así.

Y, sin embargo, no me veo capaz de esconder lo que he descubierto a Matt.

Me estoy enamorando de él. Esta semana no he dejado de pensar en él. Los mensajes subidos de tono y las llamadas de teléfono rápidas que hemos intercambiado no han saciado mi antojo de Matt. Por suerte, esta noche iré de su brazo. Llevará su sensual esmoquin y me sonreirá entre el público cuando recoja el premio. Nos daremos a probar los aperitivos, bailaremos pegados y, si tengo suerte, puede que nos escabullamos y nos enrollemos en algún rincón del hotel. Jess me ha dicho que los guardarropas son excelentes. Un polvete clandestino en el guardarropa no estaría nada mal…

—Eh, por favor, no me digas que estás pensando en las guarrerías que hacía su ex. ¿Ahora te has pasado al otro equipo?

Sorprendida, levanto la cabeza.

—¿Cómo dices?

Jenny suelta una risita.

—Es que te has ruborizado y eso quiere decir que estás pensando en sexo mientras hablamos de la ex infiel, así que…

Ahora soy yo quien pone cara de exasperación.

—Pues no. Mi cerebro ha decidido que ya ha pensado suficiente este asunto. —Hago una pausa y siento que las mejillas me empiezan a arder—. Me muero de ganas de ver a Matt esta noche.

Se queda callada un momento y una sonrisa le curva ligeramente la comisura de los labios.

—Vaya. Estás coladita por él, ¿eh?

Las mejillas me arden.

—Totalmente.

—¡Las tenacillas del pelo están listas! —exclama—. Siéntate. —Me lleva a rastras a la silla que ha preparado delante del espejo de pared de mi cuarto—. Y cuéntame más mientras te dejo aún más guapa.

—No tengo nada que contar. —Me encojo de hombros—. Me gusta.

Jenny agarra un puñado de horquillas de la cómoda y empieza a separarme el pelo. A continuación, coge un mechón y lo envuelve alrededor de las tenacillas calientes. Sale vapor, y yo rezo brevemente para que no me achicharre el pelo. Nunca he visto a Jenny peinar a nadie, ahora que lo pienso. Pero siempre lleva la melena perfectamente ondulada, así que espero que sepa lo que está haciendo.

—Te gusta —repite—. ¿Qué más?

—No entiendo la pregunta. —Nuestros ojos se encuentran en el espejo y las dos rompemos a reír.

—Eres la peor amiga del mundo —dice—. Quiero los detalles, Hailey. Por ejemplo, ¿el sexo sigue siendo increíble después de tres meses? ¿Ha salido el tema de casaros?

—¿Casarnos? —grazno—. ¡Pero si todavía no me ha llamado novia!

—¿En serio? —Frunce los labios. Baja las tenacillas y una espiral perfecta de pelo oscuro me rebota en el hombro. Cuando prepara el siguiente mechón, su mohín se vuelve más serio—. ¿Crees que para él solo es un rollo?

—No —afirmo—. Pero no me preguntes qué relación tenemos, porque sigo sin saberlo. —Se me escapa un suspiro—. Pero ahora lo entiendo.

—¿Qué entiendes?

—La pasión —contesto con franqueza.

Jenny suelta una risita y empieza con otro mechón de pelo. Mi reflejo en el espejo me muestra unos rizos deshechos, elásticos que, con el flequillo, me dan un aspecto de chica *flapper.* Me gusta.

—Ahora en serio —insisto—. Nunca había sentido algo así. Pensaba que lo mío con Jax era lo normal, hacerlo en la postura del misionero un par de veces por semana y decir «te quiero» en lugar de «quiero follarte», que era habitual no tener orgasmos a menudo… —Me encojo de hombros—. Con Matt es diferente. Te juro que lo deseo todo el rato. Ojalá pudiera llevarlo siempre en el bolsillo y sacarlo cuando lo deseara.

Inclina la cabeza hacia atrás y suelta una carcajada.

—Bueno, eso lo deseamos todos. Pero si llevaras a tu Matt de bolsillo encima nunca trabajarías.

—El trabajo está sobrevalorado.

Mientras Jenny me termina de peinar y empieza a maquillarme, charlamos un poco más sobre lo evidentemente atractivo que es Matt Eriksson. El anhelo me arde en las venas. Estoy ansiosa por verlo esta noche.

—¡Guau! —exclama Jenny treinta minutos después, cuando salgo del lavabo con el vestido puesto.

—¿Te parece demasiado revelador? —Me muerdo el labio y me acerco al espejo. Examino el escote pronunciado, en pico, del vestido largo de seda. Es negro y tiene la espalda cerrada para ocultar los tatuajes (no suelo hacerlo, pero no sé quién irá esta noche a la entrega de premios ni si abundarán los conservadores).

La Asociación de Mujeres Empresarias de Toronto es muy antigua y muchas de las mujeres del jurado son…, bueno, mayores.

Ay, no. ¿Estoy discriminando a la gente mayor?

—Es el punto perfecto entre elegante y revelador —me tranquiliza Jenny—. El futuro señor Hailey se quedará muerto cuando te vea. —Se muerde el labio—. Espera, eso es malo. Quieres que siga vivo para la boda. —Lo piensa un segundo y me mira con una sonrisa resplandeciente—. El futuro señor Hailey se correrá en los pantalones en cuanto te vea.

Eso espero.



La gala es en el Fairmont Royal York, un hotel de lujo cerca del paseo marítimo de Toronto. Es un lugar muy pijo, me cuesta creer que van a darme un premio esta noche. Entro sola en el vestíbulo y me maravilla ver el techo altísimo, el suelo resplandeciente y el reloj antiguo que separa dos escalinatas curvas. Al lado del mostrador de recepción hay una pequeña zona con dos mesas alargadas y un cartel que dice «Asociación de Mujeres Empresarias de Toronto». Me dirijo directamente hacia allí y saludo a la persona que está sentada a la mesa con una sonrisa nerviosa.

—Hailey Taylor Emery —digo, señalando las tarjetas con los nombres que veo en la mesa.

La mujer mira la tablilla portadocumentos, escribe algo y busca mi nombre en las tarjetas de cartulina.

—¡Una de nuestras homenajeadas! —exclama—. ¡Enhorabuena!

Noto que me ruborizo.

—Gracias, estoy un poco nerviosa.

—Pues no tienes por qué. Todas las socias están muy contentas por ti. Es un honor que formes parte de la asociación.

Contengo las ganas de bailar de felicidad.

—Gracias —respondo—. Es un honor formar parte de ella.

—Estás en la mesa tres —dice antes de volver a echar un vistazo a la tablilla—. Aquí pone que vienes con acompañante.

—Sí, llegará pronto. —No he hablado con Matt desde esta mañana, pero me ha confirmado que nos veríamos en el Fairmont. Le habían cambiado la hora del vuelo de las tres de la tarde a las cinco. Pero ya lo habíamos previsto. Para que no hubiera ningún lío, Matt ha dejado el esmoquin en el coche en el aeropuerto, por si no tenía tiempo de pasar por casa antes de venir. Además, el vuelo desde Nueva York solo dura unos noventa minutos y hoy el cielo está despejado.

—Esperaré en el vestíbulo hasta que llegue.

—Claro. —Deja la tablilla y sonríe—. Todavía pareces nerviosa.

—Sí, lo estoy —respondo con una risita débil—. Nunca he recibido un galardón.

Me guiña un ojo y añade:

—No te preocupes. No es tan estresante como parece. Los discursos duran poco. Nuestra presidenta, Barbara Dubois, presentará la gala a las ocho; a y media se entregarán los premios y a las nueve todo el mundo estará en la pista de baile.

Eso relaja un poco. He escrito un breve discurso, pero me da miedo no estar a la altura. O que no exprese lo agradecida que estoy, que es mucho. Al crecer con una madre imposible de satisfacer, lo compenso excesivamente con el trabajo. Me dejo la piel y a veces me pregunto por quién me esfuerzo tanto y si quiero triunfar por mí o si todavía intento silenciar la voz crítica que siempre me decía que nunca llegaría a nada.

Esos pensamientos son demasiado oscuros ahora mismo. Pero estoy orgullosa de mí misma, lo que responde a esas preguntas tan profundas. Lo hago por mí. Porque crear nuestro pequeño negocio desde cero me ha hecho muy muy feliz.

Aunque no encuentro a mi otra fuente de felicidad por ninguna parte. Me fijo en la puerta principal con la esperanza de que Matt entre. Ya se retrasa diez minutos, pero todavía tenemos tiempo. La

ceremonia empieza a las ocho y el reloj del vestíbulo marca las siete y cuarenta.

«Hay tiempo de sobras», me tranquilizo.

Entran varias personas más al hotel, pero Matt no aparece. Saco el móvil del bolso de mano negro satinado y compruebo que no tengo ningún mensaje. Respiro hondo para tranquilizarme. Con un poco de suerte estará aparcando y llegará enseguida.

Me acerco a la puerta del vestíbulo y examino el tráfico de Front Street. Tres coches distintos se detienen en el puesto del aparcacoches delante del hotel. Matt no sale de ninguno. Vuelvo a mirar el móvil. Son las siete y cincuenta. Llega veinte minutos tarde. Joder. Espero que no lo hayan retenido en la aduana del aeropuerto.

—¿Señorita Emery?

Me vuelvo y me encuentro a la mujer del mostrador de recepción detrás de mí.

—Están pidiendo a los asistentes que vayan ocupando sus asientos.

—Ah. Claro. —Destrozada, vuelvo a mirar por la ventana. Mierda. Tengo que entrar en la sala, pero Matt sigue sin llegar.

La mujer sigue mi mirada.

—Haremos una cosa. ¿Por qué no me dices el nombre de tu acompañante? Cuando llegue, lo llevaré personalmente a tu mesa.

No estoy muy contenta con la solución, pero no tengo otra opción. No puedo esperar eternamente en el vestíbulo. La idea de entrar cuando Barbara Dubois esté dando el discurso y causar una escena acercándome a hurtadillas a la mesa me produce un nudo en el estómago. Me moriría de vergüenza.

—De acuerdo. Mi novio se llama Matt Eriksson.

Su expresión no cambia, lo que me revela que no le gusta el *hockey.* Puede que sea mejor, porque así no se le lanzará a los brazos cuando llegue.

Sigo los carteles hacia las puertas de la sala de ceremonias mientras mando rápidamente un mensaje.

Hailey: He tenido que sentarme. La chica de la recepción te acompañará a la mesa número tres.

Espero que aparezcan los tres puntitos, pero nada. No recibo respuesta.

Hailey: ¿Por dónde andas?

El comedor está a rebosar de gente. Entro y lo único que veo son lámparas de araña resplandecientes, mesas redondas con centros elaborados y una marea de mujeres bien vestidas. Varias de ellas sonríen cuando me acerco a la mesa. Yo les devuelvo la sonrisa y los nervios se apoderan de nuevo de mí. «Madre mía». Reconozco a algunas presentadoras de informativos y personajes de televisión bastante conocidos. Aquí hay una buena dosis de poder femenino. Las mujeres duplican en número a los hombres y parece que muchas han venido solas, sin acompañante, lo que me parece realmente genial: mujeres echadas para adelante y todo ese rollo.

Encuentro la mesa número tres y me siento incómoda en una de las dos sillas que quedan libres. Me presento a todo el mundo y descubro que nuestra mesa está reservada para los galardonados y sus acompañantes. A diferencia de las mujeres de las otras mesas, aquí todas han venido acompañadas. Yo soy la única sola.

«Llegará».

Claro que sí. No hay ningún motivo para pensar lo contrario. He comprobado el tiempo hace una hora y no había tormentas ni nada que retrase el vuelo. No tenía ninguna rueda de prensa obligatoria en Nueva York. ¿Estará el tráfico aéreo peor que de costumbre?

—Dime, Hailey. ¿A qué te dedicas? —me pregunta con educación la mujer de mi derecha. Debe tener cuarenta y pico años, casi cincuenta y se ha presentado como Maryann Winston, aunque no me ha dicho qué premio le han otorgado.

—Tengo una empresa que se llama Fetch —contesto con una timidez poco característica de mí.

El marido de Maryann se inclina por delante de ella y me ofrece una enorme sonrisa.

—¡No me digas! Uso mucho vuestros servicios.

Maryann alza unas cejas rubias, muy finas, mirando a su marido.

—Ah, ¿sí? —dice, sorprendida.

El hombre le da un golpecito con el codo a su esposa.

—Cariño, has recibido flores en casa, a las seis y veintinueve de la mañana exactamente, el día de tu cumpleaños de los últimos tres años. ¿Cómo crees que lo he conseguido? —Suelta una risita— Te aseguro que no las he comprado de madrugada, aporreando las puertas de las floristerías para suplicar que abrieran.

—¿A las seis y veintinueve? —pregunto, conteniendo una sonrisa.

Maryann se sonroja y me mira.

—Es la hora a la que nací.

Me derrito por dentro. Ostras. ¿Este hombre quiere tanto a su mujer que le manda flores a la hora exacta de su nacimiento? Qué detalle más bonito.

Maryann alarga la mano y me da una palmada en el brazo.

—Me alegro de que existan empresas como la tuya, Hailey. Aunque solo sea para demostrar que el romanticismo no ha muerto.

Y para allanar el camino a los infieles…

Me deshago del pensamiento. Esta es una ocasión feliz. No puedo pensar en Kara. Aunque estaría mucho más contenta si Matt ya hubiera llegado.

Seguimos charlando unos minutos más mientras esperamos a que dé comienzo la ceremonia. Miro el móvil constantemente hasta que Maryann me llama la atención con una expresión cargada de empatía.

—¿Tu marido llega tarde? —pregunta.

—Mi novio —respondo asintiendo con preocupación. Espero de todo corazón que no le haya pasado nada. Es muy raro que Matt no

llame ni mande un mensaje para decir que se retrasa. En voz alta digo—: Llegará pronto.

—Claro. —Se gira hacia su esposo, pero veo un atisbo de pena en sus ojos.

Madre mía. No me cree. Piensa que me ha dado plantón.

Pero no es así. Llegará. Sin duda alguna, llegará pronto.

No me ha dado plantón.



Me ha dejado plantada.

Matt no ha llegado. Y si me hubiera llamado o enviado un mensaje o lo que sea no me habría dolido tanto.

Son las nueve de la noche y ya hace rato que la entrega de premios ha terminado. Estoy apoyada en una columna, con los restos de la bebida en el vaso, compadeciéndome de mí misma. El asa del bolso diminuto que llevo esta noche (a juego con el vestido superelegante) se me está clavando en el hombro. El premio sobresale por la parte de arriba. Es un trofeo de una mujer sentada con el semblante pensativo y una pluma apoyada en un cuaderno. Parece solitaria. Y, sorprendentemente, pesa mucho.

Estoy deprimida. Y, para empeorar las cosas, está sonando «Always on My Mind» y las parejas bailan en la pista de baile. Es mi canción triste, la que escucho cuando necesito desahogarme. La versión de Elvis.

Cuando me han concedido el galardón y he subido al escenario, todo el mundo me ha aplaudido. Me temblaba el cuerpo entero mientras soltaba el discurso de agradecimiento que llevaba ensayado. Este iba a ser un momento importante para mí. Pensaba que me sentiría… satisfecha, con un negocio de éxito y un novio sexi. Que sería una noche feliz.

Pero en lugar de eso, me siento muy sola. Al terminar la ceremonia, he charlado brevemente con las otras mujeres de la

Asociación, pero no conozco realmente a nadie en la sala. Este verano cumpliré los treinta y solo tengo un negocio del que mi ex me quiere echar y una pareja que no llama cuando llega tarde.

Bueno, soy injusta. Matt nunca me ha dejado plantada así, sin más. Pero no estoy enfadada con él, sino preocupada. ¿Qué narices le ha pasado que no ha podido ni mandar un mensaje? Aunque se hubiera quedado sin batería, está en un avión con veinte compañeros.

Puede que el wifi del avión estuviera estropeado. ¡O ha tenido un accidente de coche! ¡Joder!

You were always on my mind…

Tengo que marcharme de aquí antes de perder la cabeza.

Voy al vestíbulo y no tardo nada en recoger el abrigo. A continuación, llamo a un taxi y me subo en la parte de atrás, aunque sería más económico ir en transporte público. A tomar por saco.

Me asusto cuando me suena el móvil.

¿Matt?

Lo busco, pero el maldito trofeo me entorpece. Lo dejo en el asiento del taxi y cojo el móvil. ¡Es él!

—¿Matt? —pregunto sin resuello—. ¿Dónde estás?

—Lo siento —responde con un hilo de voz—. Nos han retrasado el vuelo. Voy en un taxi al centro.

—¡No me has llamado! Y he… —«Pensado en lo peor». Bueno, quizá no es buena idea hablarle del horrible accidente que mi mente preocupada ha conjurado.

—Me he perdido tu discurso —farfulla—. Y tenía muchas ganas de oírlo.

—No pasa nada —contesto automáticamente. Pero no, puede que sí pase—. La verdad es que yo también quería que lo oyeras. Estaba muy ilusionada. Y bueno, ha sido… —Elijo las palabras con cuidado, intentando procesar la marea de emociones— una decepción.

Suelta un fuerte suspiro.

—¿Puedes ir a mi casa para que intente compensarte?

—No he preparado la bolsa. Y tener que hacer el paseo de la vergüenza con este vestido sería brutal. ¿Puedes ir tú a la mía?

—Claro —responde con la voz áspera—. Voy para allá.

El trayecto en taxi se me hace muy largo. Hay obras en Yonge Street, pero finalmente llegamos a mi casa y mientras pago al conductor, un sedán negro se detiene. Mi taxi se aleja y la atractiva silueta de Matt emerge del asiento trasero del coche. Lleva pantalones de traje y una camisa; no es el esmoquin que esperaba ver hoy. Tiene cara de cansado y se ha puesto una sudadera con cremallera por encima del modelito. En otras palabras, está hecho un desastre.

Y a pesar de eso, sigue siendo el hombre más atractivo que he visto en mi vida.

Algo se me ablanda por dentro cuando nuestras miradas se cruzan.

—Hola, cariño —digo, esbozando una sonrisa.

Pero él tiene la boca tensa. Me recorre de arriba abajo con la mirada y luego se frota la cara con las manos.

—Mierda —murmura detrás de ellas—. Estás impresionante. Pero tendría que habértelo dicho hace cuatro horas.

—Bueno… —La tristeza, y unos tres metros de acera, nos separan. Me ajusto el chal sobre los hombros para protegerme del frío—. Ojalá me hubieras llamado, así no me habría pasado la noche mirando la puerta.

—Me he quedado dormido. —Cierra los ojos con fuerza, como si le doliera, y vuelve a abrirlos—. Me he quedado frito cuando el avión estaba todavía en pista, en Nueva York. Hemos estado parados más de dos horas, pero no me he despertado hasta que hemos aterrizado

—Ah —digo lentamente. Eso explica que no me haya avisado—. Ven, entra. Vamos a olvidarnos del asunto.

Pero no se aparta del coche. De hecho, sigue con la mano apoyada en la puerta abierta.

—No debería, Hailey.

—¿Cómo? —Ha venido hasta aquí. Qué absurdo cambiar de opinión ahora—. ¿Tienes un entrenamiento temprano?

Niega con la cabeza, triste.

—No. Pero siempre va a ser así. Siempre llego cuando ya es demasiado tarde. Así soy yo.

—No me importa —digo, asustada de repente—. Bueno, me importa un poco —añado atropelladamente, intentando controlar la situación—. Pero puedo estar frustrada de vez en cuando, ¿no? Eso no significa que no te quie… —Uf. Casi se me escapa la palabra con Q. Y este no es el momento—. A veces las cosas no salen bien, Matt. No te culpo.

—Ya… —Se mira los pies—. Pero lo harás. Quizá no hoy ni la semana que viene. Es algo que se va acumulando rápidamente. Y puede que no tenga remedio. Te mereces a alguien que esté contigo en los momentos importantes.

—Matt —digo con firmeza—. Vamos a dormir un poco, ¿vale? Mañana no lo verás tan negro.

—No, cariño. No puedo volver a pasar por esto. —Alza la barbilla, y en sus ojos veo dolor—. No quiero ser ese tío que hace promesas y no las cumple. Ya lo he hecho. No puedo con todo. Al final acabarás odiándome.

Sus palabras me empiezan a calar. Me doy cuenta de que habla en serio, de que se está despidiendo. Me despego del sitio en el que me había quedado clavada frente a la entrada del edificio y corro hasta donde está él.

—Matt. No es para tanto. —Le agarro la mano y la aprieto con fuerza—. Sube conmigo.

Da un paso hacia mí y me acaricia la mejilla con la mano. ¡Sí! Sus labios rozan los míos con suavidad. Cierro los ojos y espero el resto del beso.

Pero no llega. Lo único que me acaricia la cara es el aire frío. Me suelta la mano y se aparta. Cuando abro los ojos, ya está volviendo hacia el coche.

—No hagas esto —digo deprisa—. Solo ha sido una noche de mierda. No has llamado y me he preocupado. Te he dicho que estaba decepcionada, pero…

—Lo siento, Hailey —me interrumpe—. Eres increíble. Pero no puedo repetir la situación.

La puerta del coche se cierra.

Y el coche se aleja.

Las luces traseras se pierden mientras intento entender qué demonios acaba de ocurrir. Me quedo allí, plantada en la acera como una idiota, muerta de frío, y Matt ya no está.

Al menos el aire helado consigue que me mueva. Aturdida, voy hacia la puerta y entro en el pequeño vestíbulo, luego cojo el ascensor hasta mi piso. Dejo el bolso en la mesa de centro y contemplo mi diminuto y solitario piso. En el dormitorio todavía hay maquillaje esparcido por todas partes después de que Jenny me haya ayudado a arreglarme.

La conversación que he tenido con ella hace unas horas me parece de otra vida.

Mi móvil suena dentro del bolso. Me quito los tacones de una patada y corro a contestar. Necesito con desesperación que sea Matt. «Ha sido una estupidez, Hailey», dirá. «Ya se me ha pasado, y estoy ahora mismo delante de tu puerta».

No reconozco el número. Pero la esperanza es lo último que se pierde, así que descuelgo.

—¿Hailey? —pregunta una voz femenina.

—Sí.

—Soy Katie Hewitt. Del grupito de esposas.

Claro que sé quién es Katie Hewitt.

—¡Hola, Katie! Eh… justo ahora me pillas en mal momento.

—Ay, cielo. ¿No ha ido?

—¿A dónde? —digo, tragando saliva.

—¡A tu entrega de premios! Con todo el rollo del retraso del vuelo en Nueva York… En la partida de póker, en Filadelfia, Matt dijo que

esta noche era importante para ti, así que llevo toda la tarde preocupada.

—¿Tú…? —Trago saliva—. ¿De verdad?

—Pues claro. Siempre. Nosotras, las parejas, tenemos que cuidarnos unas a otras. Siento que te hayas quedado sin pareja esta noche.

—Bueno… —Mi voz se quiebra—. Creo que no habría sido para tanto si no acabara de romper conmigo.

—¿Cómo?

—Me ha dicho… —Sollozo—. Que no podía volver a pasar por esto. Que acabaría odiándolo. —Me sorprendo desahogándome con una desconocida que lo conoce desde mucho antes que yo.

—Ay, Matt —exclama Katie con un chasqueo de la lengua—. Menudo idiota. ¡Taxi! —Se oye el frenazo de unos neumáticos—. Sí, llévame al número 2300 de Yonge Street.

—¿Katie? —pregunto, confundida—. Es mi dirección.

—Lo sé, cariño. Voy a verte.

—¿De verdad?

—¡Pues claro! Ya te he dicho que las esposas y novias somos una piña. Ve un momento a la cocina y dime si tienes vino. Yo soy más de daiquiri, pero esto es una emergencia.

—Eh… —Entro en la cocina y abro el congelador.

—Tengo, eh, dos latas de margaritas congeladas. Las guardó mi amiga Jenny hace tiempo.

—Perfecto. Le pediré a Estrella que lleve una botella de tequila.

—Eh…

—Nos vemos en diez minutos. —«Clic».

Me paso los siguientes once minutos ordenando el piso, presa del pánico: amontono el correo y escondo la ropa sucia. Como mínimo así no pienso en Matt. Ahora mismo no sé si quiero clavarle un lápiz o postrarme a sus pies, llorando.

Cuando suena el timbre, abro la puerta y me encuentro a Katie y a Estrella al otro lado.

—¡Qué fuerte! —exclama Katie—. ¡Estás guapísima!

Bajo la mirada y me doy cuenta de que todavía llevo el vestido de gala.

—Gracias. Tengo que cambiarme.

—¡Antes enséñanos el premio! —suelta Estrella, entrando en el comedor—. Qué honor. Yo nunca he ganado uno.

—Bueno, no es nada. Es solo… —Bajo la mirada a la mesa de centro, donde he dejado el bolso. La estatuilla no está—. Mierda.

—¿Qué ocurre?

—Yo… —He olvidado el galardón en el asiento del taxi—. Lo he perdido. —Y, por algún motivo, eso es la gota que colma el vaso.

Rompo a llorar.

—¡Vaya! —dice Katie, acercándose para abrazarme—. Qué noche más mala, cariño. A veces ocurre. ¡Rápido, Estrella! ¡Los margaritas!

La otra mujer corre hacia la cocina.

—Una mala noche —repito, estremeciéndome—. La peor en bastante tiempo.

—Se te pasará. —Me acuna en su busto generoso y brillante—. La semana que viene estaremos celebrándolo otra vez en el reservado de las esposas. Esto también pasará.

Me aparto.

—Vosotras. Matt me lo ha dejado muy claro. —Entonces me doy cuenta de algo horrible—. Katie, tendríais que estar en casa esta noche. ¡Hace ocho días que no veis a vuestros maridos! ¿Os estáis perdiendo una noche de achuchones apasionados?

Me ofrece una sonrisa tierna.

—Ben estaba tan cansado que cuando ha entrado por la puerta, lo he mandado al sofá y le he acercado una almohada. Cuando vuelve de un viaje de tres partidos, a veces tiene que dormir una siesta antes de pegarme un buen meneo.

—Desde luego, hermana —grita Estrella desde la cocina—. Luko ha llegado a casa con un humor de perros. Como han aterrizado en otro aeropuerto…

—¿Qué dices?

—Al parecer había problemas de señalización en Pearson, así que han desviado el avión privado a Billy Bishop. Menos mal que no teníamos el coche aparcado en Pearson.

—El de Matt estaba allí. Con el esmoquin dentro.

—Ya decía yo —responde Estrella, que se acerca al comedor con dos margaritas en las manos. Ha encontrado las copas de Martini—. Tómate esto. Es medicinal. Y ahuyenta a los dementores.

—¿Eso no era el chocolate? —pregunto, aceptando una copa.

—Uff —responde Estrella, entregándole la otra copa a Katie—. No dirás que las brujas y magos adultos no le daban a nada más después de un día duro con Voldemort.

Sonrío genuinamente por primera vez, no como las sonrisas forzadas en el escenario esta noche. Estas mujeres son tremendas. Las echaré muchísimo de menos.

Oigo un golpeteo rápido en la puerta y se me acelera el corazón. Pero la voz que oigo al otro lado es de una mujer.

—¡Chicas, tengo las manos ocupadas!

Me abalanzo hacia la puerta y cuando la abro me encuentro a Jess Canning con los brazos llenos a rebosar: lleva una caja de una panadería en una mano y un ramo de rosas en la otra.

—He traído tarta de queso —anuncia—. Y estas son para ti. ¡Enhorabuena!

—No hacía falta que vinieras…

—Las novias y esposas del equipo somos una —afirma Estrella, que le entrega un margarita a Jess y le coge la tarta de queso.

—Pero yo no soy novia de nadie. Aunque estoy muy agradecida de que hayáis venido esta noche.

—Te equivocas —responde Katie—. ¿Has visto cómo te mira Matt? No creo que lo vuestro haya terminado. —Se va de la habitación y regresa al cabo de un momento con la pala de tarta. Es un milagro, yo no habría sabido decir dónde estaba. Hace años que no sirvo un trozo de tarta a nadie.

—Voy a por platos —se ofrece Jenny antes de dar un trago a la bebida.

Abro la boca para protestar, pero la cierro inmediatamente. He aprendido que, con estas mujeres, lo mejor es seguirles el rollo.

—Sentaos todas —ordena Estrella—. Hailey, ve a cambiarte. Yo corto el pastel.

No tiene sentido resistirse, así que voy al dormitorio y me quito el vestido. Lo tiro sobre una silla sin siquiera volver a mirarlo. Es absurdo seguir lamentándose por los acontecimientos de esta noche. Voy a comerme un trozo de tarta y a emborracharme un poco con las chicas. Por última vez.

Vuelvo al comedor con un cojín, que arrastro hasta la mesa de centro, donde me siento para dejar el sofá y el sillón a mis invitadas. Jess ocupa el sillón suspirando. Luego da un sorbo a la bebida que Estrella le ha preparado.

Katie entrecierra los ojos.

—Has tardado un poco en llegar.

—El tráfico —responde Jess, alargando el brazo hacia su plato con tarta.

—Tienes el pelo despeinado —observa Estrella—. No me digas que Blake ha rendido esta noche mientras los demás se quedaban fritos.

Jess se muerde el labio con una expresión de culpabilidad.

—Al parecer todos se han echado una siesta en el avión. —Se aclara la garganta—. Y su anaconda estaba muy juguetona cuando ha llegado a casa.

Katie suelta el tenedor.

—Serás cerda.

Jess sonríe.

—Tampoco os lo he restregado. Has sacado tú el tema. Hemos echado un kiki rapidito de bienvenida. ¿Qué quieres que haga? Seguro que ahora está durmiendo en el sillón de masaje con la baba caída.

—¿Dónde ha caído el polvo? —pregunta Estrella—. Nunca llegáis a la cama.

—Hoy teníamos mucha prisa —responde Jess mientras corta un trozo de tarta con el tenedor—. He corrido hacia él cuando ha entrado en el vestíbulo y nos lo hemos montado en el felpudo. No es la primera vez. Aunque ha tenido el inconveniente de que Puddles no ha dejado de mirarnos, porque se sentía un poco despreciado. Cuando Blake se ha bajado de mí, el perro le ha lamido la cara.

Me atraganto con la bebida y no puedo evitar escupir al reír mientras las demás chillan.

—El perro de Blake es un pervertido —asegura Katie entre risas—. No me extraña.

—Ni a mí, la verdad. —Jess da un bocado a la tarta—. Este pastel está para chuparse los dedos. Lo puedo decir porque no lo he hecho yo.

—Y aunque lo hubieras hecho, también podrías decirlo —protesto.

—Es cierto —asiente Katie—. Tenemos que reconocer las cosas buenas que hacemos, ¿no? Empezando por ti, Hailey. Mañana por la mañana tendrás que plantarle cara a ese hombre y decirle que es un idiota por haber dicho que te dejaba.

—Sí. —Claro, tiene razón. Tal vez Matt decida dejarme de todos modos, pero no puedo escabullirme sin más como un perro apaleado. Matt me importa. Si no defiendo yo nuestra relación, ¿qué dice eso de mí?

—Tienes mejor aspecto, Hailey —observa Estrella—. Pareces pensativa.

—Pues sí. Creo que su ex acabó con su seguridad.

—Pero no lo puede decir en voz alta porque es muy machito. —Jess pone los ojos en blanco—. Y les gusta sufrir en silencio.

—Lo convenció de que no era suficiente —continúo, y al decirlo en voz alta me suena ridículo—. Pero creo que ella no fue sincera del todo con lo que sentía.

—¡Y aunque lo hubiera sido! —protesta Katie dándose una palmada en la rodilla—. Se equivoca por completo. Es decir, todas tenemos alguna mala noche cuando nuestros maridos están en la carretera. Pero de vez en cuando. Es inevitable.

—A Amy le hicieron una cesárea durante un partido clasificatorio —dice Estrella negando con la cabeza—. Sully estaba a más de mil kilómetros de distancia, intentando dar una paliza al Tampa cuando nació su hijo. Se pierden cosas importantes. Pero los buenos momentos son inmejorables.

—¡Pues claro que sí! —afirma Katie, levantando la copa para darle énfasis—. Son los mejores hombres del mundo. Y el *hockey,* el mejor deporte. Y tenemos asientos en primera fila. ¡Los buenos momentos son insuperables! Y, siendo sincera, los malos momentos tampoco son tan malos. A ver, si Amy se hubiera casado con un chico con tres empleos para mantener al bebé, a lo mejor él también se habría perdido el nacimiento porque estaba sirviendo café en el Tim Hortons, en una jornada doble.

—Por no mencionar que vivimos como reinas —señala Estrella—. Mi abuelo cavaba hoyos para pagar el alquiler. Conozco el sufrimiento. Y no me parece justo quejarse de cuánto trabaja tu marido llorando sobre fundas de almohada de mil hilos.

—Como hacía Kara —añade Katie, dando voz a mis pensamientos.

—Cuando la cosa se pone fea, esto es lo que hacemos. —Jess señala la tarta de queso y los margaritas—. Entonces recordamos que la vida es buena.

Su comentario me acompaña el resto de la noche. Puedo conseguirlo. Puedo capear cualquier tormenta, plantarle cara a todo lo que se cruce en nuestro camino. Lo haré por Matt.

Si él me lo permite.

CAPÍTULO 21

Tenemos que hablar



MATT

Son las ocho de la mañana y estoy sentado en el sofá, sintiéndome vacío.

A las seis y media he recogido a Rufus de la guardería canina y luego le he dado un paseo tan largo que al final él quería volver a casa. Ahora estamos en el sofá y tiene la barbilla apoyada en mi rodilla.

Anoche no pegué ojo. No es aconsejable echar una siesta de cuatro horas y luego cortar con tu novia para dormir bien por la noche.

Me muero de ganas de llamar a Hailey ahora mismo. Solo deseo oír su dulce voz. Pero no quiero confundirla. Cuando le he dicho que no podía volver a vivir la misma situación era verdad. El desgaste paulatino y la desilusión que llevan al divorcio son horribles.

¿Qué verá en un hombre siempre ausente?

No tengo que estar en la pista hasta dentro de dos horas, para ver un vídeo de nuestros dos próximos oponentes. Debería preparar

café, pero el peso de la cabeza de Rufus sobre mi rodilla me reconforta, así que me limito a acariciarlo mientras pienso.

Rufus levanta rápidamente la barbilla y yergue las orejas. Al cabo de un momento, oigo que alguien llama a la puerta.

«Hailey». Sé que es ella antes de levantarme y cruzar el salón. Cuando abro la puerta, la encuentro al otro lado, con un traje de chaqueta, zapatos de tacón y dos vasos de café en las manos.

—Hola —saluda—. He entendido lo que dijiste anoche, pero tienes que saber algo.

Por un momento, no hago nada. No la saludo ni abro más la puerta ni me aparto. Estoy demasiado ocupado disfrutando de la vista de su dulce rostro, me gusta tanto su expresión de incertidumbre que no sé qué decir. Me siento como ella las primeras veces que nos vimos.

Rufus me toma el relevo y suelta un ladrido suave de reconocimiento antes de bailar con sus patitas delanteras en el suelo, como si quisiera decir: «Venga, no te quedes ahí. ¡Entra de una vez!».

Por fin consigo echarme a un lado, un gesto que deja clara mi intención, aunque no consiga soltar ni una palabra.

Hailey entra con sus piernas largas, sedosas, dentro de las medias transparentes, y la falda ajustada me tienta. Camina directamente hacia el sofá, deja los vasos sobre la mesa y se sienta.

—Ven, Matt —dice con un tono claro—. Tenemos que hablar.

Bien. ¿Quién da las órdenes ahora? Obedezco, me siento a una distancia respetuosa y soy todo oídos.

Me ofrece un vaso de café y le quita la tapa al suyo.

—Sé que tu mujer te dijo que esperarte era una tortura. Pero yo no soy Kara. Mi estilo de vida es diferente y no nos parecemos en nada. Aunque no puedo predecir el futuro.

—Lo sé —grazno—. Y yo probablemente soy un idiota por intentarlo.

Alza una ceja, pero el atisbo de una sonrisa le curva las comisuras de los labios.

—Sí, lo eres, señorito. Pero ya hablaremos de eso más tarde. Tengo una pregunta. ¿Tu matrimonio terminó por algún motivo que no me hayas contado?

—¿No? —Intento imaginar a qué se refiere—. Me dijo que estaba harta y me pidió el divorcio. A mí me pareció que lo dejó bastante claro.

Hailey empieza a jugar nerviosamente con el borde del vaso del café.

—He visto algo que creo que debes saber, aunque me parezca un gesto egoísta.

—¿Egoísta? Hailey, cariño, me pareces la persona menos egoísta que he conocido en mi vida.

Me mira fijamente a los ojos al recibir el halago.

—Yo no estoy tan segura. —Nuestras miradas se encuentran y sus muros parecen desvanecerse, sus ojos adoptan una expresión de súplica, pero sacude la cabeza como si quisiera despejarla—. Sabes que he estado investigando a fondo a nuestros clientes.

—Sí. Para saber si os conviene ampliar el negocio.

—Veo que me escuchas. —Sonríe con pena—. Pues investigando llegué a la cuenta de tu mujer. Hace tiempo que es clienta de Fetch.

—Ya. Así os conocí yo.

Asiente.

—Bien, pues todos los viernes nos pide una reserva en un restaurante.

—Sí. Con sus padres y las niñas. Nunca se pierden una comida con los abuelos.

—No, Matt. —Hailey se muerde el labio—. Kara va a comer con el doctor Daniel Bryant cada viernes. Les gusta ir a Sassafraz, aunque a veces van al Greenwich Bistro o al restaurante del Drake Hotel.

Intento imaginarlo.

—Vale. Entonces, ¿llevan a las niñas con los abuelos y Kara y Dan, el dentista, se van a comer? No tenía ni idea. Pero bueno, es lógico, ¿no? Quiere a alguien que no le cancele las citas para comer.

Hailey suspira.

—Nunca cancelan las citas. Las tienen desde hace más de dos años.

—¿Más de…? —Hago los cálculos—. No puede ser.

Ella se saca en silencio el móvil del bolsillo y abre una aplicación. Vuelve a pulsarla y desliza el dedo por la pantalla.

—Creo que debería despedirme a mí misma por esta indiscreción —dice antes de entregarme el móvil.

Y ahí están, en la pantalla. Las reservas de dos años.

—Están a nombre de él. ¿Cómo puede ser tan tonta? Dios mío. —Le entrego el móvil rápidamente porque tengo ganas de aplastarlo como el envoltorio de un chicle—. ¿Me ponía los cuernos?

—No lo sé a ciencia cierta —se apresura a contestar Hailey—. Puede que al principio no fuera nada.

Noto que la cabeza me empieza a palpitar y me froto las sienes.

—¿Qué me estoy perdiendo?

—Con suerte nada. —Hailey se levanta y se acerca más a mí. Me pone una mano cálida sobre la espalda y me la acaricia. Joder. Qué sensación tan agradable. Necesito que me toque—. Pero tenía mis dudas sobre Kara y el dentista. Puede que se convenciera a sí misma de que tú no eras un buen marido porque estaba enamorada de otro.

—Madre mía. —Los últimos meses que pasamos juntos fueron horribles. ¿Había algún motivo para que discutiéramos tanto? Yo intentaba salvar el matrimonio y ella pedía más, cada día más. Tal vez lo nuestro no tenía solución—. Fueron… Ella asistió a la reunión de antiguos alumnos del instituto, y él también, más o menos un año antes de que yo me marchara de casa.

—¿Se conocían del instituto?

—Fueron novios. No sé los detalles.

—Pues… —Hailey duda un momento—. Yo no conozco a Kara y no quiero especular sobre lo que pasó. Pero he pensado que tenías que saber que tus ausencias no eran el único problema.

Me aferro a esa idea. Me fascina. Estoy harto de sentirme como un capullo y como un fracasado.

—Creo que me va a explotar la cabeza.

Me pone una mano sobre la nuca y me la estrecha suavemente.

—Ya lo sé. No sabía qué hacer con la información. A mí no me incumbe.

—Claro que sí. —La miro y veo la duda en su expresión. Y es culpa mía—. Quiero que sea asunto tuyo, Hottie. Se me fue la olla anoche, pero no podría vivir sin ti.

Me quita la mano del cuello y se aparta unos centímetros cruciales.

—Debo ir a trabajar. No tienes que decidir nada ahora mismo, ¿vale? Llámame si te apetece charlar un poco más.

Pero eso no me basta.

—Espera. —La atrapo con los brazos antes de que se me escape. Tiro de ella y la estrecho contra mi cuerpo—. Si prometo no perder la cabeza como anoche… —Respiro su aroma dulce y lo exhalo—. ¿Me podrás perdonar? No suelo ser tan teatrero.

Hailey rompe a reír.

—No quiero presionarte y no pienso suplicar. Pero yo tampoco quiero separarme de ti.

Sonrío de oreja a oreja.

—Pues entonces seguimos juntos. —La envuelvo en un fuerte abrazo y Hailey deja escapar un suspiro tembloroso.

Estaremos bien. Y yo también. Ahora lo creo de verdad.

CAPÍTULO 22

Porno, cariño



HAILEY

Un mes después

Estoy sentada al escritorio, intentando revisar una lista de ideas para las promociones de primavera que Jackson me ha enviado, pero no me puedo concentrar porque he visto que el señor Emery ha llegado hace cuarenta y cinco minutos y que al entrar al despacho de Jackson ha cerrado la puerta.

¿Se puede saber qué hacen ahí tanto tiempo? En el mejor de los casos, juegan una partida muy importante al Scrabble. En el peor, confabulan para echarme de la empresa.

Hace dos semanas que terminé el informe sobre la expansión. Y no me dejé ni un detalle. Los datos son incuestionables, la expansión de Bridle Path no es conveniente. Mi estudio demuestra que la compañía podría crecer más si ampliáramos los márgenes aquí, en Yorkville, y luego abriéramos otro local en algún lugar menos aislado. Como Rosedale.

Para demostrar mi teoría, preparé unos gráficos a cuatro colores, un apéndice de datos chulísimo y un infográfico que me tuvo despierta hasta las tantas. Pensé que así sería más persuasivo. Habría escrito el informe en pentámetro yámbico o habría coreografiado una danza interpretativa para asegurarme de que mi punto de vista quedaba claro.

Bueno, puede que exagere. Tengo que considerar mi dignidad. Pero no permitiré que esta compañía, mi bebé, corra ningún riesgo por culpa de una expansión mal pensada.

Mi silla sofisticada del despacho cruje cuando cambio de posición por décima vez en una hora. Siento que estoy en un punto de inflexión en mi vida y no me resulta demasiado cómodo. Salir con Matt es la parte más emocionante. Y en ese caso, arriesgarme ha tenido sus ventajas. Toco la pantalla del móvil para ver la foto del salvapantallas: un selfi de los dos después de la victoria contra Denver, la semana pasada. Estamos en el Stick & Stones celebrándolo con el equipo, yo llevo una T de Toronto pintada en la frente; él me besa la mejilla.

Podría pasarme el día entero mirándola.

Pero la vida no nos permite escoger solo los cambios que queremos. Siento que mi vida profesional está llegando a un punto crítico en la otra habitación. Jackson y su padre no hacen ningún ruido que pueda oír desde mi despacho, pero presiento una perturbación en la fuerza. Se avecina algo.

—¡Hailey! ¡Tienes que venir inmediatamente a ver esto! —grita Jenny desde el gallinero.

«¿Inmediatamente?». Debe de ser importante. Cojo mi taza de café y salgo del despacho para ir a la mesa de Jenny. La encuentro sentada en la silla, mirando la pantalla del ordenador con una ilusión como la del día de Navidad.

—¿Qué pasa? —pregunto, acercándome por detrás.

—¡Esto! —Señala con su manicura perfecta al monitor.

Me inclino hacia la pantalla y suelto un grito ahogado.

—Madre mía.

—Madre mía —repite.

—Madre mía —exclamo con la mandíbula entreabierta.

—Madre mía —insiste.

—Chicas —dice Dion desde su cubículo—. Acabamos de recibir un encargo urgente de un cliente prioritario. ¿Queréis que…?

—¡Nos encargamos nosotras! —gritamos Jenny y yo al unísono. A continuación, nos miramos y rompemos a reír.

Suavizo el tono, miro a Dion y añado:

—No te preocupes, ya nos encargamos nosotras. Llevamos meses encargándonos personalmente de esta cuenta.

Y nuestro buen trabajo por fin parece surtir efecto, porque, o estoy malinterpretando el correo o… hoy mismo conoceremos al señor Rabo.

Asunto: Necesito lubricación urgentemente.

> **Señorveintecentímetros:** Ey, necesito un bote de lubricante, preferiblemente antes de una hora. Estoy dispuesto a pagar más por la urgencia. Un bote extragrande, de dos litros, del de efecto calor. Si puede ser, de algún sabor, pero no es indispensable.

Nos proporciona una dirección diferente de la habitual, donde dejamos los paquetes misteriosos. Además, ha añadido unas instrucciones crípticas: «Decid al portero que buscáis a Thomas. Saldré a recibiros».

Jenny está prácticamente dando botes en la silla.

—¡Tiene nombre! ¡Se llama Thomas! ¡Thomas! ¡Y saldrá a recibirnos! ¡Lo vamos a conocer!

Escaneo el resto de la solicitud. No ha incluido ninguna imagen en esta ocasión, parece que estaba demasiado nervioso para perder el tiempo posando. No lo culpo. Las emergencias de lubricante son muy estresantes.

Jenny se levanta de la silla de un bote sin dejar de reír y saca su bolso del último cajón del escritorio.

—Estoy emocionadísima —asegura.

Sinceramente, yo también. Llevamos meses respondiendo a los encargos sexuales de este hombre. Me muero de ganas de ponerle cara al paquete de veinte centímetros. Me pregunto si tanta emoción por conocer a un hombre se considera infidelidad. Imagino que no, ¿verdad? Es decir, Matt no puede echarme en cara que quiera conocer a un cliente tan tristemente célebre, ¿no?

—¿Crees que Matt se enfadará porque quede con un hombre al que le gusta enseñarme el rabo? —le pregunto a Jenny cuando dejamos el despacho para ir a coger un taxi. Normalmente vamos en metro, pero el señor Rabo necesita su lubricante en una hora como máximo y no podemos defraudarlo.

—No, creo que Matt es incapaz de enfadarse contigo —responde Jenny, llamando a un taxi.

Unos segundos después estamos sentadas en la parte trasera del coche, dando indicaciones al conductor para llegar a la tienda erótica más cercana, porque dudo que haya botes de dos litros de lubricante, de efecto calor, con sabor, en una droguería cualquiera.

—En serio, el hombre besa el suelo que pisas —añade Jenny.

Me empiezo a ruborizar. Aunque creo que mi amiga tiene razón. Desde la noche desastrosa, como la llamamos, nuestra relación ha ido viento en popa. Nos vemos tanto como podemos y tenemos el mejor sexo que uno podría imaginar.

El otro día hasta se refirió a mí como su novia. ¡Y delante de sus hijas! Así es, la otra noche, cuando June intentó acurrucarse conmigo en el sofá mientras veíamos una película de Disney, Matt le dio una palmadita en la mano de broma, para que no me tocara, y le dijo: «Hailey es mi novia, Junebug. Búscate tú una para ti». De todas formas, terminamos todos acurrucados juntos, y las niñas, que se acomodaron entre Matt y yo, de vez en cuando me ofrecían sonrisas tiernas y dulces desde abajo.

Me gusta lo que tenemos. No, me encanta. Y creo que a él también. Lo único que empaña un poco nuestra felicidad es la tensión creciente entre Matt y su ex. Cuando le conté a Matt la posible infidelidad de Kara pensé que él le pediría explicaciones. Pero no lo ha hecho.

Matt se niega a hablar de los posibles cuernos con su ex. Dice que no quiere causar problemas ni a mí ni a Fetch por violar la confidencialidad del cliente ni que la hostilidad perjudique la crianza compartida, pero… la hostilidad es más que palpable. La siento en el aire cada vez que Kara viene a recoger a las niñas. La veo en los ojos de Matt cuando está cerca de ella. Es como si una nube de tormenta nos sobrevolara la cabeza. O, bueno, como si Matt fuera la nube de tormenta.

El rencor se lo está comiendo por dentro y me da miedo que un día no aguante más, explote y sea la peor confrontación del mundo.

Por ahora, yo lo único que puedo hacer es contener el aliento y esperar a que se le pase el rencor. No afecta en absoluto a nuestra relación, pero me preocupa que sus hijas perciban la tensión.

—Por cierto, qué partido más entretenido el sábado por la noche, ¿no? —dice Jenny, que se vuelve para mirarme con una sonrisa.

La llevé conmigo al reservado de las esposas, algo que más tarde descubrí que no está permitido. Pero Katie Hewitt hizo una excepción cuando le dije que nos íbamos a las gradas. Por algún motivo, Katie y las demás me tienen mucho cariño. Me gustaría decir que es porque soy estupenda, y seguro que en parte así es, pero, sinceramente, nunca había tenido a tantas candidatas para ser mi mejor amiga.

—Fue una pasada —asiento—. ¿Estaba muy fuerte el margarita de mango de Estrella?

Jenny suelta un quejido.

—Madre mía. Estaba cargadísimo. Mi estómago se pasó el día siguiente bailando el tango del mango. Creo que ahora tengo una relación estable con mi retrete.

Suelto una risa.

—Hablando de relaciones. ¿Y el tío al que estabas viendo? ¿Hank?

—Frank —me corrige y suspira—. Le he dado puerta. Me mandaba demasiadas fotos del pene. En serio, al final ya era molesto. Cuando has visto un rabo, los has visto todos, ¿no crees?

El taxista gira el rostro hacia nosotras y nos sonríe. Ronda los sesenta años, creo, lleva la cabeza afeitada y sus dientes brillantes resplandecen cuando sonríe.

—Amén, hermana.

Jenny y yo intercambiamos una mirada. No sabemos del todo qué ha querido decir con eso. Por suerte, hemos llegado a nuestro destino. El taxista nos espera en el exterior mientras entramos en Naughty by Nature para comprar el lubricante del cliente. Al terminar, regresamos al taxi y nos dirigimos a la zona industrial, cerca del lago.

Jenny aplaude felizmente cuando llegamos a la dirección indicada.

—¿Crees que será mono? —pregunta.

—¿Por qué? ¿Quieres salir con él? Hace cinco minutos has dicho, literalmente, que estabas harta de fotos de penes. Y este hombre es el rey de las fotopollas.

—«El rey de las fotopollas» sería un libro de autoayuda para solteros estupendo. Advertiría a las mujeres de los peligros de las citas por Internet —dice Jenny.

No puedo evitar soltar una risita.

—Si lo escribes, te prometo que lo pondré a la venta en la página web de Fetch.

—Trato hecho.

Vamos hacia la entrada de la nave de una planta, color gris, con una puerta metálica como si fuéramos dos colegialas eufóricas. A unos metros de la puerta, Jenny se detiene, me agarra el brazo y acerca la boca a mi oreja.

—¿Crees que nos van a asesinar? —susurra.

Señalo con la cabeza hacia el taxi, que nos espera.

—No te preocupes, el conductor nos salvará si necesitamos ayuda.

—Amén, hermana.

Las dos rompemos a reír y seguimos riendo cuando llamamos a la puerta, que se abre y deja ver a un hombre musculado, alto, con una camiseta negra ajustada y gafas de sol. Llevaba las gafas puestas en el interior. Qué raro.

—Hola —digo en mi tono más profesional—. Hemos venido a traer un paquete. ¿Está Thomas?

El hombre se pone las gafas en la frente y sus ojos adoptan una expresión de alivio.

—Menos mal. Llevan rato esperando.

«¿Llevan?».

Esperaba que el señor Rabo saliera a recibirnos, como ha escrito en el encargo, pero el hombre corpulento nos invita a entrar. Jenny y yo nos miramos con recelo hasta que el hombre con voz reconfortante dice:

—No os preocupéis, chicas. Tommy no puede salir ahora mismo. Está desnudo.

Sin decir nada más, el chico se da media vuelta, y yo miro a Jenny boquiabierta.

—¿Acaba de decir que está desnudo?

Ella asiente frenéticamente.

—Sí, ha dicho «desnudo».

Madre mía. ¿Dónde nos hemos metido?

A pesar de la aprehensión que sentimos, seguimos al hombre al interior de la nave industrial, aunque resulta no ser una nave industrial. Es un… estudio. Me doy cuenta cuando veo las luces y las cámaras. Y el plató. Hay un decorado de verdad, diseñado para que parezca una clase, con la mesa del profesor, los pupitres de los alumnos y una pizarra.

—¡Fetch vuelve a salvarme el culo! —suelta una voz grave con alegría.

Cuando me doy cuenta, un hombre muy muy desnudo se acerca corriendo a nosotras. Corre desnudo. Corre. Y eso hace que su

impresionante miembro masculino se balancee de un lado al otro felizmente, como si nos dijera hola.

—Madre mía —susurra Jenny.

Su expresión de asombro es idéntica a la mía, aunque ella consigue decir algo. Yo me he quedado muda. Y no puedo dejar de mirarlo. Así es, no puedo dejar de mirar a míster Desnudo mientras se nos acerca con una sonrisa de oreja a oreja en el rostro y una erección todavía más grande allí abajo.

—Ay. Lo siento —se disculpa cuando se da cuenta de que no apartamos la vista, baja la mirada a su paquete.

—La viagra me acaba de hacer efecto. —Cuando seguimos con la boca abierta, se encoge de hombros—. Es que hoy grabamos ocho horas, ¿sabéis? Si no la tengo dura no puedo empotrar nada.

—¿Empotrar? —pregunto, confundida.

—Ya sabes, los coñitos. —Ahora es él quien nos mira fijamente a nosotras—. ¿Qué pensáis que hacemos aquí?

Abro la boca de par en par.

—Em. ¿Qué hacéis?

Su sonrisa se desvanece.

—Porno, cariño. —Señala con la mano el plató bien iluminado—. Estudios Puerta Oscura. Es mi empresa. ¿No la conocéis?

—No —respondo a la vez que Jenny dice «sí».

La miro.

—¿La conoces?

—Claro —suelta frívolamente—. Hacen unas escenas de profes y alumnos para morirse. —Jenny se acerca al señor Rabo y le da una palmada en el brazo embadurnado de aceite—. Buen trabajo. Ahora todo tiene sentido.

Ladea la cabeza y pregunta:

—¿Antes no lo tenía?

—Ahora, bueno, lo entendemos —digo con dificultad cuando todas las piezas empiezan a encajar.

El hombre sigue con el rostro fruncido.

—¿Hasta ahora no sabíais que todos los encargos eran para una productora de porno? Incluí la información en mi cuenta de cliente de Fetch.

Jenny y yo nos miramos con complicidad cuando me doy cuenta de que mi obsesión por la confidencialidad de los clientes tiene desventajas.

—Pero tu cuenta es privada. La gente que se ocupa de tus encargos no tiene acceso a esa información. Puede que eso sea, eh, un error del sistema —admito—. Lo siento.

—Pues vaya —exclama volviendo a sonreír—. He enviado muchas fotos especialmente ridículas a propósito. Pensé que sería divertido si estabais al tanto del chiste. Pero claro, sin saberlo, solo es un poco siniestro —añade con una risita arrepentida.

—A mí me ha encantado la broma —insiste Jenny—. Y te hemos traído lo que has pedido. Dos litros.

—¡Gracias! —Su sonrisa se vuelve cálida—. Agradezco mucho que hayáis llegado tan pronto.

Estoy a punto de entregarle el bote cuando una mujer desnuda pasa por nuestro lado. Tiene una melena larga, pelirroja, unos pechos enormes y unas piernas de infarto.

—¿Dónde están las gafas de pasta gruesa? Pensaba que íbamos a hacer la escena de la bibliotecaria.

—Hailey —sisea Jenny.

Despierto de mi estupor.

—¿Qué?

—El cliente necesita el lubricante. —Y señala la bolsa que llevo en la mano.

—Ay, claro. —Le alargo el brazo—. Aquí tienes, señor. —¿Señor? Por el amor de Dios. Parece que nunca he estado en un plató de cine porno.

Eh…, ¡porque nunca he estado!

El señor Rabo, es decir, Thomas, o el actor porno, acepta la bolsa, agradecido.

—Gracias otra vez. —Entonces se da media vuelta y se marcha hacia la mesa del profesor, lo que nos ofrece una visión improvisada de su culo terso y redondo.

—Vaya culazo —murmura Jenny.

Por fin logro cerrar la boca.

—Eso no te lo discuto.



Cuando entramos en las oficinas, todavía estoy ruborizada de reír. La euforia me dura dos minutos. Puede que tres. Justo cuando abro el buzón de entrada del correo, el señor Emery asoma su nariz protuberante por mi despacho.

—Señorita Taylor —dice.

Me obligo a contar hasta tres antes de levantar la mirada, solo para tocarle las narices. Que conste que mientras estuve casada con su hijo, siempre se refirió a mí como señorita Taylor. Aunque el hecho de que no me reconozca no entra en la lista de las cincuenta peores cosas que me ha hecho. Así que me preparo.

—¿Necesitas algo, Herbert? ¿Dónde está Jackson?

—Solucionando una emergencia con un cliente. —Entra en mi despacho, cierra la puerta y se me revuelve el estómago.

«Que viene», me advierten mis entrañas, asustadas.

Y no se equivocan, porque lo primero que dice es:

—Quiero comprarte tu parte de Fetch.

—¿Cómo? —Pff. Qué labia, Hailey—. Mi mitad de Fetch no está a la venta.

—Todo tiene un precio —responde demostrando ser un cliché además de un cabrón. Estoy convencida de que oyó la frase en una película de mafiosos el fin de semana pasado—. Con medio millón serías una niña muy rica.

—Si piensas que medio millón me convierte en muy rica, es que no has visto los precios de las casas en Toronto —suelto. Además,

soy mayor para que me llame «niña». Pero eso no se lo digo.

—Quinientos cincuenta mil dólares —añade rápidamente—. Es mi última oferta. Vete de vacaciones, Hailey. Ve a ver mundo. Recibirás una recompensa muy generosa por dejar que mi hijo dirija su negocio como le plazca.

—Su negocio —repito con un tono totalmente inexpresivo, incrédula. Este hombre es la persona con menos tacto que he conocido en mi vida.

—La idea fue suya, así que legítimamente, es suyo. Acepta el dinero, Hailey. Si no te quiere en su cama, ¿por qué piensas que quiere verte cada día en el trabajo?

«Plas». Es el ruido de mi paciencia al reventar contra las cuatro paredes de mi despacho, como hizo la olla a presión de mi tía Linda en Semana Santa.

—¡Eres un prepotente y un… capullo! —suelto, aunque logro recobrar el control justo a tiempo. Insultando solo pareceré una grosera. Como siempre ha creído que no soy suficiente para su querido hijo, intento no darle la razón—. Yo he levantado este negocio con Jackson. Es tan mío como suyo. La mitad me pertenece porque vengo a trabajar cada día y me dejo… el lomo. Así que haz el favor de marcharte con tus sugerencias a otra parte. ¡Ahora mismo!

La puerta se abre rápidamente y aparece Jackson.

—¿Qué narices pasa, papá? ¿Por qué te pide Hailey que te vayas de su despacho?

—No tengo ni idea. —El cabrón se encoge de hombros y se pone de pie—. Esto es inaceptable. Yo lo único que he hecho ha sido sugerirle que me venda su parte de la empresa. La compañía tendría que estar en manos de la familia, porque nos pertenece.

Jackson enrojece de la ira.

—¡Te he dicho que no quiero comprar su parte!

—No es para ti. Es para mí.

—Ni de puñetera coña —suelta mi exmarido, y siento una alegría tremenda—. No pienso asociarme contigo. Intentarás arrollarme en el trabajo como haces en todos los lados.

—¡Jackson Herbert Emery! Eres un desagradecido. Sabes que tengo veinticinco años más de experiencia que…

—¡Me da igual! —interrumpe Jackson. Está de racha. Creo que nunca lo he visto tan enfadado—. No vamos a ser socios. Jamás. Y Hailey no se va a ningún lado. Deja de mangonearla. Y deja de mangonearme a mí. ¡Y no vamos a alquilar el local tan caro de Bridle Path! ¡Olvídalo de una vez!

Está rojo como un tomate; empieza a preocuparme.

Agarro una carpeta del escritorio y le abanico.

—Respira, Jax.

El señor Emery me fulmina con la mirada, me quita la carpeta de la mano y la lanza contra la pared.

A continuación, abre la puerta con tanta fuerza que los papeles de la carpeta se desparraman por el suelo y se marcha. Parece que acaba de pasar una tormenta por mi despacho. Supongo que es así.

—Vaya —digo al cabo de un momento, todavía intentando recuperarme del *shock*—. No hacía falta que te pusieras así.

—Pues sí —dice, dejándose caer en una silla—. Lo tendría que haber hecho hace tiempo, como cinco años antes. Y me disculpo por haber tardado tanto. No puedo permitir que insulte a mi mejor amiga.

De repente se me hace un nudo en la garganta.

—¿Tu mejor amiga?

—¡Pues claro! Por el amor de Dios, Hails, nos conocemos desde que teníamos seis años. Puede que no estemos hechos para ser amantes, pero estoy convencidísimo de que estamos hechos para ser amigos.

—Y… —Me aclaro la garganta para intentar sonar informal—. ¿Socios de negocios?

Levanta las manos.

—Pues claro que sí. De lo contrario, qué hemos hecho estos últimos cinco años. —Se le arruga la frente—. No creerás en serio que quería comprarte tu parte, ¿no? Es una locura.

Oh, mierda. Se me llenan los ojos de lágrimas porque sí lo pensaba.

—¡Hailey! —Pega un bote en la silla, rodea el escritorio y se acerca a mí—. Madre mía, Hails. —Me rodea con sus brazos delgados—. ¡No quiero que te vayas! Joder. ¿Crees que me apetece dirigir la empresa yo solo? ¿Qué tendría de divertido?

Contengo lo que podría haber sido un sollozo.

—Oí a tu padre decirlo hace meses y pensé que a lo mejor te lo estabas planteando.

—Te juro que es la peor idea que he oído en mi vida. Ni soñarlo.

—Ni de puñetera coña —digo con una especie de risa mezclada con hipo—. Se lo has dejado clarísimo con el «puñetera».

—Cállate, anda —murmura Jackson, pellizcándome—. Así soy cuando se me va la olla.

Suelto una risita.

Él hace lo mismo.

—Creo que este año toca desmelenarse.

—Sí. Es lo mejor. —Me sonríe con un gesto un poco torcido. Me resulta tan familiar que me duele el corazón—. Tú estás, eh, desmelenándote con un jugador de *hockey.* ¿Puedo sacar el tema un momento?

—Claro. Y todo va sobre ruedas. La semana que viene tenemos una actividad, se llama «patina en familia». Iré a patinar con todo el equipo.

Me estrecha el hombro.

—Suena genial.

—Y tú te desmelenas con… —De repente recuerdo los juguetes sexuales que encontré en aquella caja—. Eh, me alegro de que… lo pases bien con Melinda.

Se incorpora y se sienta en el borde del escritorio.

—Es atrevida —dice, y se ruboriza hasta las orejas.

—Me… alegro —respondo, conteniendo una risa—. Las esposas…

—Más vale que no volvamos a sacar el tema.

—¡Vale! Mejor que hablemos de las promociones de primavera. Serán una pasada.

—De lo más primaverales —asiente.

—En colores primaverales como el… estampado de leopardo rosa.

—¡Hailey!

Los dos rompemos a reír una vez más.

CAPÍTULO 23

Ha venido mucha gente



MATT

—¡Blakey! ¡Hemos llegado!

Me encojo ante la llegada atronadora de la madre de Blake Riley. Mientras todos y cada uno de los presentes en la pista se giran hacia ella, la señora Riley se pone unos patines negros desgastados, agita los brazos y sale volando hacia su hijo, que está apoyado en las vallas con Jess y Jamie Canning.

—¿Has traído tapones para los oídos? —susurro a Hailey, que se acerca patinando por mi izquierda. Su mano enguantada se entrelaza con la de June, yo llevo a Libby cogida a la mía.

—Shhh —me regaña Hailey—. Es una mujer encantadora.

No digo lo contrario. Pero la señora Riley también tiene la particularidad de ser la mujer más ruidosa del planeta y, probablemente, de toda la galaxia. Lo compensa siendo nuestra mejor hincha. O, como mínimo, compite con Hailey por ese puesto. Creo que son las personas más obsesionadas con el *hockey* que he conocido en mi vida.

Esta mañana, no hay palos ni discos en la pista, solo gente. El equipo está organizando un evento benéfico para tres organizaciones de Toronto: dos que ayudan a jóvenes de la ciudad en riesgo de exclusión y otra para el hospital infantil.

Esto último significa que no podemos estar todos en la pista al mismo tiempo. Muchos niños están demasiado enfermos para patinar, así que se quedan abrigados en las gradas, bajo los calefactores. Mis compañeros los sacan a la pista, de dos en dos, en trineos y los arrastran para que sientan lo divertido que es deslizarse por la superficie resbaladiza.

Will O'Connor se acerca a mí con la cuerda de un trineo alrededor de la cintura. Arrastra a un niño de edad indeterminada. Un gorro cubre lo que creo que es una cabeza calva, y el chico tiene las piernas mucho más largas que las de mis niñas, aunque el pobre parece pesar lo mismo que ellas, que van a preescolar. Aun así, sonríe de oreja a oreja mientras O'Connor pasa frente a nosotros, deslizándose como un oso polar. Incluso canta. Al parecer, la alegría se ha contagiado a todos, incluso a nuestro jugador mujeriego residente.

Mientras los niños esperan su turno, otros compañeros patinan frente a las gradas, luciéndose. Los selfis y las firmas vendrán después.

De momento, disfruto del frío en mis mejillas mientras patino con mis tres chicas favoritas. Este es un evento privado para jugadores, sus familias y los niños de las organizaciones benéficas, además de algunos miembros de la prensa previamente seleccionados. De los actos obligatorios, este es mi favorito: sin traje de pingüino, sin engreimiento y con mucha diversión.

—¡Ha venido mucha gente!

—Qué chillona —susurra Libby, mirándome con los ojos muy abiertos.

Me río por lo bajo.

—Ya te digo.

—¿Quién es la chica que patina con Jess? —pregunta Hailey curiosa, tocándome el brazo.

Sigo su mirada hacia la adolescente risueña y vibrante que está con la novia de Blake.

—Ostras. Creo que es Leila —digo sorprendido cuando la reconozco—. ¿Recuerdas que Jess nos dijo que había trabajado en la planta de oncología pediátrica como parte de su programa de Enfermería? A esa chica la conoció allí. Riley dijo que la niña estuvo seriamente enferma mucho tiempo, pero ahora está en remisión.

Los ojos de Hailey se humedecen mientras mira a la bonita adolescente. Me encanta lo sensible que es, lo mucho que le importa la gente, incluso los desconocidos.

—¡Papá! —interrumpe Libby—. ¡Vamos a patinar!

Le sonrío desde arriba.

—Claro. ¿Qué te parece si echamos una carrera hasta las vallas?

Su expresión se ilumina.

—¡Vale! Uno… dos…

La pequeña sale disparada antes de contar hasta tres y finjo gruñir enfadado mientras su cuerpo envuelto en una chaqueta rosa vuela sobre la superficie brillante. Aun así, ambos sabemos que la dejo ganar. Cuando se trata de mis hijas, perdería cualquier día de la semana con tal de hacerlas sonreír.

Aunque yo patine a cámara lenta, Libby no es mucho más rápida. Tiene las piernas cortas, pero gran determinación. Sus brazos se mueven con fuerza mientras coge velocidad. Reduzco el ritmo todavía más, espero hasta que está a un metro de las vallas y entonces finjo que patino a toda velocidad.

—¡Eres rápida! —Llego a ella diez segundos después, jadeando como si apenas pudiera respirar—. ¿Cuándo te has vuelto tan rápida?

Ella me mira con una sonrisa pícara.

—Cuando cumplí cuatro años.

Se me escapa una risa. Qué divertidas son mis hijas. Hailey y June patinan perezosamente hacia nosotros y la naturaleza de mi

sonrisa cambia. June lleva la misma chaqueta que Libby, pero en color morado brillante, y Hailey un jersey de lana gris con unos vaqueros ajustados y una bufanda roja gruesa alrededor del cuello. Está guapísima.

A veces todavía me cuesta creer que sea mía. Y que estuviera a punto de lanzarlo todo por la borda. Aún me avergüenza haberme perdido la ceremonia de entrega de premios y me siento culpable por no pasar todo el tiempo que me gustaría con ella. Pero conseguimos que funcione. Nos mensajeamos mucho, nos vemos siempre que estoy en casa, e incluso hemos hablado de que vaya a Dallas la próxima semana para el partido fuera de casa. El vuelo de regreso del equipo sale la tarde del día siguiente, así que eso nos daría toda la noche y gran parte de la mañana para hacerlo como conejos.

—Matt… —Hay un tono de advertencia en la voz de Hailey.

La miro y me doy cuenta de que ha leído mis pensamientos sucios. El brillo travieso en sus ojos lo confirma.

—¿Qué? —parpadeo inocentemente.

—Nada —responde, pero luego se acerca y me susurra al oído—. Hoy es el día familiar de patinaje, no el de desnudar a Hailey con la mirada.

—¿No puedo hacer las dos cosas?

—¿Las dos cosas? —Will O'Connor, esta vez sin trineo, frena como un experto delante de nosotros y me rocía con pedacitos de hielo.

—Pero serás c… conejo. —Me contengo justo a tiempo.

En lugar de reñirme por la palabrota improvisada, él levanta las manos frente al pecho como si fueran patas de conejo y comienza a saltar igual que un conejito en patines. Es lo más tonto que he visto en mi vida, pero, naturalmente, mis hijas lo encuentran desternillante. Hasta Hailey se ríe. Parece ser que O'Connor tiene un don con las mujeres de todas las edades.

—Nunca habría dicho que se te dieran bien los niños, O'Connor —digo.

—¿No? —Deja de saltar y hace un giro divertido—. Soy inmaduro. Lo sabe todo el mundo. Me sorprende que te sorprenda.

—Tienes razón.

—¡Tengo que ir al lavabo! —anuncia June—. ¿Tengo que quitarme los patines?

—Por suerte, no —digo; hay una alfombra de goma negra hasta los vestuarios.

—Yo me encargo —se ofrece Hailey—. Así aprovecho el viaje y tú puedes seguir perdiendo carreras contra Libby.

Mi otra hija mira a Hailey con una sonrisa.

—¡Soy más rápida que papi!

—¡Lo he visto! —Hailey revuelve ligeramente el cabello a Libby—. Si sigues así, a lo mejor algún día te conviertes en jugadora de *hockey* profesional.

—No —niega Libby, desviando la mirada más allá de Hailey—. ¡Quiero ser eso!

Seguimos su mirada hasta el otro extremo de la pista. Allí, una joven con mallas negras y un suéter verde brillante se ocupa de entretener a los niños que esperan. No la reconozco. Apoya un pie y barre con un círculo hacia atrás; luego planta la punta del otro y salta en el aire, dando al menos dos vueltas completas antes de aterrizar perfectamente sobre el hielo.

Silbo entre dientes.

—Qué movimientos.

—Tengo mucho pipí —protesta June, cruzando las piernas.

Hailey se alerta.

—Perdón, Junebug. Me he distraído con la chica guapa. Vamos al baño.

Observo cómo Hailey se lleva a mi hija y el corazón casi se me sale del pecho. Es muy buena con mis peques. Y para ellas.

No me extraña que a Kara no le guste Hailey. Mi ex se ha dedicado a darme la brasa sobre lo inapropiado que es que Hailey pase tanto tiempo con ellas. Peor aún, ha intentado quitarnos

tiempo con las niñas. De hecho, estaba totalmente en contra de que vinieran patinar hoy, alegando que era «peligroso».

Le he dejado claro que los dueños del equipo no iban a entregar palos de *hockey* a todos los niños para que se dieran de leches. Por el amor de Dios, este evento es para niños vulnerables. Al final, Kara se ha calmado y ha accedido, aunque ha puesto una expresión bastante desagradable al enterarse de que Hailey también venía.

Últimamente he tenido que contenerme para no discutir con ella. El novio de Kara pasa todavía más tiempo con mis hijas, y no me quejo. Además, Kara no tiene ningún derecho a hablar de lo que es apropiado o no. Me puso los cuernos. O al menos es probable que lo hiciera. He intentado no pensar en ello: los almuerzos semanales de Kara con Dan el dentista, que empezaron mucho antes de que firmáramos los papeles del divorcio…

—¡Papá! ¡Vamos a correr otra vez! —suplica Libby.

Una sonrisa indulgente me curva los labios.

—Por supuesto, Libby-Lu.

Así que repetimos la misma rutina: Libby hace trampa para sacar ventaja y yo finjo que no sé cómo mover las piernas sobre los patines.

—Le sale de dentro —dice Wes, acercándose—. ¿Has pensado en apuntarla a clases de *hockey?*

—Creo que le interesa más el patinaje artístico. —Otra vez, los ojos de Libby están fijos en la guapa morena que hace piruetas elegantes. —¿Quién es, por cierto?

—¿Recuerdas que Hal dijo que íbamos a tener una nueva entrenadora de patinaje? Es ella.

—¡No puede ser! —Me resulta muy divertido. A la mitad del equipo se le caerá la mandíbula, porque la chica es impresionante. Y la otra mitad se opondrá a que una entrenadora de patinaje artístico, y mujer, nos diga qué hacer—. Va a ser interesante.

—Sí, ¿verdad? —se ríe Wes.

Mientras observamos, un chico al que nunca había visto sale al hielo y la agarra de la mano. Hacen un arco elegante de cruces hacia

atrás; luego ella se acerca y él la levanta en el aire y la lanza. Los niños aplauden cuando aterriza sobre un pie y se desliza hacia atrás como si fuera lo más sencillo del mundo.

—¡Papá! ¡Yo quiero que hagamos eso! —grita Libby, tirando de mi mano—. Lánzame, ¿vale?

—No te voy a lanzar. —Wes se ríe de mi niña intrépida.

—¿Por qué?

—Lo primero, porque mamá se pondría hecha una furia…

Pero no me escucha. Libby ignora mi aburrida explicación de adulto y se lanza a patinar en círculos tan rápido como puede. Extiende los brazos e intenta girar, pero se enreda con los pies y cae de bruces.

—¡Cariño! —digo con voz fuerte—. No…

—¡Estoy bien! —responde, levantándose con rapidez. Vuelve a patinar en círculos, ganando velocidad, y su pelo ondea bajo el gorro de lana—. ¡Mira qué rápido!

Wes y yo lo vemos en cámara lenta. Libby patina tan de prisa que sus patines blancos levantan partículas de hielo hasta que uno de los trineos se cruza en su camino. No se detiene. Abro la boca para avisar justo cuando ella se dirige a las cuerdas entre mi compañero Lemming y el trineo del que tira.

Libby choca con las cuerdas y me preparo. En lugar de rebotar hacia atrás, las salta por encima. Se me sube el corazón a la garganta cuando su cabeza se inclina hacia el hielo. Pero la niña sigue girando y en lugar de aterrizar de cabeza, aterriza sobre el costado. Está hecha un ovillo sobre el hielo, pateando y gritando más fuerte que la madre de Blake Riley en un partido en casa.

El miedo y la adrenalina se apoderan de mí y me impulsan a actuar. Salto y corro hacia mi pequeña. La recojo del hielo antes de que Lemming pueda siquiera girar el trineo y mirarnos.

—¡Dios mío! —grita mi compañero—. ¿Qué ha pasado?

No es culpa suya, por supuesto. Ni siquiera contesto. Estoy demasiado ocupado revisando la cara llorosa de Libby.

—¿Dónde te duele? —le pregunto.

—El…brazo… —llora.

Y joder, los brazos no deberían doblarse como el suyo. Es como una parodia de un brazo roto.

Antes de pensar cómo solucionar las cosas, se me pasan dos ideas por la cabeza: «Espero que mi hija no vea llorar a su padre», y «Kara me va a matar».

CAPÍTULO 24

Por los radiadores



MATT

—¿Qué le has hecho a nuestra hija?

Me preparo cuando la acusación cargada de terror de Kara retumba en la sala de espera del hospital. El sonido de los tacones de sus botas altas se acerca impacientemente por el suelo de linóleo. Detrás de ella va Dan el dentista, que apenas le sigue el ritmo. Miro hacia la otra esquina de la sala de espera, donde están sentadas Hailey y June. Comparten una bolsa de M&M's de cacahuete y hojean una revista juntas.

—Kara —digo con un tono de advertencia. Ella hace caso omiso—. No te pongas nerviosa.

—¡Claro que me pongo nerviosa! —grita—. La dejo contigo dos míseras horas y…

—Basta. —La corto. Levanto la voz más de lo que querría y varias cabezas se vuelven hacia nosotros. Ignoro que tenemos público y miro a Kara, la observo. Lleva un modelito impecable, como siempre, pero tiene los ojos enrojecidos y una mueca de nervios le frunce los

labios. Está hecha polvo—. Sé que te has asustado —digo en voz baja—. Pero no le pasará nada a Libby.

—Es la última vez —sisea—. Te advertí que no era buena idea…

Levanto la mano.

—No. Ni se te ocurra fingir que soy una canguro incompetente y que no sé cuidar de mis hijas. Soy su padre y a veces estas cosas pasan.

—A mí no —suelta Kara.

«Cruza los dedos, pedazo de…». Respiro hondo y busco en mi interior, muy en el fondo, la poca paciencia que me queda. Puedo enfrentarme a cualquier rival, ponerme delante de un gorila de metro noventa con patines y mantener la calma. Pero Kara me vuelve loco. Y no para bien.

—Espera a que te diga lo que sé, ¿vale?

—¿Lo que sabes? —grita—. Tú no sabes nada. No van a volver a ninguno de los eventos del club.

Estos últimos meses, me ha costado mucho ser cordial con Kara. He intentado olvidar la mala temporada que llevamos. Sin embargo, al oírla imponer cosas de ese modo, sé que tengo que zanjar el tema.

—Basta. —La palabra retumba como un trueno—. Estoy harto de que te hagas la digna. Estoy harto, Kara. —Varias cabezas más giran hacia nosotros. No quiero montar una escena, aunque Kara esté dispuesta a hacerlo. Bajo la voz—: No te rebajes de esta manera. Si soy una mierda de padre, ¿por qué te preocupas primero por mí? Si hubiera sido al revés y yo hubiera tenido que venir corriendo al hospital, habría preguntado primero «¿Cómo está Libby?», pero, claro, tú no, ¿verdad? Primero me atacas. Primero me desafías en lugar de calmarte para que te pueda explicar que ahora mismo le están haciendo una radiografía a Libby.

Mi exmujer traga saliva e intenta mantener la compostura.

La observo y me doy cuenta de que por fin lo veo todo con claridad.

—¿Sabes? No eres mala madre, aunque ahora mismo te estas comportando así. Llevas tanto tiempo metida en este papel que ya ni siquiera pareces tú. «Culpa a Matt». «Demoniza a Matt». Así no tienes que pensar en por qué quisiste el divorcio.

Abre los ojos como platos y se le ruborizan las mejillas.

—Sí, lo sé. Ya hablaremos de eso muy pronto.

Al sentir que se avecinan problemas, Dan el dentista se acerca con los ojos entrecerrados.

—¿Qué te parece si te guardas las amenazas para otro momento?

Ahora mismo no quiero verle la cara, así que pierdo el control.

—¿Qué tal se te da a ti dejar las cosas para otro momento? —espeto con la misma frialdad.

Parpadea, no entiende qué quiero decir. Pero Kara sí. Siempre ha sido una mujer inteligente. Empieza a abrir y cerrar la boca como un pez.

—Dime una cosa —insisto—. ¿Cuántos viernes fuiste a comer con mi esposa antes de que yo supiera que quería el divorcio?

Dan también se queda boquiabierto. Son dos gotitas de agua, como diría Blake. Pero Kara se ha sonrojado y él ha empalidecido.

—Yo… yo… eh… —No consigue ni juntar dos palabras.

Sonrío, pero sin un ápice de amabilidad.

—Me lo temía. ¿Me pusiste los cuernos? —le pregunto a Kara—. Si quieres hablar de todos mis defectos aquí, en la sala de espera, ¿por qué no sacamos a relucir también los tuyos?

—¡No! —exclama.

—¿De verdad? —Alzo la voz más de lo que me gustaría—. No sé si creérmelo. ¿Quién va a comer todas las semanas, durante meses, con un amigo del sexo opuesto y no lo menciona? Me mentiste, Kara. Dijiste que los viernes ibas a ver a los abuelos.

—Yo… —Le tiembla la voz del llanto—. Mentí, pero no ocurrió así.

—¿No? ¿Cómo ocurrió? —espeto. Veo que Hailey coge a June y se la lleva hacia los ascensores. Cuando se aleja, asiente con la cabeza por encima del hombro para asegurarme de que la niña está bien. Las veo desaparecer por el pasillo y eso me tranquiliza.

—Eran solo… comidas —susurra Kara—. Ya lo hablaremos luego.

—¿Cuándo? Ha pasado mucho tiempo. Siempre he creído que yo tenía la culpa de nuestro divorcio y que soy un mal tío al que nadie querrá nunca. Eso es lo que has conseguido.

Se cubre la boca con la mano y dos lagrimones le caen por las mejillas.

—Y tú, mientras tanto, te culpas por enamorarte de otra persona y no dejas de echarme mierda a mí. —Fulmino al dentista con la mirada, porque me da la gana—. De lo contrario, no sabrías gestionar el sentimiento de culpa.

—Lo siento mucho —responde llorando desconsoladamente—. No quería hacerte daño.

—Pues vaya modo de demostrarlo —digo, aunque no con crueldad. De repente, la ira se va desvaneciendo, como cuando un coche se queda sin gasolina: va a toda velocidad y de pronto empieza a dar tirones hasta que se detiene.

—No pasó nada entre nosotros —dice Dan, que ha decidido defenderse—. Quiero que sepas que no le puse una mano…

—Dejadlo. Sois unos cobardes los dos. Nos podríamos haber ahorrado mucho sufrimiento si hubierais sido honestos desde el principio.

—Lo siento. Lo siento mucho —balbucea Kara.

La puerta doble que he estado vigilando se abre de golpe y Libby aparece en una silla de ruedas, que empuja una enfermera con un pijama de ositos de peluche.

—¡Mami! —grita Libby—. ¡No llores! Me van a poner una escayola rosa y la gente podrá firmármela con un permanente. ¿Tenemos permanentes? ¿Qué son los permanentes?

Veo que mi ex se recompone rápidamente, de ese modo tan peculiar propio de las madres. Sonríe de oreja a oreja y se pasa la palma de la mano por las mejillas.

—¿De qué tono de rosa? —le pregunta a la niña—. Los permanentes son rotuladores y podemos comprar algunos de camino a casa.

—¡Me han tenido que cortar la camiseta! He sido muy valiente.

—Creo que eres la niña más valiente del mundo —dice Kara, y una nueva oleada de lágrimas le moja el rostro—. ¿Puedo acompañarte cuando te pongan la escayola?

—¡Claro! —exclama Libby—. Papi estaba conmigo, pero no lo han dejado entrar en la sala de rayos X por los radiadores.

—Por la radiación —corrige la enfermera conteniendo una sonrisa —. Acompáñeme por aquí, señora Eriksson.

—Yo voy a buscar a June —digo.

Kara se da media vuelta.

—¿Dónde está?

—Con Hailey y tienes que ser más amable con ella —le ordeno, aunque no sea el momento. Pero por fin estoy recuperando mi poder. Esta mujer me ha controlado demasiado, durante demasiado tiempo.

—Os iremos a buscar —dice Kara, avergonzada.

—De acuerdo.

La enfermera, Libby y Kara desaparecen por detrás de la puerta doble y me dejan a solas con el dentista.

—Solo quiero decir… —Comienza.

—Ni se te ocurra. Tengo que encontrar a mi hija y a mi novia.

Me alejo caminando y me da absolutamente igual lo que piensen los demás. Voy a buscar a mis chicas.



HAILEY

—Está muy calvo —dice June, señalando al último bebé de la fila.

—Es una niña —le explico—. Lo pone en el cartelito. ¿Cómo quieres que la llamemos? Te toca empezar a ti.

—Mmm —responde la niña. La cambio de posición para descansar un poco la cadera. Tengo que llevarla en brazos para que pueda ver el interior de la sala de neonatos y así seguir jugando—. Jenny.

—Ya has puesto ese nombre a otro bebé. A aquella niña. —Señalo la cuna de la última fila.

—Puede haber dos Jennys. En mi clase hay dos Ashleys.

—Tienes razón, pero vamos a pensar en otro nombre. No me parece que tenga pinta de Jenny.

—¿No? —June frunce el ceño, concentrada, mientras examina a la niña—. Tienes razón. No es Jenny.

—Vale. ¿Qué te parece George? —sugiero.

—¿Qué? —grita June, sorprendida—. Pero si es nombre de chico.

—Georgia es nombre de chica.

—Pero Georgia ni siquiera tiene equipo de *hockey* —dice June con cierto desprecio, y no puedo evitar reír. A veces las hijas de Matt hablan igual que él y es algo que me mata, siempre.

Hablando del rey de Roma. Matt aparece por el otro lado del pasillo con el móvil en la mano. Le he mandado un mensaje diciéndole dónde estábamos para que no se preocupara. Me mira y me sonríe y mi interior se derrite. No porque sea guapo, aunque está para mojar pan, sino por cómo me mira: como si hubiéramos contado un chiste y fuéramos las únicas personas del mundo que supieran el final.

Me mira como si me quisiera.

Me cuesta mucho recordar que estoy enfrascada en una conversación con June.

—¿Qué te parece Henrietta? —pregunto.

—No. Se parece demasiado a Henry.

—¿Anne Marie?

—Meh.

—¿Belcebú?

—¡Hailey! —La cría rompe a reír.

—¿Hepzibah? ¿Zebedee?

—Jeanmarie —prueba June.

—Se parece mucho a Jenny.

—Lo siento —responde y yo me río por la nariz—. ¡Papi! —exclama al ver a Matt—. Estamos poniendo nombre a los bebés.

—Muy bien. Supongo que los habéis llamado Matt a todos, ¿no?

—No. —June mueve las piernas y me cuesta sujetarla.

Matt alarga los brazos hacia su hija y la levanta con un gesto limpio.

—Deberían llamarse todos Matt. Hasta las niñas.

—Papi…

—Tú en realidad te llamas Matt. ¿Lo sabías? Y tu hermana también. —Me rodea con el brazo mientras le toma el pelo a su hija —. Pero te llamamos June para no confundirnos.

Apoyo la cabeza sobre su hombro y sonrío. Un pensamiento me asalta mientras escucho su voz grave y masculina hablando con June. Si tuviera un bebé, ¿qué nombre le gustaría a Matt? «Uf, alto», me digo. «No es el momento».

De hecho, el momento ni siquiera está cerca. A otra cosa.

—¿Cómo está Libby? —pregunto.

—Le están poniendo una escayola y va dando órdenes a todo el mundo. —Me da un beso en la mandíbula—. Siento que hayamos pasado este día de… —Se interrumpe.

—¿De mierda? —pregunta June.

La regaña:

—Junebug…

La niña parpadea con inocencia.

—¿Qué?

—No pasa nada —lo tranquilizo. Puede que no haya sido como esperábamos, pero por extraño que parezca, llevo unos días feliz y relajada. Casi ni me reconozco—. ¿Te gusta Mandy? —le pregunto a June.

Ella mira al otro lado del cristal.

—Lo pensaré —dice después de una pausa larga y seria.

Nos quedamos allí poniéndoles nombre a los bebés y no se me ocurre ningún lugar mejor en el mundo.



Al cabo de un tiempo, Matt lleva a June al cuarto de baño y entonces aparece Kara. Cuando se acerca, me mira fijamente y recuerdo que Matt al final le ha soltado lo de las citas de los viernes. He oído que empezaban a discutir y he cogido a June en brazos para poner algo de distancia.

A mí no me importa que Matt se lo haya soltado, ya se lo dije, pero ahora mismo no me apetece discutir con ella, en un hospital.

Aunque puede que no tenga elección. Se acerca caminando hacia mí con paso decidido. Se echa el pelo bonito a más no poder hacia atrás con un gesto de la mano.

—Hailey —dice con un tono decidido.

«Prepárate».

—Gracias por tu ayuda.

Parpadeo. Un momento, ¿qué ha dicho?

No añade nada más, así que al final consigo decir:

—Solo los he acompañado al hospital.

—No, me refiero a cuando estábamos en la sala de espera —dice con un tono de derrota, aunque supongo que es como uno se debe de sentir cuando la expareja lo confronta con una posible infidelidad —. Te has llevado a June a la máquina expendedora cuando Matt y yo… —Se le apaga la voz.

—¿Discutíais?

Asiente ligeramente.

—Te agradezco de corazón el gesto. Nosotros siempre procuramos no gritar delante de las niñas, pero la situación se nos ha ido un poco de las manos.

Me encojo de hombros.

—No te preocupes, me encanta estar con las niñas.

—Y a ellas estar contigo —responde. Cuando alzo las cejas, añade con un tono rencoroso, como si decirme eso fuera lo que menos le apeteciera en el mundo—: A Elizabeth le encantan las trenzas que le

haces. Y June dice que pones unas voces muy divertidas cuando les lees cuentos antes de acostarlas.

Siento un cosquilleo cálido en el estómago. No sé por qué, pero me gusta oír que las hijas de Matt hablan de mí cuando están con su madre. No quiero usurpar su puesto, pero eso significa que me consideran parte de su familia. Ostras, de verdad espero que sea así, porque me he enamorado de las gemelas casi tanto como de su padre.

—Ya te he dicho que me gusta estar con ellas. —Miro a mi alrededor en el pasillo vacío—. ¿Dónde está tu novio?

Arruga la frente incómoda.

—Le he pedido que se fuera. No hacía nada aquí. —Kara duda un momento—. Supongo que ya sabes lo de…

Es evidente que no quiere terminar la frase y me apiado de ella al no obligarla a hacerlo.

—Sí —contesto cuidadosamente.

—Nunca le he sido infiel —susurra.

No respondo.

—Físicamente, no —añade—. Dan y yo fuimos novios en el instituto y rompimos al empezar la universidad. Cuando lo vi en la reunión de antiguos alumnos… —Niega con la cabeza—. No tenía ninguna intención de que pasara. —Entonces me mira con los ojos cargados de culpa y, jopé, ahora siento más que lástima, una empatía genuina.

Como pueden demostrar las novias y esposas de los jugadores del equipo, hay mujeres que no están hechas para el estilo de vida del *hockey.* Algunas, como Katie, Jess y Estrella son de acero. Pueden soportar las ausencias prolongadas porque el tiempo que pasan separadas de sus maridos consiguen que el que están juntos sea mejor. Hay otras, como Kara, que se amargan, se vuelven celosas y acaban buscando apoyo en el lugar equivocado. O en la cita equivocada.

No pienso que Kara sea mala persona. Creo que la culpa que sentía la impulsó a atacar y responsabilizar a Matt, porque no

soportaba el peso de sus acciones. Sin embargo, le hizo mucho daño y estaría loca si la dejara irse de rositas.

—Los cuernos emocionales siguen siendo cuernos.

Se muerde el labio inferior.

—Lo sé.

—Tienes que hablar de esto con Matt, Kara, y disculparte. Lo que ha ocurrido hoy en la pista ha sido un accidente, que podría ocurrirle a cualquiera, y él no ha tenido la culpa. Libby se podía haber roto el brazo cayéndose de las barras del parque al que la llevas. De hecho… —Hago una pausa intencionada—. Justo el otro día, June me dijo que se cayó de las barras en el parvulario. No se rompió nada, pero podría. ¿Le echaste la bronca a la profe?

Vuelvo a ver un atisbo de culpabilidad en su mirada.

—Ya lo he entendido, Hailey.

—Espero que sí. Porque Matt no se merece la bronca de antes.

—Lo sé —dice con un tono cargado de vergüenza—. Le pediré perdón, de verdad. Pero… —Baja la mirada a sus zapatos de tacón caros—. No sé qué decir ni cómo explicarme.

—Pues tendrás que darte prisa. —Y señalo con la barbilla hacia el pasillo.

Sigue mi mirada y ve que Matt se acerca con Libby en brazos y June caminando a su lado.

—¡Chicas! —digo alegremente—. Sé que tenéis muchas ganas de que nos vayamos de aquí, pero vuestros padres tienen que hablar un momento. ¿Qué os parece si los esperamos en la cafetería y comemos algo?

Kara me fulmina con la mirada.

—Sin gluten —añado rápidamente a la vez que intento contener una sonrisa.

Deja caer los hombros una vez más, vencida.

—Muy bien, niñas, id con Hailey. Nosotros bajamos en un momento.

Matt deja a Libby cuidadosamente en el suelo y yo le cojo una mano a cada una. Matt me mira con una mirada misteriosa,

sintiéndose un poco traicionado, pero sé que hago bien en provocar una conversación con la anterior señora Eriksson para que solucionen sus asuntos. Matt y Kara ya no se aman, pero tampoco se odian. Y aunque se odiaran, comparten dos hijas maravillosas a las que quieren y que se merecen unos padres que tengan una relación cordial.

Creedme, como hija de una mujer que se dedicaba a despotricar contra mi padre ausente, sé de primera mano qué significa tener padres tóxicos.

Así que me limito a mirar a Matt con una sonrisa de ánimo y me llevo a las niñas hacia los ascensores.

CAPÍTULO 25

Pulgares oponibles



MATT

—¿Es Libby otra vez?

Oigo la sonrisa en la voz de Hailey, que se acurruca cerca de mí. Solo son las nueve de la noche, pero hemos tenido un día muy largo, así que hemos decidido acostarnos pronto. Para sorpresa de nadie, en cuanto nos hemos metido debajo de las sábanas, se nos ha olvidado que queríamos dormir y hemos decidido follar como conejos. Ahora que estamos calentitos y desnudos en mi enorme y cómoda cama, no se me ocurre ningún lugar mejor donde estar.

—Sí —digo con una risita al oír el mensaje que me acaba de dejar mi hija. El tercero de la noche—. Quiere saber si Rufus le podrá firmar la escayola cuando venga la semana que viene. —Empiezo a escribir el mensaje—. ¿Cómo le explicas a una niña de cinco años que los perros no tienen pulgares oponibles?

—Anda, dame. —Hailey se sienta en la cama y la sábana le resbala por el suave hombro. Coge el móvil, escribe algo y me lo devuelve.

Ha escrito: «¡Claro que sí!».

Suelto un gruñido.

—Qué bien que vayas prometiendo cosas en mi nombre, Hottie. Ahora tengo una semana para enseñar al perro a usar un rotulador.

Ríe.

—Confío en ti. Además, sabes que soy incapaz de decir que no a tus hijas. Son demasiado monas.

La miro seriamente.

—Pues más vale que vayas aprendiendo. Si alguna vez tenemos hijos, no quiero ser yo siempre el malo y tú la buena porque no se te dé bien la disciplina.

Hailey se queda helada y me doy cuenta inmediatamente de lo que he dicho. Tener hijos. Ella y yo. Bueno… vaya. No me puedo creer que mi cerebro haya pensado en algo así, aunque, sinceramente, no me importa.

—Tú… ¿quieres tener más hijos? —me pregunta lentamente.

Me siento yo también y me cercioro de que las sábanas me cubran el paquete. De repente, esta conversación se ha puesto muy seria.

—Sí. —Decido ser totalmente sincero—: Por lo menos dos más.

Alza las cejas oscuras.

—Dos más.

—Sí. —Siento que el cuello me empieza a arder—. Siempre he querido, eh, cuatro hijos.

—Cuatro hijos.

—Sí. O cinco.

—O cinco.

—Sí. —Finjo que no me mira fijamente como si me hubiera salido bigote—. Yo soy hijo único —explico en voz baja—. De niño siempre quise tener un hermano o hermana. La mayoría de mis amigos tenían uno o dos, pero Cody tenía dos hermanos mayores y dos hermanas menores. Cada vez que iba a su casa a cenar, aquello era un caos total. —No puedo evitar sonreír—. Me encantaba. Siempre he querido algo así. Kara y yo… —Me detengo un segundo, porque se me hace raro hablar de mi ex cuando estoy en la cama con otra

mujer—. Queríamos más hijos —admito—. Pero nos costó mucho que se quedara embarazada de las niñas y se le complicó el parto, así que la doctora le recomendó que no tuviera más. Al cabo de un año se ligó las trompas.

—Vaya —responde Hailey—. No tenía ni idea.

—Imagino que por eso las sobreprotege, porque son todo lo que tiene, ¿sabes?

—Lo entiendo. —Se queda en silencio durante tanto tiempo que me pregunto si va a decir algo más. Cuando por fin habla, el cambio de tema me coge desprevenido—. ¿Se ha disculpado Kara cuando os he dejado solos en el hospital?

—Sí. Me ha reconocido que era verdad lo que yo decía, que no quería seguir casada conmigo, pero que nunca se imaginó divorciada.

—Así que te culpó a ti.

Me paso una mano por la frente y me pregunto por qué ha decidido sacar este tema ahora.

—Sí, cariño. Pero no pasa nada. Estoy bien.

—Tan bien que quieres tener tres hijos más.

Asiento y escudriño sus preciosos ojos azules.

—¿Intentas evitar la conversación? Dijiste que querías tener hijos en algún momento con Jackson.

—Así es. —Se acerca un poco más a mí y apoya la cabeza sobre mi hombro. Su pelo sedoso me acaricia el cuerpo desnudo y un escalofrío me recorre la columna vertebral.

—¿Y todavía quieres?

—¿Con Jackson? No. Estamos divorciados.

Alargo la mano y le tiro suavemente de un mechón de pelo.

—Listilla. Ya sabes a qué me refiero.

Me ofrece una sonrisa descarada antes de que su expresión se vuelva seria.

—Sí, por supuesto que quiero —dice con un hilo de voz—. Y me parece que estás sugiriendo que los tengamos juntos.

—¿Y eso te da miedo?

Parpadea.

—No, me hace muy feliz. Pero quiero saber si lo dices en serio.

La agarro por las caderas y tiro de su cuerpo desnudo hacia el mío.

—No bromeo, Hottie. Si crees que puedes, me encantaría formar una familia contigo.

Ella suspira y su respiración se entrecorta un poco.

—Dos o tres niños suena de maravilla, Matt.

No puedo explicar la felicidad máxima que siento en el pecho. Ni la erección instantánea que me producen sus palabras. Parece que la idea de embarazarla me pone cachondo. Bueno, todo lo que tiene que ver con esta mujer me pone.

La beso antes de darle tiempo a decir nada más. Ella suelta un gritito de sorpresa, pero mi chica siempre sabe estar a la altura. En cuestión de segundos, su lengua acaricia con ansias la mía, como si quisiera lamer hasta el último rincón de mi boca. Es un beso pasional, gruñimos, y al cabo de unos minutos, la tumbo y me pongo encima de ella mientras mi mano se abre paso entre sus piernas.

—¡Matt! —jadea cuando le introduzco dos dedos.

—¿Te gusta?

Se arquea contra mi mano.

—Sí.

Dios, me encanta que sea tan sensible. El pene me palpita, celoso, porque mis dedos lo están haciendo todo, pero lo soluciono rápidamente al levantarle una rodilla para introducirme en ella hasta el fondo.

Los dos gemimos de felicidad cuando la penetro. Me encanta estar dentro de esta mujer. Me encanta follarla y besarla y…

—Te quiero —se me escapa.

Hailey se queda quieta un momento y me clava las uñas en la espalda.

—¿Cómo dices?

—Te quiero —repito—. Te quiero, Hailey Taylor. —No menciono el Emery, porque ya no está casada con Jackson. Es Hailey Taylor y es toda mía.

—Yo… —Su respiración suena superficial. Noto su corazón sobre el pecho y ambos laten al mismo ritmo—. Yo también te quiero.

EPÍLOGO

La torre de la muerte



MATT

Julio, cinco meses después

—Estás espectacular —le digo a Hailey cuando sale del cuarto de baño con su elegante vestido verde. Ahora es nuestro cuarto de baño. Se mudó a vivir a mi casa el mes pasado, cuando se acabó el contrato de la suya.

—¡Gracias! —Sonríe—. Tú tampoco estás nada mal.

Me aliso las solapas de la chaqueta. Es una americana ligera y no llevo corbata. Pero como invito a mi chica a cenar para celebrar su cumpleaños y ella siempre está espectacular, me lo tengo que currar. Estoy un poco nervioso por el restaurante que he elegido, pero, bueno, es una ocasión especial.

Hailey coge el bolso y pasa junto a mí contoneándose de camino a la puerta. No puedo evitar gruñir. Lleva un vestido con la espalda al aire, sabe que eso me pone muchísimo. Pasaré toda la noche atisbando su hiedra tatuada y pensando en las guarradas que le haré cuando la desnude para ver el tatuaje entero.

—Vamos, hombretón. Ya lamerás el tatuaje después —suelta leyéndome la mente.

La alcanzo en la puerta. Rufus se queja, pero lo he sacado a pasear hace quince minutos.

—Lo siento, tío. No estás invitado. —Cojo una bolsa de debajo del perchero que Hailey compró. Ahora también hay fotos en las paredes. Unas cuantas. Y un par de alfombras nuevas. Mi apartamento parece más acogedor que antes, aunque no es por las cosas que Hailey ha traído.

Ella hace del piso un lugar más acogedor, no sus cosas.

Salgo por la puerta detrás de ella y entro en el ascensor.

—¿Y a dónde vamos si se puede saber? —pregunta—. Antes no me lo has querido decir.

—Al 360 de la Torre CN.

Se echa a reír.

—Qué gracioso.

—No —respondo—. Lo digo en serio.

Abre unos ojos como platos.

—Odias las alturas.

—Lo sé. Y es una trampa para turistas. Pero me apetecía llevarte allí. ¿Te parece bien?

—Claro. Me encanta la idea de ir contigo. —Sonríe—. Es tu funeral.

—No tiene gracia —farfullo, y ella rompe a reír.



Noventa minutos después, se han llevado los platos y nos han dejado solos para que disfrutemos del delicioso vino que he elegido mientras contemplamos la puesta de sol sobre el lago Ontario.

—¿Qué te parecen las vistas? —digo fingiendo indiferencia.

—Perfectas —responde cogiéndome el pie con los suyos—. ¿Seguro que estás bien?

—Estupendamente, si no miro hacia abajo.

—Pero eso es lo que hay que hacer aquí. —Me ofrece una sonrisa leve.

—No, fíjate, si mantengo la mirada al frente no pasa nada. Solo me da miedo mirar hacia abajo. Porque veo que los coches son como hormiguitas… —Niego con la cabeza e intento deshacerme de esa imagen—. Eso es lo que me cuesta. Pero si miro hacia el horizonte —señalo el cielo rosa en la distancia—, me parece precioso. Y eso es lo que tú me ayudas a hacer.

—¿Qué?

La miro fijamente a los ojos.

—Ver el horizonte. El año pasado solo me ocupaba de mis problemas. Durante un tiempo olvidé qué significa ser feliz. Pero se te da muy bien recordármelo.

—Gracias. —Hailey parpadea—. A ti también.

Estoy convencido de que tiene razón.

—Bueno. Ha llegado el momento de la entrega de regalos.

Hailey se mira por encima del hombro y examina el salón.

—No habrás pedido a los camareros que canten, ¿verdad? ¿Debería preocuparme?

—¡No! —Habría estado muy bien. Lo dejaré para el año que viene —. Pero tengo regalos. —Otra vez, los nervios me encogen el estómago. Estoy cagado, pero ahora no es por la altura. Alargo el brazo hacia la bolsa y saco dos cajitas de unos veinte centímetros más o menos, envueltas en un papel de regalo muy bonito. Jenny, de Fetch, me ayudó. Le debo un favor de los gordos.

—Vale, parecen idénticas. Pero esta pesa más. —Señalo hacia una caja—. Y esta menos. ¿Cuál quieres abrir primero? —Miro a Hailey a los ojos con la esperanza de que no note que estoy nervioso.

—Mmm. —Sus ojos van de un regalo al otro—. Esta. —Alarga el brazo hacia la más ligera.

Pongo la mano rápidamente sobre la suya.

—No, lo siento. Primero la más pesada.

Hailey se echa a reír.

—¡Me has pedido que elija! Bueno, vale. —Arrastra la cajita pesada por la mesa para acercársela y tira del lazo. Sonrío cuando abre la tapa y ve…

—¡Madre mía! —chilla al sacar el galardón de la caja—. ¡Pensaba que no lo recuperaría nunca! —Lo coloca sobre la mesa, atónita—. ¿Cómo lo has encontrado? Llamé a la compañía de taxis, pero no me ayudaron.

—Ya —admito con un suspiro—. A mí tampoco. Jenny insistió. Se pasó horas intentándolo. Pero luego decidí llamar a la Asociación de Mujeres Empresarias de Toronto y les pregunté si podíamos encargar uno nuevo. Fui muy persuasivo.

—Qué detalle más bonito. —Los ojos le brillan de felicidad—. Lo pondré en mi nuevo escritorio.

—Exacto.

Hailey se quedará con el despacho de Jackson cuando él abra la nueva sucursal en Rosedale, en noviembre. Planearon abrir las nuevas oficinas durante la temporada de *hockey,* para que Hailey y yo pudiéramos pasar el verano juntos, antes de que su vida se volviera mucho más ajetreada con la nueva apertura. Y Jenny se quedará el despacho de Hailey, la han ascendido a gestora, algo que siempre me recuerda, porque sabe que cuando lo oigo pongo los ojos en blanco.

—Y cuando dices persuasivo deduzco que te refieres a que has hecho una generosa donación a la organización —dice, entre risas.

—Quizá hubo un intercambio monetario, sí.

Suelta una risita. A continuación, se pone en pie, se sienta a mi lado y me rodea el cuello con los brazos.

—Gracias. Ha sido un detalle precioso. No necesito el premio, pero…

—Es bastante guay tenerlo —termino.

—Pues sí.

—A lo mejor, esto también te guste… eh… tenerlo. —Le acerco la otra caja.

—Mmm. —La levanta y sacude con cuidado. No se oye ningún ruido. Tira del lazo, que se une al otro montoncito de satén que hay en la mesa. Hailey abre la caja y encuentra un rollo de papel de seda bastante grande. Empieza a desenrollarlo para llegar al regalo.

Contengo la respiración.

Resulta fácil saber cuándo ve la bolsita satinada con la marca de la joyería porque se queda de piedra. La coge con dedos temblorosos, abre la bolsita y deja caer el solitario en la palma de la mano.

—Oh, Matt —dice con un hilo de voz.

—¿Te gusta? Quiero decir… —Me aclaro la garganta—. ¿Nos casamos? ¿Quieres ser mi esposa?

Cuando se vuelve hacia mí, tiene los ojos cargados de lágrimas.

—Claro que sí —contesta.

—¿En serio? —La estrecho contra mi cuerpo—. Es la mejor noticia del mundo. Casi hace que valga la pena estar en esta torre de la muerte dando vueltas.

Ríe contra el cuello de mi camisa.

—Bueno, se supone que los restaurantes no deberían girar. —Ya estoy diciendo tonterías, pero me siento tan feliz que no sé si podré parar.

—El anillo es precioso —dice, y me echo atrás para verlo sobre la palma de su mano. Ella lo mira fijamente con una expresión maravillada—. Me cuesta creer que sea de verdad.

—Pues claro que lo es. Y si te lo pones, entonces te tendrás que casar conmigo.

Sonríe sin dejar de mirar el anillo y se lo pone poco a poco.

—¿Qué tipo de boda quieres? —Busca mi mirada—. No hace falta que sea algo pomposo ni nada por el estilo. Se me hace un poco raro al ser la segunda.

—Celebrar que por fin algo ha salido bien no tiene nada de raro.

—Eso es cierto.

—Pero lo celebraremos como tú quieras. —La acerco para besarla. Luego le doy otro beso. Y un tercero por si acaso—. ¿Hottie? —

sonrío sin despegar los labios de los suyos.

—¿Mmm?

—No hace falta ni que te cambie el apodo.

—¿Qué?

—Seguirás siendo HTE cuando nos casemos. Mi apellido también empieza por E.

Suelta una risita.

—¡Es que estábamos destinados a estar juntos!

Así es. Y le doy otro beso para decirle que estoy de acuerdo.

ENTREVISTA CON SARINA BOWEN Y ELLE KENNEDY

Bloom: ¿De quién fue la idea de escribir una novela juntas?

Elle: Sarina y yo siempre hemos leído las novelas de *hockey* de la otra y un día le dije que su libro del romance entre hombres, *Understatement of the Year,* era mi favorito de la serie y que sería divertido escribir juntas.

Sarina: ¡Es cierto! Y yo le tomé la palabra. Estuve pensando unos días hasta que se me ocurrió el esbozo de una idea. Solo el contexto, creo. Pero luego, cuando Elle dijo, «hagámoslo», me puse nerviosa. ¿Podría soltarme lo suficiente para compartir una trama? Y si Elle escribía un capítulo y algo en mí decía: «Un momento. ¡Tendría que haber ocurrido algo distinto!».

Elle: Qué gracia. Bueno, deduzco que lo superaste, ¿no?

Sarina: Claro, no tenía de qué preocuparme. En la mayoría de los casos, planeábamos la trama con antelación para que los arcos encajaran bien. Y entonces, nos pusimos manos a la obra, y cuando abría el archivo compartido por la noche, antes de escribir por la mañana…, ¡parecía el día de Navidad! Aparecían nuestros personajes y actuaban sin que yo los ayudara. Era una sensación maravillosa.

Elle: Eso es lo mejor de escribir con alguien: que la mitad del libro se escribe solo.

Sarina: ¿Verdad? Y al terminar, sentí que me faltaba algo. Cuando empecé un libro nuevo, me di cuenta de que tendría que resolver todos los problemas yo sola. Menudo rollo.

Bloom: ¿Cómo os repartís las responsabilidades cuando escribís juntas?

Sarina: Todo el mundo deduce que cada una se ocupa de un personaje.

Bloom: ¿Y no es así?

Sarina: Me parece un método muy válido, pero no es el nuestro. En lugar de eso, nos relevamos cada dos mil palabras, más o menos. Eso son unas ocho páginas. Nos pasamos el texto independientemente del personaje que ocupe la historia.

Elle: A veces, hasta que ya hemos escrito la mitad del capítulo no sabemos a qué personaje le corresponde. Si tuviéramos reglas muy estrictas en cuanto a quién escribe qué, sería más complicado. Sobre todo, cuando una se atasca. Ha habido momentos en los que yo escribía solo tres páginas y me daba cuenta de que no sabía cómo seguir, así que le mandaba un mensaje de socorro a Sarina y ella tomaba el mando, y viceversa. Así que ni siquiera la regla de las dos mil palabras era tan estricta o inquebrantable. Y cuando terminamos el manuscrito, las dos lo revisamos. En ese momento, había fragmentos que ya no sabíamos quién los había escrito.

Sarina: Como el chiste de Blake sobre la… estación de servicio. Me parece lo más divertido de *Good Boy.* Pero sé que yo no lo escribí.

Elle: ¿Disculpa? Te he dicho que yo no lo escribí. Lo escribiste tú, segurísimo.

Sarina: ¿Ves lo que tengo que aguantar?

Bloom: ¿Qué es lo que más os gusta de la otra?

Sarina: Elle no es nada dramática, yo tampoco. Tenemos una norma: El estrés se queda fuera. Se supone que esto lo hacemos para pasarlo bien, y siempre nos recordamos la una a la otra que así tiene que ser. Ah, y se ríe de mis chistes.

Elle: Sarina es mucho más organizada y práctica que yo, así que se le da bien ponerme firme cuando no quiero hacer las partes más tediosas, por llamarlas de algún modo. Me manda un mensaje de texto y me dice: «¡Échale un vistazo a la hoja de cálculo!». Y yo le respondo: «¡Sí, señora!». Además, tiene una actitud muy relajada y las dos somos un poco frikis, por lo que pasamos gran parte del tiempo riéndonos de cualquier tontería. Eso hace más divertido el proceso de escritura.

Bloom: ¿Sabéis qué es divertido? Los títulos de los capítulos de Stay. ¿Cuál es vuestro favorito?

Sarina: «Como el banquillo, pero más pijo».

Elle: «Porno, cariño». Y para que conste: Sarina es la encargada de los títulos de los capítulos. Coge su frase favorita de cada uno y la usa de título. Yo no sé cómo se llamarán los capítulos, así que siempre me muero por ver qué ha elegido.

Bloom: ¿Qué es lo que más os gusta de escribir novelas románticas?

Sarina: Los besos.

Elle: Las conversaciones divertidas entre los personajes.

SOBRE LAS AUTORAS



Sarina Bowen escribe romántica contemporánea llena de pasión desde las Montañas Verdes de Vermont, donde sus antepasados eran granjeros sin portátiles o *lattes*, algo que le parece inconcebible. A Sarina le gusta esquiar, patinar y la buena comida. Vive en Windsor County (Estados Unidos) con su familia, sus ocho gallinas y demasiado material de *hockey*. Es autora *best seller* del *USA Today* y del *Wall Street Journal.*



Elle Kennedy es una de las autoras más destacadas de la novela romántica. Tras graduarse en Estudios Ingleses por la Universidad de York en 2005, decidió orientar su vida profesional a la escritura, y desde entonces ha ido consolidando una gran carrera literaria: una treintena de novelas que recorren la temática amorosa desde distintos géneros. Es autora *best seller* del *New York Times*, el diario *USA Today* y el *Wall Street Journal*.

Sigue a Wonderbooks en www.wonderbooks.es en nuestras redes sociales y suscríbete a nuestra newsletter.

Acerca tu teléfono móvil a los códigos QR y empieza a disfrutar de información anticipada sobre nuestras novedades y contenidos y ofertas exclusivas.










Primera edición: marzo de 2026
Título original: *Stay*

© Elle Kennedy y Sarina Bowen, 2017
© de la traducción, Patricia Mata Ruz, 2026
© de esta edición, Futurbox Project, S. L., 2026
Los derechos morales de las autoras han sido reconocidos.
Todos los derechos reservados, incluido el derecho de reproducción total o parcial de la obra.
Ninguna parte de este libro se podrá utilizar ni reproducir bajo ninguna circunstancia con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial. Esta obra queda excluida de la minería de texto y datos (Artículo 4(3) de la Directiva (UE) 2019/790).

Diseño de cubierta e ilustración: Elizabeth Turner Stokes
Corrección: Sofía Tros

Publicado por Wonderbooks
C/ Roger de Flor n.º 49, escalera B, entresuelo, oficina 10
08013, Barcelona
www.wonderbooks.es

ISBN: 978-84-10425-73-6
THEMA: YFM
Conversión a ebook: Taller de los Libros

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser efectuada con la autorización de los titulares, con excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Índice

CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22
CAPÍTULO 23
CAPÍTULO 24
CAPÍTULO 25
Epílogo
Entrevista con Sarina Bowen y Elle Kennedy
Sobre las autoras